

Assia Djebar

Las noches de Estrasburgo

Traducción  
Manuel Serrat Crespo

Lectulandia

La apasionante historia de amor entre dos culturas, por una gran autora que ha sido, en los últimos años, firme candidata al Premio Nobel de Literatura. Deseo resaltar el valor de estas noches, destacar su sexualidad, el movimiento de los cuerpos y las almas, y la belleza de las palabras de Djébar, gracias a las cuales podemos recuperar la paz. Virginie Brinker, *La Plume francophone*.

Thelja abandona París en busca de François, su amante veinte años mayor que ella. El romance apasionado entre esta mujer, a quien esperan un marido y un hijo en Argelia, y François, un viudo atormentado por su pasado, durara apenas nueve noches. Nueve noches durante las cuales darán rienda suelta a sus deseos, placeres y emociones. A su alrededor, la ciudad de Estrasburgo se recupera de su pasado mas reciente y en ella conviven otros personajes tan inquietantes como los dos protagonistas: Eve, una joven judía embarazada; Jacqueline, una mujer que representa Antígona en un teatro de barrio, y las sombras que acechan este peculiar escenario.

**Lectulandia**

Assia Djebar

# **Las noches de Estrasburgo**

ePub r1.0

Titivillus 17.06.2018

Título original: *Les Nuits de Strasbourg*  
Assia Djebar, 1997  
Traducción: Manuel Serrat Crespo

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

---

 Assia Djebar

Las noches de Estrasburgo

Traducción del francés de Manuel Serrat Crespo



# La ciudad

Te quedaste vacío del eco de la cerámica azul.

FOROUGH FARROKHZAD

## 1.

Los habitantes de la ciudad expulsados. ¿Expulsados? No. Prepararon su marcha en masa, hace meses ya, más bien desde hace dos o tres años. Desde la masacre de Guernica por los Messerschmitt alemanes.

La ciudad se encuentra más allá de la línea fortificada; la ciudad y también una franja de cuarenta aldeas. La ciudad, es decir, ciento cincuenta mil residentes o, mejor dicho, de diez a veinte mil menos, los que se marcharon con las alarmas del pasado mes de agosto. Con las aldeas, eso representa unas cuatrocientas mil personas. Todos, de pronto, fuera, en los adoquines o en las carreteras, son un ejército, una horda; un éxodo.

Los cuarteles, en cambio, siguen llenos a reventar de soldados, en su mayoría llegados de fuera. El personal mínimo entre los representantes municipales es militarizado —los que no tienen ya edad de ser movilizados—. Esas trescientas personas deben mantener el funcionamiento necesario de la electricidad, del gas, y tienen que encargarse de las rondas de guardia, una vez que se haya marchado la población. Habrá que alimentar a los soldados, con sus oficiales, en los acuartelamientos.

Prever dos o tres centros de aprovisionamiento —la tarea corresponde a dos cervecerías y una taberna—... Funcionará una unidad de avituallamiento en circuito cerrado, es decir, de modo clandestino.

\* \* \*

Los reclutas esperarán al enemigo: dos días, ocho días, más tal vez; el majestuoso puente sobre el Rhin mantiene al soldado centinela por encima de las aguas. Será él, el infante de bronce, el primero que verá al enemigo llegando a la otra orilla: poco después, tras su espalda y sus hombros, por encima del casco que cubre su cabeza, rodarán los carros (ciertamente no oirá sus sordos zumbidos), llegarán luego los jinetes y por fin, sobrevolándolos a todos, el enjambre de los bombarderos, los de Guernica, oscurecerá enseguida el cielo, volando muy alto, al principio al menos. Negro cielo del alba, pues llegarán cuando se inicie el alba.

Menos de una hora después, se combatirá en la ciudad vacía. Los soldados, exasperados hasta entonces por haber estado demasiado tiempo en pie de guerra, gritarán: ¡por fin! Soldados alimentados en exceso: saldrán, con los oficiales y suboficiales a la cabeza, belicosos, casi alegres. La espera se habrá agotado. Lanzarán hacia delante sus jóvenes cuerpos vigorosos, contentos por fin de brincar —para muchos será su primer combate—. Se lanzarán, esos guerreros, ávidos del primer

choque.

La furia: justo después del puente, bajo el cielo preñado por la nube de los bombarderos acercándose con falsa lentitud, como buitres, o águilas. El soldado de bronce, por encima de las aguas del río, percibirá por fin el rumor de la guerra, su monótono estribillo.

## 2.

Indiferentes a los hombres permanecerán las estatuas, las iglesias e, incluso, los puentes del Ill, así como las estrechas plazuelas, cálidas e íntimas a fuerza de haber sido abandonadas. Los pilotos de los Messerschmitt contemplarán ese desierto.

Ni siquiera la catedral, así rodeada, parecerá tan solemne: sus altos portales desaparecen ya tras los catafalcos de madera. Como si una extraña liturgia se hubiera preparado y esos preparativos no hubieran servido de nada... Las vidrieras no están allí, fueron puestas a cubierto; he aquí, tapadas, todas las aberturas del altivo campanario: corazón de encaje rosado de la ciudad al que esperas ver estremecerse y que los pilotos descubrirán envarado, almidonado; helado.

Estos podrían girar alrededor de la torre, atraídos por su tan celebrada elegancia de piedra: pero el rugido de los aviones enemigos («¿Por qué, por qué el cielo entero es suyo?», ¿quién gritará con esa desesperación?) no significará ya nada en tierra. Ni siquiera el espanto de los que se hayan acolchado en los sótanos, en las bodegas, como en 1870, casi setenta años atrás —como si fueran setenta días—. Tres generaciones antes no había aviones en ese lugar.

¿Acaso el cielo parece, ahora, demasiado poblado de acero, de zumbidos? Para qué si, en el suelo, solo las piedras siguen a la escucha. («¡Resistir, tenemos que resistir!», se exasperaban antaño los habitantes, guerreros, pero también los ancianos, las mujeres y los niños). Ningún espanto se despliega ya, ni el menor respingo ante la tormenta. Ni resistencia; ni llantos, ni gritos: nada.

Los pilotos de los bombarderos, a sus mandos, giran, giran. Una fiesta aeronáutica en la que el público ha fallado —como si las invitaciones no hubiesen llegado, como si las participaciones revolotearan a lo lejos, como hojas muertas—; por lo demás es otoño, un otoño precoz.

Dos de septiembre de 1939. Esperan pues a los Messerschmitt, los carros, la caballería y la infantería germánica. ¿Dentro de tres días, dentro de ocho días? Los cuarteles crujen con la espera de los movilizados. Entre estos, una minoría ha llegado de las colinas y los pueblos vecinos; algunos, los menos, son originarios de la misma ciudad.

¡Y el alcalde es el piloto de un paquebote desierto! Es un socialista; le ayudan sus adjuntos y trescientos empleados, incluidos los vigilantes.

Las estatuas, en cambio, tienen ojos. Miran. Se asombran: el aire ha cambiado, imperceptiblemente; la luz que, antaño, brillaba cada día y danzaba para, poco a poco, debilitarse y ocultarse, se ha metamorfoseado ahora: una abstracción, según parece. Una vibración, casi inmóvil, la adorna; la irisa un momento. Sin embargo, en la pausa del mediodía, el esplendor del día se despoja de su duración.

Sí, las estatuas miran; por lo que al silencio se refiere, no lo han percibido enseguida. Antaño, al anochecer, un estremecimiento de seda resbalaba, petrificaba subrepticamente seres y cosas; asimismo, justo antes del rocío que precede a la aurora, ese silencio se esfumaba, retrocedía varios pasos; luego se convertía, para el día que iba derramándose, en un secreto que algunos habitantes de aguzado oído percibían, algunos, entre ellos los ciegos, claro está...

¿Acaso las estatuas se habrían acostumbrado a ese modo de aproximación y de fuga a la vez? Ritmo algo más acompasado con el otoño, con algunos *forte* y algunos *gravissimo* al producirse las escarchas del invierno, de nuevo leve y casi gracioso con la irrupción de la primavera, en *staccato* luego, con una llegada marcial, en la opresión de los calores, preñados de tempestades y del peso del estío...

Las estatuas, esta vez, solo en este primer día, se han enfrentado a un mutismo extraño: como si debiera esculpirse en la vacuidad, vanamente. Como si fuera preciso luchar contra un enemigo invisible; o demasiado visible: omnipresente. Llegado sin que se le esperara, independiente de las estaciones, de las nubes, de los estratocúmulos del cielo sobre sus cabezas...

Un silencio que no hubiera entorpecido el decorado. Que hubiera prescindido del espacio, que lo ignorara, y sin embargo se hincha, se ahonda, hipérbole de un misterio perforado... ¿Acaso una mentira se acolcha allí, en todas partes y en ninguna? Y no sería del todo una ausencia: ¿una detención de quién, de qué?... Quien ha agotado los lugares, sin haberse apoderado de ellos, y son ellas, las estatuas de las plazas principales (que no saben aún que más tarde serán desmontadas, machacadas, llevadas al depósito, ¡deportadas!), y también las de los humildes jardincillos, las plazoletas olvidadas, e incluso las aladas figuras en los techos, todas están listas, en compañía de las más gloriosas, claro está, presidiendo cada cual en su pedestal, las que comprueban que el silencio se ha sentado allí, pesadamente, en su nuevo reino.

La ciudad está sumergida en ese vacío; emplomada.

### 3.

Los dos o tres días del éxodo por oleadas no se desarrollaron ni con alarma ni entre gritos. En esta ciudad grave no se desplegó terror alguno, como si un sudario imperceptible fuera sacudido lentamente sobre ella.

Lectura del primer cartel. Gente con los rostros levantados; huraños. Luego, los hombros caen de pronto para regresar a casa y prepararse enseguida. Una primera, una segunda silueta: no se adivina ni su sexo ni su edad. Solo se percibe la grieta de la primera inquietud.

Otros carteles, en la media hora siguiente, aparecen en algunas avenidas más amplias: la cola, visible aún, chorrea por la piedra gris del muro. Grupos de viandantes, dos o tres, pocas veces más, leen en adelante juntos, mascullando, un modo de departir entre ellos, al azar, las órdenes impresas en el papel: un anciano, que lleva una cartera medio cerrada en su mano derecha, una opulenta ama de casa de abultadas caderas, con un gran cuello blanco almidonado rodeando su rostro redondo y la cesta de la compra que ha caído, vacía, a sus pies. Lee, con los ojos muy abiertos, los labios que murmuran. Más allá, en otra esquina, una señora muy joven, elegante, lleva a cada lado un niño; se detiene ante el cartel húmedo; luego huye vacilando sobre sus altos tacones, arrastrando tras ella a los dos chiquillos, adelantando el rostro y sacudiéndolo para ocultar a los pequeños las lágrimas de su angustia...

Ante el mismo cartel, un perro vagabundo olisquea al pie del muro algún súbito peligro... Una pareja de viejos llega, poco después, con breves pasos; del otro lado de la acera por donde han surgido cruzan y, luego, se detienen; levantan sus cabezas, en un movimiento sincrónico, como dos bolas. Son bajos, rechonchos, se pierden en unas capas o, más bien, en unos abrigos informes, de un negro apagado; unidos por un extraño parecido; no son forzosamente unos esposos jubilados, tal vez sean hermano y hermana. Repetitivo movimiento de sus cabezas redondas, sin gorra, levantadas, adelantando la nariz y el mentón, vueltas a bajar luego. El hombre lleva gafas. Dialogan en voz baja.

El perro se va. Huye de su ruido: le han molestado, a él y a su seguro olfato. No puede ya poner a prueba la anónima amenaza, unida sin duda al olor de la cola, pero también a los desconocidos que, justo antes de que apuntara el día, han pegado el papel en la muralla. Han desaparecido.

\* \* \*

Treinta kilos de equipaje, a eso se tiene derecho. ¿Qué tomar primero? La ropa de primera necesidad, una manta por lo menos, para el frío, los papeles sobre todo (los de identidad, claro está, eso se especifica, pero también los papeles de la casa —por qué hacerlo si los muros del alojamiento permanecerán allí, inmutables, ¿no es cierto?, salvo si comienzan los bombardeos y lo destruyen todo—, sí, llevarse los títulos de propiedad, como una sombra tranquilizadora que nos acompañe). Buscar las viejas fotografías, de la abuela muerta, imágenes de las vacaciones de infancia,

del único tío que se ha quedado en la granja.

Alguien, con el rostro en la penumbra, las manos enfebrecidas, busca en un rincón de la mesa; habla a solas: «Sus cartas, todas sus cartas de amor, aunque se haya marchado, aunque haya vuelto con el marido... con esas palabras tiernas, nuestra única foto...». Dedos impacientes que encuentran, que se agarran. Partir con el corazón apaciguado: «¿Treinta kilos?, me basta con cinco; no regresaré nunca más; esta es mi oportunidad, la única que me ofrece por fin esta ciudad de la separación».

La joven madre con sus dos niños está sentada en su casa, en un sofá bajo, en medio de todo un desorden de bolsas, de telas amontonadas. Se siente desalentada de antemano. ¿Qué es «la ropa necesaria»? Las pequeñas capas de los niños; sus vestidos, los de ella, pero ¿cuáles elegir? ¿Será soleado el otoño, cómo decidir...? ¿Acaso partir será vivir siempre fuera: no tendrán ellos frío? ¿Dónde van a dormir, mañana, pasado mañana?... Los papeles están en la caja, junto al estuche de las joyas: documentos del padre que se fue hace dos meses, estuvo entre los primeros movilizados. Y ha descrito su malestar, casi a diario; allí no habla con nadie, odia el uniforme... Su foto más reciente: «Un rostro de víctima —se dijo su mujer—, van a matarle, seguro»... Deja que el más pequeño, lloriqueando, le tire de la falda: ya se ve viuda de guerra... «Estaré sola en las carreteras... aquí o en otra parte... En otra parte, por lo menos, se encargarán de nosotros». Piensa en su suegro, en Nancy, que se oponía a la boda; esta vez tendrá que acoger a sus nietos. Pero ella no pedirá nada; ¡irá a donde quiera el destino! El segundo niño llora también: forman un coro... Por un instante, piensa en ir a pedir consejo al cura de la abadía cercana: reunirse con los suegros en Nancy o, de lo contrario, decidirse a avanzar por las carreteras, anónimamente, con el equipaje... Se yergue animada por una energía convulsiva.

Fuera, un carillón desgrana algunas campanadas. Los pequeños callan. Silencio de las cosas: la confortable morada espera que la abandonen; armarios cerrados, cajones comprobados. Una pausa, la más larga, se inicia en la cocina. En su última comida, la madre canturrea, vuelve a mostrarse tierna con sus pequeños: su prisa ha desaparecido, olvidada tormenta. Siempre habrá tiempo, pasado mediodía...

Los dos ancianos que podían ser hermano y hermana están en su terraza, frente a un jardincillo. Hay una gran perra tendida en un rincón. La mujer se agacha junto a la bestia: hace dos días que está mal; solo bebe, no come. Se levanta sobre sus altas patas; sus lomos se estremecen; vuelve a caer al suelo... El hombre, medio agachado, murmura: «Para la gente de nuestra edad, el cartel es muy claro: hay que dirigirse a la estación más cercana: ¡nosotros no tendremos que andar!».

Su compañera no dice nada; pone su manchada mano en el vientre de la perra, la acaricia:

—No nos vamos —le dice al animal—. ¡No te dejaremos, Reina! No van a traer una ambulancia para ti. De modo que, ni hablar... Tómate tu tiempo para morir.

—¡Morir! —aúlla el viejecito con un gesto teatral del brazo, como si hubiera recibido un golpe fatal—. Contigo enseguida son todo grandes palabras, catástrofes —gruñe...

—¡No nos vamos! —repite, tozuda, la voz ronca de la mujer.

El anciano ha abandonado la terraza; corre directamente hacia su habitación, en el primer piso. Hacia la mesa del despacho. Abre cajones llenos de cartas, de antiguas medallas; sus pipas; sus viejas cartas muy bien ordenadas. Sus dedos hurgan, desordenan... ¿Por dónde comenzar? Tomarlo todo, sobre todo abandonarlas, a ambas, a la vieja y a la perra. De pronto se arroja en el sofá que hay detrás. Rompe a sollozar.

¡Solo, está solo! Fuera, una marejada de campanas agita el espacio... El viejo se levanta, sus temblorosas manos cubren a medias sus orejas. El estruendo se debilita. Fuera, piensa el anciano, sin duda las primeras filas de caminantes han debido de ponerse en marcha... Ellos van a retrasarse; por culpa de la perra. Masculla, en voz bastante alta:

—Voy a la estación, como han dicho para los de nuestra edad... Pediré una ambulancia, ayuda sanitaria. Vendré a buscarla con ellos... ¡Se la llevarán, a ella y a su animal!

Sale sin echar una mirada al desorden que deja tras de sí. Sufre; se compadece: «Soy yo quien va a morir en la carretera, o en el tren. No ellas: ni la una ni la otra». Quisiera llorar por él. ¡Que lloraran por él! Tienen un solo hijo. Detenido, condenado, con los autonomistas; no escribe ya. Les ha abandonado, a ellos, a sus padres, que ahora le necesitarían. Qué ingrato. Sus grandes ideas «políticas»... Cinco años de internamiento ya. ¿De qué han servido? Él y sus años de castillo. Y a ellos, a los viejos, helos aquí, huérfanos ahora.

Vuelve hacia la terraza. «Ella tiene razón —piensa súbitamente calmado—: ¡Quedarse con Reina! Ocultarse. Cerrar las ventanas de la calle, vivir del lado de la terraza...». Él, a pesar de su debilidad en las rodillas, volverá a trabajar el huerto. Lo cuidará... Vivirán en autarquía: dos semanas, dos meses si es necesario.

Fuera, los carillones no cesan. Unas campanas vigorosas se mezclan de nuevo con las cristalinas: es un verdadero concierto y le devuelve la serenidad. El viejo se acerca a la mujer: se ha dormido aovillada junto a la bestia que gime dulcemente, mira a su dueña con los ojos llenos de agua... «La perra vela por mi mujer —se dice enternecido—. Quedarse aquí, ni fuera, ni dentro. ¡Nos olvidarán! Debe de ser más de mediodía».

Primer día de la partida; de la no-partida.

Fuera se forman, irregulares, las negras hileras de expulsados. Una andadura de termitera hace zigzaguear su trazado, atravesando primero las pequeñas arterias. Dibujan líneas desiguales, curvadas. No están compuestas solo por gente que va a pie: han tomado carretones de mano; algunos, simples bicicletas; de vez en cuando, una vieja camioneta o algún trasto demasiado lleno les sigue o les precede.

Más allá, se distingue entre los peatones todo un batiburrillo: algunos objetos de madera o acero, informes, erguidos como orgullosas esculturas, se mueven por encima de las cabezas.

Fruslerías, herramientas, instrumentos insólitos, algunos de colores chillones; y en medio, rostros sin mirada, caras de pavor: alguien lleva al hombro un gigantesco rastrillo que, a su espalda, abre un vacío; su sombrero encasquetado hasta la frente oculta sus ojos, pero el hombre escupe de vez en cuando, como un palurdo de la más apartada aldea; allí, una burguesa, enfundada como si se hubiera ataviado con varios vestidos, uno sobre otro. Justo detrás, una máquina de coser Singer llevada, con ambos brazos, por un mocetón bajo y robusto ante su ancho pecho: muestra el objeto como una estatua piadosa y avanza así, a pequeños pasos, por un *viacrucis* con tembloroso fervor. Más allá, en medio de otra hilera, aquel hombre, un coloso, blande un reloj del siglo pasado apoyado en la sangradura del codo y, con todo, una enternecida sonrisa amplía su rostro rubicundo: «¡Mi único tesoro!, mi memoria», está a punto de declarar.

Todos esos objetos anunciarían casi una inminente feria, una boda aldeana a la que estuviera invitada toda la multitud... Esos chirimbolos, irrisorios recuerdos, participarían en la fiesta; al menos si desaparecieran los rostros, las miradas, el mecánico aspecto de la marcha.

El ritmo ha surgido muy deprisa, machacón, en cuanto se ha constituido la primera hilera. La partida se ordena, casi a su pesar, en grupos de afinidades.

Los niños, por su parte, gritan, llaman; sus voces sin embargo se pierden. Un gato persa avanza o, más bien, se desliza por el aire, instalado en su cesto: dos niñas, gemelas, lo llevan juntas, con aspecto de mujeres enamoradas... Luego se mueven unos fardos, a la altura de unos hombros de hombre: son de todas clases, algunos enormes. En cuanto a los mocosos, a los más pequeños, apenas se distinguen, al principio, en los brazos desnudos de las mujeres silenciosas, o allí, en una cuna llevada por una adolescente que parece contenta de partir...

Aquel pilluelo —doce años como máximo, flaco, con aire de payaso— hace que se bambolee sobre su cráneo un enorme montón de sábanas, o de mantas, atado por todas partes. Dirige a las cornejas una sonrisa luminosa; mantiene hacia atrás la cabeza sobre su frágil nuca, casi aplastada por el enorme peso y tiene una buena zancada, como si caminara en plena jungla africana, con porte de aventurero.

Así avanza la muchedumbre, abigarrada, con frecuencia al mismo paso.

Indefinidamente al parecer: ¿es el 2 o es ya el 3 de septiembre?

Durante la noche, entre esos dos días, ha corrido un tiempo incierto; una duración casi irreal se ha disipado. ¿Quiénes fueron los últimos en partir, en querer pasar una postrera noche en su casa?

—En nuestra casa, en la casa de mi padre.

—¿Adónde regresará mi hijo cuando sea desmovilizado? ¿Y si viene y no he regresado para recibirle?... ¡No hay vecinos para dejarles la llave! Incluso las porterías de los edificios están obligadas a marcharse...

La última velada transcurrió con retazos de suspiros, temores dispersos, formulados a medias, en casa de los rezagados: los cuerpos inquietos han dado vueltas entre las sábanas —esas sábanas tiradas luego, o dobladas—. Algunos, los menos, pero también los niños, han dormido por el contrario de un tirón, como cuando se llega sediento a orillas de una fuente familiar.

¡Ah, abrir los ojos con los primeros rayos del día iluminando al bies la habitación de la infancia, entre los muros donde murieron, el invierno pasado o la primavera anterior, los padres, el abuelo octogenario!... El equipaje que debe cerrarse, partir enseguida, demorarse más porque se encontrarían en los últimos puestos de una hilera. No pensar ya: el espacio entero se ofrece.

Francia es grande. «Se» nos acogerá en todas partes, más allá, hasta el Atlántico... «Se».

¿Quién, «se»?

## 5.

Los pájaros partieron justo después del éxodo humano y como para coronarlo.

Desde la primera mañana, cuando la luz de otoño se miró contra las piedras, entre el cielo y los sonoros adoquines, sin ningún viandante ni ocioso, en las plazas que se habían hecho más grandes, en el centro (plaza Kléber, plaza Gambetta y, naturalmente, la del Dôme...), se posaron varias bandadas, casi simultáneas, de palomas. Se pavonearon, como reinas estremecidas e inmaculadas en esos lugares vírgenes de nuevo.

Las estatuas erigidas miraban las tórtolas que, a decenas, no se atrevían a arrullar, que picoteaban aquí y allá, girando unas en torno a las otras: algún rito misterioso y perdido se reanimaba.

Al día siguiente, en múltiples enjambres secretamente ordenados, piando por última vez, volando bastante bajo, sin posarse, palpitantes en el quebrado silencio, los pichones, en masa, dibujaron un primer círculo, luego otro más alto, hasta acercarse al campanario de la catedral: el haz de sus rumores postreros fue seguido por un susurro de telas que se rozaban.

De pronto, con el mismo impulso, tomaron altura, sobrevolaron la ciudad en una inmensa línea transversal, dirigiéndose hacia el río y, luego, directamente hacia el sur, y desaparecieron.

Bajo el cóncavo azul del cielo, en una calma compacta y renacida, planean racimos de nubes blanquecinas, algodonosas.

\* \* \*

Así, los pájaros fueron los primeros en emigrar; después los pichones, luego las golondrinas, siguieron las cigüeñas algo más tarde. Parecían espiar desde arriba las últimas cohortes humanas que se dirigían a los lugares de reunión, llamados «centros de acogida». Desde allí salían trenes y autobuses que, durante varios días seguidos, llevaron a muchos alsacianos hacia el oeste y el centro del país.

Las cigüeñas, en bandadas, formando trapecios por debajo de las nubes, parecían indicarles a esos humanos migratorios el oblicuo trazado de su futuro exilio. Luego, de pronto, les abandonaron para dirigirse hacia el Mediterráneo, cruzarlo sin alto alguno y así encontrarse muy pronto en la cálida África...

Una vez expatriados todos los pájaros reaparece el inmenso cielo claro: vasta caverna invertida de un azul incorruptible, apenas oscurecida cada noche, volviéndose violeta y, luego, gris.

\* \* \*

Más tarde, por las calles de la ciudad, vagarán los gatos y los perros; las ratas también.

Los primeros combates tienen lugar entre gatos y perros, en las más amplias avenidas; tras algunos días, los perros retroceden, se ponen al abrigo, aúllan a veces en los callejones sin salida. Se van a toda velocidad; algunos encuentran, por las vías transversales, la campiña, sus aldeas abandonadas también, pero con granjas llenas de alimentos y que comienzan ya a ser desvalijadas.

Los gatos, en vociferantes bandadas, ocupan con firmeza el centro de la ciudad, pasean, descansan o caracolean a voluntad; se duermen en las profundas callejas. Pasan los días; una, dos semanas ya. Los animales buscan ahora pitanza: sus sentidos se agudizan, sus zarpas brillan al sol. Ecos a lo lejos, en el aire puro del otoño, de su griterío. Hasta los cachorros que han olvidado los antiguos residentes: su libertad será salvaje. El hambre se aviva.

Entonces salen las ratas... Sucesivas batallas en las avenidas, al caer la noche. Ponen en fuga, a su vez, a las cohortes de gatos; a veces, estos plantan cara y terminan los combates ensangrentados. Se han refugiado en los muretes, en los árboles, en los más altos balcones: allí instalados permanecen al acecho, cada vez

más flacos, jadeantes, a la fría luz del sol del invierno; hambrientos.

\* \* \*

Antes, en el zoo abierto a los cuatro vientos, habían entrado dos vigilantes que llevaban fusil; habían matado a los envejecidos leones y al tigre real. Los monos, por su parte, tuvieron la suerte de obtener la libertad: nadie ha vuelto a verlos, sin embargo, salvo el primer día, cuando se inmovilizaron en una u otra de las estatuas de las plazuelas. Al parecer, un guarda los divisó luego, a lo largo del río, más tarde en una avenida de los jardines de la Orangerie. Otro día, la vieja mona —la que tanto éxito tenía con los niños detrás de los barrotes— vagabundó, al parecer, desolada.

Esos animales huidos encontraron fácilmente comida y golosinas incluso; tuvieron para ello que escalar muchas barreras en el barrio de la Robertsau, donde las casitas tienen, en su mayoría, un huerto con reservas de alimentos secos para el invierno.

Mediados de noviembre: dos meses ya que la ciudad permanece inmóvil, salvo alrededor de los cuarteles, entregada al ejército de ratas, únicas dueñas, ahora, de las calles nocturnas. Entonces, Su Señoría el Frío y su cortejo de abundantes nieves —chaparrones y chubascos, escarcha que se agrieta y, muy pronto, bancos de hielo— hacen con fuerza su entrada, tiñendo de pronto todas las piedras, las altas fachadas de los edificios hasta los techos —los ladrillos rojean aún, de vez en cuando, en ese lodazal de *gouache* blancuzco—. Sí, el Frío se instala y adquiere peso, por meses y meses.

Estrasburgo, blanco y maquillado, como el decorado de una tragedia fantasma, conserva, bajo el hielo y a pesar de sus reventadas tuberías, un aire de majestad ofendida. Estrasburgo, vacío por un tiempo sin salida, calla, se ahueca y espera. Su desgracia se exhibe ante ningún espectador, sin embargo.

La ciudad y el peso de su vacío. Van a pasar más de nueve meses seguidos, hasta el final de la siguiente primavera.

## 6.

El 15 de junio de 1940, los primeros carros del esperado ejército cruzan el Rhin, pero no por el puente con su soldado de bronce; no, el enemigo atraviesa el río más al sur, cerca de Colmar...

En Estrasburgo, el alcalde y el comandante en jefe reciben la orden de abandonar el lugar. El alcalde se ha opuesto en el último momento a que los puentes de la ciudad

sean destruidos —el puerto ha sido desmantelado ya, las más importantes instalaciones industriales han sido trasladadas.

Cuatro días después, el ejército alemán entra en Estrasburgo, sin combatir.

El 22 de junio de 1940, cerca de París, ocupado ya, el gobierno francés de entonces capitula.

# **Nueve noches** ***... cincuenta años después***

El eterno espejismo sigue planeando con todas sus ilusiones sobre mis noches estremecidas.

ELOÍSA  
*Segunda carta, hacia 1133*

# I. Thelja

No conozco su ciudad; sin embargo, no soy en ella, todavía, la extranjera. Todavía no.

Nuestro primer encuentro, en París. Estos últimos meses, con mucha regularidad, todas sus cartas enviadas desde Estrasburgo. Le leo con el corazón en suspenso; poco después, como ahora, le hablo mientras camino, le hablo para mis adentros. Lo que debiera decirle, lo que le diría, lo que no me atrevería, en el último instante, a dejar escapar, lo que usted respondería a mis confesiones, a mis silencios.

Nos encontramos tres o cuatro veces en el mismo café, en una terraza ante el jardín del Luxembourg; no le dije entonces nada, o casi. De hecho, espío: en cuanto usted vuelve la cabeza, observo, pero muy deprisa, uno o dos segundos, la luz en su rostro que me tranquiliza, su mirada a lo lejos, su sien palmeada por las arrugas.

Respondo a sus preguntas. Con algunas palabras breves. Prefiero escucharle. Lo que no le revelé en París, sé que voy a decirlo aquí, en esta ciudad.

¿Es realmente su ciudad? ¿Pasó usted su juventud en estas calles estrechas, frescas y oscuras que recorro ahora: la Rue des Pucelles, la Rue du Ciel, la Rue de l'Ail?... «Su juventud»: ¿voy a pronunciar estas palabras? Cómo ocultar el hecho de que, desde nuestro primer cara a cara, desde que le sé veinte años, por lo menos, (o veinticinco) mayor que yo, pensé con una dulzura melancólica: «Es casi viejo», y, al descubrirle de vez en cuando en aquella terraza frente al Luxembourg, una duda hacía presa en mí: «¿Me atraerá, en ese hermoso rostro de hombre maduro, algo como la edad?». Me hacía esa sorprendente pregunta, sin definir su tristeza o su malestar.

¿Tiene usted hijos aquí? ¿O en algún pueblo cercano? ¿No será, más bien, su adolescencia lo que me gustaría oírle recordar? Sé que fue estudiante en la universidad, aquí, lo evocó usted por azar en París, habló de «un regreso de la universidad alsaciana de Clermont-Ferrand a Estrasburgo, después de la guerra». No lo comprendí, pero no pregunté nada... Al hacerlo, ahora, tal vez me mueva una curiosidad que puede parecer banal. Atenúa el hecho de que me lleva mucha ventaja «en el camino de la vida» y que experimento por ello un ambiguo sentimiento de atracción y de nostalgia.

Bromeé, en nuestra segunda cita:

—Tengo treinta años, he abandonado al marido y al hijo, que se han quedado en casa, allí. Desde hace dos años, en París, ya ve usted, vivo suspendida. (Algún día le explicaré la expresión bereber, del pueblo de mi padre: «Mujer suspendida»). Si regresara a mi país —proseguí—, me sentiría vieja.

—¿Vieja? —usted soltó la carcajada y su mirada, alegremente posada en mi persona, me devolvía una frescura de muchacha.

—Vieja —rectifiqué—, es decir, sin porvenir, sin una segunda vida de mujer. ¿Comprende?

—Comprendo —repuso en un tono casi burlón—. ¿Y si no?

—Si no, en París, me convierto en una fugada... ¡Definitivamente!

Fue nuestro más largo diálogo parisino. Las otras veces hablaba usted mucho tiempo. Contaba sus pasados viajes, las ciudades de Europa que le gustan y adonde le lleva su trabajo. Yo le escuchaba, al comienzo por lo menos; luego, me quedaba con el acento de su voz, algunas consonancias de los finales que usted alarga en una especie de recitado regular: en resumen, me acostumbraba a una música suya... A nuestro alrededor, una ausencia en mí lo ahuecaba todo, salvo sus rasgos, su mirada, ese movimiento de su mano que se acerca a su frente, a sus cabellos, gesto casi femenino que hace usted cuando parece completamente dominado por su discurso.

Luego calla. Me mira con insistencia, advirtiéndome con retraso mi silencio e intentando, sin duda, interpretarlo. Yo recibo ese fulgor en sus ojos, a la vez de bondad y de sorpresa algo ingenua. (Un día, a causa de su expresión, tuve esta salida: «¡Qué deslumbrante muchacho debió de ser usted, hace veinte años!», me dije).

No hago esfuerzos para reanudar el diálogo. Usted me mira. Ahora que me dispongo, en esta ciudad, a reunirme con usted, recuerdo. Se apoderaba de mí, cuando me miraba usted de ese modo, un deseo extraño: pasaba lentamente mi palma derecha por mi rostro, deseando borrarlo, disolverlo o, al menos, hacerlo para usted invisible... Y sin embargo, en el mismo impulso, aliviada casi, me decía: «¿Me ve a mí, este hombre?»... Por primera vez, lo comprendo aquí, tal vez se lo diga incluso esta noche (¿estaré en sus brazos?), por primera vez la mirada de un extranjero no se nubla antes de alcanzarme.

«¿De un extranjero?», me responderá usted sin embargo si, al menos esta noche, me entrego.

Me veré obligada, por exigencias de la verdad, a precisar algo molesta:

—Bueno, la mirada... de un francés.

Luego me tranquilizaré, diciéndome a mí misma, preguntándomelo a medias, ¿una mirada de hombre es una mirada pura?

En París prefería callarme. Incluso cuando evocó usted, sucintamente, los últimos años de su vida. Retenía yo algunos jirones: que no había querido hijos, que chocaba con su esposa a ese respecto, que... Yo ya no escuchaba. Mi turbación. «No quiero», me decía yo, «que me cuente su vida privada. ¡No quiero esa ruptura!». Como si su encanto lo buscara yo en un exceso de impersonalidad. Sobre todo, no caeré en la banalidad de los encuentros a dos...

Cuando, en otra ocasión, aludió usted a su mujer muerta en un accidente de automóvil, la víspera de un viaje a la India para el que ambos se habían preparado — y añadió usted, muy deprisa, con una voz baja y alterada, yo evitaba mirarle: «¡Nos habíamos reconciliado realmente, tras tan largas disputas!»—, cambié muy pronto de tema; me había sentido tentada a hablar del amigo común que nos había presentado la primera vez y que había evocado brevemente, ante mí, su viudez en esas dramáticas

circunstancias...

—Estos dos años en París —proseguí con una vacilación (el tiempo necesario para que regresara usted al presente, en aquel anochecer de invierno parisino)—, en teoría estoy desarrollando una tesis sobre Historia del Arte... ¿Regresar? Claro, regresaré a casa —y añadí alegremente—: ¡Mi permiso de residencia, gracias a la beca, acaba de ser prorrogado un año!

Blandí el documento (como si así me convenciera de que estaba de paso, «por un año»). Pero, si regresaba, ¿lo haría realmente «allí»?

Durante ese mismo encuentro, creo, hablé de una amiga de la infancia que vivía precisamente en Alsacia.

—Una argelina. Una judía argelina. ¡En la escuela primaria no nos separábamos! ... Sus padres acabaron marchándose, seis o siete años después de la independencia. Volví a encontrarla más tarde, en Marruecos. Desde entonces, hablamos más bien por teléfono... Ha cambiado de país, de ciudad —me reí—. ¡Su última carta tardó seis meses en llegar!

Eve, mi amiga, mi hermana, me invitaba en efecto a su ciudad, la de usted, creyendo aún que saldría de allí, de la otra orilla... Sin duda iría a verla, no sabía cuándo...

—Si viniera usted a Alsacia —y añadió, con una sonrisa—: A Alsacia, qué agradable casualidad, por fin nos veríamos cada día y durante un tiempo.

Un silencio. Nos levantamos y abandonamos la terraza; la costumbre ya adoptada de pasear por el jardín, alrededor del Senado, antes de separarnos en el cercano portal de Montparnasse donde me gusta, luego, concluir a solas mis jornadas. Contemplo cada vez las parejas de enamorados que se demoran, en un banco o en una apartada avenida, y se apodera de mí la sensación, vivaz, de que he llegado la víspera. Se lo confesé a usted: «Ese espectáculo de los enamorados, en París, me llena de energía... —vacilo y, luego—: Antaño, adolescente puritana, habría apartado los ojos, yo misma me habría avergonzado de que exhibieran de ese modo su mutuo hechizo».

Hago una mueca: «¡No era yo muy divertida, vamos! Usted ni siquiera hubiera tenido ganas de tratarme».

Entonces, se burló: «La señora intimidante, la intocable», y me tomó, con toda naturalidad, del brazo; y yo hacía esfuerzos para dominar mi instintivo rechazo.

Terminó usted por decirme —estábamos sentados en un banco, ante el desierto quiosco de música, y mientras un muchacho, con una raqueta de tenis en la mano, pasa corriendo por delante de nosotros, los guardas muy pronto van a silbar que el parque se cierra:

—Ni siquiera me escribe usted cartas largas, y las mías son una cháchara sin fin...

Su voz es baja, es casi una confesión que me roza.

—¡No, una cháchara no! —exclamé—. Cuando le leo, es como si estuviera usted aquí, como ahora, a mi lado —por primera vez pongo mi mano en la suya, y usted la

acoge—. ¡Es cierto! —afirmé liberando suavemente mis dedos.

«Conocerse en la duración», ¿fue usted o fui yo quien pronunció esta expresión? Observé de nuevo las arrugas de sus sienes, añaden a su mirada gris azulada cierta ternura, o cierta ausencia...

En la siguiente cita anuncié que podría ir a Alsacia un mes más tarde. Diez días, en primavera. Retuve por los pelos, en mis labios, lo que pensé en un impulso, pero que frené enseguida: «¡Estaré nueve noches! ¡Para usted!».

Las calles de Estrasburgo, justo antes del amanecer. No he dormido en el tren nocturno: la litera de segunda clase resultaba muy incómoda. El taxi a las cinco de la mañana. La niebla en los muelles, a lo largo del Ill y el gris tornasol del agua. La noche se deslizaba en el horizonte, tardaba en desaparecer, su cabellera se deshilachaba sobre los tejados de tan baja pendiente... Una dulzura, la de un encierro, envolvía esa arquitectura que yo estaba descubriendo por primera vez.

Apenas depositada mi maleta en la habitación del hotel, salgo, camino. ¿Sabe usted? (le estoy hablando), puesto que nuestra cita es solo a la hora de cenar (la antevíspera se excusaba usted, varias veces, por teléfono, yo llegaba precisamente el día en que tenía usted muchas obligaciones de negocios. Solté una carcajada antes de colgar); conocer pronto Estrasburgo sin gente, ¡puesto que iba a ser sin usted! Contemplar las piedras, las estatuas que, por su parte, se ponen a mirarme, las plazas donde las iglesias me parecen tronos gigantescos erigidos ante mí, la intrusa. Evito, de momento, la catedral.

—¿Por qué —me dirá usted (pues le describiré, no cabe duda, esta noche o mañana, mi navegación por este desierto)—, por qué buscaba usted las calles despobladas?

No sabré responderle; intentaré comprender, ante usted, lo que busco confusamente. Y la verdad que en mí se oculta brotará cuando esté ante usted.

(Me parece, cada vez que estamos el uno ante el otro, que una concentración insidiosa se apodera de mí, que algo sordo se hiela en mí, poco a poco, deja luego exhalar una evidencia silenciosa, un súbito brillo interior que me inunda... ¡Y es que, el hacerme así más luminosa para mí misma, cada vez, ante usted, sería la prueba —o digamos la demostración— de una seducción de las almas! La expresión parece forzada, no encuentro otra para lo que se llena de un oscuro atractivo... Pero analizo, analizo solo en mi cabeza, mientras me preparo para usted: esa rara sensación, durante mi cara a cara con usted, esta luz en mí «a pesar de usted, a pesar de mí», la recuperaré esta noche, pero no se la revelaré; no, tal vez más tarde...).

Interrogándome, mientras camino por la frescura de la primera bruma, descubro que, cuanto más me siento así, de paso, en una ciudad de Europa, más reconozco el

violento impulso que se apoderó de mí hace más de un año: abandonar a la vez mi tierra de sol, un amor nublado, un niño de ojos ensanchados por el reproche, sí, partir de pronto, a los treinta años, me parecía salir de una tumba... De una tumba abierta al cielo, es verdad, pero de una tumba a fin de cuentas. ¡Oh, Dios, la embriaguez de deambular, de saborear el vagabundeo, sumida en semejante intensidad! Nunca, mientras siga caminando, dejaré de sentirme ligera...

Hablo pues para mí, sin cansarme de dirigirme a usted. Tras una hora de idas y venidas (leer el nombre deliciosamente antiguo de las calles medievales, detenerme bajo los porches, echar una mirada de ladrona a los patios, desembocar en las minúsculas plazas, pasar y volver a pasar por los puentes sobre el Ill), mientras los primeros autobuses circulan en una larga banda de rumores, los primeros viandantes se apresuran en grupitos, he ido a dormir por fin.

Vestida en la cama no abierta, con la maleta cerrada a mis pies, me zambullí en el sueño; mucho tiempo después, una ensoñación precisa, en el alargamiento de un lento vértigo, me proyectó, tras un fulgor, medio incorporada con los ojos abiertos, a esa habitación que tardé tiempo en reconocer. A la plena luz del mediodía, en la que surgí, me acuesto de nuevo, pues las imágenes del extraño sueño persisten, se hinchan y se desbordan, me parece, hasta el techo. Mantengo los ojos abiertos; miro, veo:

Rostro de hombre, o de mujer, tendido, no lo sé, rostro de yacente cubierto por un lienzo de lino blanco, una mano —mi mano— vacilante descubre los rasgos bajo la sábana levantada. Una mirada, la mía, se dirige, fascinada, hacia el o la durmiente, en constante sueño mortuorio; la curva de mi torso inclinado, afligido, crece en el espacio matinal, el rostro de un pariente querido (¿mi padre al que nunca conocí?) expuesto ahí, tan cerca de mi mano temblorosa y un único sollozo desgarrador en silencio mi garganta...

De pronto, el doblar de unas campanas, fuera, disipa la visión. Ya ve, le describo este despertar a mediodía y me describo, diciéndome, diciéndole, pues sigo hablándole, con un ápice de reticente ternura:

—He venido a usted, a Alsacia, y pasaré, suceda lo que suceda, mi primera noche con usted.

## **PRIMERA NOCHE**

*Tiempo detenido. Una hora, dos horas completas. En el silencio, los alientos. La ventana entornada.*

—¿Oyes la campana?

—¡La reconozco, es la de Saint-Pierre-le-Jeune!

—¿Por qué hablo en voz baja y como con temor?... Tiemblo.

—¿Tienes frío?

—¡No es el frío! —una vacilación—. Estoy desnuda en tus brazos y, por fin, te trato de «tú»...

No responde, el hombre. Sus dedos palpan el rostro de la habladora, tantea sus labios, uno tras otro.

—¡No es el frío! —ella respira un rato bajo sus dedos, los de él, y encuentra como un relámpago la verdad—. Vivo un comienzo... —respira; suspira, como si fuera de bienestar, o un alivio—. Eres francés. Nunca...

El hombre espera; ella seguiría hablando, incluso ahora pensaría: «El extranjero». Él alarga su confiada palma, que cubre uno de los hombros de la que ha hablado, que calla, que busca... Los dedos curvos descienden hasta los pechos, rozan su redondez. Ella apoya su espalda en una parte del torso masculino; respira profundamente, ahueca sus omoplatos sobre los músculos de él; prosigue:

—Nací antes de que terminara la guerra... ¡Tres días antes!

—La guerra de Argelia —responde él en su estela. Sus manos tantean, la estrechan de nuevo, la sueltan. Ella permanece aovillada en parte sobre él, apoya en él todo su pecho y susurra:

—¿Dónde estabas tú entonces?... —su pregunta es imperativa.

—¿Cuando la guerra en tu país?... No estaba en Alsacia, ni en Argelia —sufre como una ausencia, añade muy deprisa, con un acento amargo que la sorprende—. ¡Ni siquiera en Francia!

Ella se deja acariciar hasta la cintura: su torso, que brota fuera de las sábanas, recibe un inesperado rayo de luna... Ella se asombra:

—¡Eres mi amante y eres francés!... Hace diez años, cuando llegué a Argel para ir a la universidad, semejante... intimidad me habría parecido inverosímil... —sueña—. Habrías podido llegar allí como cooperante o turista, te habría conocido en casa de unos amigos, o en una clase o... ¡No te habría mirado realmente! —ella ríe, parece encontrar una excusa de mala fe—. Además, por aquel entonces, tú no serías un hombre libre... ¡Tampoco tú me habrías «mirado»!

Hace un seco movimiento de brazo. Vuelve a encogerse bajo la sábana. Maquinalmente, él la busca, la estrecha en un abrazo. Sueña en la oscuridad como si no hubiera oído su última frase:

—No —recuerda de nuevo—, no hice la guerra de Argelia. Una suerte, no hay duda, aunque mi «quinta» fue la de 1956 o 1957... En 1960, yo estaba en Múnich: sumido, ocho horas al día, en los archivos de la ciudad... Luego fueron los Estados Unidos: unos meses en Nueva York y, más tarde, casi un año en Chicago. Buscaba...

Se detiene; sus brazos, que rodean a la amante, se inmovilizan.

—Múnich —murmura ella, el bienestar de viajar, acurrucada junto a él; ella respira su olor—. Un primo emigrante que había huido a Alemania desde Lorena durante «nuestra» guerra volvió, precisamente, de Múnich. Lo recuerdo: compareció un buen día en el pueblo, con una esposa alemana y tres o cuatro hijos... Yo no tenía

diez años: la alemana, los primeros días, tenía el rostro asustado. Luego comenzó a ir de casa en casa: las mujeres la festejaban, la vestían con nuestras antiguas túnicas (adornada, día tras día, con un vestido de ceremonia), ¡lo recuerdo como si fuera ayer!...

Se ríe; luego la habitación se llena de un silencio líquido. Por encima de sus cabezas, una invisible fuente iba, al parecer, a escurrirse, dice la mujer en los brazos del... no del extranjero, no del francés, no... en los brazos del hombre. Él, ausente y presente; él y su piel que mis dedos recorren soñadoramente, pues son ellos, mis dedos al moverse, los que sueñan —se habla a sí misma, la amante, aquella a la que él ha abrazado...

Cierra los ojos, se concentra intensamente: más tarde, pensará en ese instante de la primera noche; le gusta tanto «mirar con la yema de sus dedos», así recordará ese momento preciso, cuando sus cuerpos enlazados se tensan, se tienden a través del lecho. «¡Estoy conociéndote una y otra vez!». Su voz es ferviente, su boca, a pequeños lametones, desciende por el flanco del amante. Su pierna lo cabalga a medias, ella se desliza, se agacha entre sus muslos, le acaricia las ingles; se entremezclan. Él la penetra de nuevo, ella mantiene, esta vez, los ojos abiertos; la oscuridad se ha aclarado.

Mucho tiempo después, apaciguados sus alientos. Diálogo en la renacida negrura:

—¡Dime entonces!

—¿Qué quieres que te diga?

—Recuerda, en París, varias veces te pregunté el significado de tu nombre. Me decías: «Después, después se lo diré». Te reías, como si te burlaras... De hecho, lo eludías.

Su tono, al final, tan paciente. Ella vuelve a reírse, su voz, en la translúcida sombra, brilla como una esquirola de vidrio. Recupera una coquetería que habitualmente no se manifiesta en los gestos (los suyos, en pleno día y fuera, contenidos) ni en el atavío (su modo de vestir, tan neutro como le es posible, para no «llamar la atención» demasiado), desplegada sobre todo en sus palabras o, más bien, en sus reticencias de la lengua.

—Thelja —insiste él—, quisiera llamarte «mi Thelja». ¿Cómo repetírtelo sin saber primero su significado?

—Ya lo sabes —comienza ella—, nací en un oasis a las puertas del desierto —Thelja se detiene, se dispone a recordar una superstición, la de esas parturientas de antaño que ocultaban durante siete días y siete noches el nombre de su recién nacido, por temor al «mal de ojo». Pero acaba confesando—. «Thelja», querido, significa nieve... Qué le voy a hacer, soy una mujer que nació en un oasis y se llama nieve.

Se desprende de sus brazos; se retira hacia el otro lado de la cama. En otro lugar, se habría dejado caer al pie de la yacija, sobre una piel de cordero en el propio enlosado; en otro lugar, en su alojamiento de antaño.

Él vuelve a acercarse; desea tomarla de nuevo, a toda prisa esta vez, o enfebrecido.

Ella se entrega con una voluntad de lentitud que se esfuma poco a poco, se funde luego en una violencia común que les sumerge: duración que se derrumba, ella, con los ojos cerrados y el cuerpo avivado hasta la punta de las manos, de los pies, de los cabellos... Imagina el árbol de sus cuerpos desprendido de ellos —sus ojos aislados, planos sobre el lecho como en la arena de una playa inmensa, ellos, doble mirada desorbitada y abandonada—. Ve sus cuerpos erguidos y entrelazados desplegándose fuera, emprendiendo el vuelo hasta los tejados, flotando por encima de los campanarios, del torreón más altivo, cuando en la resaca de su deseo confundido se agarra a él, a sus caderas, a sus lomos, a sus piernas y se sume entonces en un gemido profuso. Aliento de río invisible, rítmicos impulsos del amante que se prolongan hasta el fondo de sí misma, y que la arrastran... Ella se derrama, se llena, se zambulle en ese reluciente flujo. Las olas baten sus sienes, fluye por fin en el curso del goce que, poco a poco, va a agotarse.

Lavada, desmigajada, multiplicada, Thelja ya solo desea dormirse, marcharse, sirgada por el otro cuerpo que la guía.

—¡Déjame descansar! —pide.

—¡Oh, Nieve —suspira él—, mujer ardiente que me abrasa!

## II. La de Tébessa

Eve, aquí estoy, en tu casa, la segunda mañana. No me preguntes qué hice el día de mi llegada, ni la primera de mis noches, Eve de mi tierra y a la que puedo, por eso, llamar Hawa.

Eve nómada, desde hace casi quince años abandonaste la ciudad ancestral, Cirta la alta, el nido de águilas. Habíamos vivido nuestros años de infancia común no lejos de allí, en Tébessa: ¿en cuántas ciudades y países has residido desde entonces? Primero en Marruecos, donde te casaste, fui por ti un invierno, a Marrakech: deambulé del alba al poniente, por todas las callejas de la medina, me senté en el polvo, dejé que las mujeres me empujaran en el mercado, mantuve conversaciones con las campesinas en el umbral de las madrasas, en el más humilde de los santuarios o en el interior de las mezquitas de barrio, entre dos momentos de plegaria... Cada anochecer, durante un mes, degusté el hechizo de mi primera libertad («¡Me siento como en casa y, sin embargo, vagabunda!», exclamé encantada); volvía a casa de Omar, tu esposo. Charlábamos mucho rato por la noche: del Magreb, al que deseábamos como un solo país, de música antigua, de pintura contemporánea. ¡Qué invierno de entusiasmo conocí y cómo brotaba mi orgullo al haberme iniciado tan pronto en el dialecto marroquí! Callábamos en medio de los músicos del barrio, que cantaban sin cesar en una terraza, a veces hasta que nacía el alba.

Regresé revitalizada; poco después yo también me prometí, como si me hubieses transmitido subrepticamente el contagioso tesoro de una secreta alegría.

Al año siguiente, emigrasteis a Holanda. Comenzaste a enviarme postal tras postal, mensaje tras mensaje: te anuncié brevemente mi próxima boda en Orán y te acompañé a lo lejos, como en la sombra. Ignoraba por qué os separasteis Omar y tú, uno o dos años después. Por qué le dejaste instalarse de nuevo en Marruecos, con vuestra hija, Selma (dos años, ¿cómo pudiste abandonar a una hija de dos años?...). «La tendré cada verano y será una fiesta por todas partes adonde vaya —me escribiste entonces—. En Marrakech tiene una abuela de solo cuarenta años, tres tías muy jóvenes y una decena de primos y primas. ¡Me reemplazará pronto! ¡Primero pienso en ella!».

Me contabas tu apasionada afición por la fotografía. Ya no me escribías postales sino cartas, que yo descifraba con dificultad en el papel de dibujo.

«No volveré a Tébessa, ni a Constantine», me escribías, y un rotulador negro inscribía tu frase en diagonal, en curvas semicirculares, con esbozos de paisajes trazados a toda prisa en el margen (un minarete, un arco romano, una multitud de campesinos con chilaba... Una morisca de hinchado velo). «¡Ya sabes por qué!».

Yo sabía por qué: acababas de perder a tu madre, que no había podido soportar verse así trasplantada a los arrabales parisinos («trasplantada» es la palabra que escribías, pero, por teléfono, tu voz se endureció al decir «deportada», fue deportada pero no en el jaleo del éxodo de 1962, sino diez años más tarde, en un arrebato

melancólico del que no se pudo curar).

«Nunca —escribía el rotulador negro que iba en todas direcciones— volveré a la ciudad donde nació mi madre, que pidió ser enterrada en el cementerio israelita, junto a su marido, a su padre, a sus hermanos».

No añadías lo que supe por unos amigos comunes, que ese entierro no fue autorizado o, más bien, que fue «desaconsejado»: el municipio contaba con los dos decenios anteriores sin una solicitud de inhumación para poder, entonces, transferir el cementerio a otra parte y recuperar así unos terrenos que se habían hecho muy valiosos para la construcción inmobiliaria.

Me escribías desde Ámsterdam: tus deseos de imágenes, tu obsesión —llevada tan lejos, al Norte— por los lugares antiguos, «lugares de risa y de lágrimas» decías, y me contabas:

«He comenzado a recordar noche tras noche Tébessa, las callejas alrededor del viejo mercado, las escaleras junto al arco de Caracalla. Recuérdalo, nos gustaba tanto, de niñas, sentarnos entre las mendigas y las vendedoras de hierbas, las beduinas que sacudían la cabeza adornada con los flecos multicolores de sus tocados y que miraban con insolencia a las mujeres europeas o a los pocos turistas que desfilaban... Quiero fotografiar Tébessa para no volver a soñarla, pero ¿la encontraría igual si volviese a ella?... Si tú te reunieras conmigo, aquí, haría más bien diez retratos tuyos: todos en blanco y negro, vestida tú con el mismo discreto corpiño, la luz de Vermeer utilizaría sus variaciones en las lisas superficies de tus pómulos, en tu nariz recta y corta, en la móvil mueca de tus labios (yo exigiría que te pintaras los labios de violeta, de verde, de amarillo... y que te echaras los cabellos hacia la nuca. Por cierto, ¿sigues llevándolos tan largos?...».

Yo te respondía desde mi casa, aunque lejos de Tébessa, desde Orán, donde acompañaba a Halim. Te mandé desde esta ciudad, que estaba descubriendo, una tarjeta postal de una fealdad desoladora, casi conmovedora:

«Querida Hawa, me he cortado mucho los cabellos y tengo una nuca de muchacho. Precisión útil en nuestros días, en 1987: ¡nunca llevo pañuelo, ni siquiera cuando llueve! Halim y yo vamos a instalarnos, el mes que viene, en Argel».

Tú no me mandabas ninguna de las fotografías que te robaban todo tu tiempo; exponías, me escribiste, en Róterdam. Por teléfono me describías el puerto, los muelles; en cada uno de los paisajes que captabas, todo, en esas imágenes, se diluía, los hombres, los viandantes, los niños... «Solo inmovilizo cielos, agua, muelles hasta el infinito, de vez en cuando un paquebote en la niebla». Por teléfono también gemías, aunque refiriéndote a Ámsterdam:

—¿Cómo trabajar aquí, con los museos demasiado ricos y todos esos fantasmas de pintores ilustres?... Es una metrópoli para hacerte músico, o bailarín, ciertamente no para buscar las propias imágenes... ¡Una ciudad para soñar a ciegas!... Y sin embargo —tu voz se hacía tan presente, tan ardiente por la noche (me telefoneabas siempre de noche, por aquel entonces)—, sin embargo en este espacio tengo siempre

la impresión de estar flotando.

—Oh, Hawa ¿qué quieres entonces? —respondía yo, desamparada o tiernamente irónica.

Tú te detenías, vacilabas y, luego, de pronto:

—Me voy, me voy... ¡Después de esta exposición en Róterdam, me traslado!...  
¿No preguntas adónde?

Yo callaba; aguardaba.

—Me voy a Alsacia. ¡Y creo que esta vez para instalarme!

—¿Estás segura? ¿Qué te pasa?

—Te escribiré, te lo prometo, y una carta muy larga.

Me informaste luego, un año después (tu carta, enviada al país, de una ciudad a otra, tardó meses en alcanzarme, en París). Me escribías que habías encontrado «el último amor» de tu vida. Eras la primera en burlarte de esa expresión melodramática.

«¿Por qué mi “último amor”? —proseguías, escribiendo por mí las preguntas—. El último porque se trata de un hombre alemán».

Y añadías (también con tu escritura atravesada o en círculos, y con el mismo papel gris que te sirve para los bocetos): «Si esta vez no funciona, me hago religiosa. Católica, claro está, es el único estado de castidad declarada. Para conseguirlo, me convertiré. Renegaré de la fe de los míos, enterrados en Constantine o inhumados, hoy, en las cuatro esquinas del universo, en Israel, en Canadá, en Venezuela o en la más pequeña de las ciudades de provincia francesas, Nevers o Angulema. No me convertí al islam cuando Omar, en Marrakech, me lo pedía como la única prueba de amor tangible: una “metamorfosis”, ironizaba yo entonces. Una judía conversa, ¡no! Selma irá a orar en mi lugar a la Koutoubia, con su abuela... Yo, si mi historia de amor alemán termina en un callejón sin salida, me haré entonces católica en tierra alsaciana. ¡He aquí mi destino, oh, Thelja!».

Releo tu carta en el taxi que me lleva a tu casa, en ese arrabal cercano, el barrio de Hautepierre, de bloques circulares.

—¿Un alemán en Estrasburgo? —iba a preguntarte yo.

—En absoluto, un alemán en Alemania, en Heidelberg para ser precisos. Pero yo, tú lo recuerdas, Thelja, cuando era una niña de nueve años te lo declaré solemnemente y he permanecido fiel al juramento de la infancia: fue después de haber llorado leyendo el *Diario* de Ana Frank: «Nunca, nunca yo, nacida de padre judío andaluz y de madre judía bereber, nunca pondré los pies en Alemania. ¡Ni siquiera por un día! ¡Me niego!...».

»Luego, mi corazón palpité de espanto, de malestar, de vergüenza en aquella escala de avión no prevista, en Fráncfort. No salí del aeropuerto en todo el día. Me habría quedado dos días, ocho incluso, si hubiera sido la única solución... El aeropuerto, en tránsito, seguía siendo territorio neutral.

»Y he aquí que, a causa de un “flechazo” (un único y largo encuentro en Róterdam, tres días y tres noches, en el barrio del puerto, sin separarnos), me

encontraba en el propio corazón de “mi” zona prohibida, en territorio enemigo por así decirlo... Entonces di vueltas y vueltas, no supe ya dónde estaba... repetí: “¡En Alemania no!”... Soy todavía la niña de Tébessa... Alemania no, ve a vivir lo más cerca posible: no muy lejos del Rhin, delante de “mi línea Maginot”, en una nueva versión.

Tus palabras, vuelvo a imaginarlas ahora, vuelvo a escucharlas, puesto que hubo otras cartas:

«¡Thelja! ¡Ven de una vez! Te contaré de viva voz; no puedo escribirlo todo, no puedo evocar la efervescencia que acompañó mi traslado. Ven a Alsacia, ¡de Argelia directamente a Alsacia! Ven, porque no quiero ya viajar, ¡salvo con el hombre de mi vida! Mientras, no vivo con él. Lo espero, en Estrasburgo... ¡Dure lo que dure! Encontraré trabajo en esta ciudad. Es preciso que aprenda un poco el francés... Yo no le hablo en “su” lengua. (Tú sabes que aprendí el alemán en el instituto. Como un desafío). Pero no hablaré con él en esta lengua.

»¿Cómo, en aquellos primeros días, en Róterdam, nos amamos? No lo recuerdo o, más bien, estoy segura de ello: sin palabras, al margen de las palabras, él y yo mudos de pronto... La estupefacción, la turbación amorosa enmudece.

»Él viene a mí cada fin de semana y, a menudo, algún otro día no fijado de antemano. Atraviesa el Rhin. Llega a la entrada de Estrasburgo, a Hautepierre, Maille Béatrice.

»Ha comenzado a estudiar francés metódicamente; dice que luego aprenderá el dialecto... Yo me entrego. Me lo he jugado todo de golpe. Estoy en el infierno y en el paraíso (“en el infierno” por la memoria, “en el paraíso” por la voluptuosidad). Dejando eso aparte intento, en Estrasburgo, trabajar no siempre gracias a la fotografía (unos encargos tan pequeños, a veces como “documentalista”: búsqueda de archivos para un diario con escasos medios). Confío. Me quedaré aquí y me convertiré realmente en fotógrafa... Miro las piedras, los árboles, los arcos de un puente... Poco a poco, me sorprende enfocando, iluminando...

»¿Y tú, mi hermana de Tébessa, dónde te encuentras entonces y cuándo podrás venir? Naturalmente, para entrar en mi historia tienes todo el tiempo.

»Cuando tengas por fin la oportunidad de llegar hasta mí, tal vez yo esté ya sola, quizá haya entrado en un convento de dominicas, es una “ciudad libre” donde han proliferado los conventos de mujeres, harenes en suma, aunque de beatitud... Sin embargo, no tardes demasiado, cinco años, diez aun; o puede que me encuentres con dos o tres hijos, madre de familia tranquila y, a pesar de todo, fotógrafa.

»Por la noche, te lo he escrito ya, en sueños vuelve a mí Tébessa... (Ahora lo comprendo, los sueños comenzaron tras la muerte de mi madre). Calles llenas de niños y campesinos, sol, polvo y las majestuosas ruinas... Mientras esas imágenes de “nuestra tierra” se deshojan en lo más profundo de mí misma, en una inacabable cámara lenta, carcajadas de niñas (tú y yo, claro) piando, corriendo, jugando, se me convierten en bufanda de ruidos y caricias que envuelve mi sueño...

»Te escribo sin noticias tuyas... Vendrás, y si no tengo hijos (un hijo ni judío argelino ni alemán, un hijo alsaciano) no podré fotografiar el rostro humano... ¡Ciertamente no el de mi amor!«.

Eve, Hawa, hermana mía, heme aquí muy pronto ante ti, esta segunda mañana; pues cruzo el umbral de tu puerta.

El hombre no dijo nada, la primera noche: nada de su ciudad. Abandonó a Thelja poco después del alba. Se aleja del centro antiguo; su coche circula lentamente. Trabaja en el puerto del Rhin.

A esa velocidad, tarda media hora, poco más o menos, en llegar a las dársenas.

Cuando su automóvil toma el último puente que cruza el Ill y deja atrás el hospital, a lo lejos, a su derecha, el hombre posa una breve mirada en el agua —no gris a estas horas, apenas de un azul negruzco, de un azul reluciente y metálico—. De pronto, se ha estremecido; ha olvidado la noche (el cuerpo desnudo, el cuerpo liana, sin embargo, no lo abandona. Lo siente curvándose en el espacio del coche, atrás, junto a sus hombros, rozándolos casi)... Conduce, ha vuelto a ver, una hora antes, a la muchacha desnuda bajo la ducha, corriendo de pronto la cortina y pidiéndole con una carcajada: «¡Ven conmigo al agua!». Él ha estirado los brazos; sus manos, bajo el agua, han esculpido el cuerpo salpicado de gotitas. «¡No, tengo frío!», ha murmurado, molesto, y fascinado al mismo tiempo por lo que ahora llama «la inocencia de su impudor».

Luego la ha acogido, envolviéndola en una gran toalla, la ha llevado, a medias, hasta la cama. La ha penetrado desnuda, húmeda, mirando mientras duraba su espasmo el rostro huraño, diciéndose: «No olvides sus suspiros, contempla su canto y sus quejas». Ha evitado gozar, le ha dado primero a ella un largo placer, preocupado por la duración que ella va a detallar, como debe detallar cada una de sus hambres: «Me deslizo, fluyo, me hundo y emprendo el vuelo todo a la vez», suspirará ella más tarde cuando él la haya secado.

La ha ayudado a vestirse.

Su coche, que ha salido de la ciudad, evita la autopista. No, no llegará tarde: se tomará su tiempo. La imagen del cuerpo bajo la ducha, del rostro con los párpados cerrados que suspira, que canta, mientras él está sentado aquí, en este automóvil, pero se hunde allí, con los riñones rodeados por las piernas de ella, entrecruzadas...

Detiene el coche en un terraplén. Abre la portezuela. Permanece sentado, junto a la ribera del río, contemplando la ciudad a lo lejos: el campanario de la catedral, la masa de los tejados como una aureola, la niebla que se desgarrá lentamente. El alba pálida, gris, en algunas plazas, se ilumina con fulgores de un blanco brillante. A su espalda, en la carretera, el hombre oye el flujo de los camiones, que va acentuándose.

Fuma a medias un cigarrillo, lo arroja nerviosamente. Vuelve a cerrar la portezuela. Conduce, de un tirón esta vez, hasta el gran portal que señala la entrada

del puerto industrial. Llega unos minutos antes de las ocho. La hilera de obreros se apresura, se hace más densa, diagonalmente, en el patio, hasta los hangares.

Por costumbre, ha reducido la velocidad ante el aparcamiento al aire libre. Cuando sale, cuando avanza hacia las escaleras que llevan a su despacho, oye la risa de la bañista del alba, irreal, arrastrada por el rugido de los barcos que no se ven, que podrían oírse sobre el Rhin. Entra en su imponente despacho, como cada mañana, se detiene ante la inmensa cristalera: debajo, como a sus pies, el enorme río parece una ancha frontera móvil.

De pronto, cuando al sentarse cree zambullirse en su trabajo, de pronto...

—¡Lo he olvidado! ¡Realmente lo he olvidado todo!

Sus labios han murmurado lo que aún no sabía: ¿qué le está pasando, qué busca, incluso a su pesar?

Toda la mañana, mientras Thelja comienza allí su marcha por la ciudad, el hombre que firma su correspondencia, que escucha informes, que da su opinión, que ordena, que habla con su secretaria, que intenta concentrarse para trabajar, el hombre busca. Siente entumecido su espíritu, con un automatismo que no desfallece, es cierto, por lo que se refiere a las directrices que da a su entorno...

La una de la tarde, no puede comer. En vez de ir al restaurante (suele almorzar solo, cambiando de taberna o de cervecería, hojeando un libro o una revista...), decide regresar, no a Estrasburgo, más bien a un pueblo a pocos kilómetros de allí: el de su madre. La sombra de esta, ahora lo advierte, le ha rozado esta mañana cuando ha sentido la proximidad del hospital, después del último puente...

Va a caminar mucho rato, perdiendo la noción del tiempo. Las calles están desiertas, las casas son cómodas y están cerradas. El aspecto de la población, en su conjunto, es vistoso. No hay ni un niño fuera. Algunos trinos entrecortan el silencio... La campiña: prosperidad y paz, inmóvil aspecto de decorado. Su pensamiento, indiferente, registra esas impresiones, como si hubiera ido allí por primera vez.

Acaba entrando en una primera y, luego, una segunda taberna. Parece buscar a alguien: bebe en el mostrador. No mira a los parroquianos: sentados en grupos de cuatro jubilados, estos le contemplan moviendo la cabeza y con mirada circunspecta... No hay jóvenes: no es la hora («¡media tarde ya!», piensa); en la tercera taberna, más bien una cervecería donde, esta vez, se sienta para descansar por fin, el fondo de la segunda sala está lleno de una pandilla de mocetones ruidosos, burlones: un equipo deportivo, sin duda. «No —le informa el patrón sirviéndole su cerveza—, están preparando una obra de teatro en lengua alsaciana, para el próximo domingo».

El hombre bebe de nuevo. Su rostro se relaja y, sin embargo, se dice: «He abandonado mi trabajo sin ni siquiera avisar». Telefonar a su secretaria... No se

levanta. No telefonea. Solo puede hablar consigo mismo.

«Nieve —se dice luego—, ¿cuándo llegará el momento de volver a encontrarla? ¿Dónde estará ahora...?». Y sin embargo no la busca, aunque hubiera deambulado del mismo modo por Estrasburgo.

Está pues allí, en el pueblo de su madre; la madre murió hace tres años ya, o cuatro. Vuelve a él, pero como un extranjero. No hará el esfuerzo de ir a la casa de su infancia, para sentarse en el salón, al que la vecina tiene órdenes de quitar el polvo cada lunes.

¿Qué busca? ¿Está realmente buscando algo? ¿Buscándose?

En cuanto me separo de Eve (he almorzado con ella en su pequeño y luminoso apartamento, de un barrio popular, y me he enternecido: he tocado su vientre hinchado, ¡está embarazada!), una vez fuera, mi diálogo dulce y monótono con usted se ha reanudado, ha fluido al compás de mis pasos.

No voy a contar cuántas horas me quedan. No me apresuro. Tampoco usted, supongo. Está trabajando absorto, allí, por encima del río, en esa importante fábrica de celulosa, creo. Tiene que ser puntual, al contrario que yo, antojadiza. A las seis, exactamente, sonará la campana para que la fábrica se cierre. Será de los últimos en salir. Irá usted a cambiarse.

Vendrá a esperarme en el restaurante de ayer, en la plaza Gutenberg, adonde llegaré con cinco minutos, o diez como máximo, de retraso. Mi corazón palpitará y lo disimularé. Me haré la indiferente.

No le he hablado de usted a mi mejor amiga del pasado. Se mostraba voluble. Tenía tantas cosas que decirme. Yo no esperaba encontrarla así, floreciente. Como en los tiempos de nuestros antiguos días, en Marrakech. La alegría de antaño renacía, apenas atenuada, adornada en ella con gravedad y, ¿sabe usted?, una nueva luz iluminaba sus pupilas...

—Hemos encontrado la felicidad: ¡el concubinato nos lo deja todo abierto a los dos! —precisaba.

Pero yo, preocupada por ella, preguntaba:

—¿Y el niño —porque ya se lo he dicho, está embarazada de seis meses—, lo deseabas? ¿Lo esperabas?

Ella ha callado; apenas el ala de una sonrisa en su cara morena y delgada. Como yo (¿somos acaso, al menos por el período del pasado, algo gemelas?), dejó allí («allí», para ella, es Marrakech) a su hija para que fuera educada por el padre. Ve a Selma cada verano; seis o siete años, tiene ahora la niña —me enseña de buenas a primeras fotos de ella, a mí, que ni siquiera la vi de bebé...

—El niño —murmura Eve con la mano en el vientre— lo deseaba Hans. ¡Yo acepté!

Ella ha dicho ese nombre, «Hans», y yo me he dirigido a usted para mis adentros:

Eve, que creía haber franqueado lo imposible, la prohibición clavada en ella desde la infancia, Eve, mi más íntima, da sin embargo nombre a su amor... Pero yo (le hablo a usted, y se lo diré sin duda esta noche), yo no puedo decir en voz alta, ni siquiera para mí, su nombre... ¿Por qué? Tanto tiempo después de la guerra —precisión: «La guerra en mi país, entre los suyos y los míos».

## SEGUNDA NOCHE

*El mismo hotel de la víspera: el hotel de la Maison-Rouge. Cuando entran en la habitación, ella se acerca primero a la ventana, descubre el amplio balcón («quedémonos aquí un momento, ¿le parece?»), recuerda una lectura:*

*—Ya he encontrado la reminiscencia. Esta mañana, al salir, la buscaba: ¿qué despertaba en mí el nombre de este hotel?... Acabo de recordar una lectura, del mes pasado: André Malraux, entre los libertadores de la ciudad, en 1945, se instaló, decían, en este hotel; recibía, hablaba aquí, él, el escritor-guerrero.*

*—Salvo que —precisó el hombre sonriendo— por aquel entonces el hotel de la Maison-Rouge estaba en la plaza Kléber, en pleno corazón de la ciudad, luego fue destruido y lo reconstruyeron un poco más lejos, en esta calle.*

*«¡Una verdadera conversación mundana!», se dice ella, aceptando tomar una copa («un zumo de fruta. Champán no, gracias») y le habría gustado decir que estaba solo preparándose para otra forma de embriaguez, no la del alcohol. «Si se mezcla —pensó ella en silencio aún—, será menos puro. ¿Es “puro” la palabra adecuada?».*

*—¿Está usted soñando? —preguntó él tras haber vaciado su copa.*

*«Tal vez me aburriría —volvió a pensar ella ardientemente, como quien corre, como quien huye, para preceder al tiempo, para...—. En París, no, pero aquí preferiría, de vez en cuando, que fuera del todo extranjero: no podríamos intercambiar palabras, ¡solo caricias!...». De pronto, ella comprendió que había envidiado, esa misma mañana, el estado de Hawa enamorada.*

*—Si desea que le suban una bebida caliente —propuso, previsor—, puedo telefonar.*

*Ella negó con la cabeza; no hizo el esfuerzo de sonreír. De pronto, el carillón de las campanas de la catedral les ensordeció, allí fuera, en el balcón donde habían acabado instalándose. Entraron, se sentaron en la esquina «salón».*

*—¡Son las diez de la noche! —murmuró él.*

*—Desde hace siglos, esas mismas campanas han dado el toque de queda a kilómetros a la redonda: y los judíos de la ciudad no deberían estar aquí ya. Sin embargo, parece que, entre los emigrados alsacianos del pasado, sus hijos se hacían contar «la abuela», como ellos decían.*

—¡Ahora tiene usted una memoria alsaciana! —dijo él acariciándole el brazo: se había sentado muy cerca.

—Hawa (en fin, Eve) me ha contado algo más sobre esta «abuela» tan turbadora para las generaciones de emigrantes... Sus primos, encontrados aquí por azar, le han dicho que la comunidad judía ha protestado, recientemente, ante esa permanencia.

—Es cierto, hasta la Revolución Francesa los judíos no podían residir en la ciudad, solo pasar y trabajar en ella durante el día... Pero todo cambió a finales del siglo XVIII —calló y luego prosiguió—... en fin, hasta 1939.

—¿Por qué 1939? —interrumpió Thelja, y luego, recordando...—. Perdóneme, la ciudad se vació por completo el primer día de la declaración de guerra.

—Los judíos autóctonos, como los demás habitantes, fueron evacuados hacia el oeste... Tras la entrada de los alemanes, en junio de 1940 y durante el verano, cuando el setenta por ciento de los habitantes estuvieron de regreso, los judíos de la ciudad no lo hicieron, claro está.

El silencio se hizo de pronto en la habitación y fuera de ella, en el balcón.

—¡Metámonos en la cama! —dijo Thelja, al modo de una pareja que tiene ya sus costumbres.

Ni siquiera fue al cuarto de baño para desnudarse. Se desvistió tranquilamente, con sencillez, ante la cama.

Los gestos de Thelja, precisos, recortados por el halo amarillento de la lámpara. Se había vuelto para desabrochar, echando los brazos atrás, su sujetador. Su nuca hizo un brusco movimiento; su mano hizo caer el pasador o una peineta de carey.

El hombre miraba, atento; se había sentado simplemente a los pies de la cama, fuera de la zona iluminada.

Thelja volvió hacia él su rostro; sin sonreír. «Una cara serena», pensó él... Ella metió con un solo movimiento las piernas entre las sábanas, conservando las pequeñas bragas y, como por costumbre, con uno de sus brazos doblado sobre los abultados senos, que casi los aplastaba.

Bajo las sábanas, ella tendió el otro brazo hacia él; esbozó un atisbo de pálida sonrisa... Se sentía intimidada aún.

—¡Venga! —murmuró, pero ni siquiera oyó su propia voz.

Él se incorporó, se inclinó. Cayó cuan largo era de través en la cama, en mangas de camisa. Puso la cabeza entre sus pechos, se clavó allí; ella le oyó balbucear palabras confusas, de ternura, pueriles o de deseo: le dejó, no comprendía. Él se frotó así contra ella, y ella le esperó.

Titubeando un poco, se levantó, apagó la lámpara con una mano, se desnudó en la oscuridad.

Ella hubiera querido decirle: «¡No, prefiero la luz, no la oscuridad!». No dijo nada. Fue levantada casi enteramente por unos brazos vigorosos y reconoció el olor: un rastro de cigarro, una pizca de colonia y, sobre todo, el aroma de su piel; la textura que sus dedos encontraban ya.

—Puesto que has apagado, y es una lástima, deja que tocándote y tomándome mi tiempo te descubra de nuevo. ¡Volvamos a conocernos!

Las manos buscaron pacientemente los hitos de la víspera, allí donde la piel era suave, casi aterciopelada: junto a las axilas, más abajo contra un flanco, sobre todo en el nacimiento de las piernas, en la ingle, «aquí es tan suave como la piel de un niño», se dijo ella y se deslizó, ágil, se dispuso a comprobarlo con los labios, «no», susurró, «hay otra caricia. Te rozaré aquí con la piel de mis párpados, sentirás por lo menos mis pestañas, ternura contra ternura». Le gustó ese reencuentro de preciosismo sensual; se inició entonces el primer abrazo.

Que duró.

Ella se levantó de pronto, abandonó la oscuridad de la alcoba, entró en el cuarto de baño, tomó una ducha caliente, violenta. Regresó, encendió: se había envuelto hasta los hombros con una gruesa toalla blanca.

Se acurrucó a los pies de él, en la cama. Él fumaba, esperando.

—¿Tal vez prefieras dormir? —preguntó ella. Él negó con la cabeza.

—Luego... tengo ganas de un chorro de agua cayendo sobre mí... Para no dormirme, para prolongar este... bienestar.

Ella charló: como si fuera mediodía y estuvieran en el balcón, por encima de la ciudad. Le habló de su amiga. Su concubinato con un asistente de Heidelberg. Que estaba esperando un hijo. Volvía a menudo a Tébessa, a sus escapadas de niñas; se sorprendió describiéndole meticulosamente el arco de Caracalla; recordaba el polvo también, volvió a vivir aquellas borrascas que hacían vacilar a las dos niñas corriendo a la hora de la siesta, evadiéndose. El olor, el olor del estío allí...

Se detuvo: ¿por qué esas evocaciones aquí y ahora?, se extrañó. ¿Diálogo o monólogo?... Ni siquiera esa mañana, en casa de Hawa, había aparecido Tébessa con tanta vivacidad.

El hombre había dejado de fumar; le tendió la mano.

Ella se quitó la toalla; se exhibió, sentada, le expuso su cuerpo húmedo aún; se dio la vuelta: «¡Séqueme la espalda y me reúno con usted!».

Le frotó la espalda como si estuvieran en una playa. Ella le tendió los pies, uno tras otro: él hizo lo mismo con cada pierna. De un brinco, ella saltó a su lado, se metió entre las sábanas:

—¡No apague, por favor! —gimió en un suspiro.

Él solo redujo la luz.

Ella deseó de nuevo recordar como si fuese ayer... Mientras duró su evocación afloraba su deseo, naciente y latente a la vez, pero habló y sus hinchados pechos buscaban las junturas del amante, los músculos de su torso, de sus brazos, hablaba y

su pierna, doblada, iba y venía sobre el vientre liso del hombre, algo por encima de la verga, evitando excitarla, para llegar al final de su recuerdo, tan acuciante como su deseo.

De momento solo quería controlar el deseo, no el chorro, inagotable leche de palma, de la memoria de la infancia dispuesta a desbordarse...

Él la abrazaba, adivinaba las menores vibraciones del cuerpo de Thelja: pero procuraba dejar que esa palabra viva y gratuita llegara a su fin.

—¿Por qué —repite ella— siento deseos de hablar de las palmeras de antaño?... A comienzos de la primavera, en el momento de la fecundación. Hasta mis diez u once años, mi madre me mandaba, durante las vacaciones escolares, al oasis donde vivían todavía los hermanos, los sobrinos y los primos de mi padre. Ella no venía, o muy pocas veces. Y yo, en casa de Djeddi (al que perdí a los veinte años, ahora solo voy allí para muy cortas estancias), allí era la fiesta, la libertad —se detuvo, soñó de modo que suspendió sus gestos, sus roces, se ausentó por un instante, sumiéndose tan lejos y tan atrás—. Entonces se produce el florecimiento de las plantas: de los árboles, de los menores brotes, ¿sabes?, es el tiempo de los amores... ¡para las palmeras!

Cayó ella en su abrazo, mendigó besos, tocamientos, profusiones, luego, volviendo a dialogar bruscamente, mirándole muy de cerca —su mirada, sus rasgos, su boca— preguntó con seriedad:

—¿Sabes cómo se hace la fecundación de una palmera?

—Sé solo —repuso él— que la palmera datilera tiene un nombre botánico, «fénix».

—¿Fénix —se extrañó ella—, el pájaro que renace?

—Exactamente —dijo—, el que llega hasta el Alto Egipto, en Heliópolis, para morir y renacer de sus cenizas...

—Y no por casualidad... —soñó ella por unos instantes, luego se zambulló de nuevo en su infancia—. En un palmeral hay muchos árboles hembra y solo algunos árboles macho... En estado silvestre, me dijeron (pero luego lo comprobé en Plinio el Viejo), cuando llega el tiempo de la floración, arriba, en lo alto de las palmas, el viento, al abrir las flores, envía el polvo de esa florescencia hacia los árboles hembra...

Deslizó sus nerviosas piernas bajo las del hombre, volvió a acariciarlo un rato.

—A mí, lo que me fascinaba de niña era ver cómo, a comienzos de primavera, los hombres del oasis ayudaban a la copulación... Siempre eran los dos o tres muchachos más vigorosos quienes trepaban ágilmente por los estípites machos, con una bolsa a la espalda; desprendían delicadamente, arriba, la simiente, que conservaban en su bolsa... Yo permanecía con la cabeza levantada para mirar cómo los jóvenes trepadores volvían a bajar: cada uno como un bailarín, agarrándose a una palma que se despliega en arco, inclinándose poco a poco hasta el suelo... Así se dejan resbalar, casi voluptuosamente... —se ríe, reanuda sus más tiernas caricias,

*casi castas—*. Queda entonces lo más duro: trepar de nuevo a cada árbol hembra y, con la mano, entreabrir en la copa cada flor... Hacerlo así diez, veinte, treinta veces con cada árbol cuyos racimos se hincharán, cuando lleguen los primeros calores, con los famosos frutos de oro...

—«Deglet en nour» —dijo él, dulcemente—, ¿son los de tu oasis los dátiles más hermosos?

—Sin duda —respondió—, pero podría recitarte, una vez más, como declaración de amor... como declaración de deseo —rectificó—, los nombres árabes de veinte especies, por lo menos, de dátiles, incluidos esos «dedos de luz» de mi país.

«Mis dedos, en esta oscuridad, son nuestra única luz», pensó ella y ya solo deseó el goce: su duración, su lenta pendiente, su gravitación luego, y su asedio, y los comienzos del vértigo.

—Te lo ruego —susurró—, bésame los pechos, uno tras otro y mucho rato.

Él obedeció; ella suspiró: desde el fondo de su garganta, con ese canto, como un voceo pueril, inacabado. Con ambas manos le tomó violentamente el rostro — parecía escutarlo a pleno sol, allí arriba; los dos juntos flotaban por encima de las palmeras—, se apoderó golosamente de su boca, se llenó de su saliva, «¡bébeme o déjame beberte!», articuló devorándole desde el interior. Luego, tras haber recuperado el aliento, tras haberse separado de él:

—¡No sigamos así! ¡Quedémonos uno junto al otro para dormirnos!...

—¡Demasiado tarde! —murmuró él, y se rio apaciblemente en la oscuridad, sin acercarse realmente a ella. Ella oyó luego—: Quisieras hacer como esos trepadores de palmeras de tu tierra: subir hasta arriba y bajar luego, pero sin ni siquiera buscar la fecundación, solo para dejarse resbalar por el tallo, ¿«voluptuosamente», has dicho?

Se rieron ambos, mezclaron su alegría, sus brazos luego, después sus alientos y como, de hecho, estaba empalmado, la tomó sin contemplaciones y, sabiéndose menos acuciada por el deseo que antes, a ella le gustó, por las risas compartidas en esta salpicadura, acompañar al amante en esa navegación concertada del placer.

Cuando se durmió de pronto en sus brazos, ella escuchó que su respiración se calmaba... Solo dormiría cuando él despertara, muy pronto; así, aplastada bajo el peso masculino, volvió a recordar el oasis del pasado, en primavera.

Cuando el hombre despertó, cuando resbaló hacia un lado murmurando unas palabras de sueño, ella le puso la mano en los labios. «¡Shtt!». Anudó sus piernas con las suyas, de través, recuperó la autonomía de sus brazos, de su torso. Rechazando la almohada, se durmió con los brazos levantados por encima de la cabeza, con los pechos contra el colchón y solo sus piernas atravesadas en la cama, prisioneras aún.

### III. La abadesa

#### 1.

¿Cuándo llegarás? ¿Será esta noche o mañana? ¿Y por qué no vienes mañana? Mañana es shabbat, prometí hace ya mucho tiempo que iría a almorzar a casa de mis primos: él, David, vino hace veinte años de Casablanca, y ella, Denise, mi prima hermana, abandonó París para volverse a casar con ese hombre, al que no conozco mucho. Parece estar empeñado en esta invitación, en señal de «solidaridad», incluso utilizó esta palabra.

Y si no vienes hoy, mañana, sin que realmente haya recuperado el contacto contigo, tendré que responder, en el almuerzo familiar, a las insidiosas preguntas de mi primo político:

—¿Quién es el padre esta vez, Eve?

—Un alemán, David.

Tal vez no diga una sola palabra más. Tal vez sienta de pronto ganas de llorar (él que, en 1940, debía de estar naciendo en Marruecos, es decir en tierra de asilo). O quizá, como quien no quiere la cosa, se interese hasta por los detalles (¿qué hace tu prometido? ¿Habéis decidido casaros? ¿Cuándo?). Entretanto, mientras su hija de catorce años, llegue con retraso de la escuela y se siente, comenzaremos a hablar de lo demás, de la familia, de mi trabajo en Estrasburgo y del tiempo necesario para darme a conocer como fotógrafa... Al levantarnos de la mesa, llevándome a un rincón, David me hará observar, cara a cara, en un tono algo gimoteante, que me tiene afecto, que debiera visitarles más a menudo, que...

Vendrás hoy, Hans, te espero con más impaciencia que de costumbre. Ayer, cuando llamaste por teléfono, en tu primera falta de francés:

—Si iría mañana.

—Si fuera —rectifiqué.

Respondiste:

—Si fuera por la mañana, aunque pasado mañana, ¿estarías?

—El sábado, si es mi hora de ir a casa de mis primos, subes al tercero, a casa de mi vecina, Touma. Dejaré las llaves.

—Lo más posible es que sea el sábado, no sé aún a qué hora llegaré.

—¡Que sea pues el sábado, querido!

—Tu voz es seca... ¿No estás contenta?

—Solo decepcionada. Sé que no has podido.

Preguntaste luego si había visto al médico, si iba a la piscina («¡Todas las mañanas, querido!... ¡El sábado no!»). No tenías ganas de colgar. Un silencio. No eres comunicativo. Sentí tu tristeza. Me reí.

—¿Te ríes? —aliviado, de pronto—. ¡Tu voz me parecía triste!

—Cállate, Hans, pero no cuelgues todavía. Es un juego: creo que así podré escuchar tu aliento por el aparato... ¡Desde Heidelberg y junto a mi cuello!

Reíste tú también.

—¡Shtt!... ¡Sigue el juego unos segundos!

No puedes; prosigues:

—¿No prefieres, mejor, que te silbe algunos compases de Schubert?

Era uno de nuestros pasatiempos de chiquillos, en Róterdam, los primeros días, cuando no teníamos muchas palabras para decirnos: tú, diez palabras francesas, y yo dos o tres veces más... en inglés. Entonces silbabas; yo, a menudo, te seguía tarareando. Apelas pues a la complicidad del comienzo, del año pasado.

—Vamos, tres o cuatro compases de *La muerte y la doncella*: esta vez, me siento allí.

—¿Allí?

—¡Sí, en Róterdam! En aquel muelle abandonado, no lejos del taller de tu amigo pintor... —fue el lugar de nuestro primer encuentro.

Silbaste, pues, los primeros compases de Schubert. Eso aumentó mi nostalgia. Fue ayer por la noche.

Ahora, me he tendido en el mismo lugar, bajo la ventana, en el salón, en el colchón puesto en el suelo, con la manta blanca. Donde te gusta agacharte, cruzando tan ágilmente tus largas piernas.

Mina ha entrado poco después, con su aspecto de gata flaca. La niña ha mirado por todos lados; iba a entrar hasta la habitación del fondo.

—¿Buscas a Hans?

Ha asentido en silencio, con la cabeza.

—¡Hoy no! Creo que no vendrá.

Al mismo tiempo, entonces, he sentido una pena acerada: por primera vez, a causa de esta vida a retazos, de esta espera. Me he sorprendido utilizando esta fórmula inesperada: «¡Una vida a retazos!»; la he repetido, incrédula, difusamente alarmada, mientras sonreía a Mina.

## 2.

Thelja, esta mañana, no atraviesa la ciudad paseando; no, no manifiesta ya la indolencia del turista. Lleva un cuaderno en la mano; pregunta la dirección de la biblioteca universitaria. Se demora un instante en un puente, desemboca en una plaza dominada por la biblioteca con su doble tramo de imponente escalinata. Vacila, quiere tomar primero un café.

Da la vuelta al edificio, elige una taberna acogedora en una calleja, se sienta. Tras

las dos noches precedentes, tan llenas, se concentrará más en el pasado, ya se sentía acuciada, en París, por el recuerdo de una abadesa que, precisamente, vivió en esta región... De pronto piensa que hace exactamente un año, en esta misma época de las vacaciones de primavera, Halim, su marido, fue a París a visitarla —creía entonces que ella iba a regresar el verano siguiente...

Thelja se pone a fumar un cigarrillo; pide otro café: Halim, por aquel entonces a la cabeza de un servicio de archivo, en Argel (como arquitecto, le apasionaba la preservación del patrimonio), le había propuesto:

—Ven conmigo esta tarde: tengo cita, en un laboratorio fotográfico, con un amigo francés. Dos de sus colegas, antiguos soldados de la pasada guerra, tomaron entonces fotografías en plena kasba de Argel, aunque de noche. Aprovechaban el toque de queda y, naturalmente, la impunidad de su uniforme para tomar, en lugares vacíos, imágenes de las más hermosas casas antiguas. ¡Estoy impaciente por verlas! Podríamos montar una exposición en casa, para evaluar exactamente las destrucciones que se han producido, todo lo que hemos desdeñado preservar, conservar desde entonces. ¿Vendrás? Me gustaría saber tu opinión sobre esos restos.

Thelja fuma, con el espíritu por completo poblado por esas fotografías del corazón de Argel, tomadas en tiempo de guerra: fachadas de antiguas puertas, abandonadas terrazas y esas largas callejas que parecen encantadas precisamente a causa de su vacío nocturno; llenas, de hecho, de las miedosas esperas de familias atrincheradas y a la defensiva, a las que Thelja imaginaba tan bien, tanto tiempo después... Piensa en las observaciones de Halim, cuando salieron juntos del laboratorio:

—Estos últimos días recorro algunas de estas callejas: ¡tantas calles casi en ruinas! Y el último terremoto del otoño, aunque no haya habido víctimas, fue nefasto para muchas de estas mansiones seculares. Sus habitantes no tienen medio alguno de restaurarlas; sin embargo, no quieren abandonarlas, porque les ofrecen alojarlos fuera de la capital.

Tras un silencio, Halim concluyó, cruel:

—Nuestras almas se parecen a esos lugares de historia y memoria: en peligro de ser destruidos, no queremos, sin embargo, exiliarnos.

Estuvo a punto de decir, pues lo comprendió, que él estaba pensando en ella:

—¡Yo me adelanto siempre! Prefiero partir... —y habría querido añadir: «Es una cuestión de instinto, ¡solo eso!».

Pero no, nada de disculparse. ¿Para qué? Mejor permanecer muda. Sin embargo, como si escuchara el pensamiento de su mujer, Halim añadió:

—¿Regresarás pronto, este verano?

Ella replicó, casi con demasiada energía:

—No lo sé: no estoy segura de querer regresar.

—¿Y Tawfiq?

—¡Estará muy bien en casa de mi madre, en el pueblo! El aire de la montaña le

sentará bien... —añadió, en voz más baja—. Naturalmente, le echaré en falta... ¡Le echo en falta ya!

Halim la abandonó sin decir palabra, allí, en plena avenida. Cruzó la Rue Bonaparte, casi corrió hacia una cercana parada de autobús y subió en el primero que se puso en marcha. Sin volverse hacia ella: como si huyera de su propia cólera.

Ella le esperó por la noche, en su pequeña habitación del quinto piso. Regresó tarde, masculló que había cenado ya; debía de haber bebido, era en él una costumbre bastante rara. Abrió la cama plegable que le estaba reservada durante aquella estancia y se durmió enseguida, a plena luz. Luego...

Luego, no hablaron ya del verano que se acercaba. Halim regresó a Argel, tres días después.

«¿Por qué, esta mañana, dejo que me devore ese pasado reciente?»... Thelja paga su café, se levanta, sube con aire decidido los altos peldaños de la biblioteca. Un grupo de alegres estudiantes la precede: ella les sonríe, feliz de sentirse, claro que sí, en Alsacia. «¡Voy en busca de mi abadesa!», decide.

Una hora después, se halla sumida en la contemplación de una obra maestra; de su copia al menos, pues el original, lamentablemente, se ha perdido. Copia versos en latín; a su lado, escribe la traducción francesa. De vez en cuando, algunas expresiones y notas en alemán que salpican el texto hacen más lento su trabajo. Su atención se aguza más aún. Lee tres, cuatro páginas antes de regresar hacia atrás, releer y, luego, decidirse a copiar algunos versos:

«*Hortus deliciarum*», murmura; piensa intensamente en esa sombra que, de pronto, se acerca para acompañarla —una desconocida tan presente que comenzó a obsesionarla, en París, mientras ella iba a la escuela de archiveros o, con más frecuencia, a la Biblioteca Nacional—. «La joven abadesa», la llama desde hace meses. En verdad no deseó venir a Estrasburgo por ese fantasma —esa sabia piadosa, esa iluminadora, la sorprendente mujer-escritora del siglo XII—, sino para encontrarse con Eve, «la de Tébessa», y, claro está, por la aventura de las noches con ese hombre. Con respecto a este, pensó primero en «nueve días», o más bien en «nueve noches», como si las jornadas no pudieran convertirse en ofrendas más que para Eve; para la abadesa también y, sobre todo, para la ciudad.

Junto a Eve, el tiempo tranquilo de la infancia, otro «jardín de las delicias», iba, sin duda, a fluir de nuevo. El recuerdo de antaño volvería a brillar: gracias a su amistad, a su gemelidad diría incluso. Pero se avivaba del mismo modo la visión de la abadesa: Herrade de Landsberg. Por esta, Thelja tendría que ir, tras su estancia en Estrasburgo, hasta la cima del monte Sainte-Odile, entrar en el viejo convento benedictino donde la canonesa vivió y escribió.

*Este libro, titulado Jardín de las delicias, lo he compuesto yo, pequeña abeja, por inspiración de Dios, del jugo de diversas flores de las Santas Escrituras y de las obras filosóficas.*

Thelja no necesita buscar, copiar esa primera frase de la famosa enciclopedia: la sabe de memoria.

Esta mañana, pues, la expresión, modesta y tierna, ha aflorado en sus labios: «Yo, pequeña abeja». Tras ello, ha decidido ir a consultar una de las copias del *Jardín*.

¿Una copia? Ciertamente, no el original.

La magnífica enciclopedia alsaciana que exigió a su inspiradora, la joven Herrade, veinticinco años de su vida, día tras día (a ella, que fue, en gran parte, autora de la prosa latina sembrada de vocablos tomados del alemán suabo a ella, que escribió, a veces con la ayuda de la otra abadesa, la venerable Réлиндis, numerosos poemas místicos, escritos en caligrafía gótica e ilustrados con más de ciento treinta y cinco miniaturas en color), sí, la obra maestra de Herrade, la poetisa, la dibujante y la compositora de cantos gregorianos destinados al consuelo, todos esos años, de cuarenta y siete canonesas y trece novicias a las que ella dirigía ese libro, conservado en piel de cerdo repujado y preservado en un estuche de terciopelo rojo, sí, esa rara obra de una mujer, que se había salvado de un incendio en 1546, que de nuevo había salido indemne de un segundo incendio en 1860, esas trescientas cuarenta y dos hojas de grueso pergamino que se disputaron, a través de los siglos, cierto obispo, cierto prefecto de policía, un aristócrata aficionado, un embajador de Prusia. Por fin pues, tras tantas navegaciones, el libro de Herrade —«la abadesa», dirá sobriamente Thelja, admirada— fue destruido, irremediablemente destruido, la noche del 24 de agosto de 1870 por los obuses prusianos caídos en el coro de la iglesia de las dominicas, en la plaza del Temple-Neuf. Estrasburgo, sitiado desde hacía doce días ya, siguió recibiendo las bombas incendiarias, día y noche, durante todo el mes siguiente.

Así, el *Hortus deliciarum* ardió; se hicieron humo también las obras maestras del museo de pintura y escultura de la Aubette; fueron destruidas las dos bibliotecas que contenían dos mil quinientos valiosos manuscritos. Bajo los obuses, todo el centro de la ciudad se redujo a ruinas: palacio de justicia, estación, teatros, hospitales, casas particulares e incluso el campanario de la majestuosa catedral, afectado hasta el punto de provocar la indignación de Victor Hugo y, tras él, la de todos los grandes artistas europeos de entonces.

«Ahora bien, ¿cómo es posible que hoy, yo, la estudiante argelina, sufra tanto solo por este libro?... Las piedras fueron reconstruidas, pero ¿y el original del *Jardín de las delicias*? Las copias póstumas que hicieron posible las reproducciones del arqueólogo Bastard d'Estang, que había guardado, en el siglo pasado, el famoso libro, esas copias recientemente realizadas, ¿no son acaso una casi resurrección de la obra

maestra?... ¡Deberían bastarme, consolarme!».

Saliendo de la biblioteca en pleno soliloquio, con los ojos llenos aún del brillo de las iluminaciones, como flotando en la visión de su rojo saturno, de su azul ultramar, transportada por tantas imágenes suntuosas, Thelja persiste en ver, por encima del martirio de la ciudad, aquel estío de 1870 —casi cuatro mil muertos y heridos entre los civiles, cinco mil casas destruidas—, sí, Thelja cree ver flotar en el aire la Mujer del Apocalipsis, unas veces; otras, el Árbol de Jesé de inspiración bizantina o, incluso, la procesión de las Sibilas representando a las cincuenta monjas del convento de Herrade, al modo de los mosaicos de Palermo...

Thelja, dirigiéndose a casa de Eve, se dice que no, la genial abadesa no murió, ni cuando las labores de su cargo acabaron con su incansable inventiva, ni tampoco durante el incendio de agosto de 1870.

«¿Cómo consolarme de no haber podido tener nunca en mis manos el original del libro de Herrade? Porque, a fuerza de haber leído tantos documentos sobre el terrible sitio de Estrasburgo, veo, oh sí, como si estuviera allí, asisto físicamente a la revuelta de los estrasburgueses, saliendo poco a poco de los sótanos donde se habían agazapado durante las cuarenta y ocho horas de bombardeos: se enteran estupefactos de la abdicación final de la ciudad, algunos lanzan proclamas al motín patriótico... Ciertamente, cómo me gusta ese empecinamiento desesperado, qué familiar me resultaría: digno realmente, en cualquier caso, de su antigua compatriota, la mujer-escritora más admirable de esta Alsacia».

Con el espíritu enfebrecido por los colores de las iluminaciones y por el recuerdo del valor de los estrasburgueses («apenas ciento quince años antes, ¡ayer, como quien dice!»), la argelina, súbitamente tan desligada de su historia de amor, entró alegremente y sin anunciarse en casa de su amiga, en HautePierre.

### 3.

—Eve, te he dicho antes, creo, que he abandonado a Halim, que vino el verano pasado, que no pude regresar, que añoro al pequeño Tawfiq, pero qué le vamos a hacer...

Eve se ha acercado a Thelja: están sentadas en el suelo, en una estera doblada en dos, con almohadones a sus pies. La pequeña Mina, al fondo de la estancia, examina en el suelo las fotografías que, poco antes, ha revelado Eve —su trabajo de la mañana, precisamente.

Thelja prosigue con dificultad:

—He venido hasta aquí por ti, pero no solo por ti... También porque paso mis

noches con un hombre, un extranjero.

—¿Quieres confesarme unas noches de amor? —la pinchó Eve—. ¿Por qué empiezas así, casi en tono de culpa? Soy tu amiga, ¿no? Habla como quieras, di lo que quieras, calla si lo prefieres... Lo esencial es habernos encontrado por fin, después de tanto tiempo, ¿no es cierto?

—Algún día te lo contaré... En fin, pronto, ¿cuando me vaya!

—¿Y si vinierais los dos a casa, para una velada amistosa? Mañana Hans estará aquí... —Eve suelta la carcajada—. ¿O acaso no quieres mostrarlo? ¿Es algo «inconfesable», como dice la gente de bien? ¿Un hombre casado?

—No —respondió Thelja—, pero casi es lo mismo. Un hombre viudo. Un viudo del que ni siquiera sé si sigue sintiéndose inconsolable... De hecho, me da igual: lo descubro de pronto. Si está obsesionado por la otra, la que perdió hace solo un año o año y medio, tal vez sea eso, en el fondo, lo que me atrae: hago el amor con un extranjero y, además, es como un sordo. Parece oírme, me toca, acaricia mi cuerpo, pero tal vez no oye realmente lo que digo, lo que quiero decir, lo que me atrevería a confesar, o, cuando todo le llegue, será demasiado tarde... ¡Ya no estaré ahí!

—¿Puedo —le preguntó Eve levantándose, añadió, entre paréntesis: «Traigo enseguida té; lo necesito y tú también»—, puedo hacerte una observación? Lo pensarás y me responderás dentro de unos minutos: has dicho, por dos veces: «Un hombre extranjero». ¿Qué quieres decir con eso?

Eve desapareció en la cocina. Al fondo, Mina, agachada entre imágenes en blanco y negro, tarareaba distraídamente. Thelja se tendió en la estera, miró al techo, bastante bajo. Entonces, Mina, dejando de canturrear, se acercó al aparato, puso un disco de música marroquí antigua.

Tras una canción de *Melhun* (una poesía culta, con tres siglos de antigüedad, conservada por los artesanos de Meknes), un tenor de Fez, al que Thelja reconoció y que le gustaba, continuó una canción muy popular entre todos los ciudadanos del Magreb, titulada *La endecha de la vela*:

*¿Por qué, oh, amada mía, lloras  
Como mi vela que lentamente gotea?  
¿Por qué?...*

Era el estribillo de origen andaluz, dulcificado por las variaciones del dialecto: la dulzura de la voz, la melancolía de las palabras la envolvieron.

Se disponía a responder a Eve, pero esta se demoraba en la cocina, tras haber entornado la puerta.

«¿Un extranjero? Es decir, alguien al que no podría amar así, en el cuenco de esta belleza de mi lengua de infancia... ¡Me encuentro en lo más profundo de mí misma, entregándome, aniquilándome!... Sí, un extranjero, ¿por qué he definido así, de entrada, al amante de estas noches?».

Mina detuvo el disco. Thelja dejó de hacerse preguntas, suspendida en esa detención: iba a olvidarlo todo, poco a poco, salvo esa vela que se deshacía, salvo la ternura cálida de la voz, el terciopelo de la lengua que resbalaba sobre el rastro, en ella, de su placer reciente.

Mina, incorporándose, se dirigió hacia Thelja. Su aire era de aguda curiosidad:

—¿Conoces esta melodía? —murmuró en árabe.

—Claro —sonrió Thelja tarareando el interrumpido estribillo. Mina, enternecida, suspiró a regañadientes:

—¡Tengo que marcharme! ¡Touma me reñirá! Debe de preguntarse...

Ligera, la niña dio media vuelta, desapareció cuando Eve llegaba con una bandeja que contenía dos humeantes tazas de té y, naturalmente, pastelería oriental.

—Mañana, al anochecer, vendré sola o con «él»... Si vengo sola, al terminar la velada haré que un taxi me deje en el hotel.

—¿Un hotel del centro? —dijo Eve, sirviendo el té.

—Vas a reírte: desde el comienzo tuve una fantasía. Nos encontramos, él y yo, en el mismo café restaurante, pero entonces yo quiero cambiar de hotel cada noche. Como tengo todo el día para recorrer, al azar, las antiguas calles, elijo un barrio u otro según mi humor... Le propuse ese juego ya la primera noche... ¡Solo le digo lo que he elegido para la noche a la hora de la cena! ¿Por qué? Tal vez es un modo de hacerle sentir, noche tras noche, que debe convertirse en nómada. Sin ataduras, como yo, aunque en su propia ciudad, la de su pasado, aquella en la que trabaja. Tal vez sentirá así, cada mañana, cómo estoy dispuesta a partir en cualquier instante: no he venido por una «relación», como dicen por aquí, yo...

Hizo un gesto de desamparo, se detuvo... Prosiguió con voz soñadora:

—Esta noche sé ya que elegiré el hotel de l'Ecluse, fuera de la ciudad... Mañana es sábado, podremos pasear juntos.

Un silencio. Unos gritos en la escalera. Thelja añade, deprisa:

—Si le pido, esta noche, que vengamos mañana a vuestra casa, aceptará, me acompañará... Te llamaré por la mañana.

—¡Es decir, que te muestras caprichosa!

—Oh, solo con los lugares... en la habitación.

Thelja se detuvo, su voz zozobró.

—Pero bueno —se impacientó Eve viendo que su amiga se erizaba, le rodeó los hombros, se acercó, estudió de cerca aquella pena, qué pena...—, en fin, todo eso es, a fin de cuentas, una historia de amor, ¿no?... ¿Te sientes bien, al menos, en cada una de esas noches?

Thelja, al borde de las lágrimas, se dejó consolar sin saber de qué. Bebió una taza ardiente, alargó la mano hacia un pastel; gesto detenido.

—Somos iguales —proseguía Eve casi maternal, cómplice también—. Has

seguido siendo buena y estudiosa desde que te separaste de Halim: ¡un año entero sin hacer el amor!

—No hables así —protestó Thelja, y se echó a reír nerviosamente.

—Haz lo que quieras mañana por la noche. Si no vienes, o si no venís los dos, tú y tu seductor, bueno, me acostaré muy pronto, con mi Hans...

Eve esbozó una radiante sonrisa.

—Yo, por el contrario —repuso dulcemente Thelja—, solo estoy segura de eso: nunca más me quedará embarazada. En árabe, qué revelador es eso, dicen «pesada». No, nunca más estaré pesada.

Le tocó a Eve elegir un disco, hacer escuchar una melodía, su canción preferida de tanto tiempo atrás, del tiempo de su lejana amistad: el aria de *La Traviata* cantada por Maria Callas.

Escucharon en silencio el lamento, enternecidas por la remembranza de su primer amor, el de cada una, cuando Thelja se maravillaba en la maraña de las callejas de Marrakech-la-Roja. Antaño...

Recuperada la sonrisa, se movió:

—¡Me voy, Eve! Gracias y hasta mañana —prometió.

Bajando deprisa por las escaleras, se topó con un hombre, muy moreno, de unos treinta años, de aire sombrío y aspecto orgulloso. A punto de empujarla al subir, se excusó: en su inercia, ella siguió bajando sin apenas haber sonreído. Abajo, cuando retazos de la voz del desconocido le llegaron por fin, advirtió maquinalmente un acento argelino: «Debe de ser el padre o el hermano de Mina», se dijo, descubriendo entonces cierto parecido del hombre de la mirada vivaz con la hija de los vecinos; olvidó enseguida el incidente. Tomó el autobús para dirigirse al centro de Estrasburgo.

Arriba, en el pequeño apartamento, Eve, arreglando la habitación y luego examinando su trabajo fotográfico de la mañana, recordaba el modo en que su amiga había repetido: «Un hombre extranjero».

«El extranjero absoluto —pensó—, mañana, será Hans. Él, mi amor alemán que no podrá dejar de reprocharme mi primo, en su almuerzo del sábado».

#### 4.

### TERCERA NOCHE

—Si compartiéramos juntos, no solo las noches, sino días y noches sin fin —la voz de Thelja fluye en cascadas de una leve risa, tan fresca en la penumbra de su habitación—, me gustaría ir a un concierto con usted. Vendría al salir de su trabajo;

yo, por el contrario, habría tenido todo el tiempo para prepararme, vestirme, parecer de pronto coqueta... Por una vez, estaría elegante... ¡Sería casi una señora! Nos encontraríamos, me miraría usted como la primera vez...

—La primera vez no tuve la suerte de esta noche: estrechar en mis brazos tu torso desnudo.

—¡Pero déjeme soñar! Para más tarde o para nunca...

Él apagó la lámpara. La cabalgó con violencia. Le cerró la boca con su boca... La aplastó con su cuerpo, la precipitó a impacientes retozos, fogosos luego... Ella se resistió un momento, intentó deslizarse hacia un lado, pero él le asfixiaba los labios, le cerraba los ojos con sus febriles palmas, su risa, la de ella, reaparecía como última defensa... Él murmuró, repitió con dureza: «Para nunca no, ¡no!», luego tomaba de nuevo su boca en un beso que pretendía obligarla, hacerle tragar sus propias palabras; protestaba de nuevo, recitando en un murmullo: «Para nunca... ¡no!». Y seguía prensándola como si fuera necesario extirpar aquellas palabras negras, esta vez con sus caderas, con su vientre, con... Ella no luchaba ya. Dos o tres veces aún, en la oscuridad, se elevó la voz, casi colérica todavía del hombre: «Para más tarde o para nunca... ¡no!». Se acoplaron.

Él seguía ahogando su boca, la de ella, con el aliento que se calmó poco a poco. Ella se soltó; liberó, al menos, su rostro, sus cabellos, sus labios:

—¡Y yo que, esta noche, solo deseaba hablar!

—Habla, Nieve... ¡Y perdóname! —prosiguió él, insinuando con dulzura algunas caricias, casi de ciego, o de amante distraído.

—Solo te dejo mis piernas junto a las tuyas. Enciende, por favor. Aunque duermas —y ella temió que, tras esa lucha de amor, él se sumiera en un sueño, aunque fuese breve—. Deseo... hablar para ti, para nosotros dos, para esta nueva habitación nuestra.

Él encendió. En un relámpago, el rostro de François es barrido por una cruda blancura. Sus ojeras, su frente desnuda... Se había incorporado, inclinado a medias hacia la lámpara; se dejó caer contra Thelja, con la respiración agitada aún. La larga almohada cayó lejos del lecho.

Ella pasó por encima del cuerpo del hombre, saltó al suelo, recuperó la almohada, la echó sobre las sábanas. Se rio alegremente, como en pleno día. Así desnuda, con la línea ondulante de su cuerpo recortándose contra la oscuridad del muro, pareció de pronto una viandante sobre un fondo de paisaje nocturno. Se agachó, buscó su camisón que, con un solo gesto, se había quitado mientras se abrazaban:

—Me visto, por el frío... ¡Vuelvo junto a ti! Tus piernas...

Finalmente, se sentó frente a él a los pies de la cama, con las piernas cruzadas. Le tomó un tobillo, lo acarició hasta la rodilla, lentamente, con escrúpulos; sus dedos subieron hasta los flancos. Apenas levantó esa pierna (mientras, pensaba: «Me gusta esta pantorrilla, casi de un muchacho alto y esbelto»), luego rozó solo el

tobillo con un largo beso tierno.

—Este beso es mi ternura... Recuérdalo, tal vez te lo haya dicho ya una vez: contemplo siempre los cuerpos de los hombres, incluso vestidos, a partir de las piernas... Su longitud en relación con el cuerpo entero, su modo de caminar o de subir una escalera... A veces, en la terraza de un café, me sorprendo observando... como un escultor... Bueno —se ríe—, como una escultora.

Él escuchó, no se atrevió a preguntar —él que, en efecto, desde su viudez, había abandonado los dos o tres deportes que practicaba regularmente desde la infancia— si ella le había observado, también a él, por sus piernas... En el café parisino, durante sus primeros encuentros, cuando estaban adoptando algunas costumbres, ella llegaba siempre con cierto retraso, se acercaba con los ojos bajos, sonreía de pronto como si se presentara para ofrecer su propia satisfacción. Luego, cuando él hablaba, cuando ella escuchaba, sobre todo, casi se ausentaba o lo parecía, diríase que solo miraba el viento a su alrededor, solo los juegos del sol, fuera.

—Se ha enojado usted porque he dicho «para más tarde o para nunca»... No, lo que en el amor me gusta, ahora lo sé (y, fíjese, solo tengo mi experiencia con Halim, en Argel, y luego estos días... con usted; ¡eso es todo!), estoy segura sin embargo: me gusta este diálogo de nuestros cuerpos, a la vez, y el modo en que puedo desligar por fin mi palabra... a causa, a causa, claro está, del placer, pero también de nuestra atención en el propio centro de ese placer, de la tuya también... ¡Y solo después, de la ternura!

Su rostro se ofrece en el halo de luz de la lámpara; su mirada, mientras habla como a tientas, busca en los rincones de la habitación, en las cuatro esquinas del techo, en los flecos de la penumbra, sobre sus cabezas... François no dice nada; escucha.

—Sí, lo que me gusta —prosigue ella— es el verdadero tiempo del amor, o al menos su ritmo, sus detenciones, sus silencios y luego, como hace un rato, por mis palabras imprudentes, tu viva reacción, esa súbita quemadura... Ya ves, apenas comenzamos a conocernos cuando es ese flujo el que aprendemos, cada cual el del otro... La dureza del amor, no veo otra palabra: inventar cada vez, encontrar la aproximación, lenta o brusca, penetrarnos mutuamente, alejarnos, rozarnos de nuevo, sentirnos, presentirnos a lo lejos... Siempre debería fluir así en una pareja: el secreto curso de la búsqueda, ese código que establecen muy pronto los dos cuerpos, al acecho o siempre en movimiento... ¿No es el amor la metamorfosis así entrevista? ¿Divago? ¿Discurro?... Perdóneme, intento... decir mi deseo en mí y mi deseo de ti, durante estas noches, en tu ciudad.

Acuclillada contra la madera de la cama, palpaba con sus leves dedos el pie, el tobillo, la pantorrilla del amante. Él se había incorporado a medias, para no perder nada del rostro de la habladora: la piel que parecía del color del ámbar, las cejas arqueadas y muy negras, la mirada oscura de los estrechos ojos, la línea recta de la nariz, algo corta, los altos pómulos, triangulares, que captaban la luz, la maraña por

fin de los cabellos rizados, en parte devorada por las sombras... Sus manos ascendían, con ligeros toques, por las piernas masculinas, mientras ella había vuelto a describir —como en un soliloquio, pues sus párpados seguían entornados y su voz era apenas un susurro— lo que sería «para más tarde o para nunca» (no siempre llegaba ella a medir, se dijo él, su inconsciente crueldad), lo que sería, afirmaba, su conocimiento «en la duración».

Cuando, a lo largo de sus meandros, hacia el final, casi en un tono somnoliento, la oyó hablar de «la novena noche», no comprendió nada, ¿estaba ella anunciando la desgracia? Él sabía, ciertamente, que su presencia allí era momentánea. Pero ¿por qué nueve... nueve noches? ¿Qué significaba eso?

Le tendió la mano, al tiempo que liberaba sus piernas. La atrajo vivamente hacia sí. Ella cayó sobre su pecho con una media sonrisa. La abrazó sin una palabra; con la otra mano, apagó la lámpara.

En la oscuridad, la cubrió con precaución. Instaló la cabeza de Thelja en su hombro. La deseaba de pronto niña; «su» niña, solo el tiempo de zambullirse, de abismarse juntos; de intentar conjugar su doble sueño, dos sombras liberadas flotando sobre un sendero de sombra, indefinidamente... Tal vez surgirían al día siguiente, exactamente en el mismo instante, a la luz... Él deseó recitar para la amante, en esta oscuridad, un rosario de diminutivos, de tiernos apodos, de abreviaturas divertidas, de... Ella dormía ya: se le adelantaba, se lanzaba en primer lugar por aquella avenida nocturna que él divisaba para ambos. Cerró los ojos, ávido de reunirse con ella, tal vez de cabalgarla apresuradamente sin que despertase, solo él atareado y dejando para la mañana siguiente el rastro de su fusión o, en su defecto, de su sueño gemelo.

A la mañana siguiente, al alba, le tocó hablar a él. El enamorado charlatán: pues no habló de amor, ni de parejas unidas por algunos días, ni siquiera de la suya. Para eso habría tenido que preguntar, con precaución, como acercándose a un punto doloroso (al hueco de una rama o de una juntura, en un brusco impulso...), qué significaban sus últimas palabras, las de ella, cuando se zambullía ya en un lánguido sueño, «la novena noche». ¿Qué noche, la próxima, otra ya transcurrida y que no les concernía a ambos?... Se guardó de preguntarlo. ¿Para qué hacerlo, cuando se despierta casi simultáneamente en ese instante, no del todo rosado y aún no de un dorado pálido, que precede a «los dedos de la Aurora»? Simultáneamente: sí, la cabeza de Thelja había permanecido inmóvil contra él, por encima de su hombro izquierdo. Ni el uno ni la otra se habían movido. Con las pestañas palpitando, allí, muy cerca, mendigó ella un beso con los labios, suspiró, pronunció dos o tres palabras que él no comprendió, «árabe, tal vez sea árabe», no estaba seguro de ello, sin duda ella dialogaba con su madre que, según había dicho brevemente, una vez, solo hablaba el bereber chauí... Ella despertó por completo entrelazando las piernas

con las suyas; se sentó, se soltó y trompeteó un alegre «buenos días». Un rayo de sol, inmediatamente después, se filtró por las persianas.

Decidieron muy pronto —aovillándose de nuevo uno en brazos del otro— que no se apresurarían a llamar para que les subieran el desayuno. No había prisa: era sábado. François era libre. ¡Tendrían para ellos todo el día!

Poco después él habló. Ella había gemido primero, reconoció con cierta torpeza que le gustaba hacer el amor al amanecer, que se sabía exigente, que el hecho de decirle ahora «era como si lo hubieran hecho, que no la considerara, por ese reconocimiento, un súcubo» —porque pronunció esta palabra extraña, casi obscena en sus labios—. Añadió tranquilamente que el amor hecho al amanecer se teñía, es cierto, de blandura, que raramente acarreaba el vértigo nocturno, o la embriaguez larga, traqueteante de las tardes de invierno o de verano, solo «esa languidez» o, rectificó, «esa humedad cálida», y concluyó:

—Bueno, haberle confesado mis hambres y mis fantasmas, a riesgo de parecer obsesa, me basta. Ahora solo deseo mantenerme castamente en sus brazos... Dejemos juntos que «se nos peguen las sábanas». Cuando tengamos ganas de beber y comer, decidiremos. ¡Tal vez sea mejor bajar! Si un camarero, si una joven criada entrara ahora con una bandeja, yo sentiría vergüenza y me importunaría... ¡No soporto que me sirvan!

Volvieron a adormecerse, entrelazados, con sus pies buscándose, golpeándose; Thelja soltaba pequeñas risitas en su languidez. Se encontró poco después, con los ojos abiertos, acurrucada contra las caderas de François: «Si peso un poco, ¡peor para ti!».

## 5.

Habló, sin haberlo querido. Habló de la ciudad, de su ciudad. Devanó sus días de infancia en el Estrasburgo de antaño. El Estrasburgo vacío; o, más bien, vaciado... Se vio lanzado tan lejos, en este desierto que nunca había evocado, ni con Laura antaño ni, menos aún, con su madre —una sola vez, sin embargo, esta se había sumido en los días de la Navidad de 1939, la cosa había emergido por sí misma, cuatro o cinco días antes de su muerte, cuando ella no dejaba de delirar, a causa del dolor lacerante y antes de que los medicamentos, tomados en dosis cada vez mayores, la hubieran atontado—. Con jirones de frases, palabras desgarradas y arañadas, se había zambullido en aquellos cuatro días del desierto de Estrasburgo —ella, la esposa desesperada, arrastrando agarrado a sus faldas al niño de cinco años.

François, en la habitación de la clínica donde entraba —había ocurrido tres años

antes—, se había enfrentado con aquel delirio, aquella rememoración en carne viva de su primer dolor conjunto, del que nunca más habían hablado. Caminando por las calles nevadas de una ciudad abandonada, recorría ella de nuevo su más profunda tortura, el indeleble corte. Él escuchó dos, tres frases, luego algunos jirones aislados, incoherentes, cargados de la misma vibración. Por fin, captó el nombre de su padre, que la enferma exhaló varias veces, lamento emitido de pronto por una voz de mujer rejuvenecida —sí, el nombre del marido del que antaño había renegado.

François salió de la clínica con el corazón en un puño. No pudo regresar al trabajo: no porque presintiera el final de la autoritaria «mamma», esposa que había querido sentirse indefinidamente ofendida. Él había acabado creyendo que había olvidado aquellas jornadas, la vacuidad de la ciudad abandonada por sus habitantes, aquella nieve también, que nunca fue ya semejante a otra nieve, los siguientes inviernos. No había olvidado nada. Caminó aquel día por Estrasburgo, en un comienzo de analgesia; su madre estaba tendida, delirando en su habitación de enferma, él deambulaba sin ver a la gente, a los comerciantes, la multitud apresurada, los niños, la ciudad. Solo distinguía las fachadas de piedra o de gres rosado; de vez en cuando, su mirada se prendía de los dentados aguilones, arriba, que le parecían familiares, de los venerables entramados, vagamente reconocibles, en una calle de la infancia. Vagabundó por la Petite France con su maraña de canales, como si los descubriera por primera vez, en un gris ceniciento de sueño despierto. Se demoró luego ante dos o tres puentes del Ill, prefiriendo enfrentarse solo con sus reflejos en el agua fluctuante, a sus pies.

Las estatuas, a su vez, se recortaban ante él sobre un lienzo de cielo, cuando volvía la cabeza: habríase dicho que acudían a él, inmovilizadas pero vibrantes, orgullosas.

Algunas veces, un detalle —un ser vivo— retenía su desorbitada mirada; se detenía, con el pie levantado a medias pues la visión casi le petrificaba: estaba ante un gato, de palpitante pelaje, que le observaba impasible; algo más lejos dio con el espectáculo de tres o cuatro felinos enfrentándose sin piedad en un arroyo.

En una esquina, miró fijamente los ojos de un bulldog, no divisó la correa que unía la bestia pensativa a su dueño; este chocó con él. Como un sonámbulo, François ya no veía a los humanos; esa jornada en la que su madre agonizaba se alargó, violeta y vacía de sonidos... Regresó a la clínica: la enferma ya no hablaba. Su coma resultaba irreversible.

Cuando murió, dos días después, y en los funerales luego, François mantuvo una actitud casi fría. Se ocupó de todo, recibió las condolencias, se encargó de los primos, llegados de lejos y a quienes había olvidado.

Se marchó de viaje la semana siguiente, sin su mujer, a la que no había perdido aún pero de la que se creía, como siempre, alejado.

\* \* \*

Habló pues, estrechándose contra Thelja que, desde las primeras frases, lo abrazó, lo retuvo, inmóvil, medio desnuda, acercando su aliento apenas perceptible al cuello de François.

En brazos de la amante, la aurora iluminaba poco a poco la alcoba... A François le extrañó que la imagen de la madre, afluyendo de nuevo, no fuese la de la anciana agonizante sino la de una joven señora con un traje oscuro y un muchachito, tan frágil con su levita, a su lado, avanzando la pareja contra un fondo de paisaje nevado.

... Una ciudad donde los inmuebles de fachadas heladas, de balcones dentados por el hielo, transformaban la visión de la madre y de su hijo en una secuencia de otro tiempo.

Evoca ese invierno de 1939 y Estrasburgo, que estaba en su cuarto mes de despoblación. François explica (Thelja le estrecha con dulzura, su mano le acaricia la nuca) que la madre había decidido regresar a Estrasburgo; había mendigado las autorizaciones administrativas. Había alegado que debía llevarse, de su casa burguesa, en el centro de la ciudad, unas cosas que necesitaba, unos indispensables papeles notariales.

—Pues nos habíamos marchado antes del éxodo del 2 y 3 de septiembre. Como algunos privilegiados, durante el mes de agosto, en el que se habían acumulado las amenazas... Mis abuelos maternos eran ricos granjeros instalados en un pueblo detrás de la línea Maginot... Mi padre insistió para que nos reuniéramos con ellos.

—Tu padre fue movilizado, claro —observó Thelja.

—¡Oh, no!

A François le sacudió un acceso de tos. Thelja deshizo su abrazo.

—¿Realmente quieres hablar?... Podrías dejarlo para otra ocasión —intervino, inquieta.

Él recuperó la respiración regular. Tomó de nuevo, decidido, a la amante en sus brazos.

—Sujétame como lo hacías... Mi padre —prosiguió después de un silencio— era un profesor de la facultad de Derecho, absorbido por sus investigaciones. Simpatizaba, ya muchos años antes de la guerra, con los autonomistas alsacianos... —murmuró—. Luego te explicaré ese movimiento, su legitimidad teórica y, después, sus peligros, digamos, sus consecuencias en aquel momento... En cualquier caso, mi padre había escrito en 1937 un artículo polémico bastante imprudente... Por lo demás, ya no se entendía demasiado con mi madre. En los últimos tiempos frecuentaba, creo, reuniones de las que no hablaba... Sin duda mi madre sospechaba que había una mujer en su vida.

El sol entró por la puerta de cristal. A lo lejos sonó un carillón; su eco se prolongó... El narrador parecía no oír nada del presente. Thelja depositó un cauto beso en el hombro frío de François, que proseguía:

—Recuerdo la alarma del 2 de septiembre, al alba... Estábamos en Oberhoffen: los pueblos que debían ser evacuados no estaban muy lejos... Unos campesinos

estupefactos invadían nuestros caminos: sus carretas de bueyes, con el ganado en fila detrás, comienzan a desfilar... Estoy junto a mi abuelo, a la entrada del pueblo: somos espectadores. Muchachos apenas mayores que yo corren en bici, con el portaequipajes cargado y la máscara antigás al cuello... No parecen asustados; más bien excitados, como al comienzo de una aventura... La multitud se hace más densa: grupos con carretas, ciclistas, muy cargados esta vez, avanzan con aspecto preocupado; los tiros de vacas, más atrás, avanzan más lentos.

»A nuestro lado, unos gendarmes, ahora, intentan canalizar a los que afluyen de todas partes... El abuelo y yo nos acercamos al famoso restaurante de nuestro pueblo: la patrona ha comenzado a servir café con leche y pan a los niños y a sus madres, que se detienen. El sol debe de calentar ya...

»Recuerdo a un anciano, más viejo que el abuelo. Va a pie, con los brazos colgando y la mirada ausente. Se detiene ante nosotros; tal vez advierte el rostro venerable, la imponente barba del abuelo. Una niña de doce años va a tirarle de la mano, para que avance. Resiste. A su espalda, la niña se acerca a nosotros y explica: “No quería abandonar a sus animales, sobre todo a sus perros. Porque hemos tenido que encadenarlos: eran las órdenes. Pero los perros, que han comprendido que nos marchábamos sin ellos, los perros lloraban... Tiraban de sus cadenas. ¡Realmente lloraban!... El abuelo se ha negado a partir. Quería quedarse con ellos... ¡Hemos tenido que obligarle!”. La niña se da la vuelta, le toma de la mano, consigue que se mueva.

François se sienta contra el marco de la cama, busca un cigarrillo. Thelja se lo tiende, se lo enciende.

—Después, durante todo el día, los expatriados desfilaron ante nosotros... Debieron de pasar la noche más lejos, en algunos graneros o en casas particulares... Dos días después, en los centros de acogida, tuvieron que dejar definitivamente sus caballos, su ganado. Los trenes les hicieron atravesar, en diagonal, Francia, hasta el sudoeste.

Un silencio en la habitación. François fuma. Thelja espía los rasgos del que ha hablado, «aunque sin duda —se dice—, ha hablado sobre todo para oírse, una vez al menos, tras cincuenta años de mutismo. Ha hablado para poner palabras precisas en muchas imágenes, en muchos fantasmas también».

—Mi padre —prosigue François, que se ha tendido por completo; Thelja no se ha movido: le acaricia distraídamente el tobillo, muy cerca de ella—, mi padre, una sola vez, mandó una carta a mi madre, en Oberhoffen...

»Una sola carta de papá, luego nada más... Debo decirte que algunos de sus amigos autonomistas fueron detenidos y, luego, encarcelados en Nancy por las autoridades francesas, en noviembre de 1939. El juicio se celebró a comienzos de 1940; fue terrible para su jefe... Recuerdo luego los días de otoño en Oberhoffen. El

abuelo se ocupaba de mí, cada mañana: me enseñaba a leer, en alemán y en francés... Había sido niño y adolescente poco antes de 1900, durante la primera ocupación alemana... En casa, se hablaba alsaciano.

François sonrío: la imagen del abuelo en su papel de maestro le enternecía.

—Aquel otoño hubiera debido de empezar la escuela, en los jesuitas. Pero los padres la habían cerrado: todos esperaban la invasión alemana, que no se producía... Entonces, mi madre decide regresar a Estrasburgo, a pesar de las reticencias del abuelo. Anuncia que me lleva con ella.

Thelja se queda quieta. Durante los segundos siguientes, François sueña: regresa a su obsesión primera, la ciudad brillante de nieve, la pareja trotando por esas calles antiguas —la joven señora endurecida y decidida, su hijo sin comprender nada, agarrado solo a ella en esa marcha que se hace interminable... Se había fijado empecinadamente como objetivo encontrar a su esposo. ¿Cómo había deducido que se ocultaba de ella, tanto como de las autoridades, y en la misma ciudad?...

—En la ciudad solo quedan los vigilantes, los soldados de los cuarteles, los bomberos; algunos ferroviarios de la SNCF... Llegamos cuatro días antes de Navidad. Uno de los primos de mi madre, que trabajaba en los ferrocarriles, vino una noche a casa; nos ofreció un salvoconducto para la misa de medianoche, prevista en la catedral... Mi primera misa de Navidad —exclama François con una risa amarga.

Thelja cambia de lugar en la cama; se pega de nuevo a François.

—¡Soy tan charlatán! —exclama.

—¡Pero si te escucho, olvídate! —murmura con un ligero beso en la mano de François, como si deseara, no insinuarse en ese pasado, más bien permitirle evaporarse... «La voz —observa ella—, su voz es más ronca esta mañana: no como en plena noche, cuando el pasado no reaparece así, intruso o rebelde, ¿cómo saberlo? ...».

François se deja besar. Palpa la melena de su amiga, distraídamente. Se ha sumergido de nuevo en ese frío: la pareja, madre y niño, reiniciaba su búsqueda, cada mañana. A su alrededor, fachadas interminables, pintarrajeadas de nieve solidificada; las cañerías reventadas habían derramado sus aguas, transformadas muy pronto en hielo, estalactitas y estalagmitas convertían las principales avenidas en un decorado fantástico para una ópera que ninguna música iba a despertar...

—Esa noche de Navidad —prosigue François—, casi oigo la nieve que cruje bajo nuestros pasos mientras, acompañados por mi primo, mamá y yo avanzamos, a las once de la noche, hacia la catedral. Montículos de sacos de arena ocultan casi por completo el gran portal. Entramos por el portal pequeño, del lado de la Rue du Dôme; allí, lo recuerdo, un control estricto... Mi madre debía de ser una de las escasas mujeres... Oscuridad profunda en el interior; la mayoría de las antiguas vidrieras habían sido desmontadas, sustituidas por placas de madera... A través de las pocas que quedan en su lugar, unos rayos de pálida luna pasan y perforan las sombras... Bajamos hasta la cripta iluminada. La mayoría de los asistentes va de uniforme...

Emoción, fervor de la concurrencia. Un coro de hombres entona un canto de Navidad. Al finalizar la ceremonia, mamá se quedó petrificada en la puerta, devorando con los ojos cada rostro de soldado, o de simple civil, que salía... Ella no fue nunca muy piadosa y su búsqueda del esposo no la dejaba descansar, ni siquiera esa noche... Veo las luces, oigo sobre todo al coro cantando: «... *Stille Nacht, Heilige Nacht!*».

Thelja no comprendió estas últimas palabras; supuso que era una canción alsaciana que cerraba esta evocación matinal...

Se desprende de los brazos del hombre, salta de la cama mientras él fuma de nuevo en silencio. Se vuelve («¿Por qué, pero por qué ha salido así todo eso, a pesar del sol?»), besa dulcemente a François en la frente, en la mano. Con un dedo, traviesa, finge borrarle algunas arrugas, entre las cejas, alrededor de la boca.

—Tengo hambre —suspira—. Tomo una ducha y me visto. Le espero abajo, ante el río, verá usted... por qué he elegido este hotel de l'Ecluse.

Desaparece en el cuarto de baño. François escucha el ruido del agua que chorrea muy cerca, continuamente, sobre el cuerpo desnudo, el cuerpo vivo de la amante.

Ella canturrea, y no en francés; en su lengua materna, probablemente. Aparece poco después envuelta en una toalla ceñida por encima de los pechos. Se dobla hacia atrás para secarse el pelo, sacude su enmarañada masa. Desaparece. Luego regresa vestida con unas bragas y con los pechos libres. Se pone rápidamente unos tejanos, vuelve a vestir su blusa rayada de la víspera.

Sin acercarse, abandonando cualquier mimo, le hace un gesto con la mano:

—Rápido —murmura parpadeando ante un rayo de sol que la deslumbra—. ¡Le espero!

## IV. El niño dormido

### 1.

¡Hoy sábado, casi las diez ya! ¡Mi sesión de piscina! Me levanto, Thelja. (Yo, Eve, cuando creo hacer un soliloquio, advierto que, sabiéndote en mi ciudad, esperándote esta noche —también espero con impaciencia a Hans—, sí, advierto que dialogo, que en adelante dialogaré contigo, en mi espera o en mi soledad... hasta que, claro está, esté en sus brazos, los suyos, «mi último amor», te anuncié el año pasado en mi carta).

Sujeto con ambas manos mi vientre y lo examino, desnudo, en el espejo de pie. Mina, gata indiscreta, ha entrado en el salón sin llamar y, luego, se ha erguido en el umbral de la habitación. Se acerca por detrás. Distingo en el espejo el fulgor de sus ojos amarillos, con uno de sus delgados brazos rodeando su cabeza a modo de corona. No dejo caer mi vestido. Que la niña mire mi piel tensa como un globo. Mi ropa interior debe de parecerle elegante, Thelja: es lo que Mina examina, por otra parte, no mi vientre ni mi piel, más bien mi ligero bordado y las bragas, un retazo triangular bajo el vientre abombado.

«¿Y tú, dónde está tu mirada?», me digo de un tirón, Thelja, y ahora hablo al hombre de mi vida, me acoso a preguntas, me preocupo, claro está... Lejos de Hans, pregunto a Hans; entre mis piernas, al fondo, en el espejo, la chiquilla ha terminado sentándose con las piernas cruzadas.

Me vuelvo: espero al menos que me sonría o que se aventure a acercarse y palpar esa piel tensa.

Se mantiene inmóvil; agacha la cabeza con el brazo rodeando aún su melena; parece una especie de gata-esfinge, negra y blanca. Masculla:

—¡Hans!

Exige, Thelja, con tanta energía como yo, por lo menos, al joven alemán que, esta mañana, navega ya por el Rhin.

Hans, Mina te llama. Dejo caer mi vestido; vuelvo la espalda al espejo. Me calzo.

—Quédate aquí —le digo a la niña—, escucha la música que quieras. Sin duda vendrá si sabes esperarle. A primeras horas de la tarde, tal vez.

Como se empeña en responder solo en árabe, en su dialecto marroquí (el de mi hija Selma, que se quedó allí), no sé si me ha entendido por completo. Yo no hablo ya ese dialecto, aunque lo comprenda aún.

Doy un portazo.

En la escalera, mientras bajo con prudencia, vuelvo a hablarte calmadamente, Thelja: hoy debería haber revelado, al amanecer, las fotografías de bañistas que tomé ayer... Para enseñártelas esta noche, cuando vengas. Si vienes. Iré a la sesión de

piscina, media hora, no más. Pasearé luego una hora, sola, antes de ir a almorzar a casa de mis primos. Y tú, Thelja, hermana mía, ¿te has levantado ya a estas horas o sigues holgazaneando en brazos de ese desconocido?

Aquí estamos de nuevo, como en la infancia, hace veinte años por lo menos, aquí estamos vagando, flotando, durmiendo en el corazón de la misma ciudad...

Hans llega a HautePierre pasado el mediodía. Sube directamente al piso de encima del apartamento de Eve. Touma, con un fular de seda multicolor, leonado y pardo, aureolando sus cabellos, le sonrío. Explica dulcemente:

—Mina... Mi hija Mina... En casa de Eve. Con llave... —y enseña la llave en su propia puerta.

Hans comprende, saluda, ha recordado en un relámpago el rostro moreno de la dama del sur, su mismo tatuaje (una especie de cruz de San Andrés) de un negro azulado entre sus ojos perfilados con khol algo húmedo. Baja, encuentra la puerta de Eve entornada.

Mina le espera, se precipita. Levanta a la niña en sus brazos, la lleva como una muñeca feliz, deslumbrada, sobre su cabeza. Risas entremezcladas del joven rubio y esbelto, de la niña mimosa. Se sientan en el colchón, en el suelo.

Silenciosamente, Touma ha entrado. Lleva una bandeja de cobre en las manos; con tetera, tacitas y algunos pasteles.

Hans protesta; no tiene hambre. Té caliente estará muy bien. Touma se ha esfumado.

Mina, al otro extremo del colchón, parece impasible.

—¿Esperas la lección? —pregunta Hans, pronunciando lentamente sus palabras francesas.

Comienzan, como suelen hacerlo los sábados, su diálogo a menudo gestual. Mina se ha instalado en un círculo de objetos: una decena, figuritas de madera y de porcelana que representan animales, una familia de campesinos en miniatura.

Empieza por el perro, el buen perro lobo de orejas gachas:

—*Kelb* —articula y, de buenas a primeras, ríe. El extranjero rubio no puede comprender, ni encontrar sorprendente, que comience dirigiéndose al visitante, esperado tan impacientemente, con un insulto... (Habría que decirle, claro, que los árabes insultan primero con el perro, que odian luego con el cerdo, que admiran también, pero comparando con el león...).

Hans conoce la palabra *kelb*; la conversación comienza por lo más fácil. No comprende la risa entrecortada de Mina que se detiene. Que se concentra. Toma en su mano la pareja de niños, una miniatura de vidrio coloreado:

—*El oueld! El bent!*

—Demasiado sencillo —protesta Hans divertido—. Ya conozco todo eso... el hijo, la hija, el padre, la madre... ¡Dime una frase entera!

Mina, como maestra, abre unos ojos como platos. Adopta un aspecto perplejo: las últimas palabras de Hans, su francés que se precipita de pronto.

Touma ha regresado en silencio. Se queda un rato escuchando, de pie en el umbral. Avanza. Mira a Hans; se dice que ese hombre de treinta años, tan alto, con su límpida mirada azul, podría ser su hijo. Como Ali, una especie de doble, en rubio...

Touma se dirige con energía a Mina, su hija; no, su nieta, a la que educa desde hace tres años. Parece reñirla: Hans escucha, no comprende por qué. Mina se levanta poniendo mala cara, da una patada a todos los objetos, que se desparraman. Corre hacia la puerta, desaparece.

—Yo no querer, ella molesta a usted. Usted cansado por el viaje.

Touma se acerca, se inclina. Le sirve sin más, al joven, otra taza de té. Va a sentarse al otro extremo del colchón. Donde estaba la niña. Mira con ojos maternales, pero tenaces.

Luego, con su francés hecho picadillo, a menudo sin artículo y con el verbo en infinitivo, en su francés de comienzos de la escuela primaria, Touma, la mujer de sesenta años, siente necesidad de contar. Hans entra muy pronto en el ritmo entrecortado, sigue el fluir y la fiebre de los sufrimientos pasados.

Touma ha comenzado describiendo a su hijo único, Ali.

—Yo, un hijo solo; dos hijas. Hijas casadas, una en Argelia. Argelia, mi país.

Hans la interrumpe:

—¡Creí que era marroquí!

—Marroquí, argelina, aquí, para Alsacia, es igual...

Se apresura en sus justificaciones: Mina es la hija de su hijo Ali. Pero la madre de Mina es marroquí; la primera nuera de Touma. Una joven vecina que amó a su hijo, hace de eso diez años. La mujer del fular multicolor suspira; sus ojos ennegrecidos se entornan.

—Ali, como tú —prosigue Touma dando un respingo—. ¡Muy guapo! Tú, rubio, él, pelo negro, grandes ojos negros. ¡Ali, negro!

—Moreno —rectifica con una sonrisa Hans.

—Como tú —se enternece Touma—. La madre de Mina, marroquí: Ourdia. Mina habla marroquí. Yo, con ella, hablo como ella. Como mi madre —se ausenta, parece sufrir, su voz, de pronto, parece buscar algo—... Su madre irse con un francés. Ali me dio a Mina. ¡Mina es hija de mí!

Y Touma casi se golpea el pecho. Hans escucha pacientemente. ¿En qué momento la mujer del turbante multicolor, de ojos ennegrecidos, tan anchos, separados por el tatuaje que hay allí, en la frente, como una joya, un encaje incrustado, en qué momento Touma se ha volcado en el pasado, treinta años antes, o más?

—¿Conoces la guerra de Argelia? —pregunta en su tono escolar y con una vacilación. «No es francés, el amigo de la vecina. A un francés nunca le hubiera hecho esta pregunta, no habría continuado...», se dice la mujer, en su habla.

Prosigue en cuanto Hans inclina afirmativamente la cabeza.

—Vine en 1960... Ali nació en el aduar, en mi país... Su padre muerto, hace cinco años ahora...

Hans fuma, no bebe ya té. Fuma y escucha, él, el visitante.

¿Por qué de pronto ese recuerdo, en una jornada de estío, allí, en el sur argelino? La mujer del turbante leonado y pardo parece convertida en estatua: milagrosamente, su francés la atraviesa casi fluyendo, apenas unos cortes, unas tachaduras, o heridas tal vez...

—Un día, ellos llegaron al aduar. Los soldados, con un teniente español... ¿Su nombre?... Sé su nombre... —Touma busca, renuncia luego.

»Todos estamos al sol. De pie. El teniente llama a un vecino. “¡Amar!... ¡Aichi Amar!” —Touma enronquece su voz. Teatraliza.

»—Amar Aichi, ven aquí. ¿Y tu mujer? —dice el teniente.

»—¡Ha venido, teniente!

»La mujer de Aichi Amar se sitúa delante, con su chilaba. Con la mano pone el velo ante su rostro. Y yo —Touma recupera su voz dulce, soñadora—, yo veo el velo: tiembla, se mueve. No hay viento. La mujer tiene miedo.

»—¿Y tus hijos? —dice el teniente.

»Dos muchachos y una niña salen de la fila. Caminan. Luego de pie, junto a su madre.

»—¡Tu turbante! —dice él, el teniente.

»Amar quita turbante. Su cabeza, la de Amar, sin nada —luego Touma explica, con su otra voz, la más áspera—. No está bien, en mi país, un hombre estar sin turbante ante sus hijos... El teniente toma el turbante. Ante nosotros, enciende su mechero, quema el turbante. El teniente tiene pistola en la mano.

»—¡Tu cartera! —grita el teniente, su pistola en la mano.

»Amar saca cartera hinchada, llena de dinero. Amar Aichi, el rico del pueblo.

»El teniente grita:

»—¡Avanza, Amar Aichi, uno, dos, tres!

»Pobre Amar, avanza solo, ante nosotros... —Touma se ha incorporado a medias, sus ojos desorbitados miran al vacío.

Hans quisiera exclamar: «¡Ya está bien! ¡Basta!». Encuentra de pronto las palabras árabes «*yakfi, yakfi, Lalla!*». Se las diría con voz grave, con voz desesperada.

Se levanta. Quiere tocarle el brazo, despertarla: «Mira el presente, la primavera, el sol de hoy».

Touma ha inclinado su rostro.

—¡Disparó a la cabeza, el teniente! A la cabeza de Amar Aichi... La mujer, los hijos, todos, no nos movimos. Hasta la noche, al sol, de pie: catorce familias, es el aduar: hombres, mujeres, niños... De pie, al sol... Esperamos; va a disparar a la cabeza a los demás, a nosotros... Decimos, esperamos... La mujer de Amar Aichi llora, de pie, dulcemente. Yo oigo. Los muchachos, no lo sé...

Touma, de pronto, como una autómata, se levanta. Está ante Hans. Entonces, una ancha sonrisa maternal ilumina su rostro moreno, el tatuaje entre sus cejas se deforma.

—¡Tú como mi hijo! ¡Eres guapo! Eres bueno...

No se excusa por la intrusión de sus recuerdos, Touma. Se agacha como una criada para tomar la tetera vacía, la bandeja. Junto a la puerta, con una sonrisa cómplice:

—¡Subo a mi casa! Seguro que Mina volver, dentro de un rato... Si tú molestado...

Esboza un gesto de despedida. Su habla se ha vuelto de nuevo entrecortada. El viento de la memoria —de hace treinta años— ha cesado.

Solo, Hans pone un disco, rápidamente, casi sin elegir: Schubert, el de su encuentro con Eve hace dieciocho meses, la oleada de tristeza y de fuerza lírica que les une... Se tiende en el colchón.

Mantiene los ojos cerrados incluso cuando oye a la niña deslizarse de nuevo: apenas un chirrido de la puerta la ha descubierto. Sabe que Mina vuelve a instalarse en su esquina, que coloca las figuritas en su caja, que su paciencia infantil no tiene límites. Que aguardará a que Schubert termine... Hans quiere dormirse y despertar, eso espera, con el regreso de Eve.

## 2.

Les encontré, Thelja, encontré a mi hombre dormido en la yacija del salón, por el suelo, con sus largas piernas al sol. A sus pies, como una dócil guardiana, Mina, mi vecinita. Velaba su sueño.

No pareció querer moverse cuando llegué. Yo había dejado de pronto a mis primos, interiormente segura de que Hans estaba en casa, desconcertado, solo. Llegué jadeando. Tomé de la mano a Mina, ¡en mi precipitación la había olvidado! La acompañé hasta la puerta. Ella me dejó hacer.

«Vuelve más tarde, antes de la noche». La besé. Y entonces, Thelja, comprendí: Mina, a sus siete años, es un poco el doble de Selma, que se quedó en Marrakech. Se mantiene junto a mí, en este papel... Fue extraño también, y Hans no sabe que lo sé, cuando otro sábado, al llegar, les encontré a los dos hablando y, adivina en qué lengua conversaban, sin sospechar que me había detenido detrás de la puerta entornada: en árabe marroquí, ¡eso es, Thelja! Mina no habla, o no quiere hablar francés, ni siquiera en la escuela según me dicen. Lo comprende todo: responde en el árabe de su madre; a veces, en el patio de abajo o en las escaleras, la he sorprendido también charlando

con los niños de los vecinos: ¡pero en alsaciano!... Así pues, aquel sábado, oigo a Hans repitiendo después de la niña (esta se convierte en su profesor cuando él viene los fines de semana) listas de palabras... qué coincidencia, en la lengua de mi primer marido, de mi hijita que se quedó allí.

No le revelé a mi hombre que les había oído. No hice preguntas. Una vez, al principio, después de que me instalara, Hans había prometido en un impulso de entusiasmo:

«¡Haré progresos en francés, te lo prometo!», y en este punto, desde aquel momento, ha hecho mucho más que progresos. Pero añadió: «La emprenderé incluso con el dialecto...».

Me parece escuchar aún la energía de su exclamación. Yo, naturalmente, creí que haría luego prácticas de alsaciano, pues para él, alemán, sería más fácil... Pero no, ya ves, Thelja, y todavía me siento muy turbada, estaba hablando en árabe... ¿Por qué? Aún lo ignoro...

Hoy, en todo caso, pongo a Mina de patitas en la calle con mucha amabilidad. Tengo prisa y no sé por qué: esta vez he esperado demasiado a Hans; estos días estoy inquieta... Que me toque, que me hable, sobre todo que me toque: estoy demasiado llena de las frases de Denise, mi prima, de sus silencios también, de la cháchara de David, amable, ah, sí, más que de costumbre. Pero cuando posa en mí su mirada, no puede disimular su faceta suspicaz... Su hija adolescente de quince años ha vuelto con retraso del colegio: la acunan con la mirada, me molesta la familia-capullo encerrándose en sí misma, y yo con ella... ¡No!

Yo solo espero a Hans, le acecho, ¡pero no para eso!... ¡No para formar, a mi vez, una familia! Como si dijéramos una ostra que va a cerrarse, antes o después, sobre sí misma... Me he despedido muy pronto de los primos. Realmente quiero olvidarles.

¡Sola con Hans, por fin! ¡Y el hombre guapo, duerme! Y yo no soy Mina para contemplarlo incansable, con fervor.

Le beso para que despierte. Lo quiero para mí, para nosotros dos, o nosotros tres quizá, esta vez... (¡El bebé no, he de olvidarlo también!).

Apenas ha despertado, Hans me abraza, me ciñe, casi me levanta (¡me he vuelto pesada, debe tenerlo en cuenta!) hasta la habitación.

—¡A la cama, querido, enseguida! —murmuro yo, con los ojos cerrados y te digo a ti, Thelja, para un largo rato (un momento de océano) te digo «adiós».

### 3.

Hacen el amor a las tres de la tarde, el joven de largas piernas, de cabellos rubios

y rizados cayéndole por el cuello y la pequeña muchacha pelirroja, menuda, con un vientre de casi seis meses de preñez.

La cama es baja; sobre una envejecida alfombra de Estambul o del Atlas marroquí. La yacija ocupa casi todo el espacio de la habitación. Enfrente, la puerta cristalera ante la que penden, en anchos pliegues, unas cortinas de seda blanca con rayas satinadas de un blanco más mate... El sol atraviesa ese velo que flota en dos faldones, arranca reflejos irisados a ambos cuerpos que se buscan, que comienzan con precaución a entremezclarse.

Previamente, largos minutos antes de tenderse, desnudándose en desorden y con impaciencia, se conceden un alto: Hans, de rodillas, con la mirada absorta de pronto ante el cuerpo de Eve. Las manos del hombre puestas en las redondas caderas: apenas se adivina el talle de Eve, y eso es nuevo («pero ¿por qué?», se preguntará él). De pronto, sí, ahí está el vientre, casi autónomo. Así arrodillada también, solo está el rostro —ojos cerrados, sonrisa expectante— de la enamorada, pero ese vientre que se inclina hacia un lado, independiente...

—¡Cuidado! —susurra Hans—. ¡Ten cuidado! Ha crecido de pronto, en estos últimos días —se ríe.

Eve abre los ojos. Recibe la sorpresa de Hans que ha dominado su impaciencia.

—¡Ya te lo he dicho antes! —dice ella, serena—. Siento sus golpes, no todos los días pero casi.

Solo hoy lo comprende Hans. ¿El otro, vive ya? ¿Adormecido, más bien? ¿Entre ellos, con ellos?... Las manos del hombre dibujan el contorno circular, pero fluctuante, de los flancos de la amante.

Se tienden ambos, él, el precavido enamorado, poseído por una nueva aprensión que hará inciertos, por un instante, sus menores gestos.

Sucedará en la redondez, en la envoltura, en la doble mirada, pero brotará de los poros más tenues de su piel —la piel a la altura del talle, de los flancos, de las caderas hasta la ribera de la ingle: el centro del cuerpo, la mitad del cuerpo, allí donde se cree que la carne es ciega, pasiva, blanda, cuando en realidad mira, está incluso a la escucha—. Gracias a esas antenas, supuestamente neutras, esos dos se conocen de nuevo (esta vez, con vulnerabilidad), sus manos, alrededor, colaboran, palpan, tantean... No es que se busquen, buscan más bien al niño dormido, oh, solo a medias dormido, que les espera, que cohabita con ellos tras la tan frágil, la tan opalescente pared.

También él les espera y, de pronto, lo saben; sobre todo Hans, que hasta ese momento creía tener la iniciativa del gesto de amor, se rodea ahora con los hombros, las piernas, los frágiles brazos de la amante, los ciñe a su alrededor como nuevas armas, para atreverse a avanzar con las manos en torno a este vientre lleno, para dejar que este, por sí mismo, se coloque, y su oscuro habitante no les sea obstáculo ni intruso...

Eve se adelanta, tranquiliza a su amante, le calma: «¡Está ahí, querido! Percibe

nuestros alientos, claro está, nuestra música, nuestro jadeo, incluso nuestra hermosa fatiga... No temas, no le molestamos, incluso podemos olvidarlo». Hans, ahora él, tan apresurado en cada uno de sus precedentes regresos, se toma su tiempo, rodea y hace rodar el cuerpo de la enamorada, que es también cuerpo materno que lleva esa pesadez interpuesta entre ambos.

—¡No, no, querido, olvídale!

—No quiero olvidarlo —se empecina Hans turbado que, por fin, penetra a Eve, tendida de lado; se hunde con lentitud, vuelve a sacar el falo, la penetra de nuevo en un impulso hasta el fin, sale de nuevo, se mantiene colocado del mismo lado, pensando en el otro, en el niño medio dormido que debe oír que está acercándose (un choque, como en el fondo de las profundidades submarinas, un choque en lentas olas), así, varias veces, hurga en Eve, acelerando el ritmo que vuelve a ser el suyo y ella jadea, la amante gime, exhala un murmullo alargado, marino también, que asciende por encima de ellos, solo ese canto existe para el hombre con su espada enhiesta aún, en cuanto al que duerme hundido en las aguas maternas, oh, sí, ya solo cuenta la voz de voluptuosidad de modo que, así acoplados, Hans y Eve, durante largos minutos, se bambolean, navegan, con su lecho derivando a un lado, deslizándose bajo las velas de seda y satén rayado, abrazo de los cuerpos que planean por encima, por fuera reina la noche, reina un hueco en ellos, en ese ritmo con el que se unen sin desunirse, hacia donde parece conducir su vientre, el de ella, donde el último empuje del hombre les levanta hasta la postrera escalada. Goza él por fin de su vuelo, de su lentitud primera que se ha intensificado. La voz de Eve suspendida en lo alto. Cuando el velo de las cortinas comienza a danzar, Hans se abandona, pero sus brazos rodean los flancos y el vientre de Eve, y lo busca, y lo palpa.

Ella se aparta de pronto. Se vuelve. Le hace frente. Él la contempla como si despertara a la cruda luz. Ella con los ojos cerrados. Pegada a él, y de frente.

—Te lo ruego —gime con voz seca.

Su rostro de ciega muy cerca; son las manos de ella las que suplican: su simiente. El esperma del hombre. Lo quiere. Sus manos se rocían con él. Lentamente, se humedece el vientre; su vientre entero.

—¡También él tendrá su parte! —susurra, y Eve abre los ojos. Eve saciada. Se acaricia el vientre húmedo.

No habla ya. De pronto, llora.

—¡Estás aquí, por fin! Por fin...

Han cerrado la puerta de su habitación. No se mueven. Salvo que Hans ha ido a buscar algo de beber a la cocina: para ella, para él.

Tendida, con el vientre desnudo, seco ahora, ha contemplado al joven, de largas piernas bronceadas, mientras regresaba.

Luego han hablado: de todo, de la semana, de naderías. Hans se dispone a contar

su mañana —por qué ha tenido que retrasar su llegada hasta hoy, a causa de ese ciclo de conferencias en los cruceros para turistas, por el Rhin...—. Ella le cierra la boca con los dedos. El sol de nuevo, como una llamarada, por la ventana.

—¡Vuelve a tomarme! —pide ella dulcemente—. Ya ves, nunca falla: cada vez que, durante el día, nos tomamos algún tiempo para nosotros, el sol brilla fuera. ¡Para saludarnos!

Tras haber bebido, la abraza, la acaricia.

—¡Aunque no esté tan bien como hace un rato! —suspira ella—. Para volverte a sentir en mí...

También Hans está hambriento. Por dos veces, la semana pasada, al regresar a su estudio de soltero, sintió la tentación de tomar el coche, conducir como una tromba, tres horas por la noche, e ir hasta ella; hacer el amor hasta caer de fatiga y, luego, regresar justo antes del amanecer... Dos veces, esta semana.

La abraza. Con ese nuevo rito inaugurado hoy mismo. Gravedad de las manos, de la meditada espera ante ese vientre... que va a imponerles otras posiciones. No la cabalgará más, por lo tanto, no va a atreverse ya. Ella, claro está, sobre él podría, pero se cansaría muy pronto...

Hace girar lentamente el cuerpo de Eve. Desdeñando el vientre suave, móvil, su cómplice tal vez, Hans toma su rostro.

Solo el rostro: los rasgos, los ojos, la hinchazón de los párpados entornados, la increíble gracia del trazado de las cejas, los pómulos que pueden modelarse con el dedo... Quisiera poder dibujar de nuevo los trazos de su sexo en celo, recrear así ese rostro de conmovedora armonía —así, con los párpados bajos, ella, en sí misma pues, apenas se presta—. Contempla él su piel medio iluminada, luego sus manos y sus labios la recorren lentamente, la rodean, máscara de la que no duerme, de la que vela, de la que siente afluir en ella el lento deseo, él se la bebe entonces, a ella y solo a ella, olvida al otro esta vez, al dormido en su noche provisional, rocía con saliva la boca de Eve de la que se apodera, violento, la ahoga casi, duro deseo de asfixiarla, de abrirla para él y solo para él, luego la libera, la deja respirar pero en su boca, entreabierta para ella, vuelve a bebérsela, le exige sus ojos abiertos, su mirada de agua tan cerca, junto a sus pómulos, los de él, y que se cieguen al unísono, roza con la punta de la lengua sus pestañas, prosigue, con las manos rodeando su cuello, cuando sus palmas, más rápidas que él mismo, resbalando apenas, encuentran los pechos de Eve, copas familiares cuya forma y fluctuante suavidad conoce, cierra a su vez los ojos —su perfil hundido, entonces, en el cuello de la amante— cuando de pronto sus palmas, cálidas, descubren, es el día de los descubrimientos: «Tus pechos han crecido, no puedo ya tenerlos en cada una de mis manos, tus pechos...», su voz ha subrayado la sorpresa de sus dedos: los pechos de Eve sobresalen, fuera de las anchas palmas de Hans... «Llenos de la leche que llegará muy pronto, sin duda», reconoce ella, susurra: «La piel me tira a veces», entonces él, el amante, tiene miedo, se inquieta: «Los pechos para ese, para el que llega, con sus vagidos, para el que...»,

Eve se ríe: «Tómalos pues, no temas nada, pálpalos, dibújalos de nuevo, son más voluminosos, desbordan cada una de tus manos. Tuyos, son solo tuyos, te lo prometo», él traga, con sus labios, esas leves observaciones. Hans vuelve a los pechos, quiere olvidar el vientre, las caderas. Se agacha, comienza a besar a Eve a partir de los pies «míos», de los dedos de los pies «solo míos, para siempre, en la cama, y cuando caminas, cuando emprendes ante mí el vuelo noche y día, concedo los muslos (para que le sientes algún día), las caderas (que ya habita), pero no los pechos, promételo, promete ahora que no amamantarás al mocoso, reconócelo, concédemelo, soy el primero, tengo preferencia sobre todo recién llegado», y el hombre no espera respuesta, se la bebe en su boca, la de ella, la asfixia sin más, no quiere ya sus palabras, sus palabras serían dobles, palabras de la amante pero también palabras de la futura madre. Recupera así el aliento, de modo que ya no somos dos sino tres.

—¡Penetra en mí, no puedo más! —gime ella—. Tú y solo tú —promete ella cuando él se apodera de sus pechos.

Se dispone a cabalgarla de frente, desdeñando el vientre, a riesgo de aplastarlo o, al menos, de agitarlo. Se contiene y vuelve a pedir:

—Promételo, «tú y solo tú» —y ella le suplica con las manos, con los hombros, con los pechos, está pegada a él, necesita estar llena de él, solo de él, qué más da si la cabalga, pero llenándola, la inmersión lenta e interior, la marea, «rápido, me zumban los oídos», suplica. Hans vacila, qué postura será mejor para no... No tiene ya la paciencia del primer acoplamiento, solo un resto de prudencia para los dos, para los tres, la quiere a cualquier precio, cabalgándola como un jinete de carreras, con violencia. Pero la dobla dulcemente en lenta postura, las rodillas de ella protegen el vientre tendido de lado, él se desliza, más abajo aún, para penetrarla, a ella, solo a ella, sacudida por múltiples embates cada vez más cortos, acompasados, Eve no canta esta vez su estertor de vez en cuando, el hombre comienza a gozar más, polvo y estrella, ella murmura «mi leche de palma», piensa en esas palabras para el esperma que va a brotar en ella, a inundarla, ambos, con los brazos encadenados, se zambullen, emprenden también el vuelo, estallan casi.

Jadean sin separarse. Él, recuperando el aliento, se llena las manos de esperma para humedecer los muslos de Eve; ella, a su vez, apaciguada, toma el agua blanquecina y nivosa, se amasa con ella, sonriente, con los pechos que se ensanchan. Sus ojos brillan. Frente a él, con las piernas en cruz, se acaricia lentamente ante los ojos de Hans y para él.

Se desliza entre sus piernas, la ayuda, escultor a su vez. Ella se abandona, ensordecida, floreciente...

¿Será porque el sol se ha retirado de la alcoba, o porque Hans ha acabado tendiéndose junto a ella y tal vez —pero no está segura— se ha adormecido? En este

momento —larga voluptuosidad en dos actos tan extraños y diferentes—, las voces de la mañana que la obsesionaban, las de la prima con su esposo y otras alrededor, las de «la familia» de antes, de antes de antes, todas esas voces zalameras, o huecas, esas voces fantasmáticas, como ella las llama, se han acercado, insinuantes, en torno a su yacija...

¿Duerme Hans? No... Sueña, ¿con quién? Con su hijo, cuyo sexo ella no quiere saber, para el que nunca se ha atrevido a proponer un nombre, un nombre andrógino... Sueña, seguro, con ellos tres. Por primera vez han hecho el amor a tres, con el niño dormido entre ellos, dividiéndoles y multiplicándoles...

—¿Hans? —llama, alertada, casi acorralada, sin saber aún por qué.

Él no responde. No fuma nunca.

—¿Hans?

—Sí —dice con calma, y su mano la busca, para rozar sus labios, sus mejillas, sus cabellos. «Eve está aquí», debe de decirse, tras ese agotamiento.

—He pensado —empieza ella, entonces, en ese instante advierte vagamente: «Hablo casi con la voz de mi prima».

Recupera el aliento, expulsa la observación parásita, vacila aún, repite:

—¿Hans?

—Estoy del todo despierto, te escucho —la anima él.

—Si es un chico, Hans, al séptimo día...

Esperan. Y ella, de nuevo: «Mi voz, ¿realmente es mi voz o la otra, las otras?».

—Al séptimo día —prosigue en un tono más alto, el acento casi gangoso, pero la frase iniciada conserva su movimiento. Eve se lanza por completo—. Sí, realmente, al séptimo día, si es un chico, le haré circuncidar.

Hans no dice nada, no la mira, no la roza ya. Busca sin duda su respuesta, que da vueltas, da vueltas, una broma tal vez, un murmullo, leve ironía ante lo que ella dice, o por la voz con la que ha dicho casi sobresaltada, «le haré circuncidar», en un tono resuelto hacia el final. Hans está de pronto harto de este intruso, de ese que está realmente ahí sin haber aparecido en realidad...

—Si es un chico —replica, y la respuesta, ¿un chiste?, da vueltas por última vez en la cabeza del hombre, ¿él padre realmente, él un padre, él, más bien el ausente o, quién sabe, él dormido a su vez?... Ella, la madre, la Ma-a-a-dre y el otro, el minúsculo, ambos inseparables, el programa ya, las ceremonias, el ritual, «ella y él», gruñe el que no se considera padre, que ríe sarcástico, de sí mismo, de todos—. Si es un chico —prosigue, y suelta por fin la respuesta— te comerás, supongo, su prepucio... como una buena madre judía.

Silencio en la alcoba. Un silencio de plomo, como suele decirse. Se ha hecho el gris en la habitación, la habitación del amor. Los dos cuerpos tendidos; desnudos aún. Ella ha hablado, lo sabe, con la voz de la prima, filtrada a través de los ojos del primo, iluminada tal vez, también, con la triste sonrisa de la madre muerta, muerta y no enterrada en Tébessa, con la mirada fija de la abuela olvidada, muerta y enterrada,

ella sí, en Tébessa.

Además, él, el hombre alemán, ha dicho: «Como buena madre judía». Se ha atrevido a decirlo. ¿Se ha atrevido?

Eve se pone de rodillas. Mira a su alrededor. Una luz de un gris desvaído. Ya no hay sol, ni aquí ni fuera.

—¿Qué has dicho? —su voz asciende, algo sibilante al final. Una voz prestada... Jadea un momento, luego exclama en voz muy alta—... Pero ¿de quién te estás burlando?

Hans se dispone a incorporarse; se vuelve hacia aquella que, un minuto antes, era la amante. Se enfrenta a la voz enemiga:

—¡Bromeaba, eso es todo!

—Te burlas —ruge ella—. ¿De nosotros? —grita esta vez; se oye gritar—. ¿Te burlas? Tú, eres tú —no solloza, grita.

De pronto, con su tez de pelirroja y el rostro empurpurado, le hace frente, sentada en la cama; le contempla con los ojos fijos (crece en ella la cantinela: «¿Tú, eres tú?»). Levanta el brazo, la mano y, con una violencia que ella ni siquiera sospechaba, abofetea a Hans.

Él está medio sentado. Por un segundo ha vacilado.

La agarra por la muñeca. La mano de ella está aún sobre la mejilla de Hans. Su puño es vigoroso.

Luchan unos minutos, el uno contra el otro. Ella está a punto de inclinarse hacia él, de caer sobre él, con los ojos llenos de furor y los rasgos convulsos.

Siguen luchando, sin ardor y sin odio, empujados por un oscuro empeñamiento que pretende llegar a agotarles. Otro largo minuto: sus alientos, muy juntos... Hans suelta por fin la mano de Eve.

Tranquilo, pronuncia suavemente, con un resto de vibración, o de ironía:

—¿Quieres golpear ahora la otra mejilla?... No soy Cristo, *my love*.

Ha terminado en inglés, un terreno neutral al menos, un minúsculo espacio, un pequeño terraplén de esperanza, «*my love*», dos palabras comodín, revoloteando desde otra ribera...

Ella ha percibido la ironía de «no soy Cristo»... Ha comprendido: «¡Golpea de nuevo, golpea ya! *My love, my sweet love!*...».

Eve rompe a llorar. Unos sollozos que se incubaban allí desde la mañana, que han dormido toda esta semana... Ella, vacilante, ha puesto su propia mano ante su cara. La examina como la de otra. Esta mano, ¿un remo, una maza? ¿Realmente he acariciado tanto con ella? ¿He golpeado con eso a mi amor? «*I would like my love to die!*». Recuerda el verso de un poeta irlandés precisamente entonces, ¿no antes?... ¿Por qué no viven su amor en Irlanda? ¿Por qué no en esa isla, en una isla cualquiera, pero no en esta ciudad (isla en el Ill, sin embargo) donde Eve creía... olvidarlo todo?

Así pasa el río cada mañana, mi Tristán, y heme aquí de pronto, no como la verdadera Isolda, sino más bien como la falsa Isolda de las blancas manos. Como la Isolda de manos enemigas...

Eve solloza. Monologa también:

—¿Qué me pasa? Ese nerviosismo, ayer ya, ese miedo, esa prisa de hoy... ¿Pero tan llena de ti me creo, no me basta pues tanto placer? No ha podido matar algún veneno estancado... Tú bromeando, yo gritando...

Se retuerce las manos (vuelve a pensar en Isolda la falsa, la mentirosa, aquella por la que llega la desgracia, pero también es la otra, la verdadera Isolda, la enamorada, la que morirá de amor o, al menos, se sumirá en uno de los numerosos conventos de Estrasburgo; lo escribió incluso como un plan el año pasado, a Thelja...).

Murmura: «Si te ocurriera una desgracia, ¿qué sería de mí?». Hans se ha inclinado sobre ella. Le pone la mano en los labios:

—¡Shtt!... —recomienda—. No hables más. Pronto llega el olvido —y añade, en un murmullo, tres o cuatro palabras de un verso alemán.

—¿Qué estás diciendo?... —susurra ella, encontrándose de nuevo tendida, sin saber cómo, en sus brazos.

—Nada, no hables... Más tarde... Te acuno, te calmo.

Poco después, junto a la puerta, Mina comienza a llamar, con pequeños golpes regulares, cada vez más fuertes.

—¡No digamos nada! Se cansará. Se marchará. Quédate aquí... Duerme, voy a velarte, si quieres, si puedes. Tú eres la infantil, no la niña que está detrás de la puerta.

Hans sigue murmurando junto a su nuca, junto a sus cabellos; repite las palabras de dulzura para los ojos que se cierran, para las mejillas sacudidas por un último espasmo, con los labios menos prietos por fin, para la respiración de la amante, que se ha vuelto de nuevo regular.

Mina, detrás de la puerta, se ha acurrucado. Se ha dormido.

#### 4.

A media tarde, Eve escucha por teléfono a Thelja que le anuncia su llegada:

—Iré a cenar esta noche a tu casa, bueno, a vuestra casa... —un breve silencio—. Seremos dos, François y yo.

Eve suelta una larga risa guasona:

—Ya ves —replica alegremente—. Por fin sé su nombre: bienvenido sea François, bienvenida seas... Deja que te diga quiénes seremos: Hans, claro está, que ha llegado hace un rato de Heidelberg... Y he invitado a dos amigas: Jacqueline, que es el «hada buena» de HautePierre, y otra, Irma. Es ortofonista, bastante tímida... No

estoy segura de que no se asuste ante tanta gente; ha dicho que vendría con un amigo...

Eve escucha a Thelja que cuenta sus paseos junto al Rhin, por las afueras de la ciudad.

—¡No lleguéis muy tarde! —recomienda al colgar.

Fuera, por la ventana, el día agoniza poco a poco. Eve y Hans no han salido, como en los demás encuentros: abandonando el lecho, revuelto aún y que conservaba el rastro de sus momentos de voluptuosidad, inmediatamente después buscaban fuera, con hambre de espacio, los ruidos de la multitud, «salgamos, caminemos por las calles antiguas de esta ciudad que está siendo por fin la nuestra», decía con avidez Eve, tranquilizada al llevar de su brazo al amante.

¡Qué pronto llegan esta vez los amigos! Eve olvida, no al niño que lleva, no, pues lo borra o lo deja para más tarde, para los días y las noches en que esté sola. Eve olvida el recuerdo de su violencia inexplicable, de su agotada cólera...

Vuelve a la cocina, hacia Hans que, con las manos en la harina hasta las muñecas, amasa una pasta. Quiere hacer raviolis de acuerdo con una rara receta. «Pretendo ser —ha buscado la palabra—... experto, ¿es eso?... Experto en cocina italiana, versión calabresa, ¡cuidado!».

Y Eve, abrazándole por el cuello mientras trabaja, propone:

—Quisiera soltarte un poema que he aprendido esta semana; me conmueve.

—Te escucho —responde, atento a sus dedos pringosos y a la pasta, demasiado líquida tal vez.

—«Tanto prendió en mí la pasión por esa amante deleitosa, en mí, no exento de desahogos y de oscilante lubricidad...».

Hans deja su trabajo, se vuelve hacia Eve, boca contra boca, pues ella sigue abrazándole:

—¿Eres tú el hombre en este poema, eres el enamorado?...

Ella prosigue, con un dedo en los labios de Hans para que no la distraiga, vacila, busca:

—«... y de oscilante lubricidad, debería, no debería morir en sordina o modificado...». —ha perdido el hilo. Prosigue—: Sobre todo en el segundo verso, pensé en ti, Hans, al aprendérmelo: «Las noches de novedad salvaje» —se detiene de nuevo.

Hans repite, con los dedos en la masa:

—«Las noches de novedad salvaje...».

—He olvidado el final —se entristece Eve. Luego, traviesa—: ¿Sabes por qué me conmovió?

Hans espera, con los dedos pringosos aún. Eve se pone ante él, su rostro se anima:

—Es el último poema de René Char: *Elogio a una sospechosa*. ¿Sabes?, tenía ochenta y un años. Murió dos meses después.

—El año pasado, en efecto.

—«Las noches de novedad salvaje» —repite Eve con los ojos en el vacío—: El anciano tuvo noches de muchacho, un flechazo sin duda. ¡Afortunado!...

Hans ha vuelto a su trabajo de cocinero.

—A René Char deberían llamarle «el rey René».

Hans trabaja la masa, termina la mezcla, se lava las manos, deja reposar su preparación. Eve prosigue:

—En tiempos de la Resistencia, en el maquis del Centro, ¿sabes el otro nombre del rey René? —sonríe—... Mi amiga Thelja, a la que conocerás esta noche, se detiene siempre en esta clase de detalles... René Char, el maquis, se llamaba Alexandre.

—Puesto que estamos en Alsacia —observa Hans—, creo que en 1939 y 1940 Char fue soldado... precisamente en Alsacia. No en Estrasburgo, pero tampoco lejos.

Eve sonríe a su amante: «Todo, oh sí, todo está olvidado, de la tormenta de hace apenas dos horas», se dice, aliviada.

Jacqueline es la primera en llegar, con los brazos cargados de lilas. Simpatizan, Jacqueline, cuarenta años, animadora cultural en ese arrabal estrasburgués, y Hans, apasionado por el teatro.

—He pasado la tarde en el penúltimo ensayo de mis jóvenes. Tendremos otra sesión mañana. Luego un pase, el próximo viernes. Si todo va bien, preparaos, dentro de ocho días, para el ensayo general.

—¿Voy a conocerla por fin? —pregunta Hans, mientras Eve pone la mesa.

—¿A la que hace de Antígona? —interviene, colocando el ramo de lilas en dos jarrones.

—Sí, a Djamila... —Jacqueline se inquieta—. No sé si su físico sorprenderá: no es frágil; Djamila está más bien gordita, y es fuerte, y violenta...

—Antígona es forzosamente violenta —Hans busca—: ¡Intransigente!

—Djamila —Jacqueline intenta tranquilizarse—, en cuanto su voz crece, da el personaje. Estaba segura, con este seguimiento...

Puesta la mesa, Eve coloca unas velas. Las otras dos parejas llegan casi simultáneamente: Irma, con el moño negro aureolando su rostro y un vestido de terciopelo verde oscuro ciñendo su ancho cuerpo, Irma la de tan dulce sonrisa, escoltada por Karl, algo más joven.

Inmediatamente después, Thelja, con el pelo corto, vistiendo un pantalón y un ligero corpiño, lleva del brazo a François, un hombre maduro y alto, con la mirada apenas sonriente.

—¡Este es François! —Thelja lo presenta a Eve.

Se retira luego. Comienza espontáneamente a conversar con Hans, que se ha inclinado ante ella —lo encuentra tan apuesto, advierte el acento traqueteante de su lento francés en el que, al principio, conversan—. Le habla de la vecina, Touma, «que

debe ser de su país, yo la creía marroquí...».

Luego se sientan todos en torno a las velas encendidas; Eve y Thelja, cara a cara, se sonríen con ternura intermitentemente.

Irma se ha alejado de su amigo Karl, que inicia un diálogo con François. Sin duda se conocen: «Parecen, en cualquier caso, los únicos originarios de la ciudad», advierte Thelja. «Con Jacqueline, sin duda...».

Hans sirve su plato, del que se siente orgulloso. Recibe, con pueril vanidad, muchos cumplidos. A los postres Jacqueline pone música. Los invitados se levantan y se dispersan.

Hans, que es urbanista, de pie, junto a la ventana, ha preguntado a Thelja sus impresiones sobre la ciudad. Thelja se sorprende hablando, no de las calles que recorre cada mañana ni de las esculturas medievales, de las que no se cansa en su deambular; ha comenzado a hablar, poco después, del asedio de 1870, de aquel auto de fe de tantos libros raros, de las pinturas irremediabilmente perdidas, del bombardeo de aquella terrible noche de agosto... Llega al manuscrito de la abadesa Herrade cuyo original, «destruido para siempre», la obsesiona...

Hans, sorprendido, pregunta: «¿Por qué perder tiempo con esa desaparición? En el vacío, como quien dice... ¿Por qué no interesarse por lo que se transforma, lo que se ha mantenido, o se ha modificado, a pesar de las guerras?». Sugiere a Thelja y a François, que se ha unido al grupo, una visita a la inmensa sala donde se reparan, se restauran, se limpian las estatuas de la ciudad.

—Junto a las fortificaciones de Vauban... Debería usted —insiste volviéndose hacia François— acompañarla en esta visita: es un espectáculo... ¡surrealista!

—¿Las estatuas? —se sorprende Thelja.

Eve ha procurado dejar que los grupitos se formaran libremente. Habla con Irma y Karl, un musicólogo que siempre ha trabajado en Estrasburgo. Eve recuerda que acompañará a Irma, el lunes por la tarde, hasta un pueblo a una hora de Estrasburgo.

—¡El 18 de marzo! —confirma Irma, con la voz empalidecida.

Karl no hace preguntas. Irma no le ha dicho nada. Advierte el tono de confianza entre la anfitriona, tan joven, e Irma, de la que le gustaría no separarse en todos estos días.

Eve vuelve la cabeza; acaba de oír a François llamando a Thelja, de pie, en la otra esquina.

—¡Nieve! —ha dicho François, a media voz.

Irma y, a su lado, Eve se sorprenden al mismo tiempo:

—¿Nieve?

Thelja, acercándose, explica:

—Así me llama, al menos desde que tuve que revelarle (él insistía) el significado de mi nombre.

François, con Karl y Hans, forman un círculo. Eve suelta una larga risa:

—Y yo, que te conozco desde hace veinticinco años, por lo menos, nunca (y creía que comprendía bastante el árabe), nunca pensé que tu nombre —toma afectuosamente a su amiga del hombro— tuviera un sentido... ¡Y este, además!

La discusión deriva hacia la existencia de la nieve en Argelia: en Cabilia, en los Aurès... Eve prosigue:

—Thelja, de hecho, es un nombre muy raro. Siempre he creído que era bereber, no árabe.

—Bueno —sonríe melancólicamente Thelja—, conociste a mi madre, la viste algunas veces... allí, en nuestro país.

—Claro...

—Ella me llamó así: solo mucho más tarde lo comprendí, casi cuando tenía veinte años. Cuanto tú te ibas, por otra parte —calla, sueña unos segundos. Su rostro se ensombrece—. Mi padre en el maquis: yo creía que regresaba como otros, algunas noches, a la aldea... —añade, en voz más baja—: Nací en 1959, mi padre murió en combate, tres meses antes de mi nacimiento, en el maquis también. Pues bien, no; a mi madre, y era invierno, un duro invierno, una vieja fue a buscarla y se la llevó a través de la cercana montaña... Se quedó en unas grutas no sé cuánto tiempo, dos o tres noches supongo, con mi padre... Cuando quedó preñada, decían que se sentía molesta... pero que las mujeres (mi padre mandaba una sección de la región) la felicitaban calurosamente... Mi abuela me decía, cuando yo era muy pequeña: «Mi consuelo es que mi hijo, justo antes de morir como un valiente en el combate, mi hijo supo que su mujer le daría un heredero». No bromeo; a mí, hija única y nacida huérfana, mi abuela me decía con orgullo estas palabras... ¡Y yo tenía cinco o seis años entonces!

Thelja se ausenta, con la mirada extraviada. Jacqueline, que la contempla, al fondo, se dice que la atmósfera del ensayo de *Antígona* prosigue, que un extraño eco se prolonga...

—¿Y qué pinta la nieve en todo eso? —pregunta, con su voz dulce, Irma.

El rostro de Thelja se ha endurecido. No responde enseguida; ha mirado a Irma como si la pregunta requiriera tiempo para infiltrarse en ella. François la contempla atentamente: «Recuerda, esta vez ante todos pero de otro modo. De otro modo que en mis brazos. Sin embargo, habla y eso va a aliviarla», se dice.

—La nieve —prosigue Thelja sonriendo confiada a Irma y su hermoso rostro maternal—. Mi madre regresó de ahí arriba, tras la tercera o cuarta noche. Sé que después no vio nunca más a mi padre. Recibió aún noticias por la vieja que hacía de contacto (la vi una vez, justo antes de que muriese: estaba casi paralizada en una yacija, yo tenía diez años entonces... Las aldeanas se turnaban cada día para cuidarla, una tras otra).

Un silencio en el que Thelja se sume de nuevo:

—En cuanto a mi madre, supongo que la decepcionó que yo no fuese un chico. Ella, apenas recuperada de los dolores del parto, desde su lecho, intervino mientras la abuela se preguntaba: ¿cómo llamar a esta huérfana de Dios? Me contaron que mi madre gritó con voz enérgica: «Se llamará “Thelja” (por lo tanto, nieve en francés) pues, desde aquella noche de invierno, cuando tuve que bajar descalza, durante horas y horas, en aquella noche helada, he sufrido mucho por mis pies congelados, abrasados, ¡y durante toda mi preñez! ¡Llamadla Thelja!», ordenó, y transgredía así las costumbres, pues entre nosotros suele ser la abuela quien decide el nombre. «Te llamó “Thelja”», me decía más tarde mi abuela con el rencor hacia su nuera en la voz... «No la abrasaste, nunca nos abrasarás, al contrario», me murmuraba cada noche cuando, estudiante ya, yo volvía a la aldea, precisamente por mi abuela... Me repetía, poco antes de su muerte: «Me calientas. Tú me calentarás a mí». De vez en cuando, olvidándose, suspiraba: «¡Mi pequeña Kenza!».

—Kenza —interviene Eve— significa «tesoro»... Tu abuela fue tu verdadera madre, ya ves...

Eve se detuvo, petrificada. Thelja levantó los ojos hacia su amiga, fue la única en comprender: «Piensa de pronto en su hijita, Selma, criada en Marrakech por su abuela».

Thelja bebió de un trago una gran taza de té amargo. François, que se había acercado, se centró —o lo fingió— en la lectura de un anaquel de libros. «¿Cómo debe ser eso de crecer en una aldea bereber? Dos mujeres detrás de la huérfana, de la “huérfana de Dios”... Dos guardianas: la madre de pies abrasados y la abuela, tierna y fuerte a la vez... Luego llegó Tébessa, y la escuela, donde comparte esos años con nuestra anfitriona». François se sentía feliz de conocer a Eve e imaginó que volvería en otra ocasión a esa casa.

Hans se unió a él. Los dos hombres comenzaron a dialogar en voz baja, en alemán.

Irma contempla la disposición del grupo: los hombres allí, repentinamente unidos por algo cordial (Karl reservado, algo apartado), y las dos amigas, Eve y Thelja, una junto a otra, sin hablar. Irma, en la necesidad de silencio, o de distracción, que la dominaba de vez en cuando entre los otros, temió aburrirse. Había simpatizado muy pronto con Eve, aunque siempre en la piscina —ambas, con el cuerpo mojado, agotado a veces, y relajándose juntas—. Era la primera vez que Irma iba a casa de Eve y había avisado a Karl, quien, Irma lo sabía, habría preferido estar a solas con ella.

—No —había respondido ella, indolentemente, por teléfono—, aunque corramos el riesgo de no conocer a nadie, estaremos juntos... ¡con los demás!

Karl había aceptado acompañarla. De momento, escuchaba a Jacqueline.

Irma se acercó a Eve.

—Le decía a Thelja —estaba explicando— que yo había guardado en una caja unas fotografías antiguas de ambas, de —vaciló—... de nuestros amigos de hace seis o siete años.

—¿En Argelia? —preguntó Irma, curiosa.

Eve, sin aliento, cogió una silla y se sentó. Levantó la cabeza hacia las dos mujeres.

—¡No, en Marruecos!

Eve se levantó, cogió de la mano a sus dos amigas:

—¡Venid, venid conmigo!

—No —dijo dulcemente Thelja esbozando una sonrisa—. Sin duda tengo ganas de ver otra vez estas fotos de antaño, pero con calma...

Irma miraba a las dos amigas, indecisa.

—¿En Marruecos? —se extrañó.

—Eve —intervino Thelja—, usted no lo sabe, vivió varios años en Marrakech...

Hans y, tras él, François, con una copa en la mano, se unían lentamente al trío de mujeres.

—Ignoro si han leído *Las voces de Marrakech* de Canetti —comenzó, con cierta gravedad, Irma—. Yo lo leí en alemán, hace mucho tiempo; nunca he ido a Marruecos. Hay, en ese relato, varios momentos que despiertan en mí unas —buscó la palabra—... unas vibraciones profundas.

Eve, casi poniéndose en pie de un salto, se incorporó:

—¡Lo tengo, claro está, en la traducción francesa!

Irma estaba concentrada, con el rostro enrojecido. Jacqueline se acercó y, a su lado, un atento Karl:

—¿Recuerdan el pasaje sobre los gritos de los ciegos? —y lo resumió—: Canetti no sabe nada de árabe; poco a poco, al escuchar el mismo grupo de mendigos ciegos que recita, durante todo el día, su lamento en la gran plaza Djemaa el Fna, Canetti descubre que, gracias a la repetición de la plegaria, comprende al menos una palabra árabe: ¡Alá, Alá!

—Lo recuerdo —murmuró Eve.

—No cabe duda de que ese viaje tiene un acento autobiográfico. Canetti estuvo allí en 1953, creo.

—Viví en Marrakech hace ahora once o doce años —intervino Eve—. Solo leí el relato cuando me hube marchado a Holanda.

—Antes ese párrafo del canto de los ciegos me conmovía... pero solo comprendí la impresión que me había causado ese libro sobre Marrakech cuando llegué a Estrasburgo, hace dieciocho meses —Irma soltó una risita.

—¡Tres meses antes de mi llegada! —exclamó Eve, enternecida.

—¡Antes que nosotros dos! —rectificó Hans.

—Estaba ordenando mis libros —prosiguió Irma, con la misma voz empecinada

— en mi nuevo apartamento. Hacía un mes que me había instalado. Ya he debido decirlo, Eve, qué distante suele ser, al comienzo, cuando uno llega para quedarse en Estrasburgo, la acogida de los autóctonos... Fueron necesarios tres meses para que el primer colega, a quien veía unas tres veces a la semana, en el hospital, me invitara a tomar una copa «para intercambiar puntos de vista sobre nuestros pacientes»... Ahora bien, una noche volví a leer ese relato del viaje de Canetti a Marrakech y, en Estrasburgo, comprendí por qué llevaba a todas partes ese texto.

Entretanto, se había sentado, con las mejillas coloreadas, la voz animada. Karl advirtió cómo se iluminaba la belleza de Irma, más bien fría por lo general: sus ojos algo estrechos, sus rasgos tan finos, su pelo en una gruesa trenza, de un negro brillante contrastando con su tez de marfil...

—¿Recuerdan —Irma se volvió hacia Eve— cómo se conmueve Canetti cuando un judío marroquí, al oír el nombre de Elias Canetti, lo repite a su manera?: el sonido de su voz, el modo de decirlo... Canetti comprende que aquel judío de Marrakech le resulta más cercano que todos los ingleses y los alemanes con los que, sin embargo, comparte un tesoro de cultura... Los antepasados de Canetti, hace siglos, habían salido de Andalucía para dirigirse a la Europa danubiana, bajo protección otomana. Aquel marroquí hablaba al escritor como si hubiera sido un antepasado resucitado: el sonido en lengua árabe, para Canetti, había reproducido el exacto ruido original...

Un silencio meditativo se apoderó del auditorio.

—Por eso —Irma recupera una voz casi serena— me he apegado a las voces, a las que se buscan, a las que se pierden, a las que tienen de pronto un agujero, como si fueran de punto... Lo esencial resbala de pronto, se diluye... ¿Es posible repararlo? ... Por la voz, a veces todo asciende de nuevo, aun lo esencial escuchado hace siglos...

Calló.

—Es hermoso tu oficio de ortofonista —concluyó Eve levantándose y acercándose a Hans.

Oleadas de música sumergieron la conversación. Jacqueline, algo apartada, había puesto voluntariamente un disco a bastante volumen.

—Escuchen esta voz —propuso—, acunó mi infancia.

Todos se volvieron. Jacqueline se llevó un dedo a los labios, les sonrió sacudiendo su larga y fluida cabellera oscura. Mientras la voz pura, estremecida, de Billie Holiday se elevaba de pronto (una gata enfurecida, vapuleada, arañándose luego a sí misma, temblorosa, entre lo cristalino y lo desmelenado), Jacqueline les miró a todos, como fantasmas súbitamente sin cuerpo, con sus miradas interrogativas o expectantes. Ella comprendió que solo entonces se liberaba del teatro —la pasión de Antígona o, mejor, el «hybris» de Sófocles, aureolando a algunos adolescentes de los suburbios, seguía sin disiparse en ella...

Thelja y François fueron los primeros en marcharse. Thelja prometió a Jacqueline que pasaría a ver el último ensayo, a la mañana siguiente. Anotó la dirección del pequeño teatro, no lejos de Hautepierre.

Eve añadió que también iría, aunque como fotógrafa: algunas instantáneas tenían que servir para las reseñas en la prensa local, la semana siguiente...

François ayudó a Thelja a abrigarse con una chaqueta de terciopelo. Se excusaron.

—¿Adónde vamos esta noche? —preguntó él, en el coche.

La abrazó.

—Me parece que no hemos hablado en toda la velada —observó.

—Es cierto —exclamó Thelja—. Yo le miraba de vez en cuando...

—¿Adónde quieres que vayamos? —prosiguió.

—He dejado las cosas en el hotel de l'Ecluse. He pedido que nos guardaran la misma habitación, también esta noche.

François arrancó. Pensaba proponer que fueran al pequeño apartamento que se había arreglado en una planta de la casa de su madre. No estaba seguro de no encontrar cierta reticencia en Thelja... Se dijo que tendrían para ellos todo el domingo.

## 5.

### CUARTA NOCHE

*Cuando entraron en la habitación de la víspera, la lámpara, en una esquina de la mesa, seguía encendida. Un jarrón con flores silvestres —margaritas, dalias y un girasol— estaba sobre la cómoda.*

*—Una sorpresa —dijo riendo Thelja—. Recuérdelo, lo que hemos cogido juntos esta tarde lo he dejado en la recepción. ¡Para que nos esperara luego!*

*Se quitó la chaqueta, los zapatos. Se derrumbó en un sillón.*

*—¡Casi en casa! —murmuró, mientras François, bruscamente y por completo vestido, se agachaba en la alfombra, a sus pies.*

*—¡Por fin solos! —dijo poniendo la cabeza sobre el vientre de la muchacha. Ella le rozó el pelo, lo tenía tupido y de un rubio sembrado de mechones grises.*

*—Quisiera —empezó ella casi para sí misma...*

*Mantuvo la mano en sus cabellos. Él levantó el rostro: ella le rozó la frente, las cejas, mirándole como si fuera la primera vez.*

*De pronto, inesperadamente, recordó la imagen del niño de cinco años trotando por las calles nevadas de Estrasburgo... Sobreimpresos, luego, unos pies desnudos, con la planta enrojecida por la henna, unos pies de mujer, agrietados en los bordes, los pies abrasados de una mujer de veinte años apresurándose en plena montaña, en la oscuridad, con un panorama de nieve al fondo...*

*—Quisiera... —repitió.*

*François esperaba... Ella anunció su deseo:*

*—Quisiera, esta noche... una larga noche casta, entre ambos... ¿Lo comprende?*

*Le tendió sus labios. «Un solo beso», pensó, solo uno, y fraterno, o de amistad al menos. En otros lugares habría pedido, buscado, exigido un colchón para ella sola, o una piel de cordero al menos. Lo habría arrojado a un suelo de piedras o a un enlosado rojo. Se habría acostado encogida, con o sin manta encima, se habría sumido sola, ardiente pero sola, en un sueño reparador...*

*He aquí que François se levanta, la toma en sus brazos, la lleva a una cama cuyas sábanas están entreabiertas. He aquí que la besa, levemente, en los párpados, en las mejillas, en el cuello.*

*«Tal vez me entiende, entiende mis deseos de solitaria».*

*—¿Quieres que te desnude? —las palabras le llegan de muy lejos. Pero él se lo pregunta muy cerca, al oído.*

*Su último beso de amante se lo da en la hueca concha de la oreja. El beso resuena en ella un rato, se alarga hasta el infinito. Su música se deforma, en ondas interiores, Thelja ha cerrado los ojos, no sabe ya quién la libera de su corpiño, cómo resbalan por sus piernas los pantalones, se duerme, el sueño se convierte en una gruta, último son del beso en la oreja, con las sienes palpitantes, se acerca a ella un umbral abierto, umbral de arena que fluye hacia la oscuridad, en la hora nona de la noche, piensa confusamente antes de zozobrar.*

*François dormirá, vestido de los pies a la cabeza, al otro lado de la cama. Fumará antes en la oscuridad. Errará con el pensamiento por la habitación de sus fines de semana ordinarios, en la casa materna que, se dice, les aguarda a ambos.*

*Thelja y su sueño; del que sale antes de las primeras neblinas que preceden a la aurora, llorando. Abre los ojos, como una convaleciente o como se sale de una larga anestesia. Se encuentra desnuda entre las sábanas. Ha olvidado: ¿quién la ha desnudado, quién puede haberla dispuesto así? No tiene frío. Con su mano izquierda, tantea a su lado: el hombre duerme al otro extremo, sobre la colcha, está claro.*

*Thelja lleva la mano a su propio rostro y lo palpa, lo descubre bañado en lágrimas; estas siguen manando. Se seca: «¿Por qué, pero por qué?», se pregunta unos segundos. Con el alma vacía, restaurado el cuerpo: no se ha oído llorar. Se da la*

vuelta: de pronto, el sueño, rayado, regresa, con los colores de un mosaico oriental, móvil, ondeante, no legible aún.

Se seca de nuevo unas lágrimas: más frías, casi tibias. ¿Realmente son las tuyas? ¿Acaso es, así, una especie de fuente hueca, pero húmeda?... Las lágrimas cesan de pronto; regresan intactos, a la vez, su terror y su pena en carne viva, sin motivo: vértigo retrospectivo. Un segundo después, el sueño se desarrolla ante ella —ella, con los ojos abiertos de par en par, en la habitación bañada por el oscuro azul de la noche que se agota—. «Últimos minutos de la noche, o los primeros del naciente día», se dice...

Está en un campo, más bien un prado bajo un cielo inmenso, de un azul impávido. Frente a ella, un adolescente de menos de veinte años. Thelja lo reconoce: ese rostro de ángel de cabellos castaños, rizados, esos ojos risueños, esa tez morena, casi mestiza, ese aspecto grácil... Sí, tiene él una mirada encendida: lo conoce, busca ardorosamente su nombre: su primer enamorado, del que se burlaba: «Estás entre el niño y el hombre». Antes se reían tanto juntos. Ella se carcajeaba ante sus declaraciones de amor: «Un juego», decía. Tenía entonces su edad, pero ella se sentía austera y grave. Se reía, sin embargo, y solo con él.

Le dejaba hablar, asombrada ella misma ante la indulgencia divertida que le manifestaba... «Tan hermoso» en ese sueño, y aquella aureola rodeando su rostro moreno.

Pero he aquí que se disponen a subir a una inmensa roca; una rocosa ladera de montaña, más bien, de la que, desde donde se halla, no distingue la cima... Se siente asustada; busca el nombre del muchacho, lo ha olvidado:

—¿Qué estás haciendo? —le grita, enloquecida.

—¡Subo al cielo! —suelta él ligeramente.

En efecto, trepa, y muy aprisa. He aquí que comienza, ella (la Thelja de veinte años, claro), a derramar cálidas lágrimas.

A su alrededor, gente, desconocidos, viandantes en grupo, alegres incluso... Ella llora como una chiquilla, con hipos, sollozos: quisiera impedirselo... Él desaparece de su vista, sigue subiendo...

Mientras ella solloza, en una luz dulce, bajo el mismo cielo de un inalterable azul, la campiña vuelve a estar desierta y el joven reaparece: ha vuelto a bajar.

Cuenta con un aspecto algo más grave pero con la misma aureola alrededor de su rostro tan puro, de mirada brillante:

—¡Quería subir al cielo! La Dama, arriba (ha señalado, con el índice perpendicular, hacia el azur), la Dama, la que está preñada y que iba a decidir mi muerte, no pudo hacerlo... Adivina cómo.

Thelja, que lloraba, deja de hacerlo, permanece colgada de las palabras del joven, serio ahora, como imbuido de sí mismo.

—No ha podido hacerlo porque se lo ha impedido... su vientre. Sí, sí, sí... Un vientre transparente, yo podía verlo todo como desde un tragaluz. El bebé, en el vientre, ha protestado: «¡Si muere, también yo moriré!». La Dama ha cambiado entonces de opinión. Simplemente me ha dicho: «Puedes marcharte».

Thelja, con los ojos abiertos, recuerda lo que ha escuchado en el sueño. Dejó de llorar, recordó las habituales chiquilladas del muchacho en el pasado. Descontenta, protestó:

—Pero bueno, ¿cómo has podido, tú, ahí arriba, oír la voz del bebé en el vientre de la Dama?

Como si en el sueño la Dama, la escalada hasta el cielo, todo aquello, resultara verosímil, pero no esa voz del bebé no nacido aún...

—Lo veía —afirma seriamente el joven («Mehdi», se llamaba Mehdi, recuerda de pronto, y piensa, solo ahora, en este nombre de profeta)—. Lo veía tras un tragaluz transparente y le oía... ¡Eso es todo!

Mehdi, en toda su belleza y su fulgor, se aparta de ella, algo ofendido. Thelja, en el sueño, sigue extrañándose, pero no de la presencia de la Dama, «¡una diosa, una especie de Isis!», sino de que ese niño, dormido en el vientre de su madre, pudiese exclamar: «Si muere, también yo moriré».

Tras ello, Thelja reanudaba su llanto, intensificaba su espanto, derramaba más lágrimas: arriba, la Dama seguía amenazadora. Mehdi volvía a escalar la montaña...

—¡No vayas! ¡No vayas! —gritaba ella en silencio, como si, de hecho, el sueño en dos actos hiciera que desfilaran, indefinidamente, los dos momentos. Mehdi iba pues a bajar de nuevo, a explicar otra vez que el bebé en el vientre... «Si muere, también yo moriré».

Thelja despierta, con el rostro inundado de lágrimas de espanto: «Lágrimas de mi amor, tantos años después... ¿De modo que amaba a aquel muchacho? Creía reírme solo, ser cómplice del juego, nada importante, nada serio... Ni siquiera le concedí el beso que, tan a menudo, mendigaba».

Mehdi... ¿Y aquella mujer preñada, y aquel niño ligado a su primer amor? Acaso la Dama sea la Eve de otra época...

Thelja se levanta, contempla al hombre que duerme vestido... El sueño ha sido tan opresivo que se dice, por un segundo: «¿Qué estoy haciendo en esta habitación? ... ¿Quién es este desconocido que duerme?».

Ha apartado la cabeza, incómoda. Entonces, el primer rayo del día ha atravesado la alcoba.

«Rápido, tomaré un café, admiraré la esclusa ante el hotel. ¡Es el alba!».

Un ligero portazo mientras François despierta.

## V. El río, los puentes

### 1.

—Veo el Rhin cada día, casi a mis pies, desde las ventanas de mi despacho —dice François tras proponerle a Thelja, el domingo por la mañana, un paseo.

Trabajaba en el puerto autónomo del Rhin, con una responsabilidad importante, sin duda. Ella no respondió a la oferta de ir a visitarle a su despacho, uno de esos días... Él sugirió, poco después, que cruzaran el puente de Europa «inaugurado recientemente», precisó, y añadió que podrían al menos detenerse en la ciudad alemana más próxima.

El coche circulaba entonces en esa dirección y el tiempo era primaveral. El puente parecía lejos aún.

—¿Sabe? —comenzó Thelja que, desde sus ensoñaciones sobre la abadesa, se sumía varias horas al día en el pasado de la ciudad (la menor biblioteca de barrio que encontraba, una gran librería en una plaza por la que vagabundeaba, cada lugar le resultaba un remanso familiar)—, estuve leyendo que numerosas reinas de Francia hicieron en el pasado este trayecto, aunque en sentido contrario... Llegaban con escolta real hasta Estrasburgo, donde se celebraba su boda por poderes... Tras ello, se dirigían a París ya como nuevas reinas de Francia.

—Eso debió de funcionar, también, del lado de los Pirineos, hacia Bayona o Perpiñán —intervino François—. Hay tantas reinas de Francia llegadas de España como reinas de origen germánico, ¿no?

—Esas de las que hablo no fueron todas alemanas —repuso Thelja... (muestra su saber con una pueril alegría)—. Déjeme que se las enumere: en primer lugar, la gentil e ingenua polaca, Maria Leczinska, que se casó en Estrasburgo y luego fue a desposarse en Versalles, con el Delfín, el futuro Luis XV. Luego, ella se sumió en la piedad y él, muy pronto, en el libertinaje. Después estuvo la austriaca, la hermosísima María Antonieta: tuvo, es cierto, un marido más amoroso, pero ¿quién se hubiera atrevido a vaticinar a la princesa, mientras tantas ceremonias fastuosas se desarrollaban por ella en Estrasburgo, que acabaría en la Conciergerie y, más tarde, en el cadalso, en la plaza de la Concorde?

—Ahora que lo pienso, Goethe estaba estudiando en nuestra ciudad cuando vino la princesa —la interrumpió François—. Cuenta en sus memorias cómo la ve pasar en una carroza acristalada y bromeando con su séquito...

—No le costará adivinar la tercera —exclamó Thelja mientras llegaban ante el puente de Europa.

François detuvo el coche; escuchaba a su amiga que vertía, impulsivamente, su nueva sabiduría... Se dijo que, si permanecía en esa ciudad de tan rico pasado, estaría

dispuesta a abrazar su fluctuante, contrastada memoria: podría conservar a aquella niña, en exceso vivaz, a aquella estudiante aún... ¡No, sencillamente a aquella amante!

—No está usted escuchándome: la tercera llega y cruza el puente sobre el Rhin no como futura reina sino como emperatriz. Ya ve usted, es muy fácil.

—¿Para Napoleón, la austriaca? —dice él arrancando de nuevo.

—Sí, María Luisa, la princesa entregada por su padre al «Ogro» que odiaban todas las monarquías de la vieja Europa. El emperador del Sacro Imperio germánico entrega pues a la doncella, casi como Agamenón había sacrificado a su hija... En cualquier caso, una vez repudiada Josefina por estéril y aureolado Napoleón con la victoria de Austerlitz, la joven María Luisa pasa por Estrasburgo, probablemente asustada... antes de su noche de bodas, en París, con el pequeño corso... Sabe usted muy bien que aquello acabó menos de diez años después. La tercera novia de Estrasburgo regresó a casa de su padre y, según cuentan, se consoló muy deprisa.

—¡Tres reinas poco afortunadas! —concluyó François, que, pasado ya el puente, se detuvo para hacérselo admirar a Thelja...

Salieron, dieron unos pasos hasta una explanada, mientras François, zambulléndose a su vez en el pasado, aunque más reciente, es cierto, evocaba cómo en junio de 1940, mientras las tropas alemanas, llegadas por Colmar, se acercaban a Estrasburgo, todos los antiguos puentes del centro histórico de la ciudad habían corrido el riesgo de ser destruidos.

—Fue necesaria la intervención del responsable militar de entonces, que se negó a obedecer las órdenes... ¡Destruir los puentes no habría servido de nada!...

—En 1945, con la división Leclerc, ¿cómo fueron las cosas ante la retirada del ejército alemán, puesto que los franceses ocuparon la ciudad antes que los americanos?

—Los puentes de la ciudad vieja se salvaron, de nuevo, por los pelos...

## 2.

El coche circulaba ahora por el extrarradio alemán. Thelja, que aguardaba desde el puente de Europa un control de policía o aduana, y comprobó su ausencia, exclamó:

—¡Me he convertido en una viajera clandestina! Debería tener un visado para entrar en tierra alemana...

—¡Está usted en tránsito, solo por unas horas! —se divirtió François; luego, tranquilamente, se dirigió al centro de la adormecida Kehl.

Mientras daban rápidamente la vuelta a la ciudad fronteriza, Thelja descubrió, en el portal de un enorme edificio, una bandera tricolor, francesa, ondeando. Se extrañó.

—¡El ejército francés! —dijo maquinalmente su compañero.

—¿Casi cincuenta años después? —preguntó Thelja, realmente sorprendida aun sabiendo, sin embargo, teóricamente hasta entonces, que más allá del Rhin continuaba la ocupación de los «aliados».

Al bajar del coche, añadió, pensativa, tras un silencio:

—Si hubiera nacido alemana y tuviera veinte años o, como ahora, treinta, ciertamente no reaccionaría ante esas señales de la guerra como la generación de los padres. ¡Realmente sentiría mi país ocupado! ¡No lo soportaría!

François, que la llevaba hacia una cervecería, repuso con energía:

—¡No tan deprisa!... ¡Cincuenta años no son nada! Lo prueba que tú, conmigo...

Se detuvo.

Thelja se volvió hacia él, se ruborizó mucho y prolongó, en voz alta, el pensamiento del francés:

—Quiere usted decir... Con usted, estos últimos días, no dejo de evocar la guerra entre los suyos y los míos... ¡Una guerra de hace treinta años!

Habían entrado en el café vacío; se habían sentado en una especie de penumbra. François volvió a la discusión iniciada:

—Quería decir que la memoria de nuestros padres, la nuestra... ¡Todo eso es la misma arcilla, el mismo barro!

Y en aquel café prosaico, donde la camarera iba y venía, con las mejillas gordezuelas y el aspecto jovial, François, inclinándose por encima de la mesa, soltó con la mirada extraviada:

—Mi misma adolescencia se vio envenenada por el miedo que pasé, la vergüenza que sentí, la turbación... Nadie hablaba de ello a mi alrededor, mi abuelo lo habría hecho, claro está, pero murió cuando yo tenía catorce años. Sí, lleno de complicaciones, lleno de humillación y todo porque mi padre había tenido que combatir con uniforme alemán... ¡A su pesar! Ahora bien, yo no estaba seguro de ello; mi madre, como esposa vengativa, no me ayudó en eso; muy al contrario, a su modo me hundió... Necesité diez años (por lo menos hasta mis veinticinco) y haciendo, yo solo, investigaciones casi de historiador, para saber con precisión que mi padre había muerto en el horrible campo de Tambov, en territorio soviético: víctima primero de los alemanes (como otros muchos, «muy a pesar nuestro») y luego de los rusos... Intentó evadirse, fue capturado, debió de morir entre horribles sufrimientos... Uno de sus compañeros de detención me permitió unir los eslabones... De lo contrario, solo habría sido un vacío —se rio sarcástico—, un abismo más bien, en la memoria.

Thelja no se movió ante el rostro contraído de François.

—Entonces —concluyó como si deseara expulsar definitivamente ese pasado—, aunque digas cincuenta años, ya ves, cincuenta años es ayer y, especialmente, en las dos riberas del Rhin, ¡cincuenta años sigue siendo hoy! Naturalmente, bien lo ves, todo ha sido reconstruido, al menos las piedras, las casas y hasta las estatuas,

repuestas en sus pedestales... Pero ¿y los seres? Acumulan, estrato tras estrato, capas de pasado contradictorias y luego callan.

—Levantémonos —murmuró ella, y pensó que decididamente, él recordaba como si se sintiera aún en carne viva.

No se quedaron en la ciudad. El coche se dirigió a Francia y mantuvieron silencio. «Y todo esto —pensó ella—, porque hemos visto ondear una bandera en la puerta de un cuartel francés».

Redujeron la velocidad, una vez en el puente. No, Thelja no deseaba bajar: el Rhin, ancho y gris, a pesar del vivo sol. Un paquebote se alejaba hacia el norte. Thelja recordó que Hans, el amigo de Eve, había dicho la víspera que daba conferencias para los turistas de los cruceros renanos.

—Por lo que se refiere a la presencia de los soldados franceses en casa de nuestros vecinos germánicos —dijo François, que parecía fijo aún en las palabras del café—, estamos realmente al final...

Thelja escuchaba por cortesía —le habría gustado estar en otra parte, decidir dónde se detendrían, bajo qué árboles caminar, hacia qué riberas dirigirse...

—Sí, probablemente estamos al final de esta «ocupación», tú has empleado la palabra —proseguía François—. ¿No lees los periódicos? —seguía, inagotable—. El presidente americano acaba de proponer a los rusos que se aligere considerablemente la presencia de sus tropas en Alemania Occidental... Tres o cinco veces menos americanos por aquí: los rusos estarán muy contentos de no tener ya que montar guardia en su zona. De modo que, en la Alemania Occidental, franceses e ingleses regresarán pronto a casa, a su vez...

Thelja escuchaba con esfuerzo el largo monólogo.

—Hace ocho días, por lo menos, que no abro un periódico ni escucho la menor información por radio —reconoció.

Bajó del automóvil. Advirtió que François, como había anunciado de pasada por la mañana, cuando habían salido del hotel, la llevaba a su casa «o a casa de su madre», se dijo, poniéndose en guardia. Esperaba que la visita —corta, pensó— fuera algo formal.

«Si pudiera no mirar nada, no tener que observar nada, no dejar que mis ojos se posaran en parte alguna... Un fantasma, me he convertido en un fantasma entre los suyos, sus muertos». Deseó estar sorda; o ser impermeable: por los ojos y los oídos.

«¿Dónde estoy? ¿Dónde he desembarcado? ¿En qué antro? ¿En qué confinamiento (“habitaciones claras, sin embargo, aunque demasiado ordenadas”)?».

Thelja se sentó. ¿Un salón? Tal vez. Un despacho, sin duda. Una habitación sin cama, sin mesa, sin... Un lugar de paso.

—¡Espérame solo un minuto! —murmuró François, y desapareció.

Ella se levantó, abrió una cristalera, salió a la veranda. Respiró profundamente: un jardín bastante hermoso delante, arriates de flores, un bonito árbol —más abajo, un césped, y a lo lejos una vista bastante amplia—. «¿Dónde estará Estrasburgo?»

Debiera verse la torre de la catedral...».

«Reino cerrado a mis pies; universo de aromas, de flores protegidas, de cuidados bosquecillos: ¿dónde estoy?». Casi podía olerse la presencia de la Madre. Es más, si hubiera allí un sillón balancín de enea, con mantas a sus pies y dos almohadones esperando, Thelja se creería dispuesta a dialogar con aquella vieja, tan tenaz...

«¿Y por qué no con la esposa, la esposa muerta también?».

La pregunta acababa de pincharla cuando apareció François. Rostro tenso, aspecto inquieto.

—Estaba buscándote —dijo.

Y la tomó del brazo.

—Yo...

Iba a decirle: «¡Salgamos!, o ¡déjame huir si no! Solo quiero caminar, hacia el río o por una carretera campestre... ¡Salir!».

La hizo entrar, manteniéndola sujeta por el codo. Ella, dócil de pronto, extrañada de su propia docilidad, bajo los efectos de una nueva curiosidad.

—Perdóname —le hablaba con su voz tierna—, ni siquiera te he preguntado, al venir aquí, si te resultaba enojoso... ¡Perdóname, Nieve!

Y, en la sala sombría, muy cerca de la cristalera ya cerrada, la tomó en sus brazos. Algo insegura, sin embargo, Thelja se enterneció —el olor del hombre tal vez, que recuperaba como un perfume antiguo—. Buscó dónde sentarse; no se lo reprochaba.

Él explicó:

—Siento que vas a marcharte dentro de unos días... Necesito simplemente que entres en la única habitación donde me instalo, cada domingo... Desde allí te escribiré cuando estés en París. Alrededor, todo es la casa de mi madre: ¡no fui niño aquí!... De lo contrario, te habría hecho visitar el lugar —hizo un gesto vago hacia los estantes de libros—. Estos libros son, casi todos, de los años veinte y treinta, en dos o tres lenguas: mi madre viajaba y coleccionaba relatos de viajes.

Soltó una risa forzada, cuya inexplicable ironía disimuló. Subieron una escalera, se encontraron en una estancia bastante oscura, François debía de haberla arreglado a toda prisa: a un lado, un pupitre repleto de papeles, de fotos; reinaba un gran desorden.

Hizo que Thelja se sentara en la otra punta. Algunos sillones cómodos y envejecidos, una chimenea con fotos enmarcadas; más atrás, un diván o una cama que ella adivinó apenas, sin darse la vuelta.

François se dirigió a un pequeño bar; sacó unos vasos. No, ella no bebía licor alguno; permanecía de pie, con el cuerpo algo inclinado. Aceptó, con una sonrisa, un zumo de frutas, «no importa cuál», había dicho. Acabó sentándose, en la punta de un sillón bajo.

—¿Qué he venido a ver, o a revisar? —dijo en voz alta, como una broma.

Comprendió, un instante más tarde, lo que en una silenciosa tensión comenzaba él a desear, o lo que había ya deseado previamente, en cuanto habían cruzado de nuevo el puente.

Le parecía estar allí de visita. Debía de ser más de mediodía. Hubieran podido estar ya de camino hacia algún restaurante de domingo, atestado de burgueses achispados, o hacia una terraza llena de flores... Pero no, ¿qué esperaba de ella aquel hombre de manos inquietas? ¿Que se enterneciera, que se mostrara acariciadora y dócil... y mimosa... y...?

Lanzó una ojeada a la repisa de la chimenea: «La desconocida», «ella», «la otra», estaba allí con la cabellera rubia, opulenta, una gran sonrisa en un rostro ancho.

Thelja se irguió ante François.

—Bésame en tu estudio de soltero —le dijo.

Le tendió los labios sin ardor, sin amor, con una especie de fría voluntad. Él se ruborizó. Sus rostros muy juntos: «Me he adelantado a su deseo... de ella, allí, en la chimenea, o de mí... De ella conmigo, de mí haciendo de pantalla ante ella».

Pero François daba la espalda a la esposa muerta. Inclino los hombros. Tomó con sus manos (inquietas aún) la barbilla de la joven, la miró fijamente a los ojos, como si examinara la nueva forma de su invitación. Mantuvo la cara de Thelja entre sus palmas, que formaban una copa; alargó el cuello, rozó los labios de Thelja que, casi de puntillas, puso todas sus fuerzas en la delectación de un beso —largo, voraz, interminable, húmedo, jugoso, violento y torturado, dos lenguas buscándose, golpeándose, intentando anudarse, rivalizando...— tanto ardor que a Thelja le fallaron las piernas, y François la abrazó enseguida mientras ella olvidaba la fotografía de atrás, la muerta a la que él daba la espalda, con sus propios labios aprisionados, casi asfixiado su paladar, aniquiló ella la habitación, la madre y la esposa a la vez, y la vista de fuera, hasta el Rhin, a lo lejos.

François llevaba ahora a Nieve.

—¡En el sofá, oh, sí! —se dijo ella, y se rio cuando se derrumbaron, y se escuchó reír, allí, en aquella cama detrás de los sillones, mientras que sus pies, uno contra otro, expulsaban sus zapatos con un breve movimiento de talones, para que pudiera, hecha casi un ovillo, encontrarse envuelta por los brazos, por los apresurados gestos del amante.

En el diván ella permitió que la desnudara torpemente —ella, impaciente, hambrienta por su propia hambre, aguardó a que las manos del amante le desabrocharan el corpiño, que consiguieran hacer resbalar su falda hasta las rodillas, que sus palmas ardientes encontraran, bajo la combinación, la piel de su vientre.

Se abandonó, reblandecida, aparentemente pasiva aunque ardiendo por dentro, con la boca seca, mordedora —se agachó contra las caderas del hombre, medio vestido aún, pero sus dientes y su lengua buscaban la piel de François, desde la nuca,

en lo más alto del hombro, luego resbalando deprisa, apenas un roce, hasta la parte baja de la espalda, en los riñones...

Hicieron el amor torpemente, molestos, medio desnudos o medio vestidos, brotaron por ello las risas, el áspero ardor del comienzo, un movimiento de sus torsos, de sus caderas, les impulsaba a encordarse con una lasitud no satisfecha... Justo antes de que se hundiera en ella (se había quitado el sujetador, le ofrecía el pecho desnudo). Thelja se incorporó, le contempló como al principio de una visita, preguntó, con una necesidad endurecida de verdad:

—¿Por qué me deseas?... ¿Ahora?... ¿Y aquí?

Él farfulló. Se rio ella. Repitió la pregunta, en un tono más tierno, sin acosarlo, sabiendo muy bien que no lo sabía, que no intentaría averiguarlo... «Tal vez, para él, su porqué sea que vas a marcharte. ¿Por qué quieres marcharte?...».

Unos segundos en los que, para sí (su cuerpo se arqueaba de acerado deseo: se estremeció), se vio atravesada por sus contradictorias preguntas —imaginándolos, a ella y a él, como una pareja exterior, aunque cercana, fuera de su propio cuerpo, captada por su mirada, la de ella, un ojo obscuro de mirona bajo el velo ancestral—. Thelja volvió a dar pequeños mordiscos al amante, leves lametones luego, succiones por fin, cerca del vientre, junto a la ingle, persistió durante esos violentos minutos, le exigió a cambio el mismo tumulto, o las mismas sacudidas, o unos pequeños pellizcos, él se mostraba como un amante atento y con una exacerbada prisa, al mismo tiempo, seguida luego por una lentitud sensual. Más extraviada aún que él, ella le abrazó mientras él hundía el rostro y el pelo entre sus pechos, cerró a su vez los ojos, levantó muy arriba sus piernas, como una bailarina dispuesta a volar hasta el techo. Se sofocó...

—¡Ven, estoy esperándote!

No vuelve a hablar. Resiste. Durante toda la oleada que la ensordece, sin devorarla, y la impulsa a emprender el vuelo al ritmo de los embates del amante, se percibe anieblada, insidiosamente prolongada, ahogada luego, arrastrada en un flujo por el aire de la estancia —sus pies de bailarina siempre arriba, los dedos tensos, los tobillos contraídos—, lejos de la madre, de la esposa, de cada una de las muertas, qué importa, él está ahí, él, jadeando, labrando, perdiendo el resuello, hombre de ojos hundidos en ella, se pierden simultáneamente, conjugados sus alientos, en una oscuridad de violencia que asciende de sus riñones, una oscuridad rica y reluciente, en el corazón de aquella alcoba en pleno mediodía.

### 3.

Eve tomó dos cámaras, su bolsa con todos los objetivos, y dejó que Hans subiera a casa de la vecina. Le besó y, mientras cerraba la puerta, dijo:

—El teatro del Maillon no está lejos. Tomaré mis últimas fotos, ¡ya las revelaré mañana! —murmuró.

—Me reuniré allí contigo, dentro de una hora como máximo —repuso Hans, que esperaba a Touma.

Eve dudó en el soleado umbral. «Con esta luz —se dijo—, me es necesaria toda la fuerza de mi amistad por Jacqueline para permanecer, un día como hoy, en una sala oscura».

Cuando, tras caminar diez minutos, entró en el teatro, se detuvo y observó, sin seguir avanzando, las siluetas al fondo. Se sentó en las últimas filas, las más altas: mirando de arriba abajo, se sintió como encima de un foso.

«El foso de la tragedia, claro está, o de un circo trágico...», se dijo Eve mientras sacaba su Leica pero, antes incluso de manipularla, se paralizó ante la fuerte voz de Jacqueline:

—La tragedia, y tenéis que estar convencidos de ello, ahora que vamos a hacer el último pase de *Antígona*, la tragedia no es solo el relato de una catástrofe: tras la ineluctable serie de destrucciones, la muerte de Antígona, en su tumba, está ahí para intentar iluminar la verdad de todas esas muertes en marcha... Antes de la guerra civil entre los dos hermanos, antes de que cada uno de ellos muera a manos del otro, estuvo su condena por su padre; la horrenda verdad descubierta por Edipo, que debe pagar su doble falta, la del parricidio y la del incesto, y se saca los ojos y parte por los caminos, mendigando, objeto de oprobio, es cierto, pero regio sin embargo, maldito y regio... Ahora bien, recordadlo, aun en lo más profundo de su desgracia, Edipo, abandonado por todos, no está solo: su hija Antígona, adolescente, lo acompañará en su exilio, se convertirá en su guardiana... hasta su muerte, en Colona. Tomad conciencia, en esta obra, de esta ley terrible: Antígona, la que ha querido, pese a todo y contra todo, dar una sepultura al hermano abandonado, Antígona, dirigiéndose a la tumba, está por completo sola. Ella, la virginal, va sola hacia la tumba donde Creonte la condena a la asfixia, sola, con sus lágrimas. Su prometido, rebelándose contra Creonte, su padre, ha huido en el dolor y el delirio... De ese modo, Antígona, abandonada por los dioses y los hombres, se convierte en la figura por excelencia del sacrificio.

Hubo un silencio: se hizo en la escena la oscuridad total, luego un solo foco amarillento, atravesado, iluminó a una muchacha vestida de blanco, bastante robusta. Esperaba.

—He hablado demasiado, en efecto —prosiguió en voz más baja Jacqueline, a la que Eve divisó ante el escenario y que, de un salto, bajó al patio de butacas—. Hubiera debido decírtelo con mayor sencillez, Djamilá: Antígona eres tú, y has elegido encontrarte en adelante sola, sola con tus lágrimas.

Mientras la escena final de Antígona, en la que va a ser sepultada viva, comenzaba entre fulgores de un sueño rojizo (el fuego parecía preceder a los guardias, pero era solo el fulgor de las antorchas que llevaban en la mano), declamó

entonces la infinita queja, más bien el lamento grave, acompañado, de aquella «Antígona de arrabal»:

*¡Oh, tumba, cámara nupcial! ¡Retiro subterráneo, mi prisión para siempre! Acercándome a vosotros me dirijo hacia los míos que, muertos ya en su mayoría, son huéspedes de Perséfone y hacia quien desciendo.*

Un segundo foco —Antígona estaba en medio del escenario— iluminó al fondo el conjunto del coro masculino, cuatro o cinco siluetas de muchachos con botas y vestidos de cuero, llevando todos una máscara en el rostro. Ante ellos, el corifeo, otro de los muchachos, disfrazado de anciano con larga barba pero sin máscara, comenzó a seguir a la Antígona blanca, de pronto sin voz... Jacqueline interrumpió la escena.

—Vosotros, chicos, no la rodeéis tan cerca, sois nuestros testigos, de hecho tendríais que colocaros entre nosotros y ellos, pero...

Eve ya no escuchaba. Había avanzado por el pasillo central de la pequeña sala. Se agachó casi en las primeras filas. Con su bolsa y su Leica, se deslizó rápidamente hacia un lado, se instaló en diagonal para enfocar solo la alta silueta «ancha, fuerte e iluminadora» de Antígona, cuya voz se desplegaba de nuevo, un flujo de lamentos como una melopea de melancólica dulzura:

*¡Eso me cuesta parecerle a Creonte culpable, rebelde, amado hermano! Y a estas horas estoy en sus manos; se ha apoderado de mí, me lleva —y no habré conocido el lecho nupcial ni el canto del Himeneo.*

Eve comenzó a trabajar; puesto que los lamentos de Djamila-Antígona lo habían invadido todo de nuevo, la fotógrafa solo se preocupaba de la silueta erguida, así, en el centro, que iba acercándose paso a paso. Algunas sombras de muchachos, perfilándose, oscurecían a la joven blanca y fuerte, negras amenazas que se disipaban y luego volvían. Eve enfocó su objetivo hacia la faz, en primer plano, del corifeo, el falso anciano con melena de lana rizada, de barba demasiado blanca y cuya voz estentórea declamaba:

*Ah, siguen siendo los mismos vientos y las mismas ráfagas las que reinan en esta alma.*

Eve olvidó las voces y el aliento de Sófocles: solo le importaban los gestos, los tendidos brazos del muchacho, la máscara de cada uno de los del coro, otra vez la silueta de la heroína, inclinada, casi vacilante, en el proscenio, como si entrara ya en la tumba, tan cerca de todos nosotros.

Entonces Eve captó una mirada negra bajo la llameante cabellera, enrojecida por

la henna, de la actriz. Pudo enmarcar solo los rasgos, la actitud de la cabeza, los ojos mudos, en absoluto suplicantes, sí, enfurecidos, más allá de los escasos espectadores del ensayo, Djamila-Antígona contemplaba realmente, por fin, su soledad.

La voz de Jacqueline se levantó de nuevo cuando los focos se debilitaron, como si permitieran que el brillo de la túnica de Djamila y de su presencia iluminara el entreacto:

—En verdad, por mi parte, a veces dudo en creerlo, Sófocles se equivocó: Antígona no se colgará en su tumba, Hemón, su prometido, no se atravesará con su daga, atándose al cadáver de su amada, la madre de Hemón no se degollará con sus propias manos, o no se herirá en el hígado. ¡Cuántas muertes salvajes y furiosas! Recordemos solo las palabras del viejo Tiresias, guiado por un niño, cuando predice:

*He aquí el odio trastornando todas las ciudades que habrán visto cómo sus guerreros lacerados no obtienen más tumba que los perros o las fieras...*

»Os lo aseguro, aquí: Djamila se dirige noblemente hacia la tumba. ¿Por qué poner en escena todas las desgracias anunciadas por el mensajero a Creonte? A mi entender, Antígona permanece viva para siempre, emparedada incluso, y toda la cadena de desgracias nos parecerá en suspenso... Antígona se convierte en el alba que nos habla, la esperanza que se enciende en las profundidades de la desesperación...

Jacqueline proseguía, pero Eve, que había retrocedido de nuevo hacia el fondo de la sala, no la oía ya: precipitadamente, tomó las últimas fotos: Djamila abandonando, paso a paso, la escena por un lado y, en el opuesto, el corifeo inmóvil dirigiéndose, para terminar, al público, a todos nosotros.

Eve cambió de cámara, solo tomó esta vez la llegada de Tiresias y de su guía, un niño negro y medio desnudo.

Cuando llegó Thelja acompañada por François, el grupo de los actores, que rodeaba a Jacqueline y Djamila con su túnica blanca, se relajaba diciendo que, si las tres representaciones previstas para la siguiente semana resultaban un éxito, «aunque solo sea de crítica», rectificó el más joven maliciosamente, habían decidido en un impulso de entusiasmo, convertirse en una compañía teatral que obtuviera algunas subvenciones y estableciera un programa de larga duración.

—Para ello —dijo uno—, necesitaríamos un título... ¡Un nombre de compañía!

—Tengo uno —propuso otro—, podríamos llamarnos «el teatro de la Smala».

—¿La Smala?

—Es una de esas palabras árabes que el francés ha adoptado... como «zoco», como...

—Como el álgebra, como el celo, como... la química —dijo suavemente Thelja

—. Contadlas en un diccionario etimológico: os será fácil encontrar más de dos mil; y palabras corrientes, además.

—«La Smala», me gusta el nombre —soñó alguien.

—Hace pensar en un robo, en un rapto, en un botín de manuscritos valiosos, de libros raros... Los desvalijadores, los destructores de libros no llegan, entonces, del lado por donde se les espera... ¿Conocen al menos los detalles del «rapto de la Smala» de nuestro emir Abdelkader? —se dijo Thelja, que solo hablaba para sí misma. Se contuvo antes de proponerles ir hasta Versalles, solo para contemplar el famoso cuadro de Horace Vernet.

De hecho, desarrolló esos pensamientos mientras se separaba de ellos, cuando salía del teatro, entre Hans y François.

—En todo caso —comentó Eve que se acercaba, algo fatigada de su trabajo pero contenta—, son jóvenes llenos de proyectos. Les había visto una vez, precisamente antes de que Jacqueline llegara a casa: habían montado, solos, una obra corta y divertida... —se rio—. La habían escrito, o traducido, nunca lo adivinarían: en alsaciano. Una sucesión de historias con las que ponían en escena la vida de su barrio: el charcutero, el cartero, las señoras en el mercado y sus conversaciones en la escalera... Todos esos instantes de vida recreados en un alsaciano nervioso, con escenas chuscas, juegos de palabras... El público, por desgracia, estaba formado solo por familias de Haute-pierre: parientes en su mayoría, algunos alsacianos, vecinos... Sí, son verdaderos actores, hasta ahora aficionados y la mayor parte emigrantes magrebíes.

—¿Y comprendiste los diálogos de la obra? —preguntó Thelja.

—En absoluto —reconoció Eve—. Fui con mi vecina de rellano, la jubilada de correos, que me lo tradujo... —suspiró y añadió—: Teatro creado por esa juventud: si lo hubieran montado con un ramalazo más de miseria, la prensa, probablemente, habría hablado más de ello. Es lo que esperan, en el fondo, de la cultura de los «moros», como ellos dicen...

Eve calló, agotada por la exaltación.

—Creo que he tomado unas hermosas fotos, gracias a Jacqueline y a ese magnífico trabajo —concluyó cuando las dos parejas, fuera, se separaron.

—Antes de que caiga la noche —propuso Thelja en el coche de François—, vayamos, por favor, a pasear por la Petite France. De nuevo los puentes y el agua a nuestros pies...

## QUINTA NOCHE

*Thelja, en la cama, murmura:*

*—Tenía miedo, la primera noche, miedo de que hubieras hecho la guerra,*

antaño, en mi país... tenía casi el corazón en un puño: aunque me hubieras dicho «hice la guerra en los Aurès, luego deserté, me uní a los vuestros, en el maquis», no hubiera servido de nada. Yo hubiese sabido que ya no habría más noches entre ambos, e incluso, sin duda, el recuerdo de... nuestro placer de antes se hubiera desvanecido...

Y se sumió en otros recuerdos:

—Cierta vez, yo era muy joven, apenas estudiante, me presentaron a una de nuestras heroínas, de unos cuarenta años. Era hermosa, elegante: bastaba con decir su nombre, simbolizaba en todas partes la lucha pasada, el valor y la audacia. La devoré con los ojos, admirada. Pensaba en mi padre, claro, en él, un héroe muerto. Eran los tiempos en los que me repetía: «¡No hay más héroes que los muertos!». A todos los que, vivos, llevan las huellas de unas «hazañas» de las que no hablan, en cambio, por modestia o porque los demás lo hacen por ellos, el rumor de ese pasado glorioso les rodea con una especie de aureola... Cuando los veía, detestaba a esos hombres, acomodados en su mayoría, de rostro triste y silueta que se engordaba... ¡Pero apareció esa mujer! Sus actos extraordinarios, cuando apenas tenía veinte años. Condenada a muerte por la justicia francesa, ella y otras tres compañeras, por lo menos. Ella era la más célebre, sin duda a causa de su rostro de ángel, de su sonrisa disimulada. Una sonrisa que no era de timidez... de distancia. Y yo, ante las vírgenes necias del portal mayor de vuestra catedral, he pensado de pronto en esta mujer célebre en mi país, en la sonrisa que tenía, la primera vez que la vi, una sonrisa secreta como en plena delicia...

»La conocí veinte años después de su proceso: su prisión, su amnistía, su regreso triunfal al país, en los primeros días de la independencia... Me pareció más bella que en las fotos que circulaban, incluso las de la época gloriosa... Me cuestioné entonces mi duda sistemática: esos héroes, esas heroínas... años después, con buen aspecto, con casa, familia, hijos y los honores convirtiéndolos en estatuas... No olvidaba a mi padre, cuyo cuerpo nunca fue encontrado (arrojado, decían, desde un helicóptero y que fue despedazado por los chacales del bosque)... Tuvo derecho a un mausoleo, mi padre: nunca he querido ir, ni una sola vez. Mi madre, sí: ella y mi abuela iban allí en peregrinación, cada viernes.

—¿Y la heroína? —dijo dulcemente el hombre, que fumaba en la oscuridad.

—¿Por qué me he lanzado a esta evocación? —se extrañó Thelja, aovillándose bajo las sábanas.

Acabó prosiguiendo:

—No le dije ni una palabra a aquella mujer, a aquella imagen-ídolo. Pero, en la biblioteca, quise por fin leerlo todo sobre aquella guerra: oh, crónicas de periodistas, más o menos acertadas... Solo recuerdo un hecho: precisamente con respecto a esa heroína, un periodista francés, ávido de anécdotas, contaba que, después de haber sido detenida y torturada durante días y días, de pronto, hubo un respiro en su interrogatorio. Su verdugo intentó la seducción.

»Algunos afirman que consiguió, en efecto, seducirla: se les vio incluso salir de noche por aquella ciudad sitiada entonces... ¡Se dijo que se había enamorado de él! ... Sin embargo, no sirvió de nada: ella asumió la responsabilidad de todos los atentados que se le imputaban. Sí, había puesto bombas. Sí, había transportado armas. Disfrazada de europea de los barrios buenos y luego de mujer del pueblo, de la Kasba... Lo reconoció todo, pero tanto tiempo después a mí, la intransigente, me turbó este detalle: ¡Amó a su verdugo, se dejó seducir un momento por él!... Aquel oficial francés, al parecer, fue luego destinado a petición suya a las zonas de más duros combates; tras haber buscado el riesgo a toda costa, murió muy pronto.

»La cosa me preocupó mucho tiempo... Tal vez mi recelo ante un amor francés se reforzara allí —dijo y, con un rápido movimiento, reptó en el lecho hasta su amante que se había incorporado—: Abráceme, ¿qué será de mí en esta ciudad de paso?

Él le respondió; mucho tiempo después de un nuevo flujo de placer y del apogeo, le susurró:

—¡Qué extraño es! Te conté ayer o anteayer (¡me parece que son tan viejas ya mis palabras!), arranqué de mi memoria aquella antigua noche, la misa de Navidad en el corazón de Estrasburgo vacío... ¡Pero eres tú la que sufre!

Ella le miró, sonrió valientemente y aquella sonrisa seguía aureolada por una temblorosa tristeza:

—¡Casi he olvidado esa larga jornada juntos! —suspiró ella—. Recuerdo en voz alta precisamente porque estoy desnuda junto a ti. ¿Acabarán evaporándose esos fantasmas?... ¡Poder olvidar! —y casi gritó; gimió—: Francia, oh, Francia, ¿estará mi sufrimiento en esta sola palabra?

Lloró suavemente cuando él la acunó, con una infatigable constancia, ella acabó observando, agradecida:

—Eres un hombre y, sin embargo, me pareces... maternal. Sí, es eso exactamente... ¡Qué bien me hace eso!

Él se rio, sinceramente sorprendido, y volvió a fumar.

Avanzada la noche, cuando los primeros fulgores de un gris azulado de la aurora se anunciaban ya a través de las persianas, Thelja abrió los ojos, permaneció un momento inmóvil antes de despertar por completo. Alargó los brazos: François, tendido, fumaba en silencio... Ella le acarició el hombro, el cuello. «No debo contarle mi sueño, que se ha disipado enseguida, además... Salen tantas palabras de mí, antes y después del placer. ¿Por qué, pero por qué todos esos murmullos?...».

—Si no hablara árabe ni francés —susurró mientras él la instalaba en su hombro. Ella repitió—: Si no hablara árabe ni francés, si tú no hablaras francés ni... digamos, alemán, ni alsaciano, ¿nos amaríamos todas las noches del mismo modo?

—¡Qué pregunta, razonadora mía! —se extrañó él.

Hizo subir su palma, algo fría, desde el vientre de la amante, rozó sus caderas,

sus pechos luego, sus dedos flotaron por el rostro de la habladora y le palparon los labios.

—¡Mi pequeña charlatana del amanecer! —añadió.

Ella sacó la lengua, le lamió la yema de los dedos.

—¡Shtt!... Escucha —dijo dulcemente—. Son aún palabras de noche: por la noche, justo antes de que resbale hacia otra parte, de que se disperse por completo, se habla casi en sueños y a veces, de ese modo, se encuentra muy poca cosa, apenas unos rastros, para elucidar a tientas lo que va a habitarlos, o a atormentarlos, bajo el sol...

Thelja soñó: «Él sería solo un hombre anónimo, casi de la edad de mi desconocido padre, en efecto. Sería tan bueno, tan atento como lo es todos esos días. Pero...».

Prosiguió a media voz:

—No hablarías ninguna de las lenguas que yo comprendo. ¡Y te amaría de buenas a primeras, del mismo modo! Te haría recitar versos en tu lengua, que me resultaría indescifrable, un gorjeo, el habla de un pájaro... Un ruido, no, una música. Cada mañana, entre los besos, repetiría casi en el hueco de tu boca cada una de las palabras húmedas de tu desconocida lengua... No estarían ya nuestros brazos, nuestras rodillas, nuestros tobillos para palparnos, para entremezclarnos... No, solo nuestras bocas, nuestras lenguas, nuestras salivas... Sobre todo nuestros dos alientos, tan cercanos siempre.

François se rio en silencio. Mantuvo sus dedos en los labios de ella, entreabiertos.

—El amor —dijo divertido— sería entonces nuestro ejercicio de pronunciación, de ritmo, de fraseado...

—¿Hay —dijo ella entre las caricias del amante, con los dedos del amante paseando por sus pómulos ahora, por su tozuda frente, por sus ojos, que ella cierra enseguida para sentir más ampliamente su tacto— un nudo o incluso un sexo de la lengua para cada uno de nosotros? ¿De la tuya, que yo iría tomando poco a poco, que chuparía, sonido tras sonido, que tragaría como si fuera tu otra simiente?

Se incorporó, buscó en la aclarada penumbra algún objeto, pero solo encontró un pañuelo, un fular: se lo anudó en la boca, se arrancó de pronto el camisón, estuvo de nuevo desnuda y pensó, con los ojos brillantes:

—O amarnos así, más bien, como mudos. Muy al contrario...

Entonces, con los labios ocultos, los ojos abiertos de par en par, cayó sobre él, le aplastó con su cuerpo frágil... A lo largo de esa gesticulación matinal de su coreografía de lánguidos yacentes, se repitió con avidez: «¡Como mudos, oh, sí! Nuestros dos cuerpos, figuras de silencio, nuestras pantorrillas, los dedos de nuestros pies, nuestros músculos que comienzan a tensarse, a estremecerse. Amarnos así, dos cuerpos sordos. Cómo deseo habitar este cuerpo de hombre tan ajeno, que habla un idioma que yo no comprendería nunca... Así, en pleno desierto de las

palabras, podríamos entrecruzarnos, penetrarnos, desgarrarnos incluso, ¡conocernos sobre todo!...».

Durante sus arabescos, lentos primero, ella pensó: «La voluptuosidad no asciende aún como la marea, no me ensordece, no del todo, apenas unos grados al inicio. Amarle, a él, por esta geografía extraña que se esboza en un azar de ciegos. Nuestros cuerpos, dos paisajes tan próximos, nada más. ¿Dónde estoy?... Pero ¿dónde estoy?».

Y gritó, se lamentó, arrancó con una mano la mordaza de su boca, justo antes de que él la penetrase.

«¿Y dónde se esconde la lengua, en todo eso?», se pregunta ella, ya perezosamente, mientras yace fatigada por el placer de esa preaurora. El amante duerme, escucha su respiración regular, tal vez haya fumado antes, durante toda la noche, para esperarla luego mientras ella salía del sueño que había intentado retener y que le describiría: le había deseado, a él, al hombre francés, pero en un habla asalvajada del otro extremo de la tierra.

«¿Dónde se esconde la lengua, en todo eso? —volvió a decirse, empecinada—. Pues bien, ¡la lengua se cierra! Voy a estudiar las costumbres de los crustáceos, de las tortugas, de los peces extraños de las profundidades submarinas, animales de secular longevidad... La lengua cierra, como ellos, sus párpados de pesada batracia, aprieta sus labios demasiado finos sobre sus dientes, contiene su respiración que debe medírsele toda una vida... Sobre todo, sobre todo —Thelja rememora su placer inmediato, y también el de comienzos de la noche—, sobre todo cómo me gusta el zumo de la lengua de este hombre (¿el francés?) y su sabor, su límpida fluidez, su secreta colmena, su hidromiel (mi hidromiel árabe, que no puedo entregarle todavía), así atraeré a mí esos alimentos sonoros, los masticaré, los trituraré, los deglutiré, me convertiré en animal hembra, pero rumiante para encerrarlos en mí tras haberlos bebido de sus labios, para llevármelos licuados en mi cuerpo, lejos, lejos de esta ciudad...

»De este hombre, en París, solo veía sus piernas, sus ojos con las palmas de arrugas alrededor, su mirada puesta en mí y que yo evitaba: creí venir hasta aquí por él, sospechando alguna otra cosa... En mí, en él, no lo sabía. Hace ya cinco días de eso; ahora bien, he navegado tanto desde entonces... Me llevaré todo lo que he recibido de sus labios, de su boca, de sus dientes, de su aliento en la oscuridad última del día, mientras duerme aún, mientras su respiración acompasa mi paciencia, mi espera... He recibido incluso las palabras que le aprisionaban antaño, a él, niño trotando tras su orgullosa madre, en ese Estrasburgo nevado y despoblado... Hace cincuenta años de ello, y sin embargo...».

Se hizo un ovillo: un pensamiento obstruyó de pronto su búsqueda y su languidez:

«Mi padre, ese desconocido, ese fantasma que me asalta, ese guerrero bereber

*como tantos otros antes, desde las legiones romanas en nuestro país, ese montañés vuelve a obsesionarme, ¿dónde estaba, precisamente, en la Navidad de 1939?... ¿Con uniforme de soldado de Francia —tenía dieciocho años por aquel entonces— enrolado por la fuerza en la Francia metropolitana? ¿En un cuartel de Estrasburgo, tal vez? ¿Había fusileros argelinos?... ¡Lo investigaré!».*

*Se volvió, intentó olvidar a los soldados de ayer. Fuera, sonó una campana. Empezó a contar las campanadas: las seis, el día nacía...*

Durante el café que tomaron ambos en el salón, con aire tranquilo, tras haber borrado tantas palabras nocturnas, manteniendo visibles solo sus caricias, el roce de sus manos en los menores gestos, su mutua ternura (mientras se acercaban una taza, una cuchara, un croissant), François, antes de levantarse, y porque Thelja había evocado el carillón de Saint-Pierre-le-Jeune y él lo había reconocido, contó en un tono pensativo:

—¿Sabes?, cuando los estrasburgueses tuvieron que marcharse, los días 2 y 3 de septiembre de 1939, el último en irse fue el cura de esa iglesia... Publicó sus recuerdos más tarde. Un detalle me impresiona aún, tanto tiempo después de haber leído su relato.

»El sábado 2 de septiembre, por la tarde, como no tenía que oír confesiones, el sacerdote fue a pasear por su barrio: un solo hombre, dice, estaba aún allí, un peluquero de la Rue Oberlin... A la mañana siguiente, domingo, a las distintas misas (desde la primera, a las seis, hasta la última) asistieron cinco o seis fieles cada vez. A las once, el cura y el sacristán cerraron la iglesia, prepararon sus bicis para partir. Entonces, un taxista llegó inesperadamente con su coche ante el presbiterio. Aquel hombre había prometido una vez al cura que iría a buscarlo si por ventura había peligro... De modo que el cura salió de la ciudad en coche...

François guardó silencio, luego prosiguió:

—El detalle que me conmueve acontece luego... Unos días más tarde, ese sacerdote (Julien... Julien Gwiss se llamaba, de pronto lo recuerdo) pudo regresar para recoger sus cosas: obtuvo la autorización militar... De nuevo al salir del presbiterio, oyó de pronto música en la calle desierta... De una ventana de un apartamento, enfrente, el de una vecina israelita, brotaba la música de un aparato de radio... El cura conocía bien a la señora: ella le daba regularmente ropa para los pobres de la parroquia... Se había marchado con su hija y su yerno; sencillamente, había olvidado girar el botón de su receptor, que funcionó hasta extinguirse... Así, durante aquella segunda partida del cura, la música nacida en el vacío se detuvo en seco.

»Ni la señora Wolf (ahora reaparece incluso ese nombre) —balbuceó François turbado—... ni la señora Wolf, ni su hija ni su yerno regresaron. Ni tras la derrota, en junio de 1940, ni más tarde, en 1945. El señor cura de Saint-Pierre-le-Jeune, que se

reunió con los alsacianos en Dordogne, regresó con la mayoría en septiembre de 1940; escribió sus recuerdos al finalizar la guerra... Y pienso de pronto en aquella señora Wolf cuyo aparato de radio perdió el aliento en la repisa de la ventana abierta, frente al presbiterio...

François estaba de pie. Thelja, espontáneamente, se levantó, lo acompañó al coche, le tendió los labios con afecto: «Una verdadera partida al amanecer, en una vida que adopta aires de ritmo conyugal», advirtió divertida.

## VI. El juramento

### 1.

El lunes por la mañana, Hans y Eve van a separarse; no les es fácil.

—Por él, hasta que nazca —comenzó Hans en voz baja, rozando con la mano el vientre de Eve—, volveré, en adelante, cada miércoles por la noche, incluso si el jueves tengo que marcharme muy pronto, para dar allí mis clases... Ya verás, será mejor así... Te sentirás menos angustiada —y repitió, pensativo—: ¡Hasta que nazca!

Eve le sonrió y, en un impulso, se levantó...

—No me atrevía a hacerlo, pero sí, esta vez voy a proponértelo... Una ceremonia, un rito. Sobre todo, no te burles. De pronto, es importante para mí que sea esta mañana, antes de que te marches... ¡Oh, sí, acepta!

—¿Aceptar, qué? —preguntó Hans vacilante, divertido.

—¡Sí, sí! —exclamó ella, de pie, inclinándose hacia él, casi maternal—, ¡acepta antes de saberlo!... Un rito.

—¡Acepto! —respondió levantando la mano derecha, como en un juramento.

En efecto, ella calificó el gesto de Hans de «juramento». Observó... casi supersticiosa.

—¡Oh, es extraño, lo has adivinado sin ni siquiera sospecharlo!... ¡Se trata en efecto de un juramento!

—¿De un juramento? —preguntó de nuevo Hans. Vaciló unos segundos sobre el sentido exacto de la palabra francesa.

Entonces, Eve, con el rostro ruborizado de animación, se volvió, inagotable:

—¿Sabes lo que es el juramento de Estrasburgo?... No, no caes, o lo has olvidado... Sin embargo, es vuestra historia: la de esta ciudad, la tuya también puesto que eres alemán, la de los franceses; en cualquier caso yo, hace siglos de eso, no era francesa, ni alemana, ni siquiera del norte de Europa, mis antepasados, en África del Norte, hablaban bereber, practicaban el judaísmo desde hacía mucho tiempo, tal vez en otra parte, en la isla de Djerba, la isla de los Lotófagos según Homero; o quizá, por el lado de mi madre, se instalaban en España, hablaban y escribían en árabe, vivían allí durante siglos antes de ser expulsados por la Inquisición y regresar a las riberas africanas... Sí, aprendiste en la escuela primaria «el juramento de Estrasburgo», recuérdalo, en el año 842 de la era cristiana, treinta años después de Carlomagno. Yo misma lo leí en Tébesa, los años en los que nos enseñaban aún el francés, como en tiempos de Francia...

—Los hijos de Ludovico Pío, los nietos de Carlomagno —recordó con dificultades Hans, sorprendido aún...

Iban a terminar el desayuno. Eve se había vestido para acompañarle a la estación

de donde, al cabo de una hora, saldría el tren hacia Heidelberg.

Eve fue a buscar, en un estante, un viejo libro:

—Lo encontré hace un mes en un chamarilero. Me apasionó: es una historia de la lengua francesa... En pocas palabras, he aquí lo que se prometen, en Estrasburgo, los dos hijos de Ludovico, Carlos el Calvo, soberano del ejército de los francos, y Luis el Germánico, el jefe de los soldados al otro lado del Rin: han combatido al tercer hermano, Lotario, ha habido demasiados muertos, hay que construir, no destruirse ya, aquellos dos se prometen ayuda y asistencia, para obligar al tercero a detener esa guerra de sucesión, es cierto...

Eve recupera el aliento. Abre el libro, algo polvoriento, por una página ya señalada.

—Lo importante... lo importante hoy, lo importante para nosotros... es que, ya ves, su juramento de alianza (y para nosotros es, más bien, un juramento de amor), lo importante para mí es que Luis, el mayor, hará su juramento en francés o, más exactamente, en romance, en la lengua del hermano, y Carlos el Francés, por su parte, lo deletreará en la lengua tudesca, en la lengua del otro... —se acerca a Hans, le roza los labios con sus labios—. Y, ya ves, los dos ejércitos hacen lo mismo, cada uno repite el juramento en la lengua del otro ejército... Del otro jefe... Es un acto político y, sobre todo, un intercambio lingüístico. ¿Comprendes por qué es un juramento tan... importante, tan extraño también?

Hans calla, le devuelve el beso rozado que ella aguarda:

—Extraña ceremonia —dice.

Eve, de pronto, casi con lágrimas en los ojos:

—Estoy dispuesta, Hans, hoy estoy dispuesta a hablarte por fin en tu lengua... Pronunciarás primero el juramento, en francés; luego yo te seguiré, lo leeré en alemán... Al final... al final te llevaré a la estación sin decir una palabra.

Él la tomó en sus brazos. Ella abrió el libro por la página señalada. Le mostró con los dedos el texto francés —en romance, dialecto de Oil— que él deletreó lentamente:

—Por el amor de Dios y por la común salvación del pueblo —vaciló, sonrió, prosiguió—, del pueblo cristiano y el nuestro, a partir de este día, mientras Dios me dé saber y poder, apoyaré a mi hermano Carlos con mi ayuda en todo, como debe apoyarse justamente a un hermano, a condición de que él me haga lo mismo, y nunca aceptaré arreglo alguno con Lotario que, por mi voluntad, vaya en detrimento de mi citado hermano Carlos.

Hubo un silencio entre Eve y Hans. Se miraron a los ojos, sin sonreír, sin ni siquiera pensar en su amor... Eve quiso de pronto ser, y totalmente, el rey Carlos de antaño —sin duda no Calvo aún, pues tenía, al prestar este juramento, apenas dieciocho años, mientras que su hermano mayor, el Germánico, se acercaba a los treinta y nueve—. Eve pues, con la voz algo ahogada, comenzó en lengua germánica el mismo juramento; su voz se aclaró poco a poco, no deformó las consonancias, ni el

ritmo de la lengua de Hans, que la escuchaba, conmovido:

—... Apoyaré a mi hermano Luis con mi ayuda en todo, como debe apoyarse justamente a un hermano...

«¿Alguien —pensó Hans— se habrá sentido tan conmovido como yo escuchando a su amante tratarle de “hermano”, prometerle, en términos de fraternidad tan profunda, fidelidad?... Jamás, una hermosa extranjera encinta de un hombre sin haber aceptado, sin embargo, la menor de sus palabras, jamás una mujer procedente de la Francia occidental se habrá dado así tan totalmente».

«Oh, amor mío —se dijo silenciosamente Eve en el coche, mientras conducía—, cualquier guerra entre nosotros ha terminado. Antes de que el niño llegue, hemos extinguido cualquier recuerdo genealógico... Loado sea Dios o, como dice el juramento, por la salvación de Dios, por la del pueblo y por la nuestra...».

Estrasburgo, aquella mañana, tenía las calles ruidosas. Hans pensó, por un momento, que perdería el tren: estaba tranquilo. La voz segura de Eve resonaba aún en él, en aquel alemán de hace siglos, cuyo ritmo y respiración le gustaban.

## 2.

La piscina a la que va Eve, esa mañana, es una de las más antiguas de la ciudad, con sus altos muros de cerámica verde y azul, su techo con luminosas vidrieras y una decoración art déco... Los húmedos ruidos suben a lo alto, un haz de risas infantiles, Eve se ha topado, al entrar, con toda una clase de adolescentes.

Llegada directamente de la estación, descansa al borde de la piscina pequeña reservada, a esta hora, a una clase de gimnasia acuática para mujeres encintas.

Seis nadadoras chapotean en el agua, dirigidas por una joven saboyana, robusta y risueña, con un traje de baño rojo, erguida ante ellas en el borde de la piscina. Entre las bañistas, dos emigrantes muy jóvenes, con aspecto torpe y que sonríen a Eve, a la que reconocen. No sienten ya vergüenza, como en las precedentes sesiones, por su torpeza; se asustan y sueltan unas risitas de niña... Cuando salen del baño, su vestido negro las envuelve por completo hasta medio muslo y las hace parecer una especie de pesados pelícanos, lo que conmueve a Eve. Son jóvenes turcas para las que esa gimnasia matinal debe representar una revolución en su vida cotidiana: Eve mantiene con ellas un esbozo de conversación en un francés incierto...

Eve se ha tendido, por fin, de espaldas para respirar mejor... Esta mañana se ha dedicado a esos ejercicios con más ardor: «Como si Hans no me hubiera abandonado por completo»... Deja vagar por el techo su mirada, escucha las reblandecidas voces de las otras. De hecho, tendría que vestirse deprisa: Irma no tardará en llegar. Es para ella el gran día. Eve debe llevarla en coche al pueblo donde el alcalde la ha citado.

En efecto, Irma se presenta con un vestido sin mangas y una chaqueta de lana al

brazo. Hay en su rostro unas gotas de sudor:

—¡Qué calor hace aquí!... Siento la tentación de desnudarme también y, en la piscina grande, hacer un par de largos.

Eve se levantó, tomó del brazo a la visitante. Se dirigieron al vestuario; Eve se vistió, salió de una cabina frotándose vigorosamente, con una toalla, el pelo mojado...

—¿Te preocupa la cita? —murmura dirigiéndose a Irma, que se refleja en el espejo.

—¡Hoy todo sucede a la vez! —respondió Irma, turbada.

Ambas mujeres salieron del edificio de la piscina. Eve recuperó su pequeño coche. Al instalarse, Irma prosiguió, pensativa:

—Es cierto, he dormido mal a causa de esa prevista visita. ¡Gracias a Dios, tú me acompañas! Porque soy pesimista: no presagio nada bueno... Además, he tenido que pasar a las nueve por el hospital, por el servicio de «mis viejos», como de costumbre... Ya te he hablado de Lucienne... Claro, es mi protegida... Pierde la memoria cuando quiere, y unos días más que otros... A fin de cuentas, les pasa a muchas personas de edad; pero Lucienne solo tiene setenta y siete años.

El coche arranca: Eve debe volver a Hautepierre. Irma prosigue su relato, con la misma voz suave, apenas perceptible: entrada ya la mañana, las calles son más ruidosas aún, y el tráfico ha aumentado.

—Recuérdalo: te dije que llevaron a Lucienne a mi servicio porque no deja de gritar. Un grito de dolor lacerante, sin palabras, con un llanto de niño a veces, y como un animal extraño, casi salvaje, que la enronquece: las enfermeras ya no la soportan, desde hace cinco días. Era mi tercera sesión con ella y sigo preocupada: la han aislado. La he encontrado atontada por los medicamentos. Fui a verla el domingo pasado... Después de nuestra entrevista, no parecía calmada sino, ¿cómo decirlo?, como si comprendiera vagamente, a causa de mi insistencia, que a fin de cuentas yo estaba allí, frente a ella. Lo advertí en su mirada, un fulgor dirigido a mí, un poco como si me dijera: «De modo que estás aquí, estás aquí por mí». Oh, después su mirada se enturbió de nuevo... —Eve, al llegar a Hautepierre, detiene el motor del coche pero, de todos modos, sigue el relato—. Me disponía a partir, me levanté: ella me hizo un signo con el dedo. Me incliné; ya no gemía... ¿Sabes lo que me dijo con una voz de niña, una voz de antes...?

Irma está conmovida, recuerda la escena:

—Murmuró: «¿Périgueux no queda muy lejos del mar, verdad?». No comprendí nada: una divagación senil como otra. Sin embargo, la calmé; quise luego saber de dónde era originaria, de la ciudad o de una aldea próxima. Me marché. Pero, esta mañana, he pensado en ella; de pronto, cuando estaba en la piscina, tal vez a causa del agua o de las voces deformadas por los vapores, al dirigirme a ti, he tenido una

iluminación...

—¿Périgueux? —dice Eve intrigada—. ¿Vivió allí?

—Tal vez, pero creo haberlo encontrado: Périgueux está en el sudoeste, destino del éxodo de los alsacianos en 1939... Esta mujer tenía entonces veinte años: debió de sufrir una impresión, un miedo, qué sé yo...

—Vuelvo enseguida —acaba diciendo Eve—. Pasaré por aquí Thelja; voy a dejar unas instrucciones a la vecina.

Y salió.

En el salón, Thelja, con los brazos cargados de flores silvestres, buscaba un jarrón. Las dos amigas apenas tuvieron tiempo de besarse:

—Tenemos que marcharnos, Irma y yo. Nos esperas o subes a casa de Touma, que está deseándolo. Incluso ha anunciado que te prepararía unos buñuelos de la tierra...

Se excusó:

—Es importante que acompañe hoy a Irma, ¿sabes? Llegaremos a media tarde...

La pequeña Mina, en el umbral, les sonreía con su gato egipcio en los brazos. Eve, justo antes de marcharse, señaló con el dedo a la niña:

—Lo olvidaba, mi apuesto alemán se ha marchado esta mañana. ¡Es un día de tristeza para dos mujeres, en esta morada!

Acabó con una carcajada y huyó por las escaleras.

En casa de Touma, Thelja saborea los buñuelos calientes:

—¡Uno me basta! Con tu café con leche, realmente habré almorzado...

Touma insiste, invoca en árabe a todos los santos de su región para incitar a la joven a comer.

—Podrías ser mi hija. Si hubiera tenido la última, ¡ay!... En vez de...

—Pero si tienes una, según me ha dicho Eve, y está casada en Mulhouse.

—¡Casada con un francés! —replicó Touma con voz llena de resentimiento.

Thelja calla. «¿Y si le dijera ahora, a quemarropa, que yo, la hija de un hombre muerto por el ejército francés, comparto mis noches con un francés de la ciudad?... Tal vez ya lo sepa».

Deja de comer; decide proseguir en árabe su conversación, que se anunciaba banal.

—Si tu hijo, porque tuviste un hijo, creo, el padre de Mina, si tu hijo se casara ahora con una francesa, no se lo reprocharías, ¿no es cierto? ¡Tal vez incluso te sentirías orgullosa!... ¿No es injusto que tú, una madre, quieras aplicar tu ley sobre «nosotras», las mujeres? ¿Todo le está permitido al muchacho y todo es tabú para las chicas?... ¡Para ti, una mujer! ¿De qué te sirve pues emigrar si no ensanchas tus

pensamientos?...

Touma se acomoda en la piel de cordero, en el suelo, ante Thelja sentada con las piernas cruzadas en el colchón muy bajo... Sueña:

—¿Sabes? —susurra—, ya sé, ya lo sé, que mi hijo está enamorado, perdidamente enamorado de una francesa. Le ha robado todo el corazón, ella, la muy ladrona... Y ahora ya no lo quiere... Aunque esté con él. Ali no me dice nada, pero nosotras, las madres emigradas, nos lo contamos todo; ella estuvo con él todo el año pasado. ¡Y ahora no quiere verlo ya!

Touma acerca, por encima del plato de buñuelos que van enfriándose, su rostro moreno, tatuado entre las cejas, pero inquieto sobre todo. Da una palmada al gato, a su lado, para que abandone la estancia. Lo maldice, lo insulta, como si necesitara expulsar de sí no sabe qué.

—Pareces sufrir por tu hijo... Tranquilízate, se consolará.

—No, tengo miedo... Le conozco: esa mujer le importa. Está como loco. Viene a mi casa todos los sábados. Ya no consigue hablarme; me mira sin verme... Ni siquiera a Mina, a la que llevaba por la tarde al cine o al circo, a veces... Cuando viene, ahora, se sienta, finge ver la tele, y yo, a su lado: «¡Cuéntame! Dime, sultán mío, león mío, príncipe mío. Háblame de tus días o tus penas, ¡oh, corazón mío!». Es inútil: todo, mi amor, mis palabras habituales. Sonríe, con la mirada perdida, como si escuchara... qué sé yo, una canción gastada.

Mina, que se ha acurrucado en un rincón, escucha. Ha vuelto a coger al gato y lo protege. Touma balancea la cabeza:

—Sí, mi hijo está mal y... ¡tengo miedo, tengo miedo por él!

Thelja, tras haber propuesto a Mina llevarla a comprar «unos bombones, unos cromos, un juguete» —Mina, entristecida, se limita a decir no con la cabeza—, se levanta. Promete subir a ver a Touma antes de «marcharse por las buenas».

—¿Te vas de esta ciudad, oh, hija de mi país?

—Dentro de tres o cuatro días...

—Vuelve, y perdona mi pena de hoy. Vuelve para que hablemos de nuestra tierra. Al levantarse, al abrazarla, murmura nostálgica:

—¿Sabías que soy de los Aurès, yo también?... De los Béni-Souik, ¿lo conoces?

Thelja sonrió:

—Claro, la familia de mi padre es del otro lado del Oued Abbiod. A unas tres jornadas a caballo de tu tierra.

—Oh, sí —prosigue Touma con dulzura—, ¡hubiéramos debido hablar, desde el comienzo, de nuestras montañas!

—Volveré —promete Thelja dejando que la bese.

Al salir decide ir, sí, hasta el corazón de la ciudad.

### 3.

Entrar, por fin, en la catedral: no detenerse, al principio, ante el porche, en el interior, no comenzar a admirar las esculturas, las vidrieras, el pilar de los ángeles, ir directamente hasta la escalera, o al ascensor que debía de ahorrar más de la mitad de la escalada, subir, subir lo más rápido posible al campanario, entrar luego en la alta torre.

Thelja sintió ese deseo a principios de aquella tarde, en la luz algo fría de aquel lunes de primavera: contemplar desde arriba por fin toda la ciudad y su rica campiña con, en el horizonte, la línea del poderoso río, llenarse los ojos del paraje que engasta así la gloriosa ciudad pero que, a causa de esa frontera fluida, guarda huellas de su vulnerabilidad —una especie de tatuaje visible— frente a todos los peligros del pasado.

En la plaza, un autobús había vertido su rebaño de turistas: la mayoría hacía cola, precisamente, para subir a la torre... Thelja decidió aguardar por los alrededores, regresar después de la multitud...

Se encontró, poco después, en la plaza del Mercado de los Lechones; se detuvo para contemplar también la Casa del Lechón que mostraba en la fachada la fecha de su construcción: 1477. Al otro lado de la calleja, un pequeño hotel de discreto encanto; Thelja, que se complacía, pocos días antes, al cambiar cada vez de alojamiento, anotó el nombre. Luego vagabundó hasta la plaza del Mercado del Pescado, desierta el lunes; volvió la espalda al palacio de los Rohan, deshizo el camino... Entró en una *winstub*.

Se sentó, pidió una copa; se sorprendió pensando en Tawfiq, su hijo de cinco años («cinco años, también», se dijo maquinalmente): dentro de unos días empezarían las vacaciones escolares... ¿Estaría ya en la aldea de montaña, en casa de su abuela, o seguiría aún con su padre?... Le había venido a la memoria la acritud de la voz de Touma, su modo de saludar; la torturó el deseo de escuchar... ¿Qué... solo un acento, una voz de la tierra?... Cerca de la catedral había divisado, en la esquina opuesta de la plaza, una oficina de correos... Una oleada de nostalgia se apoderó de ella en aquel instante...

No terminó la copa que había pedido; se levantó, se dirigió presurosa hacia correos. Poca gente en el departamento de llamadas internacionales. Dio el número de Halim. «Un cuarto de hora de espera», le anunciaron. Aguardó, saliendo de vez en cuando al umbral, comprobando que la entrada de la catedral, al otro lado, seguía llena de nuevos turistas que afluían... «Sí, también aquí, eso deben de ser las vacaciones». Thelja entró por fin en la cabina. Descolgó; había telefoneado, dos días antes de abandonar París, dejando solo un mensaje: «Voy a provincias unos diez días. Llamaré cuando regrese».

De pronto, la voz lejana, algo seca de Halim repitiendo: «¿Diga?... ¿Diga?». Recuperó el aliento; habló: dijo que estaba en Estrasburgo, que hacía buen tiempo hoy, que se disponía a subir a la torre de maese Ulrich, que una fuerte nostalgia (dijo la palabra en árabe: *el uehch*) de «nuestro pequeño» se había apoderado de ella.

¿Dónde estaba? ¿Habían comenzado las vacaciones?

Cuando Halim le respondió, diciéndole que había gente en su despacho, fue como si estuviera ante ella, muy cerca: su rostro alargado, fino y flaco, sus cabellos crespos, muy cortos, sus estrechos ojos, su mirada aguda, la sonrisa que a ella le gustaba. Dijo que Tawfiq, al cabo de dos días, se iría con él a Orán.

—Y mi madre, ¿has pensado que debe de estar esperándolo? ¿Que Tawfiq tiene que ver a sus primos?... —intervino, más bien contrariada.

Halim calló unos segundos, luego añadió, en un tono neutro, que los cuatro últimos días Tawfiq estaría «en el pueblo, en casa de tu madre».

—Te recuerdo que mi madre es su abuela —repuso Thelja.

De nuevo un silencio seguido por una interrupción. Ella no supo si Halim había colgado —poniendo fin a una hostilidad que ella ni siquiera había dominado— o si la línea «siempre saturada en Argel», había dicho la empleada, había sido cortada sin miramientos.

Thelja salió, desamparada. Contempló, ausente, la catedral a lo lejos: los visitantes parecían menos numerosos... El deseo de subir, de escalar —de «emprender el vuelo», pensó—, la había abandonado: caminó, decidida a vagabundear para expulsar las brumas de la pesadumbre que se infiltraba en ella... «Caminar, caminar», se dijo cuando topó con alguien. Se volvió al oír una voz alegre:

—Pero si es la amiga de Eve... ¿Thelja?

Un rostro de mujer, familiar. Dudó, reconoció justo a tiempo a la viandante:

—¡Jacqueline!... Perdón, estaba distraída...

Jacqueline había acercado el rostro, sonriente; ella le estrechó la mano:

—No voy a soltarla —insistió con risueño vigor—. Sentémonos un rato, aunque solo sean diez minutos. No está usted obligada a hablar.

La arrastraba hacia una calle desierta, a un lado le señaló un salón de té; «¡allí estaremos bien!», insistió. Entonces, inclinándose un poco, le murmuró a Thelja:

—¡No se ha dado usted cuenta, tiene el rostro lleno de lágrimas!

Thelja, desconcertada, rozó sus húmedas mejillas con los dedos, farfulló:

—Acababa de hablar con Argel... Mi hijo...

Mientras, Jacqueline la acomodaba, la rodeaba:

—Mire, me gustaría contarle una historia verdadera, de Alsacia y de Argelia al mismo tiempo. Tengo una amiga, Anne; de hecho es una joven amiga de mi madre que, ahora, lo es también mía... En plena guerra de Argelia fue a visitar a su hermana mayor, destinada como maestra en un pueblo del Constantinois. Anne debía de tener, por aquel entonces, diecisiete o dieciocho años; pero usted no había nacido en esa época, supongo... ¿Qué se podía hacer, en 1959, en lo que ella llamaba «un poblacho»?

—1959 es el año de mi nacimiento —la interrumpió Thelja.

—Anne, en el pueblo, iba en bici y leía a Marco Aurelio. Sí, un autor muy serio para una muchacha. Cayó enferma: nada grave, una gripe que se convirtió en

bronquitis. Quiso consultar con un especialista, en Constantine... Le respondieron que era peligroso, por «los acontecimientos», como por aquel entonces llamaban a la guerra. Busca un taxista; muchos se niegan, pues la carretera de montaña había dado lugar, en los últimos tiempos, a «falsos controles» de los maquis. Anne era tozuda. Uno de los taxistas acepta diciéndole: «¿*El mout?*». Hace un gesto desenvuelto con el brazo y añade: «¿*El koul en mout!*». Su precio es razonable; Anne decide tomarlo al día siguiente... Así llega mi amiga a casa de un joven médico, instalado recientemente, en el centro de Constantine. La recibe, la ausculta, ha advertido, intrigado, «las cartas de Marco Aurelio» en manos de la joven francesa; acaba preguntándole cómo ha podido llegar de la aldea donde se alojaba en casa de su hermana. Y Anne, la intrépida, responde: «Nada más sencillo: he encontrado un taxi de una compañía de allí. Un taxi que se llama *el koul en mout*». «¿*El koul en mout?*», repite, divertido, el médico. Y acaba traduciéndole las palabras árabes: «Señorita, el taxista le dijo: “Si tenemos que morir, moriremos todos”». La conclusión de mi historia —terminó dulcemente Jacqueline— es que Anne se casó con el joven médico, tres meses después, y desde entonces no ha abandonado su tierra... Como dicen en las hermosas historias, fueron felices y comieron perdices.

Thelja sonrío. Le dijo a Jacqueline que aquella misma mañana había admirado las fotografías del ensayo que Eve había revelado ya:

—¡Hay una foto de Djamilia sorprendente!... Y otra de usted, en el escenario, erguida en un rincón, cuando el anciano Tiresias se adelanta con el niño.

Jacqueline, antes de levantarse, preguntó aun a riesgo, dijo, de parecer curiosa:

—Sé muy bien que está usted aquí de paso... Ya sabe, vivo cerca de aquí, en la Rue de l'Arc-en-Ciel... Y tengo un viejo tío, un dominico. Le hablé por casualidad de usted... Están cerrando un hogar para norteafricanos, que fue abierto a finales de los años cuarenta, creo... Mi tío pareció decir que, si desea usted pasar, le enseñará muchas cosas... El hogar se encuentra en la Rue Polygone; han conservado, creo, las fichas de sus pensionistas: los primeros obreros argelinos procedían del este...

—De mi casa, vamos —advirtió Thelja que, con superstición, comenzó a creer que muchos signos se unían aquel día bajo sus pasos.

Jacqueline, de pie, seguía excusándose.

—En absoluto —protestó impulsivamente Thelja—: Deme el teléfono de su casa, la llamaré mañana por la mañana...

Mientras Jacqueline la estrechaba entre sus brazos y se alejaba, Thelja dio unos pasos; en la plaza volvió la espalda a la catedral.

De pronto, unos versos de Píndaro, que había leído la víspera en el apartamento dominical de François, volvieron a sus labios. Los murmuró con tristeza:

*Los hombres son como sueños,  
Sueños de sueños...*

Ante ella, la multitud se hacía densa: los empleados que salían de los despachos, los viandantes que entraban en las tiendas, en grupitos familiares, formaban manchas coloreadas y móviles que, al perderse en la bruma que había caído, se hacían a su vez irreales.

#### 4.

Eve condujo en silencio durante la primera mitad del trayecto que las llevaba, a Irma y a ella, hasta un pueblo grande, cerca de los Vosgos.

Una o dos veces, Irma dijo, dulcemente:

—Me sé este camino de memoria, y sin embargo... —luego callaba, sin terminar la frase.

Eve, prudente, atendía a la carretera y, a veces, a sus imprevisibles meandros. Las adelantaban grandes camiones, a una velocidad no siempre reglamentaria.

—Sí, me sé de memoria esta carretera tan recta con esas curvas allí, que no se esperan... La he recorrido cuatro veces...

Eve escucha, gira unos segundos la cabeza para sonreír a Irma, tan tensa, vuelve muy pronto a mirar hacia delante... No han tomado la autopista.

—Solo en la autopista tengo miedo —intervino Irma—: Puedo sentir ganas de pararme cada cuarto de hora... En una carretera «normal» es sencillo: me detengo a un lado... Salto a la cuneta, doy una vuelta por el campo o por un bosquecillo.

Concluyó, melancólica:

—Ya ves, es como en la vida... Me he detenido a menudo... en el arcén.

—A mí me gusta conducir deprisa —exclamó Eve— y... vivir lentamente.

—La primera vez —prosiguió Irma— alquilé un coche para el fin de semana y llegué a ese pueblo al que vamos como turista. Dormí en un albergue, a las afueras. El domingo, me encontré paseando sola por las calles desiertas. Salvo en el restaurante más importante: comí bien, hay que reconocerlo. En la mesa de al lado se instalaron dos o tres parejas, altas y anchas todas, las mujeres eran verdaderas matronas: comieron, comieron... Bebían cerveza y se lanzaban ruidosas frases en alsaciano... Historias divertidas, al parecer: uno de ellos, de rostro rubicundo, me miraba de reojo, luego reía en silencio por cualquier cosa, todo su cuerpo se agitaba... Acabé huyendo.

Eve, que había reducido la velocidad, se detuvo ante una gasolinera.

Irma tenía la mirada perdida mientras Eve tomaba la manguera, se servía ella misma, iba a pagar, arrancaba de nuevo.

—La segunda vez —murmuró con voz endurecida— conduje como una tromba. Un día laborable. Fui directamente a casa de la madre... En fin, la madre de mi supuesta madre —rio sarcástica—, no voy a llamarla «mi abuela»... Llamé. Me

presenté.

»Abrió con dificultades el portal de su jardincillo.

»—Soy la que ha llamado —le dije—. Irma Delaporte; Delaporte, como su hija, puesto que me prestó —y dije “prestó”— su apellido durante la guerra.

»—Entre —dijo la anciana con bastante frialdad.

»Nos instalamos ambas en la cocina.

»—¿Qué quiere usted de mi hija? ¿Darle las gracias?... Podría usted escribirle. Ya le he dicho, por teléfono, que nunca está aquí, ¡viaja siempre! —clavó en mí una mirada dura, pero orgullosa también—. Han debido de decírselo: mi hija, tan joven durante la guerra, fue una heroína; salvó a montones de... perseguidos. Sus padres, por desgracia...

»—Sí —respondí—, hasta hace muy poco, casi hasta los cuarenta años, he vivido con la idea de mis padres judíos denunciados y llevados al campo de concentración... del que nunca regresaron. Por fortuna, me contaron que una joven alsaciana, de gran valor, no lo dudo, ocultó al bebé de tres meses que yo era... Al declararme luego como hija suya me salvó la vida. Una doctora parisina, Adeline, que poco después se convirtió en mi tutora, me lo contaba siempre. Hasta los veinte años, Adeline fue para mí más que una madre. Pero ahora ha muerto. Vengo pues a preguntar detalles de mi primer año de vida; y solo su hija puede dármelos...

»—¿Quiere usted agradecersele? —repitió lentamente la madre de la ausente.

»Alargó la mano hacia un cuaderno, vaciló, decidió luego:

»—La telefonaré ante usted. Actualmente vive muy lejos; no está en Francia. Su marido es sueco... Voy a llamar: podrá darle las gracias.

»Llevó pesadamente el teléfono a la mesa, junto al desorden de la cesta del pan y la fuente de frutas; un enorme gato ronroneaba sin moverse de su cojín. La anciana, con mano algo temblorosa, descolgó el aparato... Se puso unas gafas. Meticulosamente, compuso el número.

»Habló en su dialecto... Entonces escuché el nombre de la desconocida que, en otoño de 1944, me dio su apellido...

»—¿Ma... thé?... ¿Maïté?

»—¿Es su hija? —exclamé yo, incorporándome con el corazón palpitante.

»Alargué la mano.

»—¡Quiero hablar con ella!... ¡Dígale que realmente deseo hablar con ella!

»La señora clavó en mí una extraña mirada, pesada, cálida casi, me pareció. Levantó un dedo para indicarme que tuviera paciencia y, de pronto, en francés, prosiguió:

»—Está aquí, Maïté, ¡la que telefoneó! Dice que quiere hablar contigo... ¡para darte las gracias!

»La voz de la abuela se hacía insistente, dulce casi... Se disponía a dejarme hablar... Entonces, al otro extremo del teléfono, una voz chillona, aguda, no, sobreaguda, soltó palabras en cascada, violentas, que se cabalgaban... La voz

colérica parecía injuriar: ¿en alsaciano?... Conozco el alemán y comprendí algunas palabras: parecía decir que yo estaba loca, reprendía a su madre: ¿por qué le has abierto, quién es esta desconocida?...

»De pronto, colgó. La madre (la mano temblorosa mantenía el auricular pegado a la oreja), agachó la cabeza, la levantó para mirarme con tristeza:

»—¡No vuelva más, joven señora!... ¿Qué puedo hacer yo? Mi hija, es bien sabido, tiene un carácter muy especial.

»Me sirvió en silencio un vaso de vino... Suspiró: “Tener una sola hija y que viva lejos... Ya ve usted, algún día, mañana, moriré sola. Solo tengo a mi gato”.

»No lloró, no. Me acompañó hasta la puerta del jardín, sin añadir una palabra.

Irma se arrellanó en su asiento. Eve advirtió los primeros letreros que anunciaban el pueblo.

—¡Ya llegamos! —dijo—. Iremos a descansar a una cervecería, para relajarnos un poco...

—Conozco una, enfrente del ayuntamiento —repuso Irma—. Las otras dos veces fui a defender mi derecho ante el alcalde: la ley me permite «la búsqueda de la maternidad»... Pero en mi última visita, Maïté Delaporte no acudió a la convocatoria... Esta vez, me aseguró el secretario del ayuntamiento por teléfono, la hemos obligado.

El coche entraba en el coqueto pueblo; en el centro, las casas parecían lujosas.

Eve, al instalarse en el café, tranquilizó a Irma:

—¡Tómate tu tiempo!... He traído lectura... Pensaré en ti —añadió besando en las mejillas a su amiga, que se había peinado.

De pie, alrededor de la barra, unos hombres, solo hombres, examinaban en silencio a las dos visitantes. Eve se sentó junto a una ventana, bajo un rayo de sol. Siguió con la mirada la silueta de Irma que cruzaba lentamente la plaza y subía la escalinata del ayuntamiento.

Irma regresó, una hora después, con el rostro convulso. Se sentó, dio la espalda a la barra donde los mismos clientes, con el mismo movimiento, salieron para espiar la entrada del ayuntamiento.

—¡Ha estado —comenzó con voz ahogada—, ha estado odiosa!

Y rompió a llorar. Sacó luego su pañuelo, inclinó la cabeza, intentó calmarse.

—Bebe —dijo Eve—. Te pediré un chocolate caliente.

Irma aguardó, contraída; intentó tragar un poco de la humeante taza.

—¡Vámonos! —dijo, volviéndose hacia el resto de la cervecería—. ¡Vámonos! —suplicó, y se levantaron a la vez.

Fuera, los curiosos acechaban, al parecer, quién saldría del ayuntamiento. Eve e Irma se metieron en el pequeño automóvil. Eve arrancó, salió de la plaza por la primera calle que encontró: Irma había vuelto a sollozar con las manos cubriéndole

todo el rostro.

Eve, ocupada por sus maniobras, cruzó el pueblo sin estar realmente segura de la dirección: «¡Lo primero es alejarnos!», pensó. Finalmente, se tranquilizó: parecían ir en la dirección correcta, así no tendrían que atravesar de nuevo el pueblo; no. Irma, poco a poco, se tranquilizó.

—¡Lo siento! —farfulló, levantando por fin la cabeza y arreglándose el peinado—. Cuando pienso que te he dejado conducir, en tu estado...

Eve soltó una carcajada:

—¡Estoy encinta! ¡No tullida!

Y su vigorosa risa hizo sonreír, débilmente, a Irma. El coche se detuvo: en tono misterioso, Eve decidió:

—A la ida me he fijado en este restaurante. Debe de ser un buen sitio. Pese a que ha pasado la hora, espero que puedan servirnos... ¿Qué te parecería un chucrut?

—Como quieras —murmuró Irma—. Yo no podré comer... Eve, si sigues conduciendo hasta Estrasburgo, yo voy a beber... ¡a beber!

Se instalaron en un cenador, a la sombra de un pino. En cuanto sirvieron el *Gewürztraminer*, Irma volvió a hablar, en un tono cortante: para liberarse.

—¡Madre amarga! —comenzó—. ¡Esa mujer, Eve, era odiosa! Miraba al alcalde, se volvía hacia mí, pero nunca, ¿oyes?, nunca su mirada se ha posado en mí... Hacía adrede lo de no verme y se enojaba: «¡Está loca!, ¡está loca!», repetía esa señora, heroína de la Resistencia. Podría haber venido con todas sus medallas, para repetir esas dos palabras: «¡Está loca!».

Irma recuperó el aliento, dijo como un eco: «¡Pues estoy loca!».

Eve callaba. Miraba los largos dedos de Irma que temblaban, los de su mano derecha. Con la otra mano, sujetaba la copa y, cuando no bebía, puntuaba en ella el diálogo aplazado por algunos tragos.

—¿Qué le has contestado? —le preguntó Eve, rozando su mano derecha, de dedos rígidos ahora.

—Creo que, aparte de saludar al principio, dirigiéndome al alcalde, no he dicho palabra... El buen hombre me había dicho, mientras esperábamos que la celebridad local se presentara: «Se lo advierto, con ella será duro... que la reconozca como a su hija... Quiero repetirle, porque es la ley, que tendrá usted la posibilidad de continuar con el proceso, la demanda de reconocimiento de esta maternidad... Padres judíos, llevados al Struthhof y muertos hubo, por desgracia, demasiados. Pero no se ha encontrado, para usted, papel alguno de esta filiación... El único testimonio habría sido la señora Maité y no quiere decir nada, lo que, en definitiva, es una prueba contra ella... La ley está a favor de usted y yo soy, en primer lugar, un funcionario del registro civil... Sin embargo, conozco a la señora... —Irma no pudo repetir el nombre—. Es una mujer notable, una gran figura de nuestra región, con un pasado cubierto de honores... ¡de merecidos honores! Pero en este punto, y aunque la justicia le dé a usted la razón, no va a ceder. ¡No la reconocerá!...».

—Entonces, la señora —concluyó Irma, que se servía de nuevo una copa—, con «su pasado cubierto de honores», ha entrado en la sala... ¡para insultarme!

»¿He dicho “odiosa”? Digamos, más exactamente, no odiosa sino tragicómica. ¡De pesadilla! Mira, Eve, lo comprendo ahora que puedo hablar contigo (y eso va a relajarme), no me miraba a mí porque, de hecho, estaba renegando de su propio pasado... ¿Cómo iba a ser ella, una heroína, madre soltera? No, eso es imposible. Yo soy la loca, pues, y ella sigue siendo una estatua de virtud... ¡para su pueblo! Puede vivir al otro extremo de la tierra, y con un marido sueco, pero la estatua debe permanecer en su pedestal. En el pueblo, todos los curiosos del café la esperaban, a ella, a su heroína eternamente virgen.

Eve tuvo que tomar a Irma del brazo, pues parecía haber bebido demasiado. Se durmió en el coche hasta Estrasburgo.

Al pie del moderno edificio de Irma, en la plaza del Homme-de-Fer, Eve no se atrevía a dejar sola a su amiga.

—¡Voy a reunirme con mi pareja de inseparables, en su jaula!... —suspiró—. La noche pasada, se excitaban y se agitaban porque me oían ir y venir por el pasillo.

—¿Tus loros africanos son un macho y una hembra?

—No lo sé —repuso Irma—. Solo hace seis meses que los tengo. Nunca solicité semejante regalo. Fue tan inesperado el envío de Madagascar...

—¿Uno de tus enamorados? —preguntaba Eve, cómplice, satisfecha al poder hacer que Irma olvidara el viaje de aquel día.

—Sí —dijo Irma con una sonrisa melancólica—. Tom, un profesor americano, más joven que yo... Si me hubiera casado con él, en vez de solicitar que me trasladaran a Estrasburgo, no me encargaría tanto de mis viejos, tan conmovedores, tan desoladores a veces... Supongo que sería un ama de casa, en Michigan, de donde Tom es originario.

—Una pareja de «inseparables»; fíjate bien, hay cierto humor ahí, el enamorado del que quisiste separarte...

Eve añadió:

—¿Quieres que suba? ¿Que me quede contigo?

Irma sonrió; besó a Eve.

—No, tomaré un café muy cargado... Karl llegará hacia las siete. Iremos a un concierto, a casa de unos amigos, creo. ¡Siempre que tenga fuerzas! Gracias de nuevo.

Irma, una vez en su casa, contempla con las manos temblorosas la respuesta que le ha mandado el ayuntamiento del pueblo de Lucienne, no lejos, junto al monte Sainte-Odile:

«Hemos hecho investigaciones —escribe una asistente social—. La señora a la que usted cuida nació y, en efecto, vivió en nuestro municipio; formó parte del éxodo de toda la aldea, en 1939 y 1940. Ella y su marido, un viticultor, perdieron durante los primeros días de esa marcha colectiva a una hija de tres años... Antes de subir al tren, al parecer, debido al tumulto, la niña no pudo ser encontrada: la búsqueda, durante meses, resultó vana... La pareja regresó en agosto de 1940; el marido vendió sus tierras un año después... Abandonaron el pueblo después de la guerra. Habían tenido otro hijo».

Irma lee una y otra vez la carta. Intenta imaginar el drama o, más exactamente, la ausencia, la pérdida, el agujero... La voz de Lucienne acompasa, poco a poco, la lectura de Irma que no puede concebir aquel trauma —¡conmoción de Lucienne, infelicidad ahogada durante decenios!—. Lucienne que repetía: «¿Périgueux está lejos del mar?... ¿Périgueux...?».

Cierto día, puesto que la respuesta no llegaba, se instaló en el grito. El largo grito de hoy.

## SEXTA NOCHE

*Las palabras. Las palabras se elevan en el espacio de la oscuridad de la alcoba. Una oscuridad que no es de tinta sino de caricias ciegas, de un tacto ahondado, de manos curvas, rozadoras, buscadoras, sin necesidad de luz, los dedos se toman su tiempo, se encuentran y se unen, vuelven a partir, solos, a la aventura, auscultando la piel fría en algunos lugares y, por el contrario, casi ardiente en sus huecos secretos... Las voces iluminan ese conocimiento, susurrantes o claras de pronto, altas, puntúan u ocasionan una detención...*

*Las palabras. Thelja tiene frío pero las palabras tiernas del amante que habla en voz baja, que se habla casi a sí mismo, dulces confesiones no siempre discernibles, medio tragadas, esas palabras chorrean por su cuello, le cubren la garganta, envuelven su hombro que se inclina o la línea de su espalda erguida, en una gestualidad apenas esbozada.*

*Piernas de la amante. Dobladas en las sábanas. Suelta una breve risa. Sus tobillos, los dedos de sus pies luego, se tensan. El amante calla: con su muslo doblado aprisiona las caderas de Thelja que, ahora, suspira, murmura, hace navegar su voz y sus brazos...*

*Risas. Voces como perlas, como tejidos. Ella no le oye ya. Él no habla en voz alta. Hay palabras que se traga. Su voz se inclina, algo metálica. Ella, en una voluptuosidad que fluye, no tiene ya frases, apenas palabras cortas, jadeantes, desportilladas que van a romperse, a desmigajarse —ella jadea—, que vuelven, posadas en sus labios y sin poder brotar.*

*De pronto, un solo vocablo tierno, de terciopelo, en dos tiempos; el mismo, repetido, modulado. Una palabra árabe que va, que viene. El placer en el que ella no quiere ahogarse hace vibrar esa palabra-llamada, esa palabra-pájaro que se estremece, que se agita, exhala y retiene, sin embargo, el deseo enloquecido del amante: «Ta... inta». Como un ritmo de reloj que, poco a poco, enloquece.*

*La palabra de amor, llena a reventar, se coagula en la boca de Thelja. La llena. Se lanza, gira sobre sus rostros, regresa como una broca y se agota, se encoge...*

*El amante, en este último segundo, la penetra. La palabra árabe de ternura que ella repite, aunque sin fuerza, les ha insuflado su tono. El hombre hunde su falo, ella lo llama con la misma palabra, sale, se hunde de nuevo, ella resiste con esa extraña palabra que ha recuperado vibración y vigorosa sonoridad, como si intentara demorar su goce, se endurece en su interior, quiere que le duela, busca la violencia, se quiere labrada, no se entrega, recibe al hombre en celo y lo rechaza y vuelve a tomarlo, mientras su voz acompasa la incansable palabra inta, es otro, es un «tú» árabe, resiste desde lo más profundo de sí misma, lo llama, a él, al ardiente y lo despide, al bravo, él insiste, no es un juego de gala, no, más bien una caza en el tumulto y un diálogo enfrentado...*

*Ella desea callar. Pero también quiere mantenerle en sí. Ofrece sus labios a pesar de la oscuridad, busca el otro rostro. Tiende los brazos. Sus rodillas, sus piernas levantadas sujetan al amante por los riñones, él la habita largo rato, no la abandona ya, mientras le habla a su vez, con entrecortadas palabras, con una voz granada, baja, tan baja...*

*Ella se apodera otra vez de su boca. Mantiene también en ella el sexo del hombre, ciñéndole la espalda con sus pantorrillas cruzadas. Y llena de saliva su boca: se bebe a sí misma, en él. De pronto, la palabra en el centro: la respira, la recupera con los labios, no quiere que el amante se pierda en ella sino que permanezca al acecho, que la excave, que se atorbelline poco a poco en ella, y ella le ayuda con sus muslos nerviosos: la palabra persiste sola, vigilante, deslizándose entre ambos, en sus alientos: una palabra extraña, o extranjera para François, en todo caso. Luego, otra palabra de amor reciente, una palabra aparentemente francesa esta vez, pero de sentido poco claro, una palabra inesperadamente inventada, creada por completo, y que hace cesar por unos instantes los ondulantes movimientos de sus caderas, de sus piernas... Repite ella el vocablo, tan dulce, lo modula, deja actuar su música: un arrullo. Luego relaja sus muslos, entreabre los labios, escucha allí aún, muy cerca, la palabra preciosa y rara, casi exótica, revoloteando a su alrededor...*

*Echa atrás la cabeza para respirar mejor; François le lame el cuello, sale de su interior pero para penetrarla de nuevo, sin precipitación, con dulzura; ella mordisquea, a pequeños lametones, la curva del hombro. De pronto, se pone rígida, desde los dedos de los pies hasta los hombros, hasta los párpados cerrados: llega el goce, breve tormento.*

*Poco después, Thelja, con el cuello doblado y mirando hacia atrás. Mujer líquida, lánguida, iluminada. Sus voces perdidas: las dos, colgadas arriba, planeando, como nubes enloquecidas aún, sobre los dos cuerpos rotos, entrelazados.*

## VII. La madre amarga

### 1.

Llegando por sorpresa a casa de Eve, Thelja le cuenta:

—Ayer por la noche, acompañé a Irma y Karl a un concierto, una representación privada... Solo vi el principio... Me hubiera gustado tanto quedarme; pero la hora de mi cita con François era a las ocho, en la plaza Gutenberg... Me sentía bien con Karl e Irma. Irma me pareció tensa, pero elegante, muy hermosa... Les acompañaba un amigo de Karl, un músico camboyano.

—¿Sí? —pregunta Eve, que quiere servir una ensalada, o fruta, o...

—No hablaba francés sino inglés. Karl traducía. Yo creía que ese país era francófono. Pero el muchacho no parecía tener más de veinticinco años; es la generación de los cuarenta o los cincuenta la que sigue siendo francófona.

—¿Y qué tiene de tan especial el joven artista? ¿Te pareció guapo? ¿Escuchaste su música?

—Vamos —se impacientó Thelja—, no me consideres tan superficial. Por lo que a la música se refiere, era una cantata de Maurice Ohana: un coro de doce voces declamaba un soneto de Louise Labé.

Tarareó:

*Oh, hermosos ojos castaños, oh, miradas de soslayo  
Oh, cálidos suspiros...*

Una corta risa.

—Me dolió no poder quedarme hasta el final.

—Espero que tú llegaras hasta ese desconocido jemer —intervino Eve.

Thelja acabó aceptando un té caliente.

—Lo que me dijo aquel extranjero, y Karl me tradujo, justo antes de que comenzase la cantata... —Thelja tenía la mirada perdida, el rostro concentrado. Luego, con viveza, habló de un tirón—: De los jemerres rojos y de la horrenda matanza (digamos la palabra, el genocidio), ¿sabes de qué habló, en dos o tres frases? Está en París... para intentar resucitar su música de corte, transmitida de siglo en siglo. Pues, entre la población deportada de Phnom Penh en 1975 (hace catorce años ya), estaba toda la orquesta y sus más grandes músicos... ¡Los mataron a todos!... Sin embargo, la casualidad quiso que parte de las danzarinas de Palacio se hallara entonces de gira, por el extranjero. Las acompañaban solo tres o cuatro músicos, que sobrevivieron...

—¿Entre ellos este muchacho?

—No, era un niño y, sin duda, estaba en otra parte. Es hijo de músicos, en cualquier caso. Y ha perdido a todos sus parientes, eso me lo dijo Irma en un aparte... Ha venido a Estrasburgo, creo, para pedir al Parlamento europeo unos subsidios; tiene el proyecto de reconstruir, gracias a los escasos supervivientes y también a las grabaciones realizadas en numerosos países, antes del desastre, lo que él llamó «su música destruida».

—¡Parece un alegato, tanto brillan tus ojos!

—Por favor, Eve, lo que me turba, o me atormenta, es eso, la «música destruida», la de todo un pueblo, ¡durante siglos!... Desaparecida irremediabilmente, ¿es cierto? ... Añadió que trabaja en ello desde hace tres años y que empieza a recoger, por fin, algunos elementos...

Thelja se detuvo. Eve pensó de pronto que, la víspera, Irma hablaba con esa misma intensidad sorda de la vieja alsaciana que gritaba...

—Cuando me separé de los tres —prosiguió Thelja—, volví sobre mis pasos. No comprendí mi ardor. Me sentía obligada. Ante Irma, pero también ante Karl, al que conozco muy poco, tuve la audacia (eso es, la «audacia», me ruborizaba incluso) de preguntarle al camboyano... su dirección en París. «Quisiera visitarle, escuchar, aunque sea una sola vez, algo de lo que ha podido usted recoger... Quisiera saber si van a tener éxito sus esfuerzos para recuperar su herencia musical»... Me anotó su dirección. Añadió que a veces se ausentaba durante largos períodos... Y nuestros amigos traducían... Espero volver a verle, en París.

Eve no pudo evitar decir:

—¡Y tú que, hasta ahora, solo me hablabas del pasado de Estrasburgo, donde yo vivo, donde vive François!...

—Una «música destruida» —repitió Thelja, que parecía no haberla oído.

## 2.

Saliendo del concierto de la víspera, Karl había propuesto a Irma acompañarla tranquilamente, a pie.

—¡Hace tan buen tiempo! —había observado ella, levantando la nariz hacia el estrellado cielo nocturno.

Caminaban en silencio; poco después, se encontraron en la maraña de la Petite France. Se complacieron de pronto, en un capricho cómplice, yendo de un puente a otro, extasiándose al admirar la creciente luna en las aguas de los canales; el paisaje tenía un aire de decorado de opereta. Irma se oyó reír; se lanzaban hacia un muelle, descubrían una plazoleta desierta, como si, de buenas a primeras, hubieran improvisado ese juego nocturno.

Cansados de pronto, o pasmados, se detuvieron para contemplar el agua oscura, a

sus pies. Irma, con el torso doblado, los cabellos sueltos, levantó la cabeza hacia el cielo que se oscurecía. Sonrió a Karl:

—¡Estamos en el recreo! —exclamó, y pensó en la visita al pueblo, aquel mismo día, en compañía de Eve: todos los tormentos de la larga jornada le parecieron irreales.

Karl, alertado por su fugaz tristeza, que sucedía a la risueña gracia, se acercó a ella y, sin pensárselo, le tomó ambas manos:

—¡Es usted tan tierna! Y su voz... Irma, se lo ruego... ¡Deme una oportunidad!

Irma, desconcertada por el inesperado ardor, farfulló, decidió bromear:

—¡Pero, veamos, es usted muy joven!

Karl prosiguió, estaba lanzado: sus palabras brotaban como si hubieran esperado demasiado tiempo:

—¡Nunca habla de usted misma! Es la dulzura... —vaciló, rogó—. Dígame, por lo menos, a qué clase de hombre ha amado usted hasta hoy. Intentaré gustarle...

Irma se sobrepuso: enérgica, le reprendía pero, tras una vacilación, observó:

—Vamos juntos a los conciertos o a casa de los amigos. Se está convirtiendo, poco a poco, en un amigo de verdad... ¡Sigamos así! Es tan tranquilizador para mí no sentirme ya tan solitaria en esta ciudad-frontera...

—¿Me esquiva usted? Piense un poco en mí... —luego, en voz más baja, suplicó—: ¡La necesito!

Habían vuelto a caminar; Irma le había tomado del brazo. Karl avanzaba, con la cabeza gacha, como si la hubiera olvidado; se lanzó a una conversación casi mundana. Con esa mujer apoyada en él, cuyos tacones oía resonando en los adoquines, parecía hablar solo consigo mismo.

—Vi los amigos que estaban a su alrededor, en la velada de ayer: esa argelina de ojos ardientes, François, tan evidentemente enternecido por ella. Y su amiga fotógrafa, que hablaba poco: cuando el joven alemán, tan apuesto, se le acercaba, todo su rostro se iluminaba. ¿Son felices esas parejas? No me lo pregunto; pero la miro a usted, Irma. Como la otra noche, conserva usted la misma sonrisa lejana, se dirige a cada uno de nosotros con su incansable dulzura, algo alejada. ¡Déjeme que me acerque a usted!

»He dejado que se marchara mi amigo jemer, el que le he presentado esta noche... Me siento, de pronto, lleno de audacia, tal vez por los versos de amor de la cantata de Ohana; tal vez, al contrario, porque antes, durante todo el día, he estado sumido en el pasado demasiado preñado de horrores de Camboya, evocado por mi amigo el músico...

Calló un momento mientras Irma, tomándolo del brazo, caminaba en silencio.

—Permítame que vaya a su casa más a menudo si es necesario y no solo para acompañarla a un concierto. ¡No se muestre reticente! ¡No se quede afuera! Viva realmente en esta ciudad, siempre parece estar lejos...

Llegaron a la plaza del Homme-de-Fer; Karl se vio dejando a Irma ante su

edificio, dándole un beso en cada una de las mejillas, como si fuera un hermano menor, un primo, un vecino.

—¿Realmente vive usted en esta ciudad? —repitió, ardientemente.

Irma le miró, desconcertada; sus ojos de miope parpadearon unos segundos. Se sobrepuso y rio:

—¿Me trata usted de «francesa del exterior», como dicen por aquí?

Karl sonrió, contagiado por la risa de su acompañante: se volvía traviesa, distinta. La tomó de los hombros, con ganas de decirle: «¡No vamos a separarnos así!».

Irma, en un impulso, abrió la puerta, le tomó de la mano, entró con él en el ascensor; subieron hasta el séptimo piso.

En el umbral del apartamento, mientras Irma buscaba sus llaves, abría, encendía la luz del pasillo, Karl prosiguió el discurso que había soltado como si fuera un sordo. ¿Realmente le escuchaba Irma? Él hablaba y hablaba, mientras recorrían el largo pasillo atestado de estantes de libros, se instalaban en el salón circular, con ventanas en tres costados que dominaban el centro de Estrasburgo, iluminado aún en la noche. Se acomodaban uno ante el otro, ella de pie, buscando con la mirada alguna bebida para servirle, y Karl hablaba sin respirar casi, se apresuraba sin razón alguna: había comenzado a exponer su historia, su vida aquí, sus vínculos familiares. Lo contaba como si la mujer a la que amaba y que apenas comenzaba a sospecharlo le hubiera pedido antes una necesaria confesión... Parecía que el chorro de sus palabras no iba a cesar, las suyas, las de alguien tan discreto hasta entonces, más bien taciturno.

Era medianoche; Irma le sirvió un coñac y para ella escogió un oporto; decidió sentarse y escucharle. Por las ventanas abiertas, la noche en la ciudad de iluminados campanarios se deslizaba a su alrededor, lamía hasta la luz de la lámpara, en la mesita baja sobre la que depositaban o de la que tomaban sus copas. «La noche —pensó fogazmente una Irma dulcificada— nos envuelve casi con ternura...».

Karl era ciertamente alsaciano, aunque un alsaciano de otra parte. Contaba, en un tono de cronista (Irma no decía ni una palabra, bebía a pequeños tragos, atenta): su padre, pequeño colono antaño en la Argelia del oeste, cerca de Mostaganem, un pequeño puerto en la costa, había regresado, poco después de 1962, a la Alsacia ancestral. Había nacido en un linaje de alsacianos que se habían marchado en 1871, expatriándose para no convertirse en ciudadanos alemanes: tres generaciones después de aquel éxodo a la Argelia colonial, la familia paterna de Karl estaba de regreso. ¿Realmente de regreso?...

En el siglo pasado, unas veinte familias se habían instalado, pues, en aquella aldea a orillas del mar; familias endogámicas que solo casaban a sus hijos entre sí; protestantes en su mayoría y que establecían, a veces, vínculos con otras familias alsacianas, trasplantadas también, aunque al pie de las montañas de Cabilia...

Irma abría de par en par los ojos: desde que mantenía amistad con Eve, había establecido relaciones con familias emigradas... Estas residían, como Eve, en HautePierre. No Djamila, la Antígona de la compañía teatral, sino otros jóvenes que

se agrupaban en torno a Jacqueline, aquella mujer de ancha frente y voz ronca a la que Irma solo había visto una vez, en la velada de Eve... Eve, actuando, a su modo, como memorialista de la gente de Hautepierre, había evocado los amores pasados y tumultuosos de Jacqueline y un tal Ali... «Tormenta y bamboleo», había resumido, prefiriendo hablar de su vecina Touma, precisamente la madre del amante o del examante de Jacqueline.

Irma se apartó de esos relatos de barrio «Hautepierre, Maille Béatrice», decía Eve en un tono enfático, para bromear. Todo el tiempo en que Irma se ausentaba, sus ojos no se habían separado de Karl.

Ironía de la suerte: el joven estrasburgués, al que ella había creído realmente de aquí —«anclado aquí», pensó—, Karl, hablaba ahora de su madre:

Inmediatamente después de 1945, cuando Alsacia volvía a ser francesa, habían ido a buscar a la madre de Karl, una muchacha de dieciséis años que nunca había salido de su aldea, al norte de Estrasburgo, para llevarla a Argelia, a la costa oeste —una Argelia preservada de los tumultos de la guerra mundial—. Se casó allí con un nieto, o bisnieto, de alsacianos, el padre de Karl —la endogamia era norma en aquel grupito, incluso en suelo argelino, y, cada veinte años, se regresaba a los pueblos de la primera partida para buscar jóvenes esposas alsacianas—. (Excusándose por lo irrisorio de esas costumbres, Karl añadió: «Un poco como esos sicilianos de América, según dicen, a los que envían novias desde la aldea de origen, jóvenes a las que nunca han visto, salvo por la familia que se quedó allí, y a las que esperan al bajar del barco, con el corazón palpitante, para casarse con ellas»).

Casada en Argelia, la madre de Karl había cumplido la misión que le correspondía: mirar de lejos a las familias de obreros árabes e impedir a su hijo, en cuanto comenzó a trotar por el patio o en el lindero de los viñedos, jugar con los niños «indígenas». Como las demás alsacianas, tenía la manía de la limpieza; lavaba y volvía a lavar al niño, lo cambiaba a cada comida, lo cobijaba: así, un rincón de Alsacia se reconstruía, como un recinto cerrado, en aquel oranesado a orillas del Mediterráneo, y aquellas esposas de colonos que creían proteger así a sus hijos de lo extraño, de los «bárbaros» tal vez... Algo más tarde, Karl iría al colegio: interno en el instituto Lamoricière de Orán, probablemente, pero la guerra de independencia («los acontecimientos», decían) había estallado; tras dos o tres años de incertidumbre, había sido necesario replegarse allí, en la metrópoli... en la aldea materna. Luego, el padre había sido repatriado a su vez: lo había perdido todo y envejeció antes de tiempo, empequeñeciéndose y encogiéndose hasta su brusca muerte, a consecuencia de un problema cardíaco. Karl no recordaba gran cosa de su tierra natal: los miedos de su madre, los grupos de campesinas con niños, agachados junto a los campos o viviendo en chozas de tierra donde él nunca había entrado... «Sí —recordó con cierta amargura—, recuerdo un olor: un olor de incienso y heno húmedo, algo rancio, que mi madre descubría en mis ropas, en mi piel, al anochecer, antes de desnudarme para tomar mi baño vespertino. Ese olor... creo que es lo único que me queda de un país

que sigue siendo misterioso para mí».

Irma se sorprendía: de modo que Karl, con el que iba regularmente a conciertos o a la ópera, al que había creído un «alsaciano de pura cepa», le hablaba ahora, con gran emoción, y solo a través de sus tabúes de niño, de un país, Argelia, donde ella no pondría nunca los pies, seguro.

Alsacia, Argelia: ambas palabras se balanceaban de pronto. Les encontró una resonancia común, una música que parecía acoplarlas, a menos que fuera una misma y antigua herida, unas profundas cicatrices que, conjugadas, podrían reaparecer... Sí, realmente, un dolor sordo las unía: Alsacia, Argelia. Irma murmuró, casi sin mover los labios, aquellos dos nombres de países, de negro terruño, preñado de invasiones, de rupturas o de amargos regresos...

Los rostros de Thelja, de Eve, tan frágil, pero con su vientre de seis meses y su empeño en mantener a Irma en equilibrio, esa tarde, y hasta de la vecina, Touma, apenas entrevista con su hija Mina, vivaz y morena, todos esos rostros de mujer rodeaban, al parecer, a Karl, que había callado. Se preguntaba por qué había comenzado a revolver todo su pasado familiar de ese modo...

Irma soñaba, sentada en el brazo de un sillón, con la copa en la mano. Contemplaba con aire ausente, aunque vagamente enternecida, a Karl, intimidado de nuevo.

—¿Regresa usted a mí, mi querida Irma? —preguntó, con voz vacilante.

Se decía que, por el amor de esa mujer, dominaría su impaciencia contenida desde hacía meses...

—Estaba usted hablando —balbuceó Irma— y no puedo creerlo: ¡su padre era un pequeño colono, en Argelia! En suma, es usted un *pied-noir* de Estrasburgo.

—¡Eso es! —ironizó Karl que solo vio, en su juguetona salida, cierto interés por él. «Si consiguiera, poco a poco, divertirla...», suspiró.

Con más gravedad, aventuró:

—¿Acaso le interesa mi genealogía?

Irma iba a replicar, en un tono desgarrado:

—Sobre todo por mí, que precisamente carezco de genealogía, de vínculos, de raíces.

Sonrió, no añadió nada. Supo que, por mucho tiempo, no diría una palabra de sus tormentos a ese hombre más joven que ella. Ese hombre que, en este anochecer, la conmovía (una fiebre latente en ella que iba despertando, que ocultaría)... Si, por azar, llegaba a establecerse un vínculo serio, si algo aéreo como la música iba a instalarse entre ambos que él no sospechara, sobre todo, cómo estaba ella abierta de par en par, por qué se percibía a veces como un alga arrastrada por una ola cualquiera... ¡Ay! Sí, también ella era una emigrante, aunque sin punto de partida y, precisamente por eso, sin esperanzas de llegada. Sin ni siquiera un designio de navegación; sin trayecto, en suma...

Ella acompañó, poco después, al visitante; le tendió la mejilla en el umbral. Él buscó un fulgor en su mirada, pareció vacilar, a punto de hacer alguna observación, pero para terminar, sencillamente, sonrió:

—¡Hasta la vista, Karl... y gracias!

Él le tomó una mano, no la soltó; ella no se resistió, aguardando. Él renunció a decirle lo que le abrasaba los labios, se apartó bruscamente y se alejó hacia el ascensor.

Cuando, desaparecido Karl, Irma cerró la puerta, cuando apoyó su espalda en la madera, con los ojos bajos, se sintió muy fatigada. Se dirigió directamente a su habitación.

En la estancia de al lado, escuchó los retozos de sus loros de Madagascar: mientras ella estaba en el salón habían esperado tranquilos, antes de que ella entrara y charlara, como cada noche, con ellos... Renunció a hacerlo: «No debo llorar —pensó apresuradamente—, ante mis queridos inseparables».

Se desnudó, se acostó en su cama mientras, al lado, los dos compañeros se agitaban visiblemente.

En plena noche, en su cama demasiado ancha, despertó, víctima del insomnio durante horas; los anudados pensamientos de toda la precedente jornada, entrecortados por jirones del relato de Karl, se apoderaron de ella. Apenas iba a adormecerse cuando el techo de su habitación pareció invadido por una bandada de extraños pájaros silenciosos, negros espejismos.

### 3.

El cura de Marey se levantó con dificultad de su sillón, en la sala fresca y oscura donde Jacqueline y Thelja entraban.

Jacqueline había avisado a Thelja: «El padre está muy cansado: más de setenta años, es cierto, pero su salud —el estado de su corazón— preocupa a sus amigos. Lo está clasificando todo ahora; debe ir a una residencia, no lejos de Estrasburgo, junto al monte Sainte-Odile».

Thelja saludó al dominico, que posó un momento la mirada en la joven:

—¿De modo que es usted del este argelino?

Thelja asintió, intimidada.

—¡Acabo de ordenar todas estas cajas! —prosiguió el padre señalando con un gesto la mesa, a un lado, llena de carpetas—. ¡Las dejo! —dijo levantándose—. Voy a la capilla. Volveré dentro de una hora.

Salió con lentos pasos. Se sentó... Un joven seminarista llamó y, luego, entró:

—El padre me ha pedido que les sirviera algo: ¿té, café?... Haré también que entre más luz —y se dirigió a las ventanas que daban al patio.

Thelja, junto a la mesita soleada, se zambulló en un montón de carpetas: sus dedos abrían, apresuradamente, una caja llena de fichas que estaba a un lado... Apenas sonrió a Jacqueline, que acercaba una bandeja con una tetera.

—Henos aquí transformadas en archiveras, por una hora al menos. El padre (primo de mi madre en realidad, pero al que llamo tío) nunca me habría hablado directamente de ese pasado, si no hubiera venido usted...

Luego tomó un cuaderno, lo abrió, lo hojeó. Thelja, absorta en sus fichas, la oyó suspirar poco después:

—Thelja, este cuaderno amarillo es toda la vida del padre, en el hogar de la Rue Polygone... Nos lo ofrece así todo, en un montón, antes de abandonar Estrasburgo...

Thelja se volvió, sonrió pensativa a Jacqueline:

—Así, al menos, no desaparecerá —dijo—. En fin, no del todo...

Contempló el té humeante, no tomó la taza. Con brusquedad febril, se sentó en un rincón, cogió una segunda caja llena de fichas —en cada una, la fotografía de un hombre, joven por lo común, originario del Oued, de Biskra, de Batna o de Tébesa, contemplaba de lejos a Thelja—. Desde aquellos años cincuenta en los que, unos tras otros, tantos de esos «franceses musulmanes» (como se llamaba entonces a esos colonizados), apenas desmovilizados, se instalaban en el hogar norteamericano del cura de Marey, para trabajar como peones o lampistas, carpinteros, electricistas, dos años, o tres, o más. Llegados de aquel sur argelino que comenzaba ya, en 1954 y 1955, a verse arrastrado a la guerra, se encontraban en Alsacia y eran sospechosos, perseguidos, detenidos por haber conservado o transportado octavillas nacionalistas, considerados muy pronto como conspiradores por haber pagado, de buen grado o por fuerza, una cotización a los «fuera de la ley», defendidos a veces, o salvados, gracias a la protección del dominico...

Jacqueline, precisamente, con el cuaderno amarillo en la mano, no puede reservarse la profusión de recuerdos escritos minuciosamente:

—¡Escuche, Thelja! El padre ha llevado su diario, cada día, desde diciembre de 1953, cuando el hogar, al abrir, estaba constituido solo por dos barracones divididos en tres estancias, de veinte camas cada una... Los primeros días, escribió: «Sin agua aún, sin cloacas o electricidad; en la oficina, me ilumino con una vela. Vamos a buscar el agua, en jarras, a casa del cantero, frente al hogar». Luego añadió, en la página siguiente: «¡Toman al asalto las sesenta camas!».

Jacqueline prosigue, como si leyera una novela:

—La cosa mejora en 1955. La calefacción de las habitaciones está asegurada... Mire, me salto un poco, pero vea lo que anotó entonces el primo de mi madre: «Los tulipanes están florecidos desde el 20 de abril hasta el 20 de mayo». Sí, es muy preciso: dos páginas antes, copia unas estadísticas —Jacqueline engola el tono, como en un discurso—: En Estrasburgo hay ciento treinta y siete familias mixtas,

veintisiete familias musulmanas. Por lo tanto, veintisiete esposas árabes o bereberes han cruzado el Mediterráneo y se sienten, como usted, querida Thelja, «pasajeras», «exiliadas», ignoro cómo las definiría usted.

Y Thelja, en una irónica emulación:

—Me siento una efímera... en Estrasburgo.

—Pues, gracias a las notas del padre, sabemos que hubo veintisiete efímeras en Estrasburgo, hace de eso algo más de treinta años.

—¿Es un diario, ese cuaderno amarillo? ¡Una historia de la emigración, más bien! —observa Thelja.

—Aquel mismo año cincuenta y ocho, tras haber descrito unos controles policiales en su casa, y distintos incidentes violentos en los que estuvieron mezclados sus pensionistas, recuerda este episodio: un gerente del hogar, al que debía apreciar, es detenido. Escuche: «Boubaker fue detenido el 22 de septiembre a las seis de la mañana, y transferido a Metz, a la cárcel»... —un silencio, Jacqueline se ha conmovido—. El 30 de septiembre, el padre añade que va a Metz, para ver a Boubaker y llevarle ropa. No puede verle. Deja la maleta con unas recomendaciones... Avanzo un poco: al año siguiente, el 21 de mayo de 1959 esta vez, detienen a Zemmouri, «el séptimo gerente del hogar», dice. Y, de nuevo, nuestro buen padre escribe: «4 de junio. Veo a Zemmouri en el locutorio, en la Rue du Fil». Ya no hay cárcel allí, ahora; solo una comisaría —observa Jacqueline—. Esta vez, tenemos el resto de la historia: el jueves 9 de julio, anotó lo siguiente: «A las seis de la tarde, Zemmouri llega sonriente al hogar. ¡Su caso se ha sobreseído!». La frase está subrayada en rojo, y por dos veces.

Silencio entre las mujeres. Jacqueline prosigue:

—Y la cosa continúa hasta el fin de la guerra de Argelia: las pequeñas fiestas, la violencia a su alrededor, los arrestos de la policía... El cuaderno se detiene luego. El padre se quedó hasta que cerraron el hogar.

Thelja volvió a hojear sus fichas: las fotografías de identidad desfilaban entre sus dedos. Percibía en carne viva, por decirlo así, los rostros jóvenes o de edad madura de unos desconocidos. Una mirada al frente detenida en el fotógrafo, con seriedad o esperanza, una rápida inquietud mientras posa. Imaginó los hombros, los brazos, los músculos esforzándose en las obras, las esperas de tantos exiliados en las calles, los regresos al hogar, a las habitaciones de veinte, sin agua ni electricidad al principio, las redadas luego, las investigaciones. No habían llegado, como ella, siendo «efímeros», es decir, aves de paso, se habían deslomado, habían enviado sus ahorros a la tribu, en el Oued o en Batna. Cada noche, desplomados de fatiga, se habían dormido en los barracones de aquella Rue Polygone... Cada noche, vencidos por la labor o, a veces, por el miedo. Todos ante la mirada, benevolente las más de las veces, del cura de Marey.

Que entraba ahora. Que ofrecía a las dos mujeres que les sirvieran otro té caliente.

—No —dijo Jacqueline—. Estábamos sumidas en esta historia. Una verdadera

«memoria de la emigración», ha observado mi amiga.

Thelja, ante la mirada interrogante del sacerdote, explicó que era de Tébessa, que su padre había muerto durante la guerra «en la montaña», añadió muy deprisa, que su madre vivía aún allí.

—¿Y usted? —preguntó el padre.

—Desde el año pasado tengo una beca en Historia del Arte, en París... En Estrasburgo quisiera escribir sobre el sitio de 1870... —y se detuvo.

El cura, relajado de pronto, dijo con dulzura:

—Uno de los suyos, en fin, uno de los nuestros, en 1871, tenía trece años. Nacido junto a la plaza Broglie, abandonó nuestra ciudad con la familia, para no convertirse en alemán.

—Uno de los nuestros —repitió sonriente Thelja—. Habla usted de Charles de Foucauld, muerto en Tamanrasset y primer autor de un diccionario tuareg.

—Estaba yo leyendo un extracto de sus *Escritos espirituales*. ¿Sabe usted?, uno de los religiosos de nuestra ciudad, un gran arabista de hoy, encontró, como cita, creo que... en Ibn Qutayba, casi las mismas frases de poesía mística que en el padre Foucauld.

—¡Ibn Qutayba! —exclamó Thelja recordando que Halim leía, del crítico lingüista, un texto bilingüe que ella había consultado a veces.

—Ibn Qutayba vivió en Bagdad, en el siglo IX. Sus libros sobre la poesía clásica árabe, con sus leyes y sus ritmos, fueron obras de referencia... hasta que la capital fue entregada a las llamas por los mongoles, siglos más tarde...

Simultáneamente, el padre y ella, mirándose, pensaron en la muerte violenta de Foucauld, en un Sáhara insurrecto...

«Salido de Estrasburgo como un expatriado, en una mística búsqueda, luego, por los caminos del Marruecos desconocido, primero, retirado en Nazareth, para fijar, por fin, su domicilio en el desierto argelino, se centró cada vez más en la meditación y el estudio...». Mientras pensaba, así, en la trayectoria del último místico alsaciano, Thelja se contuvo para no exclamar: «¡Pero si fue ayer!».

Jacqueline había guardado las cajas y también el cuaderno amarillo. Se inclinó para besar al primo de su madre. Thelja, en el umbral, saludó:

—Espero venir de nuevo, leer todos estos archivos y... visitarle.

—¡Si Dios nos da vida! —respondió el cura de Marey, y se levantó, tras haber resoplado.

#### 4.

Irma, ya en la cama, pensó en Thelja, que solo pasaba por esa ciudad (se corrigió malhumorada), por esa «ciudad corriente de aire». Thelja, por lo menos, se sabía de

paso, se dijo...

Irma sentía el mudo ardor que la unía, en ese corto tiempo de paso, a aquel François del que había advertido las sienes canosas, la mirada ingenua, las largas manos: en cierto momento de la velada en casa de Eve, Irma había sorprendido el atento silencio del hombre, como si se preparara (no apartaba mucho los ojos de la argelina) para un inminente sufrimiento o un desgarró... Thelja, llegada como una ventolera y que partiría del mismo modo, parecía destinada a despertar a François; lo despertaría, es decir, le dejaría en plena angustia y conmoción: nunca más volvería a sentirse instalado, sin duda; aunque, por último, se decidiera a vivir como un recluso o, por el contrario, como antaño, se lanzara a exóticos viajes de tardío impulso, por la India o el Extremo Oriente (los había evocado ante Irma, rápidamente, en aquella velada). Por eso había desembarcado esa nómada morena, con nombre de nieve, para sumir de nuevo al quincuagenario (a quien Irma hubiera podido sentir muy cercano, tanto por su edad como por su discreta melancolía) en el vagabundeo o en la incurable nostalgia.

Irma, que no podía volver a dormirse, se levantó, se preparó una infusión en la cocina. Aguardaría a que naciera el alba: no escuchó música, no tomó un libro. Pensaba en los seres que aquellos días la estaban rondando. ¿La protegían?

Entró con silenciosos pasos en la pequeñísima habitación donde había dos altas jaulas, para su pareja de inseparables. Los dos loros dormían; cierto día de fantásica alegría los había llamado Sócrates y Sófocles. Sócrates, de color verde brillante y azul oscuro, sembrado de manchas doradas, abrió un pesado ojo cuya mirada se clavó, impasible, en Irma; no se movió. La miraba fijamente, dormido aún, examinándola en pleno sopor... Ella permaneció de pie ante los altos barrotes de la jaula. Tras aquel extraño cara a cara, se resignó y salió, serena de nuevo: ¡sus dos amigos estaban allí!

Se instaló en el salón, sin encender la luz. Por la gran ventana, frente a ella, divisaba una parte de la torre de la catedral, contra un fondo de cielo gris tórtola... Se acercaba el alba.

Irma volvió a pensar en su vida en Estrasburgo: estaba claro, no abandonaría ya esta ciudad, pero tampoco iría al pueblo «de la resistente», pensó también, «de la madre amarga».

Antes de llegar aquí, antes de que la duda sobre la «madre amarga» comenzara a germinar en ella, había tenido un amigo americano. Un colega de sus años en el extranjero, encontrado por azar en París: la había invitado a cenar aquella misma noche, le había confesado cómo, cuando enseñaban en aquel colegio, en New Hampshire, se había sentido atraído, en silencio, por ella. (Irma, extrañada, replicó: «¡Perdóneme! ¡Soy tan distraída!»).

Ocho días después, eran amantes, en ella había despertado una vaga alegría, la cosa venía al pelo: Tom comenzaba un año sabático en París y en Borgoña.

Su relación duró un año: él cada vez más cálido y ardiente, difusamente

entristecido, a veces, por ella. Irma nunca era fría en sus brazos, pero el resto del tiempo, salvo en sus noches, se mostraba indefectiblemente distraída. De modo que, cuando él volvió a Boston, comenzó a escribirle regularmente largas cartas en inglés —con unas postdatas en un francés torpe y algo pueril—. Ella se extrañó: ¿era aquel el mismo hombre que la había acompañado a los restaurantes, a los conciertos, a casa de los amigos o en largos paseos por las orillas del Sena, en las afueras de París, los domingos de sol o de acerado frío?

Se empeñó en responderle, intentó ocultarle que le olvidaba con sorprendente rapidez. Espació sus respuestas, reanudó los antiguos paseos que le parecieron muy deleitosos. Tom la telefoneó: el sonido de su voz la conmovió, se mostró más amable, sinceramente amable y, a continuación, le llamó ella. Él recuperó la confianza; anunció que regresaría cuando finalizara el semestre.

Dos meses después, cuando llegó, ella no le escribía ya; era demasiado tarde. Desde hacía quince días, la duda había amanecido en ella: sobre sus orígenes, sobre sus desconocidos padres. Un hombre de edad, el padre de una joven colega, al que había conocido en un cóctel, le había preguntado sobre su madre adoptiva, sobre la aldea de Alsacia donde, según decía, había nacido.

—¿Ha ido allí, por lo menos?... ¿Ha pensado que puede tratarse de su verdadero lugar de nacimiento? Esta mujer cuyo apellido lleva y a la que, según dice usted, nunca ha conocido, podría ser su verdadera madre, ¿por qué no?...

Había mirado fijamente al que así le hablaba, con unos ojos muy abiertos. Él repitió, más débilmente ante la pasmada reacción de Irma: «¿Por qué no?», y dio media vuelta. «Me toma por idiota», se dijo ella maquinalmente... Unos segundos después, se repitió: «Esa mujer cuyo apellido lleva... ¿Su madre?». Entonces, la interrogación del hombre perforó su angustia, agazapada desde mucho tiempo atrás y que, de pronto, afloró.

Decidió, aquella misma velada, que iría una vez por lo menos a Alsacia. Luego intentó olvidar el incidente. Un mes después, cuando tuvo que llenar una ficha con sus preferencias para un destino administrativo, escribió sin vacilar el nombre del hospital de Estrasburgo que figuraba entre los de varias ciudades de Francia.

Se lo había contado a sus amigos: Eve y Hans, sentados ante ella, cierto domingo, en su casa (habían ido a admirar a los inseparables: los dos exiliados de la Gran Isla habían opuesto una rígida y silenciosa altivez a la curiosidad de los visitantes). El brazo de Hans ceñía los hombros de Eve que escuchaba con intensidad a Irma, la solitaria.

Entonces, ella les había soltado, en un revoltijo (palabras planas que hablaban del dolor, pero sin dolor), su extraña vida.

Les contó lo esencial: que su nombre era tan francés porque una joven resistente, que no había podido salvar a sus padres, se la había quedado, a ella, bebé aún, y la

había inscrito con su apellido: «En suma, me salvó la vida y siempre me he sentido agradecida a esa desconocida».

Evocó a su madre adoptiva, «mi verdadera madre», que no soportó los sufrimientos de un cáncer terrible... Se había suicidado cuando Irma iba a cumplir los veinte años.

—Fue, para mí, el único drama de mi vida, hasta entonces... No encontré más solución que proseguir mis estudios en los Estados Unidos... Una doble ruptura, para olvidar mejor... Aprendí el inglés, tras mi francés materno y el alemán, esta lengua, pensaba yo, me unía a esos padres asesinados a los que nunca había conocido.

»Unos años después de mi llegada a los Estados Unidos, mi director de tesis me hizo una afectada observación, cuando, por azar, tuve que decirle que pese a mi nombre francés yo era hija de judíos perseguidos en Alsacia. Ese profesor americano me dijo secamente: “Pero ¿cuándo aprenderá usted el hebreo? ¿Cuándo irá a Israel?”.

»Nunca había pensado en ello: puesto que mis padres hablaban alemán, debían de amarse en esta lengua, así que la cosa era oportuna, yo sentía debilidad por la literatura alemana contemporánea... Aquel profesor me había hablado en un tono realmente hiriente. Tal vez fuera yo, por aquel entonces, una estudiante maleable y dócil... Los dos años siguientes aprendí el hebreo. Luego, en verano, fui de vacaciones a Israel.

—En aquel momento, sin duda —la interrumpió Hans—, yo estaba en el territorio de Gaza, con unos amigos palestinos.

—Solo fui a Jerusalén —respondió Irma—. Regresé enseguida de Israel, volví a París, a la casita que me había dejado mi madre adoptiva y de la que, primero, hui... Me dije, durante algún tiempo, que debía de ser una mala judía.

»Lo mismo ocurrió con mi profesión: tras toda esa ciencia adquirida —se rio— en lingüística comparada, aceptándome de nuevo como francesa, hice en cuatro años nuevos estudios: así me formé, tarde ya, como ortofonista.

Calló. Tras haberse entregado así a sus amigos, sintió una especie de fulgor:

—¿Por qué, pero por qué una vez instalada en Estrasburgo, por qué vacilé tanto antes de decidirme a visitar el pueblo de la «madre amarga»?

Irma en bata, de pie en su salón, comienza a caminar de una pared a otra: ¿qué aguijón la ha arrojado fuera del sueño?, ¿acaso el paseo de la víspera, en compañía de Karl?

—La «madre amarga» —monologa Irma yendo y viniendo de una ventana a otra—. ¿Qué le pedía yo a la desconocida, a la renegada? Sencillamente que dijera en voz alta mi nombre y mi apellido, o solo mi nombre: ¡en francés, en alemán o en alsaciano! Si al menos lo hubiera deletreado ante mí, ¡cómo hubiera reparado lo esencial la conmoción que yo habría sentido! La pobre mujer creyó que yo le preguntaría el apellido del padre, muerto o vivo, y las circunstancias de mi

nacimiento, de mi abandono por ella... Como si todos esos incidentes no fueran una novela inútil y pesada... Pues bien, solo buscaba mi apellido, o mi nombre, pero repetido por su voz, en la lengua inicial, la del nacimiento, la del amor o simplemente, ¡ay!, la del vacío.

E Irma lloró, sollozó sola en su salón y, luego, en su alcoba. Encendió la luz en cada habitación, debía de ser casi mediodía. Acabó entrando en el cuarto de baño, se inclinó ante el primer espejo, regresó al salón, se inmovilizó en otro espejo, sobre la chimenea: manos adelantadas, aspecto huraño; iba de rincón en rincón, sin conseguir otra cosa que llorar más aún, con el hipo sacudiéndole el pecho.

Asustada, se contempló en cada espejo mientras una voz en ella repetía, jadeaba: «¡Mi apellido, o mi nombre, resonando en el vacío!».

Sonó el teléfono.

Irma contempló sus manos temblorosas, su rostro en el espejo que tenía enfrente, convulso. Desconcertada, se preguntó: «¿Qué hora de la mañana, o de la tarde, debe de ser?».

El timbre, que había cesado, volvió a sonar, imperioso.

—¿Diga? —dijo la voz zozobrante de Irma, que no comprendía, que pensó por un segundo en Eve y en Hans, con quienes le había parecido dialogar.

—¿Qué le ocurre? —preguntó dulcemente y en voz muy baja Karl.

Se detuvo un segundo y, luego, con energía:

—¡No se mueva de casa! Voy enseguida. Llamaré dos veces. ¡Ábrame! Dentro de un cuarto de hora...

Ella colgó el aparato. Volvió al espejo, ante la chimenea de mármol. La avergonzaron sus párpados hinchados: «Debo ponerme unas compresas de agua de rosas», pensó maquinalmente. Pero apagó todas las lámparas y abrió la persiana. El sol inundó aquel saliente del salón. Se derrumbó en el sofá y no volvió a moverse.

Cuando Karl llamó dos veces, como había anunciado, Irma le abrió y volvió sobre sus pasos, excusándose.

—¡Acomódese! ¡Deme tiempo para vestirme!

Iba a entrar en el cuarto de baño: se lavaría con mucha agua, unas rápidas compresas, se arreglaría un poco. Karl la retuvo autoritariamente y allí, abrazándola en el pasillo, murmuró:

—O me hace usted un café, en su cocina, o la consuelo, la beso, la...

—Venga, entremos en mi habitación, ya decidiremos luego un programa —susurró ella.

## SÉPTIMA NOCHE

*Acurrucada en sus brazos, pero no en la oscuridad, evocó abruptamente con*

palabras planas, secas, rápidas, su intento de morir, una vez, antaño, hace mucho tiempo.

—¿Mucho tiempo? —preguntó él.

Ella vaciló, reflexionó:

—¡Todavía no había cumplido los dieciocho años!

Él esperó, la abrazó; acarició con su mano el hombro desnudo de la joven: esta, con el rostro blanquecino bajo la luz de la lámpara, tenía la mirada ausente. Luego sonrió, se relajó, le devolvió la caricia y se lanzó al relato: se sentía a la vez cerca de él, súbitamente enternecida, y lejana, llevada a otra parte, clavada en aquella aldea del este argelino.

—Un amorío... casto, pero ardiente —su voz rezongó, luego contó, con bastante rapidez, a un ritmo más pausado, la historia—. No recuerdo ya el rostro de aquel enamorado, ¡es extraño! Solo que era muy moreno, casi negro. Procedía del sur. Su delgadez, su negrura (y sus cabellos suaves, sus rizos cayéndole sobre la frente), en resumen, me hizo efecto sin duda su exotismo. Y también su reputación, en el instituto de chicos... Aquel año mi tío me había metido interna. El instituto de los chicos no estaba muy lejos, los rumores circulaban, de nosotras a ellos, durante toda la semana... Tenía fama de ser un desastre y de estar orgulloso de serlo. Presumía, además, de indisciplina.

Calló, encogida. Tras haber proyectado ante su amante extranjero la imagen del primer enamorado (la mirada oscura de este bajo sus rizos se reanimó, brilló ante ella), comprendió: el adolescente romántico «llegado del sur» le pareció enseguida un hermano menor, el que le hubiera gustado tener —turbación apenas incestuosa, observaba, tanto tiempo después.

—Hubo entre nosotros, varias veces, algunos besos —prosiguió—. Aquel año corrí riesgos: presentaba falsas autorizaciones de salida y me evadía, algunos atardeceres; el verano era el verano, regresaba bastante tarde, vagabundeaba, simplemente, con aquel muchacho por barrios desconocidos para mí, al lado de una estación de mercancías. Los granjeros que descargaban sus cajas y sus paquetes nos espiaban con mirada suspicaz: debían creermes francesa, ¡pero iba con aquel autóctono, aquel medio fulbé! Vaya a saber lo que pensaban... De todos modos, en la penumbra, yo le abandonaba mis labios, era como si sintiera todas aquellas miradas ávidas —se rio, casi melancólica—. Coqueteaba así con él. Recuerdo de pronto, claramente, sus manos: largas y nerviosas. Llevaba un sello de oro; yo me burlaba de él, se lo quitaba una y otra vez, y él lo aprovechaba para tocarme... Un día, jugando así, le abofeteé... bajo un árbol, en la penumbra.

Se rio de nuevo. François, en la cama, se alejó de ella; encendió un cigarro. Ella se sentó con las piernas cruzadas, sin miramientos, como si se acuclillara en el polvo. Irónica, se burlaba de la muchacha que había sido.

—¿Casi dieciocho años, te he dicho? En vuestra tierra, serían catorce años, o trece, ¿no es cierto? Los ácidos juegos de la infancia... —él no respondió; ella se

dobló en ese pasado, no tan lejano, pensó François, era la época en la que él se peleaba sin cesar con su esposa, en la que ambos pensaban en separarse definitivamente.

»Me hubiese gustado que me escribiera largas cartas. Con un falso nombre de chica, me habría enviado misivas directamente al instituto: habría podido decirme cómo me encontraba, se lo propuse, describirme físicamente, con mi carácter, hablar incluso de nuestras disputas, de nuestros paseos, ¿qué sé yo? Las habría abierto con el corazón palpitante, con el vivo sabor del peligro... él escuchaba mis propuestas, pero solo le interesaba mi boca, ¡o mis ojos! Se encogía de hombros: ¿para qué las cartas? Y fijábamos una cita para otra escapada. Pero...

Thelja recordó, sonrió.

—¿Pero? —intervino François con paciencia.

—Cuando se lo pedía (a menudo, el sábado por la tarde, me quedaba sin salida), cuando le pedía que viniese ante el balcón del dormitorio que daba a una calleja, venía... Se sentaba enfrente, solo, en la acera; se quedaba apoyado de través en un poste eléctrico... Las chicas corrían a avisarme: «¡Tu enamorado!». No era yo la única que le encontraba tan apuesto.

Un silencio en la alcoba. François apaga su cigarro.

—¿Por qué describo, tan ampliamente, a ese muchacho?

—¡Dijiste al principio que le habías olvidado!

—Quería ir directamente al objetivo, revivir, hablándote de ello, un instante de oscura turbación... ¡Y caigo en esa emoción dulzona!... —con voz seca—. ¡Acaríciame, abrázame! Bésame por todo el cuerpo.

Le ofreció sus pechos en sus manos unidas. No quería hundirse en el placer, solo asomarse a los preliminares, ¡y que fueran ardientes!

—Puedes hacerme daño, incluso —propuso.

Y ella sonrió. Deseó los mordiscos; se vio con algunos cardenales... François la palpaba, en el claro de luna creciente. Con una mano, había apagado ella la lámpara: la habitación seguía visible, envuelta en un vaho gris. Subieron, desde la calle, las voces de algunos juerguistas retrasados.

—Tu boca —mendigó ella. Le dio un largo, un voraz, un interminable beso. Se decidió a cabalgarlo; a despertar el deseo de su amante. Se descubrió experta, en semejantes momentos, casi fría a fuerza de atención, solo con la voluntad de ir un poco más allá—. ¡Te conduciré entonces! —suspiró ella—. Seré el chófer...

Finalmente (le llevaría, el tiempo que hiciera falta, hasta el incendio, a todas las llamas juntas, y que la devastase, que ella llorara por ello, en la llanura del largo goce), cuando lo cabalgó, en oleadas sucesivas, controladas, cuando ella sintió que el orgasmo se acercaba, con una aspereza que suscitaba desde el comienzo, recuperó la inefable voluptuosidad: envolviendo y siendo envuelta, recibiendo a profusión la simiente, y chorreando, ahondando el torso, los lomos, el interior de los músculos del muslo, los tobillos, la punta de los dedos de los pies, blandos los hombros y anchos

los senos, los labios por fin, los dientes, al fondo del fondo de la boca, el paladar, el terciopelo interior de las mejillas, solo quedan, planeando arriba y, sin embargo, unidos a la maraña de los brazos, de las piernas, solo quedan intactos, flotantes, nadando, los párpados cerrados, abiertos pero hacia dentro. Los ojos profundos, silenciosos, labrados, los ojos inmensos e impenetrables del placer estabilizado.

Luego rompió el oleaje, dulce crueldad, contra el filo de una impaciencia violenta, «pronto, pronto», ella le tomó la mano. De nuevo la sensación de erguirse por encima del falo, de ser atravesada por él, hinchada, arriba, convertida en un punto ínfimo, brillante, palpitante, fulgores deslumbrantes, el esperma sube, brota, va a salpicar. Toma ella la mano de François, «oh, sí», mientras el compás vertical del balanceo se acelera, el árbol de los cuerpos se desboca en exceso. Pronto, la infinita carrera, la espada que deviene luz en ella, aureolando la cabeza, zambullendo los pechos, los lomos, mar agitada, infinita, entonces se apodera ella de su mano, la de él, la hunde en su propia boca pues grita, aúlla el placer y teme, sin embargo, última precaución, que la casa se estremezca.

Cae de nuevo sobre el cuerpo del hombre, sudando. Casi asfixiada, recupera lentamente la respiración... La agita, luego, el ritmo del pecho del amado, que jadea aún de fatiga.

Thelja se durmió unos minutos, o más, con las piernas ciñendo las caderas del amante. Durmió casi agachada.

Abrió de nuevo los ojos, sonrió y aspiró en la piel del amante —dormía a su vez— las gotas de transpiración en sus flancos. Esperó sin moverse más a que despertara.

—He bebido todo lo que tus músculos han segregado... para mí —reconoció, poco después—. Mañana por la mañana, quisiera lavarte: como una madre o... —vaciló, era bueno jugar, aunque estuviese agotada— o como una esclava.

Volvieron a dormirse, separados el uno del otro; cuando apuntaba el día, ella le oyó encender, controlar la hora, apagar de nuevo y buscarla al otro lado del lecho, solo para tocarla, para recuperarla.

—¡Creo que es la hora, para ti!

—¡No importa el trabajo, que esperen! Deseo que se nos peguen, juntos, las sábanas.

—Entonces, no enciendas.

Se instaló de nuevo en sus brazos, él esperó, en la penumbra, sus labios: «Solo un besito, un beso de pájaro». En la naciente alborada, con el cuerpo hecho trizas por el largo placer nocturno, ella pudo hablar:

—¿Puedo recuperar, para ti, mi primer recuerdo?

Él se instaló en las almohadas, la apoyó en sus brazos, temblorosa de frío, aguardó.

—¡Entonces quise morir realmente! —comenzó—. Morir, no sé por qué aún, de vez en cuando aparece un fulgor: quise morir intensamente... por la alegría, cómo decirlo, una alegría impersonal. Busco sin embargo, de vez en cuando, creo acercarme a... Aparece un relámpago de verdad, como esta noche, o hace un rato, porque era tan pleno el placer...

François alarga la mano para tomar un cigarro, y fuego; pero no enciende, no fuma. Espera lo que está brotando en esa voz que vacila. Estrecha los hombros de Thelja, que tiembla de frío. La cubre con una de las mantas.

—Unos meses antes de cumplir los dieciocho años... el final de la clase de filosofía... todo el año transcurrió en la soledad, salvo por esa leve aventura con aquel «bribón del desierto», como decían las demás. Una soledad, de todos modos: todo el año, sí, deseé morir a veces, es decir, pensé disolverme en el aire o estallar en silencio... La constancia de ese deseo, aquel año, se convertía, cómo decirlo, en ganas de emprender el vuelo. Parece extraño ese deseo de Ícaro femenino, y en una ciudad árabe, además, una irresistible pulsión hacia el espacio. ¡El espacio me atraía!

Calla. Permanece anclada en aquel internado, no lejos del polvo dorado que envolvía el arco de Caracalla.

—Te hablé ayer de ese amorío. Todas las internas de la escuela eran sus espectadoras... Para mí no era vanidad, no, era el peligro... Mi tío, si se hubiera enterado, habría venido a buscarme con un fusil en las manos, habría decretado, como en un melodrama provinciano: «¡Nos has deshonrado!». Y allí, ante todas, incluso ante la directora liberal, que sentía afecto por mí, seguro, me decía yo, que me habría matado. Así, durante casi un año, viví con esa obsesión: el muchacho moreno, mis ávidas y desordenadas lecturas de filósofos, la búsqueda de un gozo puro, mi atracción por el espacio y, además, la sombra del tío vengador, en suma, lo que yo llamo mi soledad, que me llevó...

—¿A un suicidio? —preguntó él.

—Puedes llamarlo así: es la escena que intento hacerte revivir, al menos.

(«Así, apretujada contra ti, anudo mis piernas a las tuyas, intento comprender por qué quise morir... ¡Morir en plena embriaguez!»).

Contó la escena: requirió tiempo; un tiempo menos contrariado. Él la retuvo junto a sí; le acarició lentamente los pechos, que eran opulentos, las largas piernas, la volvió a medias para encontrar la curva de los riñones, para seguir con prudente dedo el tallo de la columna vertebral y, a fuerza de recorrer así, casi científicamente, todas sus líneas —como para comunicarle que no solo amaba su carne, su brillo, su vida, sino también su esqueleto, algo que la haría inmortal o la prolongaría en una noche incierta—, dibujó silenciosamente ese cuerpo y la idea de ese cuerpo y ser recorrida así la hizo desembocar, con los ojos abiertos, casi segura de sí misma, en la primera escena que la obsesionaba. Que le hacía buscar el placer desde tanto tiempo atrás, antes que él, tras él, sobre todo —porque era todo oídos con sus dedos

y su mirada—, sobre todo unida a él, ella, su amante.

*Se remontó en el tiempo:*

—Nos habíamos evadido por dos días, a la capital... Allí, me veo bajando una escalera muy larga, ante el puerto. Delante de mí, el vacío, un inmenso vacío lleno y azul, en una luz dorada, ante mí el mar y los mástiles de los barcos inmóviles. Como si fuera a zambullirme de pronto. ¡Emprender el vuelo y zambullirme! Repentinamente, al extremo de la escalera, en el ruidoso bulevar de la Marine, llega el tranvía, atestado y traqueteante... Entonces, improvisé: como si todos los impulsos contenidos durante un año entero me propulsaran en el último instante.

Él la cabalgó. Se puso sobre su vientre, no intentó penetrarla, no, simplemente ser pesado, lastimarla, hacerle sentir la tierra, y también su peso, el de él, su cuerpo de hombre de más de cincuenta años con un pasado, una historia, una historia de tierra, de ciudad vacía antaño, de regresos, de accidentes. Que ella no emprendiese el vuelo, marcarla.

Se agarró a él mientras, movido por una segunda oleada de ternura, menos áspera, más blanda, la rodeó con sus brazos, «¡y ahora estoy pariéndola, a ella!», se dijo, y en el mismo instante se contuvo, pues advirtió que corría el riesgo de que se le empinara y no podría evitar hurgar en ella. Pero era preciso que su palabra, la de ella, brotase nueva, entre ambos, entre sus cuerpos, junto a ellos enmarañados ya. Eso es: luchaban de común acuerdo y de común amor, para que ella triunfase sobre su obsesión, para que la sacara y la exhibiese a plena luz.

*Ella acabó diciendo:*

—Me lancé. Me arrojé, me tendí en la calzada justo antes de que se acercara el tranvía, lanzado... El conductor frenó, la maquinaria chirrió... Me desvanecí. Me sacaron de debajo del acero, intacta, apenas contusionada. Desperté poco después, en la ambulancia. El enamorado, el seductor tan leve y demasiado moreno (me había hecho, justo antes, una escena de falsos celos y yo había advertido su ridiculez), estaba trastornado por ello. Lloraba a mi cabecera. Cuando abrí los ojos, me besó las manos, respetuoso. No comprendía mi locura... «Un hermano menor», pensé, tan vulnerable me parecía; yo me sentía tranquila y endurecida... ¡Pero renuncié a decirle nada! «¿Por qué? Pero ¿por qué?», exclamaba desconcertado. Yo tenía una sola explicación: había deseado emprender el vuelo, allí, de inmediato, para disolverme en el vacío... El vacío azul.

—¡Emprender el vuelo, Nieve! —prosiguió François, y encendió su cigarro.

*Permanecieron unidos, caído todo el deseo.*

*Ella confesó:*

—Durante todas estas noches que se suceden ahora, en esta ciudad (esta ciudad vacía antaño), tal vez me acerque al porqué de ese pasado, noche tras noche nos penetramos mutuamente más aún, cuerpos y almas a la vez, ¿no?

François no respondió nada, fascinado ante el ardor que le hacía repetir «cuerpos y almas»...

—¿Estás bien? —preguntó algo más tarde. *Había ido a ducharse; se vestía. La fatiga de la noche se había disipado—. Dímelo, te lo ruego —insistió—. ¿Estás bien conmigo... quiero decir, en el amor?*

*Ella no respondió. Le tendió los labios, le llenó el paladar de abundante saliva. Prolongó, con su lengua, la succión hasta el límite extremo, cuando no pudo respirar.*

*—¡Abandóneme! ¡Su trabajo le espera!*

*Se incorporó, desnuda, en la cama y le rodeó con los brazos el cuello, los hombros, soltando una carcajada.*

*Él dio un portazo al salir.*

## VIII. Antígona de arrabal

### 1.

Toda esa noche, hasta el miércoles por la mañana, Irma permanece en brazos de Karl. No habla; no suspira; pide de nuevo placer: ceremonia de lentitud, de un diálogo mudo, más bien grave. Murmura a veces, no para decir algo, deja escapar retazos de memoria de los que se despoja, sin ni siquiera oírse a sí misma; sonrío otras veces, se zambulle en los abrazos nocturnos, nocturnos a pesar del alba de color anaranjado. Vuelven a copular, luego se adormece. El tiempo, para ellos, corre con los ojos vendados por la habitación cerrada.

Irma despierta con un sobresalto:

—¿Qué hora es?... ¡Tengo tanta hambre!

Han olvidado comer desde la víspera, «desde las cuatro de la tarde», dice Karl. «Ahora han debido de transcurrir catorce horas de reloj; no, más aún», añade, tiernamente irónico.

Irma corre hacia la cocina. Vuelve para anunciar que tiene huevos de granja, fruta. «Traeré una bandeja», dice.

Poco después, sin abandonar la cama, comen del mismo plato: cuatro huevos escalfados, pan de centeno, una naranja dividida en dos...

—¡Durmamos de nuevo! —propone ella y advierte, aunque sin decirlo en voz alta: «¡Saciada de amor y de comida!».

La mañana está muy avanzada e Irma sigue durmiendo. Discreto, Karl, que ha despertado a su hora habitual, toma una ducha; espera leyendo en el salón inundado de luz.

Irma aparece hacia las diez, con el rostro inquieto pero descansado:

—¡Estás aquí!... ¿Sabes lo que he olvidado desde?...

—¡Desde anteayer! —sonríe Karl acercándose a ella, besándola. De pie, vacilante, ella palpita, en su primera turbación aún:

—¿Qué me ha pasado? Realmente olvidé, ayer, durante todo el día, a mi enferma, a Lucienne...

Tiende la mano hacia el teléfono, que está entre ambos, cuando este, precisamente, suena.

Irma toma el receptor, no dice ni una palabra, escucha sin oír, sin comprender... Una voz de mujer, aguda, se desgarrá ahí, allí, repite alarmada, quebrándose: «¡Irma... oh, Irma!».

Karl toma el aparato, abrazando los hombros de Irma, la voz de Eve suena como llegada de otro país:

—¡Irma, qué desgracia!... No es justo —hipa.

Lejos, en la olvidada ribera de la angustia, solloza en voz alta, divaga en plena deriva.

Eve grita, sí, grita, pide ayuda.

## 2.

Una hora antes, en la Rue de la Nuée-Bleue, en la puerta de la comisaría de policía, bajo un gran porche, a un lado, hay un joven guardia uniformado.

Jacqueline llega a pie desde su apartamento, en la Rue de l'Arc-en-Ciel. Ha caminado a grandes zancadas, primero por la Rue Brûlée, empujando incluso a un viandante, a la altura del ayuntamiento (el desconocido será luego uno de los primeros testigos). Tras haber recorrido rápidamente la Rue du Dôme, ha cruzado la plaza Broglie, para después tomar decididamente la Rue de la Nuée-Bleue.

En la terraza de un café de la plaza, dos o tres clientes ociosos han vuelto la cabeza hacia ella. Caminaba muy deprisa. Ninguno de ellos ha visto su rostro, ni la expresión de su mirada, solo su silueta: una ancha falda de cuadros, un jersey negro, escotado, que le deja los brazos desnudos, como si estuvieran en mayo, no en marzo... Se apresura; los tres curiosos intercambian algunas frases subidas de tono.

Jacqueline no llega al porche de la comisaría. Justo antes de entrar, sin que se sepa por qué, ¿tal vez alguien la ha llamado, en la esquina de la Rue du Fil? Una voz de hombre, una voz anunciadora, llamándola por su nombre, el de ella. Se ha vuelto a medias, ha vacilado, luego ha avanzado.

Un paso, un solo paso de su pierna izquierda mientras su torso se ha inclinado, junto al guardia impassible, como petrificado. Justo antes, un grupo de tres o cuatro viandantes se ha situado, ordenadamente, bajo el porche. El guardia, de pie, testimoniará a su vez.

Entonces ha sonado el disparo. Un tiro: de seco chasquido, por dos veces; seguido de un silencio, en esa calle estrecha donde, a esta altura, suele haber coches y distintas bicicletas que reducen la marcha.

Un disparo, por dos veces. Jacqueline ha vacilado, ha levantado el brazo, ha caído al suelo: el guardia corre hacia ella, luego, mirando hacia el lugar de donde han disparado, cambia de opinión, quiere precipitarse desenfundando el arma con la mano izquierda: es demasiado tarde.

En el mismo instante, un joven, muy moreno, de rostro seco y endurecido, cruza la calle en dos zancadas; va a inclinarse hacia Jacqueline (ella, en las losas de la acera, con el cuerpo encogido y el rostro sobre un brazo doblado...). Y la herida, en la espalda, que sangra... El desconocido tiende su arma al guardia y repite, atónico:

—¡Ya ves... Ya ves! ¡Le había avisado!

La multitud, en un solo movimiento, los rodea. Luego el hombre es sujetado por

el policía, llega otro de dentro, uno bajo y gordo que gesticula.

El rostro de Jacqueline en el suelo, con una sonrisa que, lentamente, se hiela. (¿Quién la mira, quién la mira entre los curiosos?). De pronto, una voluminosa ama de casa, de paso, se arrodilla y murmura: «¡Oh, Virgen Santa... Nuestra Señora!», con retazos de oración salmodiada.

Le arrancan el revólver al joven. Un nuevo policía, el último que ha salido, intenta llevarse al asesino. Que se resiste, de pronto. La multitud es ahora contenida más allá de un ancho círculo... Alguien insulta al desconocido que se llevan los tres policías. Un gran mocetón barbudo surge de la muchedumbre, se dispone a golpear al hombre a quien acaban de poner las esposas; con el pie, de pesado zapatón, da una violenta patada en la tibia del culpable. «¡Perro!», aúlla y añade, luego, en voz muy alta: «¡Perro extranjero!». Vuelve hacia el público el rostro convulso: ¡y aúllan con él!

La gente retrocede; algunos se dispersan porque la violencia merodea, como una bestia, con la cola colgando y la baba corriendo por sus fauces... El que ha insultado, de rostro enrojecido, lanza una desdeñosa mirada a Jacqueline, en el suelo.

Entonces, abriendo la multitud de curiosos petrificados y que tardan en partir, en pleno tumulto, aparece Djamila, visible con su melena leonada:

—¡No... No! —aúlla.

Jacqueline no la oirá. En el estruendo que crece se acerca una estridente sirena: es la ambulancia.

Djamila se ha arrodillado; dos enfermeros se disponen a levantar a Jacqueline... El asesino, arrastrado hacia el interior de la comisaría por los policías, se ha vuelto unos segundos, antes de desaparecer. Rápidamente, uno de los dos enfermeros pone un lienzo blanco sobre el rostro de Jacqueline, en el suelo.

—¡Demasiado tarde! ¡He llegado demasiado tarde! —gime Djamila con voz ronca.

Se agarra a los camilleros, los hombres con bata blanca que, impasible el rostro, comienzan a transportar a la víctima.

—¡La salvarán ustedes! —solloza Djamila.

Entra tras ella en la ambulancia. Alarga la mano hacia el rostro cubierto de Jacqueline.

La multitud comienza a dispersarse. El portazo de la ambulancia. La sirena reanuda su berrido, que crispa los nervios, antes de arrancar.

Un carillón, al otro lado de la vecina plaza, da las nueve y media, de ese miércoles por la mañana.

Ali ha matado a su amante francesa.

El rumor llega en menos de media hora hasta Hautepierre, Maille Béatrice.

Unos niños se plantan como una tromba en casa de Touma que, estupefacta

primero, entra en trance, se lacera las mejillas acompañándose con un canto antiguo obsidional.

La pequeña Mina, con el gato en sus brazos, no comprende nada de la tormenta; huye a casa de Eve. Eve, cuyo salón es invadido muy pronto por las vecinas alsacianas, y una o dos mujeres emigrantes. «¡Jacqueline asesinada!... ¡Sí, su amiga! ¡Ali se ha entregado!». Eve escucha, se pone rígida primero, con una mano en su vientre, donde se mueve el niño.

Eve se encuentra sola. Mina ha desaparecido... Un silencioso pánico invade a Eve. Enloquecida, no sabe dónde encontrar a Thelja; toma el teléfono para pedir ayuda a Irma.

### 3.

*¡No me moveré, me quedaré contigo, Jacqueline!... No saldré de esta habitación de hospital. No responderé a los médicos, ayudantes, al profesor con su séquito de internos que acuden en tropel desde hace una hora; sin atreverse a decirme que salga, le han preguntado al enfermero en jefe (alguien de mi calle, por casualidad, en el barrio de Neudorf): «¿Es una pariente?, ¿una amiga?, ¿alguien de la familia?».*

*No respondo. No os responderé. ¿Quién soy? ¿Djamila o Antígona? Ni la una ni la otra. «¡Su hija no, desde luego!», ha susurrado una cuidadora.*

*Yo, sentada a los pies de la cama. Fingiendo no comprender ni el francés, ni el latín, ni... Alguien ha empezado en alsaciano: me he contenido para no insultarle en su dialecto, para no burlarme, porque era muy moreno —tal vez un mestizo de árabe y madre alsaciana—, sí, me he sentido tentada de insultarle con la injuria racista de aquí: ¡hachkele!, charnego en alsaciano.*

*Me he estremecido, he callado, no les hablaré. No me moveré de tu lado, amiga mía, y sin embargo no lo diré, porque es demasiado tarde, porque siempre es demasiado tarde: «¡Oh, Jacqueline, no iremos a Italia como habíamos decidido, tras las cinco representaciones previstas! ¡Oh, Jacqueline, te lo digo —debiera gritarlo, acabaré por aullarlo en esta ciudad de plomo— a ti, amor mío! ¿Saben ustedes, buena gente?, ¡Jacqueline es mi único amor!».*

*Yo, la emigrante que se rebeló contra los suyos, que cortó las amarras, desdeñando la pretendida solidaridad de grupo, yo, la emigrante de ninguna parte que comenzaba a respirar en las tablas de una compañía de teatro aficionado de barrio, yo, la pseudo-Djamila y Antígona de verdad, o lo contrario, me anuncio como la enamorada de esta reina muerta, tan hermosa, tan ardiente que, con las manos abiertas, se acercaba a todos...*

*¡Y ni siquiera he podido decírselo! Esperaba nuestra marcha a Italia como otras sueñan con su viaje de bodas... Tú y yo en Apulia, en casa de tu hermana, «es toda*

*prudencia, calma y serenidad, ya verás», decías hablando de Marie, tu hermana mayor, casada y feliz en el extremo sur de la península. Yo tenía solo un objetivo: confesar a Jacqueline mi amor. Solo para decírselo. Mi amor sin esperanzas: decía tan a menudo, burlándose de sí misma, y yo me enternecía: «Qué quieres, mi debilidad es mi inclinación por los hombres, en fin, los muchachos, cuyo corazón me parece tierno enseguida».*

*Y yo esperaba. Le diría que la amaba, que sería su enamorada, sin esperar ser correspondida... Si se lo hubiera dicho y si, volviendo la cabeza, con aquel fulgor casi violeta en las pupilas, por ironía o por ternura, me hubiese sonreído, ¿qué milagro nos habría envuelto, entonces, con su vértigo?...*

#### 4.

Esta vez han puesto una sábana sobre todo el cuerpo de Jacqueline. Djamila se ha levantado, con las manos temblorosas, adelantadas, a la altura de las caderas, como si estuviera quemada.

Entra en la habitación del hospital un oficial de policía, sin uniforme, que aparenta la cincuentena. Dos de sus ayudantes se quedan en la puerta.

El hombre se sienta ante Djamila, con aire grave. La interroga lentamente: «¿Es usted una amiga? ¿Una pariente? ¿Estaba por casualidad en la Rue du Fil?»...

Djamila, habitada por su dolor, un dolor desnudo y recio a punto de desbocarse, lo mira, con los ojos vacíos. Paciente, el hombre repite, con otras palabras, sus preguntas. Ella se agita, contempla la larga forma blanca, bajo la sábana: «¿Van a llevársela? —piensa, envarada en un frío cortante—. Pero ¿adónde? ¿Al depósito? ¿A su casa? A...».

El policía de paisano aguarda. Djamila le mira a los ojos, afronta su ostensible paciencia... (Por unos minutos, su espíritu vagabundea hacia su padre, su padre llegado del Atlas marroquí, que creía haber tenido éxito, cuyo café-hotel, durante treinta años, había albergado emigrantes pero también, durante la guerra de Argelia, a desconocidos que se ocultaban... Su padre le contaba cómo afrontaba las redadas de los policías, los de la Rue du Fil precisamente, su padre, muerto hace cinco años...). Vuelve a la habitación, a Jacqueline presente aún...

—¿Qué quiere usted saber? —acaba murmurando.

Lo ha decidido, hará un esfuerzo para recordar: Jacqueline la ha llamado por teléfono, hacia las cinco de la madrugada...

Djamila le había propuesto acudir enseguida: estaba dispuesta a ir corriendo, en taxi o en el primer autobús, desde su lejano barrio hasta la Rue de l'Arc-en-Ciel.

—«No», me respondió con firmeza Jacqueline. «Ve a las nueve a la comisaría que está más cerca de mi casa: en la esquina de Nuée-Bleue y Fil». «Pero», protesté, «puedo ir a las siete a tu casa. ¡Te acompañaré!». «Por favor», suspiró Jacqueline, «quiero dormir... ¡Pondré el despertador a las ocho! Está a quince minutos a pie de mi casa... ¡Tengo tantas ganas de dormir!».

»Llegaré antes de las nueve —prometí.

Djamila rompe a llorar:

—¡He llegado cinco minutos tarde!

—No hubiera podido impedir nada —ha respondido el oficial de policía.

Djamila calla... («¿Se lo diré? ¿Colaboraré con la pasma? ¿Voy a vengarla?... ¡Sí, vomitarlo, decirlo todo!»).

—Quisiera hacer una declaración en toda regla —respira, vacila—. Cuando Jacqueline me ha telefoneado, sí, debía de ser poco antes de las cinco de la madrugada. Primero ha dicho: «Ali acaba de salir de aquí, hace... un cuarto de hora tal vez. Ha entrado en casa por la fuerza, esta noche», ha gritado incluso, repitiendo: «¡Por la fuerza, tienes que saberlo!». Ha añadido: «Ha debido de entrar por la cocina, cuya ventana da a un patio. Ha roto el cristal; me ha esperado en la oscuridad, sin encender». Jacqueline se detuvo; yo oía su respiración, por teléfono. Prosiguió, sin llorar: «¿Sabes?, ¡el muy cabrón me ha violado!... Primero había sacado el revólver, lo había puesto en la mesa... Había cortado el teléfono... ¡Acaba de marcharse! Le he dicho: ¡mañana por la mañana, a primera hora, iré a la comisaría, a denunciarte! ¡Se lo he dicho para que me matara de una vez!... Pero se ha marchado... He terminado acordándome del otro teléfono, al final del pasillo, en el despacho. Te llamo para que estés conmigo cuando presente la denuncia». Yo volví a protestar: «¡Voy enseguida! ¡Tomaré un taxi!». Ella no quiso: «Solo quiero dormir. ¡He puesto el despertador!»... Si hubiera seguido mi primer impulso —concluye Djamila con voz encabritada—, habría estado con ella, no estaría muerta.

Después, la muchacha, con el torso erguido y los ojos secos, se levanta, se sitúa frente al oficial.

—Señor, le sigo, quiero hacer mi declaración.

Vacila, no se vuelve, no quiere enfrentarse a Jacqueline, tendida bajo la sábana. Una señora de la administración hospitalaria le anuncia que, al anochecer, el cuerpo de la víctima, tras unas formalidades en el depósito, será entregado a su familia.

—¿Qué familia? —se sobresalta Djamila, que se marchaba.

—Bueno... Su familia lo ha solicitado —responde con sequedad la señora.

## 5.

La única casa alsaciana en la que he entrado es, aún hoy, la del marido de

Jacqueline. Para verla, y muerta: el esposo, un psiquiatra del que se había separado hace mucho tiempo, me miraba con ojos de resentimiento: «¡Ha sido asesinada por uno de los vuestros!», acusaba en silencio.

Al salir del barrio de la Robertsau, me he dirigido a Hautepierre, a casa de Eve y Touma, casi esperando que, en casa de los emigrantes, la muerte no fuera la muerte. Utilizaría otro ceremonial: una máscara blanca, la descolorida máscara de la tragedia, deshaciéndose tal vez...

Touma no lloraba. Me ha hablado en árabe, en chauí luego —aunque tiendo, estos últimos años, a olvidar el bereber chauí—. Me ha mirado y ha dicho, con voz ronca:

—¡Hija de mi tierra!... —ha callado, ha murmurado luego jirones de plegaria. Ha añadido, en tono lírico—: ¡Dios ha decidido volver a golpearme, lejos, tan lejos de la tierra de mis padres!

Entonces, mientras yo me acomodaba en su casa (lo sabe usted, le he telefoneado, le he dicho: «No me espere esta noche, me quedaré en casa de Touma. Me necesita»), ha llegado su hija mayor: silenciosa, derecha, con aires de princesa de Oriente. Llevaba un niño de cuatro años en brazos. Trabaja como contable en unos grandes almacenes, en Mulhouse...

Ha entrado pues, silenciosa. Ha besado a su madre, ha dejado al niño —un chico mofletudo y muy rubio— en la cama. Luego ha vuelto a cogerlo poco después, aunque dormido.

Se ha vuelto hacia mí y no sé quién se lo habrá dicho, pero de entrada me ha hablado en árabe argelino:

—¡En cuanto lo he sabido he cogido ocho días de vacaciones! ¡Mi madre tiene diabetes! No quiero que le pase nada. Velaré por ella.

Ha añadido:

—Me llamo Aicha, ¿y tú?

—Thelja —he respondido.

—Me han dicho que eres casi originaria de mi región.

—De los Aurès, en efecto.

Aicha, tan hermosa —con los ojos algo hinchados pero de extraña transparencia, con una sonrisa de virgen melancólica echando el rostro hacia un lado—, Aicha se ha puesto a hablar de su hermano:

—Ali —ha comenzado, hablando esta vez en francés con extrañas palabras de vez en cuando. He comprendido, por sus consonancias germánicas, que sembraba en cada una de sus frases una palabra en alsaciano. Deseando hablarme de su hermano, de hecho, aunque se dirigiera a mí, iniciaba más bien un diálogo con el hermano asesino, soltándolo ante mí...

La cosa se ha hecho manifiesta en uno de los episodios que ha comenzado a narrar, a quemarropa. Yo no decía nada; de vez en cuando, me levantaba, echaba una ojeada a la habitación donde Touma, vestida con su flotante chilaba, de un rosa salmón brillante, descansaba, con la respiración entrecortada, intermitente, con

profundos sollozos que subían a la superficie, sin despertarla no obstante. Contemplaba por un minuto el rostro ancho y abotargado de la durmiente. Regresaba hacia Aicha, sentada ante la mesa de roble de la cocina-comedor, y ella no dejaba de confiarse.

—¡Sé que Ali no me ha perdonado! Seis meses antes de su muerte, mi padre —ha sollozado, se ha sobrepuesto—, que tenía la baja de larga enfermedad (¡aunque nosotros no lo supiéramos!), decidió llevarnos a todas partes. Había comprado un cuatro caballos. Nos llevó a Alemania, a lo largo del Rhin, durante dos días, hasta Colonia. Tenía un amigo, argelino como él, que se había casado con una alemana. Pasamos la noche en su casa. Ali y yo dormimos en el salón: los dos hombres hablaron hasta el amanecer de sus campañas militares. Habían hecho juntos la campaña de Alemania. Por eso mi padre había vuelto a Alsacia, en 1962, pidiendo ser destinado a Belfort, o a Alemania, en las tropas francesas de ocupación. Luego hizo venir a Ali, con mi madre... Yo nací en Estrasburgo.

Y ha llorado largo rato, con el niño adormecido en sus brazos; ha proseguido sus confidencias:

—¡Ali me lo reprochó más tarde, lo sé! La cosa viene de la muerte de nuestro padre. Mi hermano había empezado a ir al picadero, en cuanto salía de la escuela. Se había apasionado por la equitación. Tal vez porque mi padre había comenzado en los espahís y solía decirnos con orgullo, cuando éramos niños: «Nosotros, los hombres de nuestra tribu, somos todos muy buenos jinetes. Es innato».

»Ali regresaba aquel día con la fusta en la mano y llevando los pantalones anchos de jinete que, la primera vez, me parecieron ridículos. Le miré y grité: “¡Ali! ¡Nos hemos quedado huérfanos!”. Grité por segunda vez, sin llorar: “¡Huérfanos!”... Dije en alsaciano esta palabra, por el médico que acababa de salir y que, al bajar las escaleras, se había dirigido a mí del mismo modo: “¡Os habéis quedado huérfanos los dos!”.

»Repetí, para mí sola, esa palabra alsaciana *weiselkend*. Me había quedado en el umbral de la habitación de mis padres; mi madre estaba agachada. (Tenían siempre la cama en el suelo, sobre la alfombra de buena lana). Mi padre descansaba tendido, como si durmiera, apenas más rígido que de costumbre; su rostro parecía tranquilo, con su fina barba, tan negra. De un negro brillante. Mamá desgranaba una larga letanía coránica.

»Yo, de pie, repetía como para vengarme: “*Weiselkend, weiselkend*”, y no me abandonaba el recuerdo de mi hermano. Cuando oí que se abría el pestillo de la puerta de entrada, corrí por el pasillo y le solté mi frase, tal vez para hacerle daño, tal vez para vengarme a mi vez, pero de qué... “¡Nos hemos quedado huérfanos los dos!”.

»El médico y su inconsciente maldad me atravesaban.

—¿Y Ali? —he dicho, pues había perdido de pronto el hilo de su relato, con los ojos en el vacío y olvidando, casi, al niño en sus rodillas.

Al oír mi voz se ha sacudido porque, al acercarme a ella, le he rozado el pelo...

—Ali —ha suspirado— me ha guardado rencor desde ese instante, lo sé —había hablado de nuevo en árabe, no sé por qué, sin duda porque me había acercado a ella.

Le he respondido en la misma lengua:

—¿Por qué iba a guardarte rencor, a ti, tan pequeña por aquel entonces?

Tras una pausa, ha añadido ya más tranquila:

—Ali, mi hermano, con la fusta en la mano, se puso muy pálido. La sangre se retiró por completo de su rostro. Me empujó. No me respondió nada. Caminó como un autómatas hasta la habitación de mis padres. Contempló un rato el espectáculo que yo no podía olvidar: mi padre, tendido sobre un colchón en el suelo... ¡Mi padre, tan hermoso incluso muerto! —ha sollozado Aicha.

Se ha secado los ojos y ha proseguido, casi fría:

—Después, Ali fue a encerrarse en su habitación, me parece que no ha vuelto a hablarme durante todos esos años.

¿Habrá venido esta muchacha, me he dicho, para devolver las fuerzas a su hermano, o su honor perdido, o para ayudarle en sus tormentos? Sufre: tras haberle gritado, de niña, a su hermano: «¡Nos hemos quedado huérfanos los dos!»; lo había gritado en alsaciano, se casó, diez o doce años después, con un alsaciano para seguir sufriendo, amando, precisamente en esta lengua: la lengua para el hermano.

Llega de lejos esta noche también; no para ayudar a la madre, aislada y perdida en un sufrimiento anterior a esas historias. Ha vuelto, Aicha-la-vida, para ser la guardiana de Ali.

Para que no se sientan ya, ni él ni ella, «*weiselkend*»; huérfano, en alsaciano.

## OCTAVA NOCHE

*¿Por qué, esta noche que no pasamos juntos, le hablo tanto de esa chica de Mulhouse, aparecida aquel día de desgracia, para entrar, con tanta impaciencia, en su papel de guardiana del hermano asesino?*

*Esta noche en la que le echo a usted en falta, en la que no le he solicitado, en uno de nuestros sucesivos hoteles o, tal vez, en la casa de su madre donde no hemos dormido ni una sola noche, pero donde hicimos el amor en pleno día —recuerdo el sol entrando desde el jardín por el balcón...—. Eso ocurría solo anteayer. Y me parece que fue el mes pasado pues el luto que nos envuelve a todos se nos ha hecho un telón de franjas negras que raya el tiempo, que ensombrece nuestras más cercanas horas de amor... Aquella mañana en que penetré en su cubil familiar, con circunspección, abandonándome en sus brazos, hubiera debido preguntarle: «¿Es este el lecho que compartía usted con su esposa italiana, cuando ambos venían de fin de semana a casa de su madre?». E imagino, no, estoy segura de que esa italiana*

cuyo nombre he averiguado: Laura (estaba escrito con largas letras elegantes bajo su foto, colocada en la chimenea de aquella habitación), sí, estoy segura de que Laura —alta, con hombros de deportista y una opulenta melena rubia, ondulada, una italiana del norte, pues— era del tipo físico y de carácter algo parecido al de su madre, mujer voluntariosa, tozuda, dijo usted: de modo que con veinte años de su vida pasados entre estas dos mujeres, ignoro lo que, en usted, fue entristeciéndole poco a poco...

No importa que habláramos tanto mientras hacíamos, tan a menudo, el amor, no importa ese flujo verbal que le dirijo desde que vivo bajo este cielo alsaciano; este flujo, cuando me marche, se secará bruscamente en mí... Le hablo así, le busco, tiendo mi espíritu hacia usted y hacia sus fantasmas, pero eso no es lo importante, François: ni la lengua, ese francés que fluye en mí y que, a mi pesar, sería un vano espejo tendido hacia la pareja que formamos aquí, ni lo que no digo cuando estoy frente a usted, puesto que he venido a su ciudad y hasta la casa donde su madre murió, hasta el lecho donde tan a menudo durmió usted con la italiana muerta... Lo importante no son las palabras que me habitan, ni siquiera los seres que desaparecen en mí ante usted (Tawfiq, mi chico cuyos anchos ojos, de vez en cuando, como en un arcoíris de uno o dos segundos, aparecen, desaparecen), ni la voz de Halim por teléfono, lo importante entre usted y yo lo viviré la próxima noche —tal vez, por eso no sea realmente una última noche, más bien una intacta primera noche que no terminará, lo importante...

He abandonado la casa de Touma, que duerme con su chilaba de un brillante salmón y que no gime ya, he dejado a Aicha adormecida con su hijo alsaciano en los brazos, cuyo nombre ignoro, lo importante es François, y le llamo, le reclamo, repito su nombre y acepto en usted toda su historia, lo que sé de ella (el muchacho trotando por Estrasburgo vacío, el muchacho volviendo más de diez años después para estudiar en la universidad, rompiendo luego, momentáneamente, con la madre endurecida, él, que buscó durante meses, en cajas, relaciones, memorias, rastros visibles del padre muerto en la deportación...).

¿Cuál es ese secreto que, entre nosotros, se está tejiendo ahora? ¿Justo antes de que los cuerpos se atraigan? ¿Justo en el momento en que mi hambre no conoce remisión alguna? ¿Precisamente porque mi alegría en el placer le deja atónito? ¿Precisamente porque los movimientos de mis piernas, de mis caderas, de mis brazos encuentran de pronto —y no me canso de ello— una libertad de alborada?... Lo sé con usted (y no me diré: como antaño, con Halim, pues con Halim hablábamos de ello, buscábamos juntos hasta el instante en que sus pupilas color de miel caliente parecían, muy cerca de mí, humedecerse, volverse luego más oscuras, casi negras), y lo sé de usted, a causa de su edad, de su cuerpo más pesado pero que me cubre mejor, a causa de sus largas y fuertes piernas (la primera vez no se lo dije y tendré pues que confesárselo, mi deseo se aguzó por sus piernas musculosas, bronceadas, de vello leve y rojo, de longitud arqueada, nerviosa).

*¿El secreto entre ambos? Doy vueltas y vueltas lejos de usted... le busco, es incluso la primera vez que busco realmente a un hombre, pues hacer el amor así atiza más el conocimiento y el misterio... ¿Qué hay de esencial entre ambos? Un vértigo lento, no me gusta decirlo así... ¿Alrededor de qué doy vueltas? Qué te he dicho a ti de mí, amor mío, por fin te tuteo día y noche y ya no sé en qué lengua te hablo, ni la de mi tierra —la lengua anudada y ronca en la que, de una vez por todas, se envolvió mi madre—, tampoco la que comparto con Halim, aquella con la que me acariciaba y gracias a la cual le había amado, pues en ese dialecto de Orán y de sus límites occidentales era como si nos entregáramos juntos al júbilo, manaba y, cuando volvimos al francés —como buenos «investigadores» intelectuales en aquella capital presuntuosa— algo se esclerotizó entre nosotros, comprendo por fin por qué Halim comenzó a engañarme con las mujeres de las calles, vagabundas, siempre del Oeste, y por qué se ponía siempre, en su desnuda habla, a reír como antaño...*

*En qué lengua, François, le hablo, si lo hago en francés, como en París, es normal, le trato de usted: tiene por lo menos veinte años más que yo, podría ser su hija (mi padre, si viviera, tendría su edad o un poco más). Ahora bien, lo advierto, cuando caminamos por Estrasburgo, nadie puede adivinarlo, mantiene usted su prestancia, yo comienzo a tener más edad... a la vez una severidad en mi porte, una discreta presión de mi mano en la suya, en el roce de mis hombros contra usted, el leve choque de mi rodilla contra la suya cuando nos sentamos en una terraza, ante la estatua de Gutenberg, yo soy la que lo olvida todo, mi cuerpo va hacia usted en esta ciudad de todas las memorias; luego, por la noche, en cada alcoba, vuelvo a estar completa, autónoma, desnuda o vestida, ¡no importa! Le espero cada instante. No hago concesión alguna. Sorprendo el menor de sus impulsos, no me adelanto a ninguna de sus exigencias. Le desposo segundo a segundo y solo entonces, segura de usted, le arrastro y me arrastro en el mismo flujo, o en la doble violencia, o a veces en el silencio.*

*Oh, François, cómo me gusta, en el corazón de nuestras noches, el silencio que une nuestros alientos: el ritmo de nuestra doble respiración, nuestra alada aliada. Y si mi voz, en la oscuridad, se levanta y arrulla, la escucho con su oído. Yo misma me sorprendo al decir mi deseo tan preciso, áspero a veces y tan nuevo a la vez. Y esta curiosidad de mis sentidos, de nuestros sentidos, que nos desdobra y nos confunde, que me hace mucho tiempo rica pero como sin rostro, evaporado de pronto nuestro lenguaje nocturno...*

*El silencio, nuestro rescate, François. Antes, después, durante. Me marcharé de esta ciudad con ese don de nuestra duración conjugada. Cerraré los ojos en el tren, sin dormir en mi litera, hasta París: intentaré recordar el color de la primera habitación, el eco prolongado de los ruidos de la segunda habitación, el despertar por la mañana mientras dudábamos en brotar de la alargada voluptuosidad y del sueño entre dos aguas, con las voces, fuera, recordándonos el día, esa bufanda de sonidos en la tercera habitación, junto a la esclusa, la claridad azul y gris de la*

mañana que acababa en la alcoba de muchacho, la cuarta habitación también, creo, y la oscuridad total de la habitación siguiente, donde no hicimos el amor, donde solo acaricié tus piernas una tras otra, donde dejé tu sexo erguido sin ni siquiera tocarte, volviéndote la espalda, fingiéndome desdeñosa cuando era la orgullosa elección de la castidad decidida, aquella misma habitación donde, más tarde, despertamos, nos contemplamos sin respiro con, para terminar, un solo y largo beso ligado, la habitación siguiente fue la sexta, tal vez la séptima, ya no lo sé, pero en ese regreso del tren que me alejará irreversiblemente de Estrasburgo, mi memoria meticulosa de las alcobas de amor no va a traicionarme... Cuando al final del viaje, abandonada la estación, recuperando un París casi gélido, me lo temo, corra subrepticamente el riesgo de olvidarte, de renegarte, me olvidaré también, me metamorfosearé, será necesario: ¿es esta cruel exigencia la que me habrá así armado?...

No es todavía el final del viaje, no duermo aún en el tren del regreso, no hay todavía regreso, nunca regreso, François: te llamo pues ahora, te reclamo... He entrado descalza en casa de Eve: le había avisado de que, probablemente, dormiría en la butaca del salón, junto a la chimenea: soy un gato nocturno, François, este anochecer que no será nuestra noche sino la de la madre achacosa y de su hija que ha regresado, la del asesino llevado a su mazmorra, la noche de Jacqueline, ¡ay!, tendida ya en su ataúd que será cerrado mañana mismo, no, no, no, ¡te llamo también por ese no, François!

Hans duerme en la otra habitación, junto a Eve. Ha llegado al conocer la desgracia; no se marchará ya. Lo ha afirmado; vela por el estado de su enamorada y, sobre todo, para que a pesar de su trastorno, pueda conservar el niño... Lo esperamos.

Yo me hago un ovillo en el sillón. Podría intentar marcar un número de teléfono, el que me diste, al comienzo; susurraría un mensaje: «Te llamo, François. Te nombro. ¡Hasta la próxima noche!».

Pero no me muevo. Como un relámpago recuerdo el cuerpo de Jacqueline, tendido en la cama, junto al ataúd abierto: su rostro de cera, con los párpados apenas hinchados y vuelvo a ver, en aquella casa del marido al que había abandonado, un rostro de intrusa: faz de espanto y sufrimiento de Djamila, la última en llegar, toda de negro, erguida en el umbral de la vasta estancia de abiertas cristaleras... No avanza, la Antígona de ayer, solo mira los pies de la muerta.

Su brazo se levanta, en un gesto puramente teatral, como para conjurar algún ángel negro que, por encima de todos nosotros, invisible, planea, siendo Djamila la única en verlo... Imagen del furor representado, impotente o hiperbólico: su brazo desciende, todo su cuerpo se inclina, por un segundo, hacia un lado, como si vacilara o se cegara... Desaparece de pronto reculando, esfumado fantasma, ilusión casi de mis ojos, pensé en una nueva turbación.

*Solo sigo sintiendo estable, inmóvil, la masa sentada de Touma durmiendo, calmada por fin, ante la plana mirada de Aicha, con el niño en sus brazos... ¿Y tú, François, dónde duermes, dónde sueñas en mí?*

*Desde que vivo en esta ciudad, ombligo de Europa, para la decena de personas a cuyo alrededor gravito —coreografía de azar que se organiza, instintivamente, en torno a Eve y a mí, casi gemelas, ella arraigada por fin y yo en un lento movimiento circular—, desde que paso mis noches en Estrasburgo y antes de que comience la postrera, ¿qué extraño desplazamiento se produce, qué violencia latente se ha desencadenado en esta composición? ¿Por qué Jacqueline ha caído al suelo y por qué habré llegado yo de tan lejos, de París ciertamente, más bien de Argel, o de mi oasis natal cerca de Tébessa, para asistir a la fatal caída de esta alsaciana que prodigó en abundancia amor y entrega?...*

*«Mañana», me digo (pero me dirijo también a ti, François), mañana iba a ser el estreno de su obra. ¿Dónde se agazapa, esta noche, Djamila, figura del dolor desolado?...*

*Luego he dicho su nombre, François, una vez, dos o más. He acabado sumiéndome en un sueño flotante hasta aflorar con la mañana ya avanzada. Eve me cubre los pies con una manta de suave lana.*

*Abro los ojos, sonrío a la amiga, le pido blandamente un bol de leche caliente. Me saluda ella con una mirada triste —de inmediato me salta a la cara la memoria de la desgracia, como un pañuelo sacudido por el polvo.*

*Los dedos de Eve están cerca de mi rostro: me tiende unos dátiles y pone ante mí un vaso de leche: son los mismos gestos de la mañana, antaño, en nuestra infancia, cuando dormíamos unas veces en casa de la una, otras en la de la otra...*

*Pienso también que tengo hambre, como si hubiera hecho el amor toda la noche contigo, François. Bebo lentamente la leche caliente, tengo los dátiles en mi mano y Eve, preñada, se agacha a mis pies.*

## IX. Alsagelia

### 1.

En la sala, solo dos focos iluminan el pequeño escenario. Fuera, en un cartel sencillamente pegado en la puerta, se había anunciado «Un homenaje a Jacqueline por los actores de la Smala», frase apresuradamente escrita con un rotulador negro.

Eran las cuatro de la tarde. Thelja le había dicho por teléfono a François que le esperaría poco antes de la hora. Llegó; la estrechó en sus brazos, ambos visiblemente conmovidos. Entraron en la oscuridad donde unas treinta personas se habían instalado ya. Thelja no pudo reconocer a Eve y Hans en el interior: Hans, llegado apresuradamente la víspera desde Heidelberg, debía de haber llevado a Eve al médico, por la mañana. Si «todo iba bien», había prometido, se encontrarían allí...

El escenario seguía vacío, aunque resultara evidente que todos los actores estaban entre bastidores. Un joven, otro luego, dieron uno o dos pasos en el escenario, retrocedieron: un tercero, desde un costado, les llamó ostensiblemente. Parecían no haberse puesto de acuerdo en el orden de las intervenciones.

Finalmente, se escuchó la música: variaciones nostálgicas de un laúd andaluz:

—Sin duda para apagar su discusión sobre el desarrollo de lo que preparan — observó alguien.

—Jacqueline no está y no tienen ya a nadie para dirigirles —lamentó François.

El público esperaba cuando, por fin, dos actores se presentaron juntos.

El primero recitó un poema que había escrito, aquella misma mañana, sobre su «hermana, su madre, su»... Thelja no escuchó ya el ingenuo lirismo del muchacho. El segundo prefirió cantar una antigua elegía, en árabe literario, que celebraba a «la desaparecida», «la hermosa entre las hermosas»: su voz era grave y sensual, pocos espectadores comprendían los versos árabes de un poeta del pasado; se decían que el actor improvisaba su dolor...

El laúd que se escuchaba en sordina cesó. Los dos actores se pusieron a un lado: entró luego la procesión de todos los demás, con vestidos teatrales. Al final, los jóvenes del corifeo y luego, el último, el viejo Tiresias, formaron un semicírculo. Se hizo el silencio cuando, vestida de blanco, en apariencia más alta que de ordinario, entró Djamila-Antígona. Resueltamente, avanzó hacia el proscenio y, con voz fuerte, se dirigió a la concurrencia:

—Hemos discutido hasta el final: algunos pensaban que el mejor homenaje a... —apenas vaciló— a nuestra querida desaparecida habría sido representar de cabo a rabo la obra de Sófocles. Nuestra directora había terminado su trabajo con nosotros; la última vez que subió a estas tablas, anteayer por la mañana, fue por los trajes... La satisficieron. Habríamos podido, habríamos debido, esta tarde, actuar ante ustedes e

imaginar que ella está ahí, en la sala... ¡Que está mirándonos!... Algunos no se han sentido capaces de representar sin ella... Lo lamento. Me piden, a mí, que hubiera debido ser Antígona, que hable de ella, que hable por ella... Voy a intentarlo.

Se detuvo, comenzó a recorrer el escenario en toda su anchura, primero una vez, luego otra, con la cabeza gacha y el rostro concentrado: olvidaba a la concurrencia, buscaba, qué buscaba... Sus palabras o alguna sombra a la que resucitar. Alguien había puesto de nuevo el disco de laúd árabe, muy débilmente, como para recordarles que el silencio sería insoportable, que...

De hecho, se detuvo e hizo frente al público, con un impulso de su torso, leona de pronto, leona herida más bien:

—Os lo advierto a todos —hizo un amplio gesto con el brazo dirigiéndose al círculo de actores que la rodeaban—, sabedlo, si debo hablar no lo haré ciertamente como Antígona. ¡Oh, no! —y su voz, al elevarse, se estremeció, de cólera o de dolor—. Intervengo ante todos simplemente como Djamila... —vaciló—, ¿Antígona, la sacrificada? Yo estoy aquí, muy viva, me olí desde el principio que había peligro. Eran solo simples ensayos de una compañía de arrabal; pero tenía la impresión de que Jacqueline y yo jugábamos con fuego, de que alguna oscura amenaza estaba agazapada ahí, detrás de esas cortinas.

»¿Qué extraña ley ha hecho que sea ella, precisamente, la que se sacrifique? Para ella... ese “se” éramos, claro está, todos nosotros, no solo sus actores, “mis pequeños” decía: nosotros primero... como si la amenaza, o incluso el odio que a veces sentimos sobre nuestras cabezas (las nuestras, de emigrantes para siempre) lo hubiéramos delegado en ella para aliviarnos. Vosotros, los amigos, no comprendéis lo que ha ocurrido, de dónde sale ese asesino loco, ese antiguo amante despechado que le ha arrebatado la vida: ¡prácticamente ante todos! Y que se haya entregado inmediatamente en nada cambia las cosas: nos ha arrebatado a nuestra amiga. Tras lo que mañana se llamará “un crimen pasional”, yo sé que no hay solo una pasión fatal.

»Nosotros, los jóvenes, casi todos de Hautepierre, debíamos representar la tragedia: ¡para Jacqueline y gracias a Jacqueline! El espíritu de la tragedia se ha disipado con ella... Solo queda el drama que, claro está, tiene algo que ver con las investigaciones policiales, con la justicia... —hizo sonar una risa desgarrada—. Muy pronto, entre bastidores, mis compañeros irán a vestirse, a recuperar su piel. Yo, sola, sigo discurrendo, vestida de blanco... ¡El blanco de la virgen Antígona!

Djamila calló y su risa parecía planear aún sobre todos nosotros.

Uno de los dos focos comenzó a reducir su luz: algún maquinista debía de tener órdenes de anunciar el final de la ceremonia, de clausurar la despedida. El semicírculo de los figurantes mudos y disfrazados, tras una señal del viejo Tiresias, empezó a abandonar lentamente el escenario: y la gravedad, desplegada ante nosotros, se esfumaba poco a poco... Sola, en el silencio y el vacío, la erguida Djamila.

—Entonces todo ha corrido el riesgo de derivar, creo —Thelja, una hora más tarde, se lo cuenta a Eve que, sostenida por Hans, había tenido que salir antes del final—. Djamila se ha vuelto para comprobar que la escena estaba desierta... Que la mancha del último foco encendido parecía una luna en una noche de invierno...

—¿Ha tenido miedo nuestra Djamila? ¿Ha advertido, solo entonces, que Jacqueline estaba en efecto muerta? Ha reanudado su discurso en un tono muy distinto, como si a su vez se volviera un fantasma —Thelja vaciló, conmovida aún—: En sus últimas palabras esta muchacha, vestida de blanco, me ha parecido como salida de la ciudad misma, de un Estrasburgo que apenas adivino, una de las más hermosas estatuas de mujer de vuestra capital: sí, Djamila-Antígona, intentando retener desesperadamente algo de la fugaz presencia de nuestra Jacqueline, se ha convertido para mí en una antigua voz de Estrasburgo.

—¡Una voz! —repitió débilmente Eve, tendida.

—Ha hablado, y aquellos que, en la sala oscura aún, se habían levantado, se han inmovilizado, atentos, antes de partir en silencio, como ladrones. Djamila ha dicho: “No me siento de HautePierre, ni siquiera de mi barrio del Neudorf, Jacqueline ha muerto, la habéis matado, y yo no me mantengo ya en la periferia. No, lo queráis o no, me coloco ahora en pleno corazón de vuestro Estrasburgo. Escuchadme, mi Jacqueline, y me inmovilizo ahora en el umbral de la puerta de la augusta catedral, la de todos los tiempos, la de vuestra Edad Media y la de antes, la de la cripta y la del campanario, erguido en pleno cielo, me veo, sí, ante el gran portal antes de que ambas hojas sean abiertas, por primera vez: conozco bien vuestra historia, la he estudiado y he aquí que, asesinada Jacqueline, interiorizo vuestro pasado. Vosotros habéis olvidado el día de la inauguración de la catedral, fue en el siglo XIII, hacia 1270 y pico, recuerdo que no estábamos en marzo, como hoy, sino en septiembre...”.

»En la oscuridad, algunos espectadores susurraban: “¿Pero qué está diciendo?”. “¡Delira!”. Ella prosiguió como si inventara y representara una nueva obra, como si estuviera ensayando, precisamente, ante “su” Jacqueline: “Sí, esta primera ceremonia me impresionó; os la recuerdo: fue el día de la natividad de la Virgen. Un obispo (Estrasburgo, ni alemana ni francesa por aquel entonces, ‘ciudad libre’, habría que subrayarlo), tras haber dado tres veces la vuelta a la catedral, seguido por una impresionante procesión, llamó tres veces con su báculo a la puerta principal. Y toda la procesión cantaba. Antes, según cuentan, un sacerdote debía dejarse encerrar. Mirad a ese pequeño sacerdote, probablemente el más humilde de todos ellos, que debía representar, aquel día... ¡el papel del diablo! ¡Sí, del diablo! Cuando la procesión exige que se abran las puertas, desde el interior una voz interroga: ‘¿Quién es el rey glorioso?’. Y la gente de la procesión responde a coro: ‘El Señor de las hostias es el Rey glorioso’.

»Entonces las puertas se abren; en el tumulto, una sombra —el pobre y pequeño sacerdote que desempeña el mal papel— se desliza y se zambulle en la

muchedumbre. Qué importa, las puertas se han abierto. El obispo entra para consagrar la nueva catedral trazando sobre la ceniza, con la punta de su báculo episcopal, la inscripción del doble alfabeto, ¡el alfa y la omega!... ¡Qué extraño es eso!”.

»Entonces, derrumbándose casi, ha delirado, mirando huraña a su alrededor, sin ver a nadie, sin vernos: “¿Dónde estoy? ¿Quién soy? ¿El pequeño sacerdote que debía representar el papel del diablo para que las puertas se abrieran? ¿Y por qué ese doble alfabeto? ¿Éramos nosotros acaso, los niños de los arrabales, los dobles de quién, del arzobispo tan venerable con su procesión?...”.

»En la sala —prosiguió Thelja doliente—, mientras el último foco se apagaba lentamente, unas voces decían, alto: “¡Que se la lleven!”. “¡Está perdiendo la razón, pobre!”. Y ha sido, en efecto, el viejo Tiresias, no tan viejo de todos modos, medio desmaquillado ya, un joven muy flaco, de hecho, un actor ennegrecido quien, en el escenario, se ha llevado a Antígona... Pero ¿qué estoy diciendo?, que ha arrastrado a Djamila, vestida de blanco, a la oscuridad...

## 2.

En el salón, donde Eve, muy lentamente, se recuperaba —(donde la pequeña Mina con su gato no aparece ya, pues Aicha se la ha llevado a Mulhouse)—, Hans, sentado en el suelo con las piernas cruzadas, en un rincón, comenzó a hablar:

—Djamila, puesto que había abandonado ese teatro y a Jacqueline al mismo tiempo, se ha despedido a su modo. Yo quisiera hablar, también, de nuestra amiga caída: de una escena que ocurrió allí, abajo, no muy lejos de la Maille Béatrice... Fue hace unos dos meses, en invierno: Thelja no estaba con nosotros entonces —añadió en voz bastante baja, volviendo la cabeza hacia Thelja—. Naturalmente, nunca habría hablado de ello, ni siquiera a Eve, es una parcela de la vida de Jacqueline: pero ha desaparecido... Puesto que esta escena regresa a mi memoria, tal vez deje en ustedes alguna huella...

Hans vaciló unos segundos. Eve, desde el sillón donde estaba tendida, le sonrió:

—Debió de ser un sábado por la tarde —prosiguió—, o un domingo. Yo había estacionado el coche a doscientos metros de aquí... Iba a hacer un rápido encargo: al arrancar, sentado al volante, veo en la acera, frente a mí, a una pareja en agitada conversación. Ella, de espaldas; el joven, muy moreno, por aquel entonces yo no sabía que era el hijo de Touma, nuestra vecina, pero me había cruzado con él una o dos veces en la escalera... Hablaba con pasión; tomó con ambas manos los frágiles hombros de la mujer. La sacudía mientras hablaba y no supe si suplicaba o amenazaba... Ella se soltó rápidamente, encolerizada me pareció, y cuando volvió la cabeza la reconocí: “¡Pero si es Jacqueline!”. Había pasado una velada en nuestra

casa... Sin pensarlo, salí del coche, bruscamente seguro de que Jacqueline era amenazada, que se debatía... Me encontré ante ellos. Sonreí a Jacqueline, le ofrecí tranquilamente: “Tengo ahí el coche... Permítame que la acompañe a la ciudad”. La tomé del brazo. Miré a los ojos al hombre, que estaba desconcertado. No dijo nada. Arrastré a Jacqueline... En el coche no le pregunté nada: “Vive usted en el centro, lo recuerdo”.

»Asintió sin decir nada y, mientras circulábamos, se echó a llorar... Sollozaba en silencio, se secaba el rostro con ambas manos, como una niña, de pronto... Preferí entonces llevarla a una *winstub*, cerca de la Petite France, donde sabía que, a aquellas horas, no habría gente... Bebió un vaso de vino caliente y, calmada, algo endurecida, comenzó a hablarme de su padre, para mi sorpresa.

—¿De su padre? —se extrañó Eve—. Habló ante mí, a veces, de su infancia en Estrasburgo, en la Robertsau...

—Sí —prosiguió Hans—, su padre era alemán. Se casó con su madre durante los años de ocupación. Un verdadero flechazo entre ambos... Él había abandonado a una esposa alemana, con dos hijas, gemelas... En 1944, me dijo ella, desertó del ejército. En 1945 se quedó en Estrasburgo con un modesto empleo en unos grandes almacenes. «Silencioso», decía Jacqueline y añadió: «Probablemente, el único vencido de la ciudad»... En el café, sonriente y tranquila, se abandonaba. Primero había dicho, con ironía: «Sin duda hablo en voz alta de mi padre, por primera vez desde hace tanto tiempo, porque es usted alemán, ha venido también a Estrasburgo por una mujer amada... Soy de Estrasburgo y, sin embargo, haga lo que haga, me siento siempre de otra parte. De ahí, tal vez, estos últimos años, mis amores con amigos extranjeros. Abandoné a mi marido, psiquiatra, a pesar de años de larga complicidad: pero él no soportaba ya que mi trabajo fuera siempre... “con marginales” decía, “gitanos, saltimbanquis” —se rio—. Llamaba a eso “mis derivas”. Tenía éxito en su profesión; entre sus pacientes estaban algunas personalidades notables de la ciudad. Cuando abandoné su hermosa casa y su seguridad, pienso que, a fin de cuentas, debió de sentirse aliviado. Yo le molestaba... Después estuvo Didier, un corso que quería que yo le siguiera a Montpellier... ¡No! Y Ali, al que ha visto ya: una historia que ha durado tres meses, no más... —se encogió de hombros—. Lo superará, espero».

—¿Le habló, pues, de su padre? —intervino Thelja en el corto silencio que siguió.

—Decía que de niña, a pesar de aprender el alemán en el colegio, nunca pudo hablar esa lengua con su padre... Él hablaba alsaciano con su mujer, y muy mal en francés... «Cierta día —me contó—, para su cumpleaños, aprendí un texto alemán. Lo ensayé. En la escuela era la mejor en recitación poética. Tenía yo doce o trece años, creo. Le llamé por la mañana desde mi habitación. Entró. Quise declamar o decir, del mejor modo... el final de la narración de Büchner: *Lenz*», y Jacqueline recitó, entonces, de memoria, el texto original:

*A la mañana siguiente, llegó a Estrasburgo con un tiempo gris y lluvioso; tenía un aspecto del todo razonable, hablaba con la gente; hizo lo que hacían los demás, pero había en él un vacío horrendo, no sentía ya angustia, ni deseo...*

»En ese instante del fragmento, Jacqueline se echó a llorar, como en el coche, ocultando con ambas manos el rostro... Yo estaba conmovido; también porque recitaba de memoria uno de mis textos preferidos. Porque Lenz que, como tal vez sepáis, existió, vivió en Estrasburgo cuando Goethe estaba aquí (era alguien de su entorno y, además, se enamoró a su vez de la novia alsaciana de Goethe). Lenz, a través de las palabras de Büchner, escritor también en Estrasburgo, aunque cincuenta años más tarde, Lenz, tan infeliz, adoptaba los rasgos del taciturno padre de Jacqueline... Jacqueline que, ante mí, lloraba. Se calmó. Contó que aquel día, finalmente, una vez que su padre hubo entrado en la alcoba, solo pudo farfullar, en alsaciano: “Feliz cumpleaños”... Era, según dijo, su recuerdo más desgarrador; rectificó: “Salvo el día en que me enteré de la muerte accidental de mis padres, que se habían marchado en su pequeño coche y que, por primera vez, habían decidido ir... a Baviera”. Ya está —concluyó Hans—, quería hacerles revivir conmigo esas dos o tres horas de mi amistad con Jacqueline.

Para cortar la emoción colectiva, Thelja se levantó y recordó a François que habían proyectado una visita al centro de la ciudad.

Thelja y Eve se besaron largamente, Eve era la única en saber que no volvería a ver a Thelja antes de cierto tiempo.

La visita había sido propuesta por Thelja cuando habían salido del teatro.

—El único lugar al que no he entrado en Estrasburgo: la catedral. Y Djamila, con su lamentación, me lo ha recordado. Vamos un rato a casa de Eve, luego corramos allí, antes de que anochezca.

—Podríamos dormir, incluso, en el hotelito de enfrente —propuso François. Y añadió—: Con un poco de suerte, tendremos la más hermosa habitación. La fachada occidental e, incluso, parte del campanario estarán en su ventana, cuando despierte.

Había vuelto, a su vez, a tratarla de usted y Thelja se preguntó si lo estaría haciendo al saber que esta novena noche sería la última...

### 3.

—¡Oh, lléveme con usted! ¡Quisiera llorar y no puedo llorar, lléveme lo más lejos posible! —había sollozado del brazo de François, mientras salían del teatro.

Thelja casi le guardaba rencor a Djamila por haber expuesto solo su propia pena, por no haberle hecho más palpable la presencia de Jacqueline en palabras, en silencio, en emoción. O quizá, pensó, hubieran tenido que representar todos, una vez al menos, la tragedia de Sófocles, y Djamila, al hablar al público solo como una antigua heroína, habría dado más acertado testimonio de la conmoción de todos: en Tebas o en Estrasburgo, ¿no es igualmente árida la impotencia ante la muerte?...

Por ello, tras la sencilla evocación de Hans, Thelja, una vez a solas con François, en el coche, había observado con voz ya tranquila:

—De modo que entraré, por primera vez, en su catedral.

Pero llegaron justo cuando el doble portal se cerraba al público.

Entonces, dándose la mano, casi como turistas, dieron lentamente, en la declinante luz del anochecer, la vuelta al imponente edificio. François evocaba, de memoria, la llegada de Goethe, en 1770, un estudiante de veinte años que corrió, tras su llegada, a esta explanada:

—«Cuando divisé por fin ese coloso por la estrecha calleja y, luego, estuve ante él... se produjo en mí una impresión de un género muy particular, que me llevó oscuramente conmigo...» —recitaba François explicando que, mucho tiempo después, Goethe escribía e intentaba analizar, en su autobiografía, su tan viva reacción—. Recuerdo que hay, más adelante, esta frase —y François hizo un ademán hacia la alta torre—: «*Lo agradable se muestra en lo gigantesco*».

Tras esta evocación, cuando hubieron contemplado juntos la estatua de la Sinagoga de ojos vendados y volvieron hacia el gran portal, Thelja se oyó decir que, cuando regresara a París, leería de nuevo a Victor Hugo describiendo su ascenso de los trescientos sesenta y cinco peldaños, para llegar al cupulino del campanario, y sobre todo a Gérard de Nerval que, entre todos los escritores del pasado que quedaron fascinados por esa obra maestra del gótico, le parecía el más cercano.

—¿Porque viene a Estrasburgo a su regreso de un viaje a Oriente? —bromeó François mientras su amiga se instalaba en la terraza de un café, justo ante la fachada occidental.

—No solo por eso —repuso Thelja—. Nerval es, ciertamente, de los poetas franceses, el más próximo a «mi» Oriente, pero también al romanticismo alemán, ¿no es cierto?

François añadió:

—Irma, su amiga ortofonista, que ha hecho de Elias Canetti su autor de cabecera, debe conocer detalladamente la temporada estrasburguesa de este: subía cada día al campanario, ¡una peregrinación cotidiana!

De hecho, François se refugiaba entonces en algunas evocaciones literarias porque no podía olvidar las palabras de Thelja: «Cuando regrese a París», había comenzado.

Se hizo un silencio. Fuera, detrás del cristal, los grupos de turistas seguían parándose, igualmente numerosos.

—No he olvidado —prosiguió dulcemente François— su interés por la abadesa Herrade. Cuando nos levantemos, podremos contemplar, en el costado que representa las vírgenes prudentes, la tercera estatua a la izquierda del Esposo que, según dicen, representa a la abadesa... Si encontramos mañana tiempo para visitar el interior, algunas vidrieras reproducen, creo, iluminaciones del *Jardín de las delicias*.

Thelja escuchaba, de pronto, con pasión: ¿de modo que no habría habido una total desaparición de las imágenes concebidas por la abadesa? ¿De modo que algo del inventivo arte de aquella mujer subsistía entre los canteros de antes, y los vidrieros, e incluso los orfebres?...

—Se dice que el rosetón que tan bien se ve desde aquí fue concebido por un maestro orfebre: al parecer mezcló polvo de diamante y de piedras preciosas en su preparado de vidrio.

—¿Y para qué?

—De este modo la «rosa de gloria», como se la llama, capta más luz y, al aprisionarla en la piedra, la hace brillar en el interior, hacia el coro y el altar, y todo el templo queda bañado, entonces, por ella.

Se levantaron. Tras haber paseado por las calles vecinas, Thelja se oyó proponiendo, pues se sentía incapaz de recordar que al día siguiente, al alba, partiría:

—¡No vayamos al hotel esta noche! Tras haber cenado, quisiera dormir en su casa familiar.

## NOVENA NOCHE

—*Alsacia, Argelia... No, mejor Alsagelia.*

—*¿Alsagelia, de qué lengua es esa palabra? ¿De la tuya o de la mía?*

—*Repíteme la palabra en la oscuridad de nuestra habitación, ¡repítela!*

*La ventana se abre al jardín que embalsama la clara noche...*

—*Solo en la oscuridad, o en el amor, creo, incluso a mediodía, te tuteo ahora. Repíteme esta palabra: deletréala lenta, lentamente... como si me acariciaras con ella, ¡Al-za-ge-lia!*

—*¡Esta palabra se bambolea!*

—*Dila ahora, a tu vez. Recuerdo, hace mucho tiempo, o un día que ha de venir, tal vez, en la lejanía, en un venir del porvenir, recordaré, en uno de mis sueños de los que a menudo, al alba, solo me queda un ruido, que tú, sí, tú, aprendías mi lengua... Entonces habrías dicho, si la hubiéramos inventado, ni en tu casa ni en la mía, o en ambas hablas a la vez: «El-za-dje-lia».*

*Se rio; su entrecortada risa justo antes de un silencio.*

*—Digo la palabra como tú; o no, no del todo: Al-ssa-ge-lia, y hago durar la s, la doblo, pues capto cierta dulzura... ¡tu dulzura!*

*—Y yo, un dolor. «Alza-gelia». La corto así, en dos, para llegar pronto a ti.*

*—¡Tú, mi egeria!... Pero hay esa z justo antes.*

*—La z en mi alfabeto infantil no es, sin embargo, un rastro de sufrimiento, no. Esta consonante anuncia la belleza y el brillo: z como «zina». Zina, el adjetivo, significa hermosa; como sustantivo designa el acoplamiento. Hay pues una pareja en «Alsagelia», una pareja feliz, una pareja que hace el amor. Como nosotros, ahora, en esta penumbra, ante la ventana abierta...*

*—El o Al, s o z, que tu voz vuelva a decirlo: Alsagelia...*

*—¿Por qué solo te tuteo en plena noche, en plena «zina»? Alsagelia pues, querido mío, ¿se abre una cicatriz en ese vocablo?... Tal vez a causa de lo suspendido... Alza o Elssa, se pierde el aliento apenas en un cuarto de tono, antes de terminar en un murmullo. Alsagelia que se desdobra en el silbido o el ceceo, parece extinguirse, para mí, en una fuga que descubre lentamente un horizonte... Escucha aún: la palabra, su música se inclina y se abre, luego, cuando expira, lo hace en un cielo de bruma, o en su desierto.*

*—¿Enciendo?*

*—¡No! Consérvame. Mírame.*

*—Te escucho.*

*—«Alsagelia»: palpa mis labios cuando repita la palabra que nos resume... ¡Tus dedos me conocen, me miran!*

*Prudentes, cautas caricias. Diálogo táctil. Los dedos en el contorno del otro rostro. Rostro erguido.*

*—Te diré cien veces esta palabra que solo es para nosotros, aunque luego, pero empieza para mí un relato. O una confesión, digamos...*

*—¿Cuál?*

*Tono casi desgarrado: una voz vacila, va a quebrarse, a esfumarse.*

*—¡Querría tanto quererte! —suspira ella.*

*Los dedos del amante reanudan sus tanteos de ciego; boca entreabierta de la enamorada. Que se adormece.*

*Por la ventana —están acostados en la habitación de la madre, en la casa de la madre, una aldea entre Estrasburgo y el Rhin—, el ciruelo en flor del jardín exhala sus aromas ácidos: los dos cuerpos desnudos tienen de pronto frío, bajo la arrugada sábana.*

*Pero la aurora se acerca; va a comenzar el primer día de la primavera de 1989.*

# Nieve o el espolvoreado

La belleza hace el vacío —lo crea— [...]  
Y en vez de la nada, un vacío cualitativo,  
sellado y puro a la vez,  
sombra de la faz de la belleza  
cuando parte.

MARÍA ZAMBRANO  
*Claros del bosque, 1977*

## 1.

Pasaron seis meses. Durante el verano de 1989, en París, Thelja hizo llegar raramente noticias a sus amigos: dos, tres veces, no más.

A finales de agosto o, tal vez, los primeros días de septiembre, desapareció.

## 2.

No había rastro de Thelja en París: pagó hasta finales de julio el pequeño estudio que ocupaba, no comunicó su partida, no pidió el depósito de dos meses que había dejado; ni siquiera en el bufete de la abogada parisina cuyos expedientes clasificaba, tres tardes por semana, desde el mes de junio, volvieron a verla.

La abogada, que iba a jubilarse, se había sentido feliz de que la que respondiera a su anuncio fuese una estudiante argelina. Le había dicho a Thelja, con su voz cálida, algo quebrada: «Argelia, señorita, al menos la de la guerra de la independencia, fue para mí una larga pasión de juventud».

Thelja, en aquel gran piso del *quai* de Béthune, había trabajado de prisa y en silencio, las dos primeras semanas de julio. Luego, la abogada, Thérèse, le había dado las llaves de su piso; le había ofrecido un adelanto antes de partir hacia el Midi, hasta finales de agosto.

Ella fue quien, a su regreso, dio la alarma: todo el trabajo de clasificación estaba realizado. Pero, durante el mes de agosto, algunas cartas, llegadas de provincias y de Argelia para la «estudiante morena», como la portera la llamaba, se habían amontonado bajo la puerta.

Thérèse, tras haber hablado con Halim, en Argelia —había encontrado las señas del marido de Thelja en un cuaderno, olvidado allí con un impermeable—, consideró necesario avisar a la policía.

Ante el dubitativo comisario («si le dijera el número de personas, centenares, que, de la noche a la mañana, dejan de dar señales de vida a sus amigos», había suspirado), la abogada insistió:

—Me temo que no se trata de una simple ausencia sino de una desaparición.

Thérèse sentía afecto por la joven: no sabía nada de ella, salvo que había dejado un marido y un hijo en Argel. Salvo, también, que estaba redactando una memoria sobre la obra maestra de una mujer, una abadesa de la Edad Media cuyo nombre Thérèse había olvidado...

*¿Qué diferencia hay entre ausencia y desaparición?*

*¿Qué diferencia hay entre la luz refractada por las vidrieras, sobre el coro y la*

*nave central, que mira a oriente, en la catedral, allí, donde no he entrado todavía y la luz deslumbradora, fuera, de un brillante día de estío, en la Rue de l'Ail o en el puente del Corbeau desde el que, dicen, antaño se arrojaba al Ill a las mujeres convictas por ser brujas o a otras acusadas de infanticidio?...*

*Pero no quiero ver más la luz del día en Estrasburgo, solo la noche... Solo el fulgor de cada noche de estío... Yo, la errabunda, la mendiga, la «descalza», de regreso en esta ciudad...*

### 3.

Halim no podía ir a París antes de ocho días. Alentó a Thérèse a informarse, a preguntar... Él, por su parte, solo tenía la dirección del director de tesis de Thelja y, a finales de verano, este estaba aún en el extranjero. Habló también de los «amigos de Estrasburgo», advirtiéndole que no los conocía. Que la abogada tomara cualquier iniciativa que considerase apropiada; siempre sería ganar tiempo.

Tres cartas con matasellos de Alsacia, que seguían sin abrir, llevaban el nombre del mismo remitente: así, aquella misma noche, Thérèse llamó por teléfono a François; se presentó, justificó sus temores...

—Desde la visita que nos hizo en marzo pasado —dijo el estrasburgués—, he vuelto a ver a Thelja dos veces, cuando he ido de visita a París...

Thérèse preguntó la fecha del último encuentro. «A finales de junio, no... los primeros días de julio». François se turbó: acababa apenas de comprender. ¿Realmente se había desvanecido Thelja?

—Debo decirle —añadió, tras una vacilación, la abogada— que sus últimas cartas están aquí, siguen sin abrir...

François sintió un breve alivio: había acabado diciéndose que Thelja se negaba incluso a escribirle.

—¿No estará de viaje? Un repentino deseo de evasión, como todos nosotros podemos sentir...

—He llamado a su familia, en Argel: pedía noticias de su hijo, cada domingo, por teléfono. Pero, desde hace varias semanas, nada; el silencio.

François, como si despertara, pidió las señas de la abogada; prometió informarse a su vez, primero con una amiga de infancia de Thelja, instalada en Alsacia. «Creo que ella tendrá noticias más recientes».

Volvería a llamar, dijo, al día siguiente.

Al colgar el aparato —estaba en la casa de su madre, que había comenzado a reformar—, sintió la necesidad de salir, de circular en coche, a toda velocidad. Dentro de una hora llegaría el crepúsculo... Sin pensarlo, advirtió poco después que volvía la espalda a la ciudad: volaba hacia el Rhin, hacia Alemania. Cruzó el puente de Europa

como si Thelja estuviera a su lado, la oyó de pronto evocando, en un tono divertido, a las tres princesas que fueron a casarse en Estrasburgo, como futuras reinas de Francia. Se detuvo en una cervecería de Kehl. Ignoraba de qué huía: ¿qué le habría sucedido a Thelja? ¿Se ocultaba de ellos, de él y de todos los demás? Y en ese caso, ¿por qué?

Comenzó a recordar fragmentos de las últimas cartas que le había enviado: como si hablara, días enteros, a una sordomuda y no lo supiera... Le había propuesto unas vacaciones en Lisboa: había escrito páginas y páginas para tentarla a hacerlo. De nuevo el alivio, que saboreó por unos segundos, de verse libre del malestar — amargura y malestar— que le había atenazado durante el último mes.

*Circulo cada noche... Fragmentos de frases me ciñen, me aureolan, son a veces palabras de François... Hablaba tanto, aquellas noches de la primavera pasada, hablaba a media voz, para él o para mí, no lo sé: creía entonces que yo no escuchaba en absoluto. ¡Lo creía!...*

*Ahora bien, en la duermevela, el que murmura, el que ni siquiera deja que su oído reciba, se abra apenas, se deje rozar en las curvas y los arabescos de la espera en vigilia, sí, en los limbos, entre noche y vigilia, entre penumbra viva y Eliseo de los muertos (el nauclero no está lejos, le veo navegar por un río de aceite brillante, iluminador), las palabras del cara a cara, de la pareja que no se abraza ya, solo descansa, ambos huecas faces de la ostra apenas entreabierta, ambos en una oscuridad de transparencia, piernas entrelazadas y orejas reblandecidas por la languidez, ¡oh, esas palabras-pájaro de la noche de amor, esas palabras gota a gota, perlas negras o grises del susurro, esas palabras después de los lentos juegos de los cuerpos, ensoñados y derramándose en el olvido! Palabras de cada cual en esta pendiente, y polvo, y duna resbaladiza de la amnesia amorosa, en el silencio de las caricias vacías, las voces se redondean, se enlazan por encima... Quiebra del discurso que está perdiendo sus mallas, su trama: tanteos de los cuerpos agotados poco a poco, solo subsiste una música de las palabras que se debilitan en los labios exhalando apenas una estela de aliento, en el momento en que el sueño, ladrón de Eros, paraliza.*

Del tiempo en que ella contestaba, con breves misivas corteses, amables a veces, a sus tan largas cartas, semanas después de su marcha de Estrasburgo, en primavera... En su primera visita —y era cierto que él había ido a un congreso, toda una jornada de agotadoras discusiones— François había esperado a Thelja, por la noche, en su hotel del bulevar Raspail, donde solía alojarse... Había llegado jadeante, con retraso: las nueve ya. Vacilaba en aceptar su invitación a cenar. Él comprendió que no se quedaría después, que no compartiría su habitación ni su lecho. Venía de

visita; cenaron, fatigados y molestos ambos —él, por fin, haciéndose reproches, sin ofrecerle siquiera que se quedara al día siguiente, los días siguientes—. Sonriente ella en la despedida: sonriente, pero lejana.

La segunda vez fue solo por ella; le pidió, unos días antes, por teléfono, volviendo a tutearla como en los tiempos de sus días en Estrasburgo: «Te lo ruego, intenta estar libre esta vez, por... por nosotros». Ella vaciló, calló unos segundos, luego respondió muy deprisa: «¡Ya veré! ¡Le dejaré una nota en su hotel!». Y colgó: poco tiempo antes, ella le había anunciado que aceptaba un trabajo de secretaria, a media jornada, para el verano.

Cuando él llegó a París, la siguiente semana, encontró una nota de Thelja: «Ya no tengo teléfono, ni lugar que sea mío, por otra parte. He decidido trabajar todos los días en casa de la abogada que me emplea: en dos semanas terminaré lo previsto para más de un mes. Luego...

»Vaya a la isla de Saint-Louis, al *quai* de Bourbon. Pasará usted ante tres mansiones particulares del XVIII; en la fachada de cada una de ellas hay inscripciones, la primera se refiere a Philippe de Champaigne “pintor y camarero de la reina madre”, luego, la segunda, cuatro pasos más allá, es sobre el pintor y poeta Emile Bernard, que vivió en Egipto a comienzos de nuestro siglo, y la tercera, sobre todo, se refiere a Camille Claudel, con una cita suya muy conmovedora...

»Paso cada día por allí; se lo indico de memoria. En la punta del *quai*, del lado del Sena, hay un banco de piedra. Espéreme allí el día de su llegada preferentemente a las cinco de la tarde (tal vez le haga esperar cinco o diez minutos)... Y, si por desgracia llueve, qué le vamos a hacer».

Firmó con letras árabes.

Él fue y la esperó en el banco, en el *quai* de Bourbon, con la mirada puesta en la torre Saint-Jacques, al otro lado, y dando la espalda a las tres inscripciones. Las había leído al acercarse, con todo su pensamiento tendido hacia Thelja que, lo sabía, estaba concluyendo sus obligaciones por los alrededores, en el *quai* de Béthune... Tardaba; él se sintió paciente. De pronto, una dolorosa punzada le sorprendió: un lejano recuerdo, tan lejano, de quince años antes, o más...

Se había paseado una vez por este mismo *quai* con... con su prometida, Laura, y juntos habían leído la inscripción que decía que Camille Claudel había vivido en aquel edificio de (repitió ahora las fechas) «1899 a 1913». François recordó: «1913», ¡el año de su desgraciado internamiento!

Thelja (qué extraña coincidencia ese regreso a los mismos lugares) calificaba de «conmovedora» la cita, extraída de una carta de la escultora a Rodin: «Siempre hay algo ausente que me atormenta». Esta frase que hablaba, y cómo, de su vulnerabilidad, que anunciaba con tanto acierto su martirio, estaba ahora grabada para siempre en la piedra: ella, Camille, una creadora para el mármol y el bronce.

François pensaba en ello, esperando a Thelja. Intentaba también olvidar a Laura, advirtiéndole que esta evocación sería, para siempre, su herida sin cerrar, pues sigue oyendo la voz de la muerta que lee la inscripción: «Siempre hay algo...».

Fue un anochecer, un anochecer de invierno, recordaba la inmensa bufanda roja y negra que envolvía a Laura por la niebla húmeda. Ella había repetido, Laura-la-muerta, con su voz velada y que se arrastraba un poco: «¡Algo ausente que me atormenta!». Y, robándole un beso, pues al caminar del brazo, él la estrechaba — recordaba, como si fuera ayer, que se sentía muy, muy enamorado, joven pero enamorado también—, ella había añadido, con aquella misma ironía que, más tarde, él iba a calificar de hiriente:

—«Algo ausente», eso no va por ti. Aunque, tranquilízate, no terminarás como esta hermana de Claudel...

Permanecía sumido en este recuerdo, repentinamente obsesionado por esta voz, «ausente» a su vez, que estaba escuchando, también por esa ironía que, a continuación, le hirió, pareció incluso desgarrarle a veces; obsesionado, sí, cuando una mano fría, sacudiéndole el hombro, encontró su nuca y luego su cuello. Se volvió, alegre:

—Nieve —murmuró, y le abrió los brazos, levantándose.

—¿Se ha adelantado usted o soy yo la que llega tarde? —dijo ella, en sus brazos, dejando que la estrechara, apartándose luego.

Se sentaron, pero él le tomó las dos manos, las mantuvo así. Del precedente recuerdo, al parecer, algo incierto persistía: tal vez fuese su pasada juventud, que regresaba en imprevisible impulso.

De hecho, François, sentado en aquel banco de piedra, sin soltar las manos de Thelja, parecía animado. Con una especie de inesperada esperanza.

—Nieve... ¡Oh, sí, mi Nieve ardiente, te echo en falta!

Ella había liberado, dulcemente, sus manos. Él intentó besarla. Atrajo, con el brazo que acababa de poner bajo la melena de Thelja (se había dejado crecer el pelo), el rostro de la muchacha. Ella apenas se resistió. Él bebió un beso que, prieto al principio, se abrió poco a poco para él.

«¡El último beso!», pensó ella con los ojos muy abiertos, llenos, de pronto, de lágrimas.

Se liberó lentamente del abrazo. Ahora, dos meses más tarde, interroga él esa mirada y esas lágrimas: surgiendo de aquel beso ardiente como de un agua fría, no se había demorado en aquella efusión, «¿alguna pesadumbre?», había pensado confusamente. Ahora interpreta aquella mirada perdida, aquella tristeza de Thelja (ella pensó «el último beso»), demasiado tarde, realmente muy tarde: a causa de aquel «algo ausente» en él, su lentitud substraída a los demás, solo Laura, ácida, la descubriría antaño —antaño, ayer, el julio pasado en el *quai* de Bourbon y Thelja en sus brazos...

Ella había permanecido un momento apretujada contra él; apoyada en su hombro

izquierdo le permitía acariciar distraídamente su cabellera. Observaba él, puesto que sus cabellos no eran ya tan cortos, que había perdido aquel aire de muchacho algo salvaje («¿habría adelgazado?», no se atrevió a preguntarlo), una palidez vulnerable, dulcificada por sus rizos negros revoloteando en la nuca.

Transcurrió un rato sin que hablaran —ambos unidos por el pensamiento melancólico de sus noches de Estrasburgo.

*Una noche en la que yo había pedido un respiro, o reposo tal vez, un lago de beatitud o saciedad, entre nosotros. Una noche en que recuerdo haber permanecido en el hueco de los brazos de François... Noche suspendida en la que él hablaba, callaba, depositaba un beso en mi oreja —que gemía en lo más profundo de mí, me despertaba por un segundo—, luego, en la languidez de nuevo, François proseguía...*

*Decía (lo recuerdo mientras vagabundeo, con el oído tendido hacia la noche serena, aligerada de formas humanas, solo un perro en libertad, aquí o allá, unos gatos que huyen, sombras de sauce o de tilo en el agua oscura), François decía:*

*—En los tiempos en que volví a vivir en esta ciudad, y a estudiar en la universidad, vagaba por los barrios periféricos, sentándome junto a viejos paseantes ociosos, pescadores en los muelles del Ill, vagabundos en grupos reidores o mudos... Caminaba, Nieve, buscaba también... Un tal Martin, un jubilado, solía conversar conmigo, sentado en el mismo banco... Habló, por casualidad, del invierno de 1939 a 1940, «que seguirá siendo el más riguroso del siglo», afirmaba; explicaba que formaba parte de los movilizados (servía en los bomberos), que se había quedado en Estrasburgo hasta el 14 de junio de 1940, justo antes de que llegaran los alemanes y todos los puentes exteriores, que daban acceso al centro de la ciudad, hubieran saltado por los aires «en un estruendo ensordecedor», precisaba...*

*Yo deseaba realmente dormir, aquella noche, pero François proseguía, volvía al relato del jubilado en el banco, en la plaza Saint-Etienne, creo:*

*—Evacuado Estrasburgo, muchacho (era Martin el que hablaba), lo más extraño fue el silencio del lugar, el vacío sonoro, el vacío total en pleno Estrasburgo... Todos los relojes de pared y todas las campanas de la ciudad habían abandonado sus funciones (era el modo de contar de Martin)... Era un vacío... horizontal, un impresionante hueco sonoro —y eso, claro está, era François quien lo recordaba siguiendo al anciano.*

*A pesar de mi somnolencia, me dejaba acunar por la voz de François, seca e incisiva a veces: lo escuchaba, lo olvidaba, sigo oyéndolo meses después, me parece que, en su estela, busco ese vacío virgen, ese silencio «horizontal», decía François, siguiendo a Martin...*

*Al despertar de aquella noche —una noche casta, lo recuerdo—, François había dicho:*

*—Recuerda la evocación del bombero: todos los relojes de pared y todas las*

campanas, durante los largos meses del desierto en la ciudad, «habían cesado en sus funciones», como él decía.

—¡Lo recuerdo como si nos lo hubiera contado a ambos!

—Hay una excepción, sin embargo: todo estaba inmóvil, paralizado, salvo cuando nos acercábamos (cuenta ahora Martin) a la iglesia Saint-Thomas. Su torre de gran cuadrante y su reloj que seguía dando la hora. El único en toda la ciudad... Y siempre con cinco minutos de adelanto sobre la hora oficial, según su antigua costumbre...

François me contaba, treinta años después de haberlo oído, adolescente en la plaza Saint-Etienne, el relato del bombero: una pizca de esa memoria helada de Estrasburgo...

La iglesia Saint-Thomas, con su reloj cinco minutos adelantado, debiera pues ahora ir a comprobar el cuadrante de la torre, debiera no oír ya ningún reloj, ni siquiera, a las diez de la noche, el glorioso carillón de las campanas de la catedral —que, lo sé gracias al bombero, callaron también ellas, durante esos meses de Estrasburgo desierto.

Ni el viejo Martin ni François me acompañan ya: soy la única viva de la noche, aquí, soy los ojos de la noche en Estrasburgo.

#### 4.

Irma, aquel verano, pasaba sus noches unas veces en casa de Karl, otras en su casa. Eso perturbaba la cotidianidad de sus pájaros, los dos inseparables. Una mañana en la que regresaba justo al amanecer, encontró a Sócrates, con la jaula abierta, yendo y viniendo por la estancia redonda... Cerró la puerta; lo dejó libre: la había recibido con altivez. Cuando el pájaro se durmiera, lo encerraría, seguro. Salió una hora después, divertida al verse culpabilizada de este modo... Atravesaba a pie, a esta hora matinal, la plaza del Mercado del Pescado: pensaba ir caminando hasta el hospital (el caso de su enferma Lucienne seguía interesándole mucho y, aunque hubiese dejado de gritar continuamente, su estado no mejoraba). De pronto, en un rincón de la plaza, creyó reconocer una silueta que estaba de espaldas; se apresuró, llamó:

—¡Thelja!

Thelja se volvió: estaba de pie ante un puesto de pescado, atenta. Tuvo un momento de vacilación, saludó a Irma sonriéndole con calma.

—Llegué ayer —dijo—. He venido por Eve y por su bebé.

—¿Vuelve a marcharse ya?

Thelja no respondió, se dio la vuelta para contemplar los pescados expuestos, regresó, casi con esfuerzo, a Irma («parece que la he molestado», pensó rápidamente esta), luego prosiguió como si fuera una conversación de la víspera:

—Buscaba unos barbos... ¿Qué aspecto tiene exactamente ese pescado?...

—Unos barbos —repitió maquinalmente Irma.

—Pues sí, todo lo que pienso desde que he regresado aquí es... ¿No lo adivina usted?, ¡en Georg Büchner! Regresó a Estrasburgo, en una segunda estancia... No era ya el estudiante de Medicina. Se entregó a actividades políticas peligrosas en Alemania: era perseguido, sus amigos habían sido detenidos, ¡estaba en peligro! Hele aquí, de nuevo en Estrasburgo, pero como refugiado político... Tiene problemas de papeles; como hoy diríamos: de permiso de residencia.

—¿Y los barbos?... —luego, Irma cambia de opinión—: Ah, sí, lo recuerdo, eran sus trabajos científicos, y de gran alcance en aquella época.

—Sí, compra en el mercado ese pescado, el mero es caro: estudia su sistema nervioso... Me fascina que, en este contexto, este poeta de veintidós años se perdiera en semejantes experimentos científicos... Trabaja meses y meses... Poco después, aquel mismo año... 1836, creo —«casi ayer, en suma», piensa—, escribirá su narración, *Lenz*, y luego... —concluye, dolorida—. Morirá al año siguiente, en Zúrich, ¡y en plena desesperación!

Irma mira a la joven argelina; su excitación le enrojece el rostro. *Lenz*: Eve le contó los recuerdos de Hans con respecto a Jacqueline... La niña que habría deseado recitar a Büchner, en alemán, a su padre...

Thelja se ha interrumpido, confusa:

—Esta mañana, no sé por qué, unas sombras ausentes me han... atormentado.

Irma se contiene para no recordar a Jacqueline, muerta ahora. Luego se oye proponer con decisión:

—Venga esta noche a cenar a mi casa: le prepararé salmón fresco. Si está usted en casa de Eve, podríamos todos...

Thelja mueve negativamente la cabeza; pensativa, murmura:

—¡Le he dicho a Eve que me marchaba esta tarde!

Se besan. Irma sigue su camino, apresurándose porque se ha retrasado... Una sensación impalpable ha hecho presa en ella: que Thelja no estaba realmente de paso... Se dice luego que la paseante, sin duda, tenía cita con François, que había sido molestada por la improvisada invitación, que...

*Me he dejado sorprender, ¿y por qué? Hasta entonces, apenas aclaraba el alba con su gris azul las profundas calles del centro, me escondía; como en mi primera visita, voy de hotel en hotel para dormir, por la mañana. Creen que acabo de desembarcar de un avión o de un tren; aunque haya navegado, toda la noche, por la oscuridad de Estrasburgo. Ciudad que se me ofrece a mí sola... «La ciudad de las rutas» la llamaban en su origen; las mías, entremezcladas aquí.*

*Una sola vez, olvidando el sol que se levantaba, enteramente habitada por el recuerdo del poeta alemán que había atravesado el Rin y el Ill para, hallando su*

*yacija en la Rue de l’Ancienne-Douane, sentirse por fin al abrigo sin dejar de preocuparse por sus amigos de Hesse, que se habían quedado en las mazmorras, aquella mañana, alucinada por el siglo pasado, en el Mercado del Pescado, me encontré con Irma, sorprendida.*

*Mentí: hace mucho tiempo que no he vuelto a ver a Eve; la visita que le hice para ver al bebé, hace ya varias semanas, me fue muy oportuna... Cuando Irma se marchó, lo decidí: iría a visitar al cura de Marey, el dominico. No hablaría de Jacqueline: sentiría su densa presencia entre ambos... El cura me propuso, por teléfono, hace unos días: «¿Y esos archivos de la Rue Polygone?»... «Me interesan, los examinaré». Pensé: «¿Por qué no? Zambullirme de nuevo, y en Estrasburgo, en mis lugares de infancia gracias a los rastros de exilios múltiples y casi borrados: migraciones que eran, es cierto, las del hambre, el sudor y, en aquella época, el miedo...».*

Irma, cara a cara con Lucienne —que ha adelgazado, se ha encogido, no grita ya, sobre todo suspira, a veces en silencio, duerme días enteros—, Irma, aquel mismo día, contempla el rostro arrugado y enflaquecido de la vieja alsaciana, rostro casi apaciguado y que dormita...

Irma olvida por completo a Thelja y su encuentro del alba.

## 5.

Al enterarse Eve de que no había noticias de Thelja —lo supo por François, por teléfono—, la joven, con un nudo en la garganta, dio vueltas por su apartamento, sin objetivo concreto.

El bebé dormía toda la mañana, tranquilo, demasiado tranquilo, pensaba ella a veces. De hecho, no la molestaba nunca, ni la turbaba con sus lloros o sus balbuceos. Como si viviera en otra parte, acurrucado en su cuna, un reino para él solo. Contemplaba de vez en cuando sus pequeñas manos, haciéndolas girar una y otra vez a la luz del menor rayo de sol.

Hans solo regresaría de Heidelberg a última hora. Eve había invitado a François a pasar la velada en su casa. Tal vez si hablaban juntos de su amiga aparecerían algunas pistas para buscarla.

Y seguía errando por las habitaciones, entregada a la angustia...

*Oh, amiga mía, mi hermana gemela, no del todo parecida a mí,  
Oh, la que compartió mi infancia, mi asociada en risas perdidas, en juegos*

*olvidados, ratonera de mi intacto Sur,*

*Oh, mi cómplice en los secretos, mi conocedora de fórmulas mágicas, de ritos protectores, y hasta de mi dolor,*

*Oh, mi aventurera de todos los pasajes como caminos llenos de reveses, fronteras,*

*Oh, cuestionadora de mis felicidades y mis ardores, palpabas, salpicabas con nuestras risas,*

*Oh, tú que iluminabas desde atrás mi camino, en qué laberinto voy a buscarte por delante,*

*Decía nuestra Demeter de HautePierre, tejidas hoy ya todas sus mallas, repetía, ella, que fue arrancada de nuestras filas para ser la asesinada: «¡Antígona va sola a la tumba y lo reivindica!».*

*Nieve, oh, nieve que nos empolva a cada uno de nosotros, ¿me habrás abandonado?, corres por delante, te precipitas, pero adónde...*

Así lloró Eve, con cálidas lágrimas, con incesantes sollozos, como las improvisadoras de su tierra natal, con los largos cabellos sueltos, las mejillas laceradas, las manos tendidas hacia los cielos y los dioses, suplicantes, sí, como las poetisas que dos niñas de Tébesa, asustadas y fascinadas, contemplaban antaño en los caminos del cementerio.

*Espero, una vez iniciada la noche, a que los autobuses se detengan, que los coches se hagan más escasos, que los últimos peatones regresen de los restaurantes, del cine, de la ópera, que los noctámbulos se dispersen, que los lugares recuperen su virginidad: entonces, la ciudad hace fluir su vacío hasta la mañana siguiente. Reaparece el Estrasburgo de antaño, el que nunca desapareció, la ciudad de François, el niño de cinco años... Es el 2, el 3 de septiembre, nos acercamos al otoño; estoy segura de que, esta vez, el invierno con escarcha y hielo no llegará.*

*El último anochecer, en marzo, fue para nosotros demasiado tarde para entrar en la catedral... Exclamé, mientras nos instalábamos en una terraza, ante el portal occidental: «¿Quiere esto decir, entonces, que regresaré? ¿Que regresaré por ella?», y François replicó melancólico: «Me gustaría que fuese por mí también, un poco —y luego se corrigió—: Lo esencial, a fin de cuentas, es que vuelva usted».*

*Recuerdo aquel anochecer: sobre todo el cielo, sus manchas rojas, luego la luz vespertina de un gris líquido, que chorreaba a nuestro alrededor... Mi compañero habló del nártex donde, al menos por un minuto, habríamos podido detenernos: antaño, contó, justo después de haber cruzado el umbral y haberse inclinado ante la Virgen en el entrepaño, dos o tres guardias se apostaban, para pasar la noche, en cada esquina. Dejaban entonces circular sus perros por aquel bajel nocturno...*

*Me gustaría, en estas noches, mis noches, ser metamorfoseada en esos perros liberados, olisqueando y buscando ante los ojos del pueblo de los ángeles, de los santos y de los doce apóstoles. Quisiera ser guardiana, veladora para la última travesía... Poco antes del alba, emprendería el ascenso a lo largo de la fachada sur, hasta el campanario; comenzaría a temer el vértigo cuando, recuperando el aliento, penetrara en las espirales de la torre octogonal de maese Ulrich, luego en el propio interior de la torre de maese Jean Hülz y, llegada a los últimos peldaños de la escalera de caracol del cupulino, desafiaría el primer viento antes de la aurora, inmovilizada en pleno cielo, en lo alto de la flecha de luz, inmenso dedo levantado sobre el más alto techo de Europa.*

*No volvería a bajar: después de la noche y justo antes del día, el vacío reina abajo, de pie, un grito en el azul sumergido...*

*Verano de 1993, Estrasburgo-París  
1997, Luisiana-París*